

# Anécdotas del Güero Marroquín

Anécdotas del Güero Marroquín



(705)



BIBLIOTECA  
CENTRO DE INFORMACION  
Y DOCUMENTACION  
Dirección General de Culturas Populares

*Anécdotas  
del Fierro  
Marroquín*



Gobierno del Estado  
de Tamaulipas



**SEP**

Dirección General de Culturas  
Populares  
Programa de Artesanías  
y Culturas Populares

Quetz. \_\_\_\_\_  
Aleg. \_\_\_\_\_  
Pacha. \_\_\_\_\_  
Pocah. \_\_\_\_\_

**Miguel González Avelar**  
Secretario de Educación Pública

**Martín Reyes Vayssade**  
Subsecretario de Cultura

**Leoncio Lara Sáenz**  
Oficial Mayor

**Marta Turok**  
Directora General de Culturas Populares

**Dirección General de Culturas Populares**

**Subdirectora de Difusión:** Lucina Jiménez

**Coordinador de edición:** Ricardo Monroy Q.

**Edición:** Ricardo Monroy Q. y Arturo España C.

**Formación:** Gustavo Corona Zarza

**Apoyo secretarial:** Victoria Mejía Espinosa

**Portada:** Libia Gaviria Salazar

Portada: Enrique Marroquín Pámanes ganó en 1929 el primer premio por la primera paca de algodón producida en ese año en la Comarca Lagunera.

© 1988. Dirección General de Culturas Populares

Av. Revolución 1877, 4º piso

Col. Loreto y Campamento

01000 San Angel, México, D.F.

© Enrique Marroquín Pámanes

Calle Hacienda de Solís # 31

Echegaray, Edo. de Méx.

ISBN 968-29-2114-7

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México

*Para mis hijos, nietos,  
bisnietos y tataranietos*

## **AGRADECIMIENTOS**

AGRADEZCO en forma especial la ayuda que me brindaron el licenciado Miguel González Avelar, Secretario de Educación Pública, el ingeniero Américo Villarreal Guerra, Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas, y la maestra Marta Turok, Directora General de Culturas Populares de la SEP, ya que me animaron y estimularon para lograr la edición de este libro. Agradezco también a la profesora María Gabriela Hernández Hernández su valioso apoyo en la transcripción, redacción y mecanografiado del presente trabajo.

## **Presentación**

El presente libro nos relata de manera sencilla y amena momentos, sucesos y circunstancias que rodearon la vida de personajes públicos. En muchos de estos acontecimientos Enrique Marroquín Pámanes, el *Güero*, siempre estuvo presente por lo cual, la manera en que los presenta, nos permite ver y conocer los hechos tal y como sucedieron. Tal vez ello sea criticable por los especialistas, pero lo que debe quedar claro es que son fuentes de primera mano y no como sucede frecuentemente con los análisis de aquellos, en que se hace una interpretación de los hechos y cómo deberían haber sido éstos. Precisamente por esto, las anécdotas del *Güero* Marroquín son un llamado de atención para re-valorar e iniciar la recopilación de información, en cualquiera de sus formas, que ayude a rescatar la valiosa memoria histórica del pueblo mexicano.

Personajes como el autor nos permiten ver que, si bien es cierto que los sucesos se nos presentan relativamente lejanos, quienes los vivieron todavía viven cotidianamente con esa memoria que en los tiempos actuales necesita ser divulgada.

El *Güero* Marroquín da este paso con sus anécdotas, al tiempo que nos presenta personajes importantes en

la vida política y social que se constituyen como parte fundamental en la historia de México.

Por la carga emotiva en que son relatadas las vivencias por el propio *Güero* Marroquín, éstas nos contagian de ese entusiasmo y alegría, que a sus 85 años de edad, se nos antojan como los de un joven, cuya madurez ha alcanzado la plenitud de la creatividad.

Las anécdotas del *Güero* Marroquín se presentan de manera cronológica, divididas en cinco capítulos. En el primero de ellos el autor nos narra desde su infancia en la ciudad de México hasta su juventud como agricultor independiente, las inquietudes, temores, sueños y aspiraciones rodeadas todas ellas de vertiginosos sucesos que provocaron cambios profundos en el medio social donde se desarrolló la historia. Ello no impide que sus metas u objetivos lleguen a cristalizar; al contrario, se hacen más sólidos y firmes en la medida que la amistad se va transformando en una línea fundamental de respeto, acción y en toda una forma de vida.

El andar en la vida lleva al *Güero* Marroquín aparte de ser agricultor, a desplegar sus inquietudes juveniles junto con sus amigos en diversas formas. Estos son desde sus deseos frustrados, de volar en avión con su primo Jesús Pámanes que murió en un accidente aéreo, hasta las vivencias y experiencias con destacados generales revolucionarios que han marcado hitos en la historia de México. Esto sin dejar de lado la convivencia y trabajo diario con campesinos de su región. Esto es lo que nos describe en el segundo capítulo de sus anécdotas.

El tercer capítulo, quizá uno de los más importantes que constituyen el libro, sin menosprecio de los demás, destaca aspectos tanto políticos como personales del general Lázaro Cárdenas del Río. En este se nos presenta al General Cárdenas como un ser humano como cualquier otro. Esto es importante porque, al realizar su gira como candidato del PNR a la presidencia de la República, dio a conocer el Plan Sexenal, que era un programa de unión nacional para enfrentar los efectos de la crisis económica mundial y el desgaste

económico y político resultante de las luchas armadas y políticas de la Revolución. Dicho plan significaba la renovación del partido por un lado y, por otro, ayudaba a concretar las aspiraciones de algunos sectores de este partido que se interesaba por la institucionalización del proceso revolucionario, y con ello consolidar un Estado fuerte con una amplia base popular.

El general Cárdenas, como lo hace ver el *Güero* Marroquín, no lo hace ni lo logra por sí sólo; al contrario, él sólo encabeza el malestar popular ante el grupo que ha tomado para su propio beneficio los logros de la Revolución. El triunfo lo obtiene en la medida que mantiene un estrecho vínculo con el pueblo mexicano. Asimismo, es el Presidente que no necesita de un gran aparato de publicidad durante las giras realizadas y que, por tanto, puede viajar por todo el país sin más compañía que su chofer y algunos de sus más cercanos colaboradores. Esto lo hace porque sabe que la gente lo quiere y lo defiende en la misma medida que él lucha por lograr cristalizar y defender las demandas populares.

Este mismo capítulo nos permite apreciar el vínculo de solidaridad del *Güero* Marroquín con el gobierno cardenista, al ser él mismo quien reparte las tierras de su Hacienda Los Angeles, en beneficio del programa agrario del gobierno que dirige el presidente Cárdenas.

El capítulo cuarto presenta una serie de personalidades del medio político, social y artístico. De éstos destaca particularidades y características que los definen como figuras públicas.

Asimismo relata los efectos devastadores que los fenómenos naturales provocaron en las zonas agrícolas y ganaderas, pero sobre todo la pérdida de vidas humanas y los avatares para brindar ayuda a los sobrevivientes de estos fenómenos. El *Güero* Marroquín colabora movido por su solidaridad, que no distingue diferencias sociales, para resolver éstos y otros problemas. Lo hace sin pensar en remuneraciones ni reconocimientos personales.

Así el autor llega, guiado por esa difícil virtud que es

la amistad, a los cincuenta años de vida en donde hace una ponderación de todos estos años. Esto es un motivo más de regocijo, pero también es la base sobre la cual se consolidan y se crean nuevas aspiraciones y metas. Ahora, la experiencia adquirida en el transcurso de esos años es la que guiará el camino del *Güero* Marroquín.

En el último capítulo Marroquín en reconocimiento de los años que ha vivido rodeado de sus amigos, de las charlas amenas con ellos y de una reflexión de su propia existencia presenta un juicio que define al hombre en toda su magnitud.

El *Güero* Marroquín desde su adolescencia presencié miles de aventuras, unas llenas de regocijo y alegría, y otras de amargura. Por tal motivo despertó un temperamento de alegría y de ilusiones con un deseo muy grande de superación. Por ello en sus relatos describe datos históricos importantes en la vida del pueblo mexicano.

Por lo anterior y debido al interés por divulgar las obras que representan la memoria histórica del pueblo mexicano, la Secretaría de Educación Pública, la Dirección General de Culturas Populares y el Gobierno del Estado de Tamaulipas, presentan hoy las anécdotas del *Güero* Marroquín como una contribución al conocimiento moderno y contemporáneo de los sucesos y personajes, que han pasado a ser figuras importantes en el desarrollo de la historia de México.

Arturo España Caballero  
Ricardo Monroy Quintanar

**Capítulo 1.**  
**Los primeros 20 años**  
**de mi vida**

## **Mi infancia en la ciudad de México**

Nací en Ciudad Lerdo, Durango, el día 15 de julio de 1903. Mis padres fueron el señor Joaquín Marroquín Perusquía, oriundo del estado de Guanajuato y la señora Carlota Pámanes Ugarte, originaria de San Bartolo, pueblo del estado de Durango hoy llamado Simón Bolívar y que ciertamente nadie le aplica este nombre.

Mi padre llegó a la Región Lagunera en 1895, con la ambición de seguir ejerciendo su profesión de Ingeniero Civil. Afortunadamente sus deseos muy pronto se vieron realizados. Al poco tiempo de haberse establecido en Ciudad Lerdo, Dgo., consiguió un magnífico empleo en la Comisión del Río Nazas, oficina encargada de la dotación de las aguas de ese río a los canales que empezaban a irrigar las fantásticas tierras algodonerías. Además, intervino en las nivelaciones del río Nazas, desde Ciudad Lerdo hasta la Laguna de Mayrán, (aproximadamente 120 kilómetros), dirigiendo los trabajos en la construcción de las siguientes presas de derivación: San Fernando, Calabazas, Coyote, El Cuije, Guadalupe, La Trasquila y El Tambor.

En 1908, cuando tenía cinco años, nos trasladamos al poblado de Allende, en el estado de Coahuila, permaneciendo en este lugar hasta principios de 1910. Mi padre desempeñaba el cargo de representante del Gobierno Federal en la frontera de nuestro país con Estados Unidos, a la vez que fungía como interventor

de las aduanas fronterizas de Las Vacas, hoy Ciudad Acuña y Porfirio Díaz, en la actualidad Piedras Negras.

En 1910, en los albores de la Revolución; nos fuimos a radicar a la Villa de Guadalupe en la ciudad de México. En este año hubo dos espectáculos maravillosos, uno de ellos fue la aparición del cometa Halley, que se podía observar con mucha claridad en la madrugada. En el oriente, éste aparecía cerca de Venus, el lucero de la mañana, ofreciendo una vista extraordinaria. Un día mi padre nos levantó a las cuatro de la mañana, ayudándonos a subir a la azotea de la casa a mis hermanos y a mí para disfrutar del asombroso espectáculo.

La otra gran atracción en la ciudad de México fue el Globo de Cantoya. Su propietario, el señor Joaquín de la Cantoya, efectuó los primeros ascensos ante la expectación de todos los ciudadanos de la capital del país. Para henchirlo utilizó gas de carbón, de esta manera se elevaba fácilmente y lo mantenían sujeto con un resistente cable.

Diariamente acudía una enorme multitud al parque Tívoli, donde la gran mayoría de los asistentes gozaba de la emoción que se experimentaba al subirse, en grupos de cuatro personas, en la canastilla para pasajeros que llevaba prendida dicho vehículo aerostático. Después de estar suspendidos varios minutos en el aire los hacían descender ante la algarabía de todos los presentes. Se cobraba cincuenta centavos por persona.

En 1911 nos mudamos a la colonia San Rafael. Nuestro domicilio se localizaba en la calle Alfonso Herrera número 104. Mis padres nos inscribieron, a mi hermano Angel y a mí, en la escuela Florencia M. del Castillo; allí cursamos el primer año de primaria.

Este centro escolar era sostenido por el gobierno y contaba solamente con un profesor que era el que nos impartía las clases; nos enseñaba a marchar y a cantar correctamente el Himno Nacional. Cuando Porfirio Díaz capituló, lo cerraron y no nos aplicaron exámenes finales. Esta escuela fue construida a fines del

siglo pasado y en la actualidad todavía se conserva en buenas condiciones.

En 1912, reingresamos nuevamente a la misma escuela, pero tuvimos que repetir el primer grado, lo cual nos benefició mucho, pues aprendimos a escribir y a leer muy bien. Dos jóvenes profesores fueron los encargados de darnos clases, porque nuestro anterior maestro ya no asistió a dicho centro educativo. Ese año se adhirió a las fuerzas revolucionarias de Francisco I. Madero, quien logró la dimisión de Porfirio Díaz y su salida al extranjero. Cuando fue elegido Presidente de la República, afrontó un estado de agitación social alimentado por los reaccionarios.

En el mes de febrero de 1913 sucedió el terrible cuartelazo llamado la Decena Trágica. Fueron asesinados el presidente Francisco I. Madero y el vicepresidente José María Pino Suárez. Este acontecimiento propició que se clausuraran las escuelas. Nosotros permanecemos encerrados en nuestra casa, escuchando constantemente el tronar de los cañones y el tableteo de las ametralladoras. Mi padre, previniendo este suceso fatal, se abasteció una semana antes con suficientes alimentos para todo un mes.

A principios del mes de abril, mi hermano Angel y yo ingresamos en el Colegio Franco-Inglés, ubicado en la calzada de la Verónica, hoy Melchor Ocampo. En esta institución continuamos nuestros estudios obteniendo buenas calificaciones al terminar el segundo grado. Este establecimiento de instrucción primaria pertenecía a los padres maristas y primordialmente se exigía a los alumnos hablar el idioma francés. Por consiguiente para comprender las clases, estuvimos en una aula que le decían transitoria, allí enseñaban francés e inglés.

El general Victoriano Huerta tenía su residencia en la calle Alfonso Herrera número 107, enfrente de mi casa. Cerca de allí, vivía mi tía María Marroquín, hermana de mi padre, casada con el coronel Víctor Hernández Covarrubias, que fue subdirector del Colegio Militar. El Presidente Francisco I. Madero le dio posesión de este cargo y fue él, quien al mando de un gru-

po de cadetes del Colegio Militar, escoltó al Presidente Madero desde el Castillo de Chapultepec hasta el Palacio Nacional, cuando ya se sospechaba que el general Huerta y sus partidarios preparaban la sublevación militar.

El general Victoriano Huerta al asumir el poder, encarceló a los diputados de oposición y persiguió implacablemente a todos los elementos leales al presidente Madero. Mi tío político tuvo que huir al extranjero, refugiándose en Francia, ya que dominaba el idioma francés, en virtud de que había estado anteriormente en ese país como agregado militar en la embajada de México. Además prestó sus servicios en escuelas militares al entrenar arduamente a jóvenes estudiantes, incorporándolos a la milicia, pues habían empezado las hostilidades entre los países europeos, que más tarde adquirirían proporciones gigantescas produciéndose la Primera Guerra Mundial, terrible conflagración en la cual tomó parte el pueblo y gobierno franceses.

Años después, cuando el general Álvaro Obregón fue Presidente de la República llamó al coronel Víctor Hernández Covarrubias y por sus conocimientos militares y su honestidad, lo nombró Director del Colegio Militar con el grado de general. Ahí permaneció un buen tiempo, retirándose años después aquejado de una enfermedad que lo llevó a la tumba.

Como ya mencioné el general Victoriano Huerta vivía enfrente de mi casa, así que tuve la oportunidad de observarlo de cerca casi todos los días. La escolta de soldados que velaban por su seguridad, tocaban los clarines de fajina a las cinco de la mañana, despertando a todos los habitantes de esa colonia. A las siete el general Huerta ya estaba dando audiencia a sus colaboradores, casi siempre militares. En la calle pude conocer a varios de los generales que iban a entrevistarse con él, porque mis amigos y yo les preguntábamos a los guardias que permanecían en la puerta principal, quiénes eran esos señores uniformados que pacientemente esperaban ser recibidos. Los soldados de la escolta nos decían los nombres de todos ellos, ade-



Casa que habitó el general Victoriano Huerta en 1913, ubicada en la calle de Alfonso Herrera 107 de la ciudad de México, como se encuentra en la actualidad.

más nos pedían que les consiguiéramos cigarros y nosotros le robábamos algunos a mi padre que en ese tiempo fumaba mucho.

El general Manuel Mondragón Artillero era alto y delgado con bigote abundante, cabello negro y usaba flamante uniforme. El general Gustavo Mass era de estatura regular, cabello y bigote entrecanos; el general Medina Barrón era de cuerpo regular, tez morena, bigote ralo, vestía uniforme de campaña y un casco. El general Rubio Navarrete era alto, moreno y usaba anteojos. El general Aureliano Blanquet, que fue el autor intelectual del asesinato del presidente Francisco I. Madero y el vicepresidente Pino Suárez, era regordete, cabello entrecano y usaba el bigote recortado.

El general Victoriano Huerta era bajo de estatura, calvo, con bigote recortado y canoso, portaba un traje de civil y un sombrero de peluche de copa chata que en esa época le decían sombrero morrongo. Generalmente se levantaba temprano y daba paseos en la banqueta de su casa, platicando con sus amigos y colaboradores militares. Salía a las ocho de la mañana al Palacio Nacional a bordo de un carro marca Protos tipo landau de origen alemán. La parte delantera, donde iba el conductor, estaba descubierta, no así los asientos de atrás. Se marchaba únicamente acompañado de algún general o de un ayudante de confianza. No acostumbraba llevar escolta ni guaruras insolentes como habitualmente emplean, hoy en día, los políticos. Al regresar a su residencia, aproximadamente a las seis de la tarde, de cerca se podía apreciar su estado de embriaguez, sin embargo caminaba con paso firme, muy serio y apenas si saludaba a la guardia militar que le hacía los honores a su llegada. Nunca supimos por qué vivía en ese sitio y no en el Castillo de Chapultepec, residencia oficial de los presidentes de la República.

Finalizaron las clases y llegaron los exámenes, habiendo aprobado año satisfactoriamente. En 1914 continuamos estudiando el tercer grado. En este año fue proclamado primer jefe del Ejército Constitucionalista don Venustiano Carranza, después de derrotar al

usurpador Victoriano Huerta a quien obligó a expatriarse.

En la escuela seguían impartiéndonos clases de francés y entre todos los integrantes de nuestro grupo existía una franca camaradería y compañerismo, fomentando una sincera amistad con algunos de mis compañeros, los cuales me visitaban frecuentemente en mi casa para organizar juegos. A pesar del tiempo transcurrido aún recuerdo sus nombres: Pedro Suinaga Luján, alumno muy aplicado e inteligente que más tarde cursó estudios de Leyes, llegando a ser un notable abogado y un magnífico atleta, figura destacada en el fútbol mexicano. También fue embajador de México en Canadá.

Víctor Manuel Villaseñor de igual manera estudió Leyes, recibíendose de abogado. Desde muy joven fue de tendencia ideológica de izquierda, fue un decidido colaborador y amigo personal del licenciado Vicente Lombardo Toledano; viajó a la Unión Soviética en dos ocasiones. Ocupó el puesto de Director General de la industria paraestatal Dina. Además en el periodo presidencial de don Gustavo Díaz Ordaz fue director de los Ferrocarriles Nacionales.

Carlos Terrazas, alumno muy sobresaliente, de los mejores de la clase, de inteligencia innata se recibió de ingeniero agrónomo. Fue un eficiente colaborador del licenciado Gabino Vázquez en el Departamento Agrario, durante el periodo del presidente Lázaro Cárdenas. Y fue precisamente él, quien elaboró el expediente de mi finca Los Angeles de la Región Lagunera.

Javier Gurza, discípulo regular, muy aficionado a los deportes, fue uno de mis mejores amigos en la escuela. Tiempo después nos encontramos en la Región Lagunera, continuando esa gran amistad, ya que era dueño de una propiedad algodонера llamada San Antonio Gurza. Y fue en este mismo lugar donde llegó el general Francisco Villa y su escolta después de su rendición ante el gobierno federal, en Sabinas, Coahuila. El general Villa eligió, no sé por qué razón, la Hacienda de Canutillo, que el gobierno le regaló con motivo de su capitulación. Esta colindaba con la finca To-

reón de Cañas cuyos dueños eran los señores Gurza.

En cierta ocasión Javier me invitó a pasar unos días en su hacienda, debido a que iba a organizar una cacería de venados. Allí permanecí ocho días. Los hermanos de mi amigo, don Antonio y don Rafael, mantenían estrechos lazos de amistad con el general Villa, así que aprovechando mi estancia en dicha finca, acompañé a Javier Gurza al rancho de Canutillo en dos ocasiones. Tuve la oportunidad de conocer personalmente al general Villa, pues nos invitaba a comer y mientras escuchábamos con gran interés sus pláticas acerca de la Revolución, sus correrías y sus experiencias en la cacería de diversos animales: venados, lobos, osos, pumas.

No supimos por qué motivo el Colegio Franco-Inglés estuvo cerrado todo el mes de febrero y hasta abril se reanudó la actividad docente. Al culminar el año escolar nos enseñaron a cantar La Marsellesa, que es el himno francés. Desafortunadamente las clases fueron interrumpidas con mucha frecuencia.

Ese año hubo mucha agitación, pues llegaban a la capital del país numerosas fuerzas militares a reforzar al Ejército Constitucionalista, ya que constantemente se acercaban a la ciudad de México tropas zapatistas cometiendo saqueos en Xochimilco, Tlalpan y Coyoacán. Los carrancistas los hacían retroceder; sin embargo, por las noches volvían a aparecer.

Durante ese período en los barrios pobres se acentuaban el hambre y la miseria. Por tal motivo el primer jefe constitucionalista, don Venustiano Carranza, repartía a las gentes de los barrios bajos dinero que él mismo ordenaba imprimir.

El gobierno afrontaba muchos problemas sociales, económicos y militares. Había enfrentamientos muy a menudo con varias gavillas dispersas que comandaban diferentes jefes. Lo más grave fue la discrepancia con el general Francisco Villa y como consecuencia de esto, frecuentemente sucedían serios combates. Además en ese año, hubo ruptura de relaciones con los Estados Unidos. Esta provocó la invasión de soldados norteamericanos en el puerto de Veracruz lo cual pro-

picció una efervescencia que despertó un fuerte nacionalismo en todo el pueblo mexicano. Nosotros los estudiantes nos contagiáramos de ese nacionalismo y varios amigos de la escuela y yo compramos unas botellas con gasolina, acudiendo por la noche a la residencia de unos gringos y le prendimos fuego.

Horas más tarde estábamos todos reunidos festejando ese acto de patriotismo, cuando llegaron unos gendarmes que nos golpearon y enseguida nos condujeron a la delegación de policía, encerrándonos. Nuestro compañero y cómplice Alfonso Canales, tenía una hermana que estaba casada con el general Vicente González, en ese entonces, Jefe de la Guarnición de la Plaza. Ella le comentó a su marido lo ocurrido y que estábamos presos en la Octava Demarcación por haber incendiado una casa habitada por norteamericanos, El general González se presentó inmediatamente con un contingente de soldados en el lugar en que nos encontrábamos. Mandó aprehender a los gendarmes que nos habían golpeado y encarcelado y los encerró en la misma bartolina donde nos habían metido. Acto seguido nos llevó a su casa ofreciéndonos una succulenta cena.

En el Colegio Franco-Inglés había problemas administrativos, repercutiendo esto desfavorablemente en nuestro aprendizaje. Por esta razón ingresé al Colegio Francés ubicado en la esquina de la calle Ramón Guzmán con Puente de Alvarado. Mis padres deseaban que dominara el idioma francés; en esa institución cursé cuarto y quinto grados de educación primaria que fueron todos mis raquíticos estudios. El Colegio lo dirigía eficazmente un sacerdote de origen francés de apellido Donateur. En este centro educativo tuve de compañeros de clase a Leo Manfred, José Adame, Adolfo López Mateos quien llegó a ser Presidente de la República, Mauro de la Peña, Luis Freesbee, Francisco Martínez de la Vega, gran periodista que fue gobernador del estado de San Luis Potosí; Alberto Gómez Haza y Luis Adame.

## **A los 14 años de edad regresé a la Región Lagunera**

A principios de 1917 abandoné la ciudad de México, marchándome a la Región Lagunera. Durante el trayecto recordé con cariño y tristeza a mis compañeros de estudios. No obstante, estaba seguro de que no hubiera llegado a ser profesionista, pues nunca fui un alumno aplicado. Como en mi casa había problemas económicos, yo tenía ambiciones de trabajar para ganarme unos pesos y ayudar a mis padres a salir de esa deprimente situación.

Mi madre me alentaba aconsejándome ir a la Comarca Lagunera, ya que en Torreón, Coah., tenía un hermano que había amasado fortuna sembrando algodón. Así que arregló mi viaje y partí con el señor Rafael García Galán, amigo de la familia que iba para allá. Salimos en un tren de segunda clase y como en ese tiempo no era seguro viajar, dicho tren llevaba una numerosa escolta de soldados.

Al llegar a Torreón fui recibido por mi tío, don Jesús Pámanes, hermano de mi madre, quien me indicó esperar dos días en esa ciudad alojándome en su casa. Al tercer día me envió a la Hacienda de Solís en un coche tirado por mulas. Llegamos al pueblo de Matamoros, atravesando muchas haciendas y rancherías. Entre Torreón y Matamoros había un rancho muy antiguo, casi destruido, a un lado de la vía del ferrocarril; en la actualidad todavía existe y se llama Olivares. Pues bien, un kilómetro antes de llegar a éste, me lle-

vé una terrible impresión de las consecuencias de la revolución: ocho cadáveres estaban colgados en los postes del ferrocarril en completo estado de putrefacción, a unos los buitres les habían sacado los ojos. Este espectáculo fue mi primer bautizo y uno de los peores recuerdos de mi vida. De la impresión recibida, esa noche no pude dormir.

Al siguiente día llegué a la Hacienda de Solís, sitio donde empecé a trabajar como ayudante de rayador para aprender este oficio. Como mi jefe inmediato tenía muy mala letra y pésima ortografía, el aprendiz que era yo, constantemente corregía su escritura. Al mes obtuve el puesto de rayador, pues el encargado de este trabajo se dio de alta con una gavilla de revolucionarios. En esa época había muchas y sobre todo asaltantes nocturnos que se presentaban de improviso en los ranchos para robarse lo que encontraban. En algunos casos llegaron a matar a los patrones o empleados que se negaban a entregarles el dinero que pedían. Por esta causa, mis patrones no dormían en la hacienda; durante la noche se ocultaban en otros lugares. Y como es natural nadie de los trabajadores aceptaba el empleo de portero. Por tal motivo, mis patrones decidieron que yo, un jovencito, no sería objeto de ningún atentado o represalia por parte de los delincuentes que arribaran a la Hacienda de Solís, y me dieron la estupenda chamba de recepcionista (de asaltantes).

El dinero escaseaba mucho, el campesino jornalero ganaba cincuenta centavos diarios. El maíz y el frijol valían cinco centavos el kilogramo, una gallina costaba cincuenta centavos, el precio de una cabra era de un peso cincuenta centavos. A pesar del maremágnum de la Revolución, el campo se sembraba y no faltaban los alimentos; la producción agrícola era abundante, consecuentemente la vida era más barata.

Cierta vez, varios fascinerosos llegaron a las diez de la noche a la finca. Tocaron fuertemente a la puerta principal y enseguida dispararon al aire para que se les permitiera entrar. Yo, por el miedo que me causaban, presuroso acudí a abrirles con una linterna de pe-

tróleo en la mano. Enseguida pasaron y uno de ellos me preguntó:

—¿Dónde están tus patronos?

Haciendo acopio de valor, le contesté:

—Se fueron a Matamoros.

El que debía ser el jefe, replicó:

—Aquí estaban ayer.

—Sí señor, pero se marcharon hoy, al atardecer.

—Está bien, entonces queremos que nos digas dónde está el dinero.

—Aquí no hay dinero, si desean comprobarlo, vengán conmigo.

Los conduje hasta donde estaba una caja fuerte, marca Mosler. Mis patronos la dejaban abierta, es decir, sin la combinación; ahí no había más que libretas y uno que otro "cartón" fuera de circulación, porque en esa época la moneda metálica había escaseado, así que se utilizaba un tipo especial de cartón grueso, que a pesar de tener esta característica, se desgastaba pronto.

Una vez convencidos que no había dinero, se metieron a la cocina y devoraron lo poco que encontraron, muy molestos porque su plan no había resultado como esperaban.

Uno de ellos le preguntó a otro de sus compañeros:

—Oiga mi general García, ¿qué le parece si quemamos esta casa?

—Por mí no hay inconveniente, pero prefiero que decida mi general López.

A su vez, éste respondió:

—Yo quiero que lo resuelva mi general Martínez.

Al fin, éste contestó resuelto:

—No tiene caso, pues sería una mancha para la Revolución.

Cuando salieron de la casa, me di cuenta que la mayoría de ellos se decían "generales". Al que se quedó afuera cuidando los caballos, le ordenaron:

—Coronel, arrime los caballos.

Entre las gavillas grandes o chicas y también entre los grupos revolucionarios, mutuamente se daban los nombramientos y los ascensos militares. El general

Joaquín Amaro, cuando fue secretario de Guerra y Marina, reestructuró el Ejército Nacional, lo organizó y disciplinó, otorgando a cada militar el lugar que justamente le correspondía.

Algunos grupos de delincuentes, al llegar a los pueblos o a los ranchos, decían traer una comisión importante, lo mismo del general Villa que de don Venustiano Carranza. Había otros que al pasar, gritaban, diciendo ser de las tropas del general Benjamín Argumedo o del general Calixto Contreras.

Existían gavillas integradas por cincuenta y hasta cien hombres. Estas no asaltaban de noche, tenían más categoría: llegaban a los ranchos en sus buenos caballos y su principal interés era que se les diera pastura y agua a sus caballos y que a ellos se les proporcionara comida. Terminando de tomar los alimentos se iban, sin hacer daño a nadie.

Sin embargo había otras que tenían fama porque sus componentes eran muy sanguinarios. Al presentarse en algún rancho exigían dinero, amenazando a los patrones. Como en aquel tiempo se trabajaba en el campo con tiro de mulas, los asaltantes no se las llevaban porque estas bestias no aceptaban ser ensilladas. Los forajidos las echaban fuera de los corrales y metían sus caballos a beber agua y comer pastura. Mis patrones atendían a los jefes, quienes permanecían hasta tres días en la hacienda.

Por los constantes asaltos y la tremenda escasez de dinero, tanto los campesinos como los empleados de los ranchos vivíamos en condiciones paupérrimas, siempre con la esperanza de un cambio favorable a nuestra adversa situación.

## **Tesoro en la Hacienda de Solís**

Para nuestro consuelo, un buen día se presentó ante nosotros un anciano mostrándonos unos planos amarillentos, indicándonos el lugar donde se localizaba un tesoro enterrado. Nos propuso a varios empleados de la Hacienda de Solís que proporcionáramos nuestro esfuerzo y dinero para dinamitar la puerta de la entrada. El lugar se encontraba relativamente cerca del rancho; preocupados le hicimos saber que no contábamos con dinero, pero sí con un decidido afán y entusiasmo para llevar adelante tan atractiva empresa.

Ese señor nos decía que al romper la puerta, ésta era una enorme loza de piedra, entraríamos a una cueva en donde a flor de tierra estaba un fabuloso tesoro que los indios en tiempos de la conquista habían acumulado y escondido, protegiéndolo de los robos que se efectuaban en aquella época, cuando los españoles trasladaban los metales preciosos a España.

Ante ese relato, nos invadió una inmensa alegría y un gran anhelo de salir de pobres. Si lográbamos extraer el tesoro, la mitad sería para el dueño de los planos y la otra mitad para nosotros. Como yo era el más chico y más jodido de esta cofradía, me tocaba menos que a los demás, pero como se hablaba de una formidable cantidad de oro en monedas me conformaría con mi pequeña participación.

Un domingo que no trabajamos en el rancho, salimos muy temprano al lugar acordado, a lo sumo cinco

kilómetros de retirado de la hacienda. Nuestra primera sorpresa agradable fue comprobar que efectivamente a la entrada había una loza grande de piedra, imposible de derribarla con alguna herramienta. Así que decidimos conseguir un hombre experto en colocar dinamita; un minero sería el indicado. Al fin lo encontramos y lo llevamos hasta ese sitio para que tuviera idea del trabajo que tenía que realizar para derribar la enorme piedra. No teniendo con qué pagarle, le propusimos darle una participación en el reparto del esperado tesoro; él aportaría la dinamita y su trabajo.

Una vez organizada la expedición, un sábado en la tarde abandonamos la hacienda, llevando en dos burros alimentos, leña, herramientas para excavar y costales para dormir. Además dos pistolas antiguas y un rifle para protegernos de algún desaguisado con gente extraña que se percatara de nuestra empresa. Ya avanzada la tarde, el minero empezó a hacer la perforación a mano, ayudándose solamente con una barreta propia para esos menesteres, para posteriormente colocar la dinamita y hacerla explotar en la noche, para evitar que localizaran el sitio de la explosión.

A las nueve de la noche, todos nos retiramos lo más lejos posible del lugar y nos dispusimos a dormir y a la madrugada siguiente acudimos para ver el resultado. Con gran alegría vimos la gran loza hecha pedazos que descubría la entrada a una cueva. Nos introducimos en ésta, caminando unos cuantos metros por un camino angosto. Más adelante éste se agrandaba unos cuatro metros de ancho por tres de alto, el piso de arcilla estaba muy compacto y en el fondo de la cueva, yacían unos esqueletos completos al descubierto y una lanza con la punta de obsidiana muy filuda. Los sacamos, colocándolos a la entrada; enseguida comenzamos a excavar deseando hallar el tesoro, pero desafortunadamente lo que encontramos fueron puros esqueletos. En la noche, ya rendidos por el cansancio, nos dormimos, ya que había que llegar al rancho muy temprano para empezar las labores cotidianas.

Tan pronto me levanté, mis compañeros me preguntaron qué había soñado. Asombrado les contesté

que nada, pero insistían en que tratara de recordar. Ante mi negativa, me contaron que el anciano les había dicho que la persona que durmiera con un pedazo de hueso de alguno de los esqueletos, el difunto le decía exactamente dónde estaba el tesoro. Me acerqué al lecho que había improvisado con costales y constaté que habían puesto debajo de la almohada la quijada de un esqueleto. Terminó nuestra odisea sin hallar ni un centavo. Decepcionados, regresamos a nuestro trabajo y a seguir viviendo en la miseria.

## **El general Sixto Ugalde**

El general Sixto Ugalde cierto día se presentó en la Hacienda de Solís, donde yo trabajaba, con una numerosa escolta. Fue bien recibido y se le atendió espléndidamente; era un buen hombre, serio, decente, muy ameno en su plática y ajeno a causar ningún daño.

A todos en la hacienda, a patronos y empleados nos simpatizó mucho. Uno de mis compañeros de trabajo llamado Manuel Rodríguez, decidió darse de alta con dicho general. Poco tiempo después regresó en compañía de su jefe y nos platicó que le había ido muy bien, no había tomado parte todavía en ningún combate, sin embargo, traía muy buen caballo, magnífica montura, armas y buen dinerito. Nos animaba a que ingresáramos a las filas del general Ugalde. A mí desde luego me entusiasmó esta idea, pues estaba muy jodido y no veía ninguna expectativa favorable para mí, así que decidí que me convenía entrar a la Revolución.

Para el efecto comencé a prepararme; recogí y escondí un caballo flaco, matado del lomo (con llagas que producen los fustes de la montura) y me dediqué a curarlo. Lo hacía todos los días, le llevaba de comer suficiente maíz con paja, que me robaba de los pesebres de las mulas de trabajo. Un día, de suerte, encontré tirada en el monte una carabina Winchester 30-30, la limpié y aceité cuidadosamente y la oculté también. El dueño de una tienda destartalada, la única que había allí, al confiarle que me iba a dar de alta con el general Sixto Ugalde me regaló una pistola muy antigua calibre 32. Mi caballo se iba recuperando, afortunadamente las llagas habían desaparecido.

En esos días, llegó mi madre al pueblo de Matamoros, Coah., a pasar unos días en casa de su hermano, mi tío Agustín; muy contento fui a verla y le comuniqué mi deseo de darme de alta en la revolución. Mi madre se rió mucho, pensando que yo bromeaba y me dijo que estaba loco. Horas después regresé muy triste al rancho, pero sin desistir en mi propósito.

A los dos días vino mi madre con su hermano Agustín a la hacienda a visitarme, allí le volví a insistir y viendo mi terquedad, accedió; además mi tío intervino convenciéndola que aceptara, porque al fin y al cabo, de cualquier manera yo me iría.

Al siguiente día, por la tarde, ella misma me preparó unas gorditas de manteca con harina de maíz (itacate), éstas duraban varios días sin hacerse duras ni agrias. Esta faena la terminó como a las ocho de la noche, yo la acompañé en la cocina, me hizo un envoltorio guardándolo en un morral de ixtle; antes de despedirme, me hiqué para que me diera su bendición. Una vez concluido este ritual, me besó y me preguntó con cuál general me iba a ir, le contesté inmediatamente que con el general Sixto Ugalde. Al escuchar este nombre, mi madre sonrió a pesar de las lágrimas y de su rostro desapareció la preocupación, diciéndome que había sufrido porque creía que iba a unirme al Ejército del general Benjamín Argumedo o con el general José Inés Salazar (las madres sabían cuáles eran los que peleaban).

Me hizo ver que a mi tío José lo habían fusilado, él fue constitucionalista y lo asesinaron los Villistas; de mi tío Luis no tenían noticias, probablemente había muerto en algún combate. Sólo quedaba vivo mi primo Ramón Marroquín a quien habían ascendido, por su valor, a jefe del Estado Mayor del general Benjamín Argumedo.

Mi primo Ramón era general y sólo tenía veinticinco años cuando aprehendieron al general Benjamín Argumedo, que estaba enfermo en una cueva en Cuencamé, Dgo. Mi primo estaba a su lado. Los denunció el general Pedro Rodríguez Triana ante el general Francisco Murguía. Éste ordenó un consejo de guerra cuyo fiscal fue el general Antonio Romero, quien sentenció a muerte al general Argumedo, no así a mi primo Ramón Marroquín que por su corta edad y la lealtad a su jefe, fue absuelto.

Mi madre se tranquilizó ya que tenía conocimiento de que el general Ugalde era buena persona. Ya con todo preparado me dispuse a localizar al mencionado general. Por unos arrieros supe que había pernoctado en la Hacienda del Coyote y que su próxima salida sería a Matamoros, Coah., así que tendría que pasar por la Hacienda de Solís.

Esperé con impaciencia cerca de la finca, el corazón me palpitaba de contento y miedo a la vez. Me escondí a la orilla del camino en un mogote de mezquite, siempre atento por sí pasaba la tropa. Por la mañana, divisé a lo lejos una polvareda, señal inequívoca de movimiento en el campo, tanto de ganado como de gente armada. Mi primera decepción fue descubrir que era un atajo de mulas. Se hizo de noche y tuve que calentar un poco de café en un recipiente, poco después cené sin ninguna prisa. Al otro día me puse nuevamente a vigilar y al atardecer apareció un sinnúmero de jinetes armados que venían a todo galope. Los últimos que pasaron gritaron:

¡Viva el general Sixto Ugalde!

Presuroso fui hasta donde tenía el caballo, el cual se encontraba muy inquieto por el ruido de las caballerías. Con mucha dificultad terminé de ensillarlo y en-

seguida me marché siguiendo la pista de los revolucionarios. Llegué al pueblo de Matamoros, Coah., y pregunté por el contingente del general Sixto Ugalde. Me informaron que había pasado por ahí, hacía mucho rato, sin detenerse. Continué cabalgando con la esperanza de alcanzarlos, cuando anocheció me detuve cerca de un arroyito y desensillé mi caballo, para que bebiera agua y comiera un poco de maíz. Yo cené mi itacate y sobre unos costales me dormí.

Al día siguiente, de nuevo, empecé mi viaje a caballo, y al mediodía llegué a la Hacienda de Jimulco, propiedad muy extensa con abundante agua. Interrogué a unos empleados sobre el paradero de la tropa del general Ugalde. Me contestaron que había pasado la noche en la hacienda, pero que muy temprano partieron rumbo a Zacatecas. Mi caballo ya no podía caminar, estaba muy agotado, yo me sentía demasiado cansado y desalentado por mi fracaso. En la hacienda permanecí casi ocho días esperando que regresara el general Ugalde, pero éste no llegaba. Desesperado, regalé el caballo, vendí el rifle y la montura para comprar un boleto de tren a Torreón. Al arribar a esta ciudad, me fui a Matamoros, Coah., a ver a mi madre. Cuando llegué a casa de mi tío Agustín, toqué a la puerta y al abrirla mi madre, ésta se inclinó haciéndome una reverencia; luego exclamó:

—Pase mi coronel.

Me acerqué a ella moviendo negativamente la cabeza. Me abrazó y me besó emocionada mientras me decía:

—Por lo menos serás capitán.

—Tampoco —le contesté.

Le relaté que había tenido mala suerte, pues nunca logré alcanzar al general Sixto Ugalde. Este ya era un hombre maduro, su cabello y su bigote estaban canosos. Como quiera que sea a este señor le debo la vida, pues quién sabe si al haber peleado a su lado contra otros grupos antagónicos me hubiera tocado un balazo mortal debido a mi poca experiencia y desconocimiento de las armas.

Seguí conversando con mi madre y le dije:



Enrique Marroquín Pámanes cuando tenía 15 años de edad y quería darse de alta con las tropas del general Sixto Ugalde.

—Si alcanzo a mi general me doy de alta y puedo tener éxito en los combates, así como también en las huidas. Y si continúo en las filas del ejército revolucionario, estoy seguro que algún día hubiera sido general de división o de pérdida gobernador de mi estado.

Pero mi destino ya estaba escrito que sería agricultor y sortearía los combates contra las inclemencias del tiempo, heladas, granizadas, plagas, sequías e inundaciones. Combates sin cartuchos contra los embates de la Conasupo, por la falta de precio a nuestros productos; la negación del seguro agrícola para pagar los siniestros causados por las sequías, plagas y otros elementos.

También me enfrenté al grave problema que representan los bancos monopolizadores que, al otorgar préstamos, exigen garantías de la propiedad y la factura de la maquinaria, valorizándola a precios ínfimos y cobrando intereses tan elevados que ningún productor agrícola los resistiría. Por último, los asaltos en la carretera de la Policía Federal de Caminos. He luchado contra todos estos enemigos y por suerte estoy vivo.

## El general "Pasojo"

Los asaltos continuaban causando estragos en la economía de los ranchos y como el año había sido muy seco empezó a escasear el maíz y el frijol. En medio de todo este caos sucedió un caso muy chusco. Una tarde se presentó en la Hacienda de Solís un individuo bien armado, montado en un buen caballo. Mis patrones lo recibieron y lo atendieron; se dijo amigo personal del general Villa y confesó tener una misión secreta que cumplir, para lo cual necesitaba reunirse con sus demás compañeros guerrilleros para lograr el resurgimiento de la División del Norte. Se hacía llamar el general José García y comentó que debido a lo delicada que era su misión, le impedía siquiera tener asistente. Pidió dinero y mis patrones le prestaron cincuenta pesos, pues aparentaba ser un hombre serio y decente. Además lo invitaron a comer y al terminar se despidió diciendo que tenía que irse a descansar a sus escondites.

Al otro día todos los comentarios giraban en torno a la personalidad del general García y todos creímos en el encargo que le había encomendado el general Francisco Villa. A los ocho días, volvió aquel hombre a la hacienda; en esa ocasión llegó a la una de la tarde, precisamente a comer y pedir dinero y ambas cosas se le proporcionaron.

Días después, al visitar mis patrones otros ranchos con objeto de programar cultivos y costos en las labo-



Enrique Marroquín Pámanes (al centro) con algunos partidarios del general Sixto Ugalde.

res agrícolas, se aclaró que el susodicho general García acudía con todos los rancheros con el mismo cuento de su gran comisión. En resumidas cuentas se descubrió que era un simple vividor y se le adjudicó el mote del general "pasojo" (este nombre se utiliza para identificar el estiércol de los caballos y los burros). Así que ya nadie creía en él, pero como era un hombre que no dañaba a nadie y que además era un buen conversador, se le siguió aceptando en los ranchos, incluyendo el de mis patrones.

Liquidada en Celaya, Gto., la famosa División del Norte, las fuerzas constitucionalistas empezaron a organizar efectivos militares en el norte del país para ir consolidando el gobierno federal, del cual tomó las riendas don Venustiano Carranza en 1917.

El encargado de la vigilancia en el campo, al mando de una fracción de ochenta hombres, era un capitán intrépido y muy activo que se llamaba Francisco Franco, como el desaparecido dictador español. A menudo se lanzaba en persecución de gavillas asaltantes que asolaban la región. Por tal motivo los empleados de los ranchos trabajábamos tranquilos.

En cierta ocasión, este militar llegó a la hacienda al mediodía y como ya era costumbre, el general "Pasojo" estaba comiendo con nosotros. Al verlo el capitán Franco lo conminó a entregarse diciéndole que lo iba a fusilar y a colgar para escarmiento de los demás. El general "Pasojo" no se inmutó y con gran aplomo le respondió que él no había cometido ninguna fechoría, que lo podía comprobar preguntándole a mis patrones si los había robado. Luego recalcó:

—Yo vengo aquí porque me invitan a comer mis amigos.

El capitán Franco estaba resuelto a matarlo, pero mis patrones lo salvaron al suplicarle que no le hiciera daño. Éste de mala gana aceptó, concretándose a desarmarlo. Al pobre general "Pasojo" lo escondieron tres días, pues temían que si el capitán Franco lo volvía a encontrar lo fusilaría.

Diez años más tarde, cuando trabajaba por mi propia cuenta, renté la Hacienda de Guadalupe y un día,

al inspeccionar el trabajo de los peones, me acerqué a uno de ellos y le pregunté cómo le iba; volteó y me contestó que bien. Cuál sería mi sorpresa al descubrir que era nada menos que el general "Pasojo". Antes de seguir interrogándolo, se me adelantó diciéndome que se acordaba de mí. Con mucha curiosidad le pregunté por qué no había ingresado al ejército. Me respondió que al rendirse su jefe y gran amigo, prefirió volver al campo. Estoy seguro que ese pobre hombre ni siquiera conoció al general Francisco Villa.

## **Nicolás Ferniza, guerrillero villista**

Meses antes que concluyera el año y como se había establecido un resguardo, todos los trabajadores en las haciendas desempeñábamos las labores de rutina sin sobresaltos; esto nos permitía vivir en un ambiente apacible. No obstante, apareció en la Región Lagunera un osado guerrillero con más de cien hombres, bien armados y montados en magníficos caballos. Este individuo pertenecía a las tropas del general Francisco Villa y venía a operar a La Laguna. Por ser originario de San Pedro de las Colonias, conocía muy bien la región, es obvio que por esta razón, el general Villa lo comisionó para que guerreara en estos lugares. Este hombre se hacía llamar Nicolás Ferniza, y asaltaba los ranchos con todo y resguardos, derrotándolos enseguida; también se enfrentaba con grupos de carrancistas, inclusive en una ocasión derrotó al propio capitán Franco.

Un día se presentó sorpresivamente en la Hacienda de Guadalupe y venció en pocos minutos al resguardo de defensa de esa finca y se llevó los caballos y armas. Más tarde, continuando su hazaña, atacó la Hacienda del Coyote e hizo lo mismo que en la anterior. De allí se dirigió a la Hacienda de Solís para continuar su acción de pillaje, pero como ya habían dado la voz de alarma al capitán Franco y a la acordada de Matamoros, Coah., que comandaba un revolucionario llamado Marcelo Velázquez, todos acudieron de inmediato a prestar ayuda. Lo sorprendieron por la retaguardia y el guerrillero no tuvo más alternativa que replegarse e internarse en el Cañón del Perico, distante cinco kilómetros de la Hacienda de Solís. El enfrentamiento fue espantoso, pues participaron más de trescientos hombres. Finalmente derrotaron a las fuerzas de Nicolás Ferniza y éste murió en el combate.

Brígido García, elemento del resguardo de la Hacienda de Solís, recogió el cadáver, sobre su caballo lo llevó a la finca y en el patio tiró el cuerpo inerte del guerrillero. Salvajemente le abrió la boca y con un fierro le desprendió los dientes de oro, mismos que guardó en la bolsa de su camisa, y en seguida con un filoso cuchillo lo degolló. Las tropas del capitán Franco lo llevaron a Torreón y en la puerta del casino de La Laguna, exhibieron la cabeza de Nicolás Ferniza durante dos días. De ahí en adelante siguió un corto período de paz en la Comarca Lagunera, se abrieron nuevos campos y hubo más producción y prosperidad.

## **El asesinato de mi primo Enrique Pámanes**

Sin embargo, a pesar de esa relativa tranquilidad, una mañana se presentaron inesperadamente en la Hacienda de Guadalupe cuatro bandoleros y se introdujeron en la casa a robar, tomando desprevenidos a los empleados. Éstos corrieron para proteger sus vidas ya que estaban totalmente desarmados. Los delinquentes asesinaron cobardemente a tres de ellos: José Castro, bodeguero de esa finca; Luis González, que desempeñaba el servicio de velador y a mi primo hermano Enrique Pámanes, administrador de la hacienda. Después, los malhechores se dedicaron a robar lo que encontraron, llenando costales con ropa, mercancía y también por supuesto, dinero. Acto seguido ensillaron cuatro caballos y se marcharon con su valiosa carga, sin que nadie se atreviera a seguirlos.

Fue algo inaudito debido a que el atraco lo efectuaron a las nueve de la mañana, cuando todos almorzaban en el comedor, tomándolos por sorpresa, pues los asaltos sucedían en la noche y eran esporádicos. Como ya mencioné en cada finca había instalado un pequeño resguardo particular. Ese asesinato indignó a todos los moradores de los ranchos circunvecinos, los cuales se unieron para exigir que se castigara a los autores de los crímenes. Se supo que los asesinos radicaban en rancherías despobladas y su ocupación era robar en parajes desolados tanto de día como de noche. Marcelo Velázquez, jefe de la acordada se dedi-

có a localizar a esos criminales, logrando atrapar en una noche, a dos de ellos, fusilándolos y colgándolos en la Hacienda del Coyote. Poco después capturó a los otros dos llevándolos a la Hacienda de Guadalupe y en el mismo lugar en que asesinaron a los empleados les dio muerte.

## **La influenza española**

En el mes de febrero de 1918 sucedió una terrible tragedia, surgió la epidemia de gripe llamada influenza española que era una enfermedad mortal, quien la padecía moría irremediablemente en pocas horas. Diezmó a más de un millón de mexicanos en toda la República. En el rancho donde vivíamos morían diariamente de veinte a treinta personas. Las cajas de madera se agotaron rápidamente así que se abrieron fosas comunes para sepultar una mayor cantidad de gente, envueltas en sábanas o petates. Se les trasladaba al panteón como fardos en carretones de mulas.

Ante la magnitud de esa desgracia nos fuimos a refugiar a Torreón con la esperanza de encontrar alguna medicina preventiva, pero no existía ningún medicamento que combatiera esta enfermedad. En Torreón, por tener más habitantes, el espectáculo en las calles era deprimente y desalentador. En ese año, en los estados de Michoacán y Guanajuato merodeaba un bandolero muy audaz, saqueador y vuelatrenes llamado José Inés Chávez García. Este cabecilla tenía constantemente en jaque al gobierno, cometía sus fechorías en distintas partes y atacaba pueblos indefensos asesinando a

las autoridades. Nunca se le pudo capturar y la única que consiguió ponerlo en orden, fue la Parca, pues comisionó a la influenza española para que lo silenciara y después se lo llevó a la tumba.

En los ranchos de aquella época, en plena revolución, había una franca camaradería entre patrones y campesinos: éstos nos invitaban a sus fiestas y bailes, nosotros los ayudábamos a sus fiestas religiosas cooperando con dinero y alimentos, les bautizábamos a sus hijos y apadrinábamos sus bodas cuando ellos lo solicitaban. En tales condiciones nos señalaban escondites para protegernos de los asaltos en la noche, también nos tenían al tanto cuando se enteraban de la preparación de alguno que fuera a suceder.

Un día le comunicaron a nuestros patrones que se habían enterado que el próximo viernes en la noche asaltarían la casa para robarse el dinero de la raya. Estos se prepararon desde mediodía citándonos en la tarde para darnos instrucciones de cómo obrar para resguardarnos.

El hijo del mayordomo que era amigo mío y tenía mi edad, me propuso un escondite en el campo, retirado de la casa grande, en el cual nunca nos encontrarían. Este consistía en acudir a una labor de maíz ya recolectado, es decir ya cortado en sus plantas y apiñado en forma de "monos". Acudimos a ese lugar y nos pareció muy buena idea escondernos dentro de un "mono" el cual abrimos con cuidado y nos introducimos quedando sentados espalda con espalda en forma cómoda.

En ese sitio había más de quinientos "monos" y elegimos uno que estaba en el centro del campo. Había luna llena así que nos permitió elegir el que más nos gustó. Nos dormimos enseguida pero como a las diez de la noche escuchamos el rebuzno de un burro, despertamos y pensamos sería un animal que andaba buscando comer rastrojo.

Instantes después escuchamos voces que iban subiendo de tono pero lo inaudito e increíble fue que llegaron precisamente a pizar las mazorcas en el sitio en donde nos escondíamos. El terror que se posesionó de

nosotros fue terrible pues al pizcar las cañas nos descubrirían. Como indiqué hacía muy bonita luna, y sin ponernos de acuerdo, instantáneamente salimos corriendo despavoridos gritando. Los hombres aludidos sufrieron un susto tremendo, quizá más grande que el de nosotros, y corrieron también por otro rumbo.

Al amanecer nos presentamos en el rancho, en el cual por suerte no hubo ningún asalto. Comunicamos a los patrones nuestra odisea y como principio no la creían, acudimos todos al lugar indicado y comprobamos que allí estaba el burro, los costales con unas mazorcas, un cántaro de agua y una cobija vieja. Por tal motivo probamos que los susodichos individuos habían ido allí a robar maíz. Qué curioso que nosotros elegimos un escondite y ellos eligieron el mismo "mono" para que no los vieran robando maíz.

## **Llegaron "los fríos" a la Región Lagunera**

El año de 1918 fue un período agrícola muy bueno. Llovió abundantemente lo que propició grandes cosechas de algodón, con tan buena suerte para los agricultores, que el precio de este producto llegó a cotizarse a ochenta dólares el quintal de 46.02 kilogramos, así que las ganancias de los que sembraron fueron fabulosas.

Como la cosecha era buena, los empleados trabajábamos intensamente en la recolección del algodón. La rutina diaria era agotadora. Nos levantábamos a las cinco de la mañana, íbamos a los corrales a ayudar a

poner los filetes para guarnecer los troncos de las mulas, para luego salir e iniciar las labores en el campo. Regresábamos a comer a las dos de la tarde. Después, nos dirigíamos a los corrales a echar pastura a la mulada, agua a las canoas para que bebieran y vigilar que las mulas bravas no se aprovecharan de las mulas tontas, no permitiéndoles que se arrimaran a comer. Lo mismo que pasa ahora con los hombres, tanto políticos como empresarios, que se sientan a la mesa y no dejan acercarse a las gentes tontas a comer en la misma mesa.

Sin embargo, a pesar de esta abundante cosecha que produjeron las oportunas aguas, en los lugares bajos de los campos agrícolas quedaron grandes charcos de agua estancada que les decían lagunetas. Estas propiciaron una cantidad exagerada de mosquitos de todos tipos, apareciendo el famoso anófeles, causante del paludismo que contagió con rapidez a los peones y a sus familias.

Como esta enfermedad era desconocida en la región lagunera, nadie sabía atacarla ni curarla. Por tal motivo en los ranchos acudíamos a curanderos y brujos quienes daban a tomar una bola de yerbas que no sólo no nos curaban, sino que nos producían un terrible malestar estomacal.

Yo tuve la mala suerte de contagiarme de esta enfermedad y a pesar de ello, como era el único rayador, tenía que seguir trabajando. Así que me levantaba como de costumbre muy temprano para ir al campo a apuntar los peones en mi libreta. Tenía que terminar antes de las diez de la mañana, ya que a esa hora principiaban los ataques que me daban, con terribles escalofríos y enseguida temperaturas hasta de cuarenta grados.

A veces no alcanzaba a llegar al rancho y acostarme durante tres horas a resistir el ataque, así que en el camino me bajaba del caballo y con una cobija que portaba me acostaba en pleno suelo como un perro a resistir el proceso de este mal. Pasado éste, subía de nuevo al caballo y me presentaba en la casa a pasar la raya al tenedor de libros, que así llamaban al cajero..

A esta enfermedad le decían "los fríos" pues no se sabía que se denominaba paludismo. Creo que apareció en la región cuando algunas personas que vinieron del sur de México ya enfermos, fueron picados por mosquitos que transmitieron este mal.

Los patrones por fin enviaron por un médico de Torreón, quien nos empezó a inyectar quinina que resultaba muy dolorosa y lenta para curarnos. Mi endeble organismo, de por sí enclenque por la subalimentación que recibía, quedó reducido a un esqueleto. No sé cómo pude sobrevivir a esta prueba. En aquellos tiempos la alimentación y la medicina estaban muy atrasadas, así que la gente moría relativamente joven. Afortunadamente ahora la medicina ha avanzado mucho y el promedio de vida de la humanidad es mayor, aunque esto a la larga es un problema debido al aumento demográfico, que se presenta en el mundo entero sin poder hasta ahora detenerlo.

## **Mi primer noviazgo: una telefonista**

A principios del mes de enero de 1919, mis patrones me enviaron a la Hacienda de la Florida, ubicada a la orilla de la vía del ferrocarril, a 35 kilómetros de Torreón. En esta propiedad, desempeñé el cargo de rayador y me asignaron un sueldo de treinta pesos al mes. Empecé a enviarle a mi madre veinte pesos, así que me las averiguaba con sólo diez pesos mensuales.

Esa finca la acababa de comprar Don Jesús Pámanes y contaba con 800 hectáreas de riego y sólo tenía



Don Jesús Pámanes en la Hacienda Florida en 1932.

una pequeña casa. Rápidamente empezó la construcción de casas de material para alojar a los empleados, buenos corrales, planta despepitadora y una casa grande para los patrones. En este lugar mejoró notablemente la comida.

Cerca de la hacienda se encontraba la Estación Porvenir. Corría un tren diario de Torreón a San Pedro de las Colonias. Por medio de éste, recibíamos la prensa que se editaba con el nombre de *La Opinión*, que todavía existe, y de esta manera nos enterábamos de las noticias de la región y de las correrías en el norte del general Villa. Una vez por semana practicábamos el tiro al blanco. En ese mismo año se finalizó la remodelación de la Hacienda de la Florida.

En la Región Lagunera se estableció una red telefónica que daba servicio a los ranchos. El dueño de esta empresa era un señor de apellido Sepúlveda. Los teléfonos funcionaban con baterías, ya que en esa época no había energía eléctrica. Las oficinas estaban distribuidas en toda la comarca tomando en cuenta la distancia que lograban abarcar las baterías. Así quedaron organizadas en oficinas que llamaron Campo A, Campo B, Campo C y Campo D. En cada uno de los campos había una persona encargada de atender el teléfono desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche.

A mí se me encomendó la tarea de hablar a las oficinas de Torreón, para solicitar remesas de maíz. El lugar donde yo radicaba era el Campo C, de manera que mis conferencias telefónicas se limitaban únicamente a dicho campo, comunicándome solamente con una telefonista. Ésta residía en la Hacienda de Venecia, distante unos diez kilómetros de la Hacienda de la Florida.

En esta forma nos fuimos haciendo de confianza, su voz era muy agradable y su plática muy amena. Meses después convenimos en hablarnos después de las ocho de la noche, cuando ya no había servicio y nadie nos podía interrumpir. Nos hicimos novios, sin siquiera conocernos. Para mí era emocionante y novedoso, pues nunca antes había tenido novia. Pasaban los

días y crecía el amor y el entusiasmo. La disciplina que ejercían los patrones sobre los empleados representaba un serio obstáculo para acudir a verla, ya que no se nos permitía salir del trabajo.

En una ocasión Carmela, que así se llamaba la telefonista, muy contenta me comunicó que se había programado una gran fiesta en la Hacienda de Venecia para dentro de ocho días. Me apresuré a solicitar permiso anticipadamente a mis patrones, para asistir a esa fiesta y tuve la suerte que me lo dieran. Mi novia se puso feliz porque al fin se presentaba la oportunidad de conocernos personalmente.

Antes de la fecha señalada nos pusimos de acuerdo en la forma en que iríamos vestidos, para identificarnos sin ningún problema. Me dediqué a conseguir prestado un buen traje de ranchero y un buen caballo para trasladarme a la fiesta e impresionar a mi novia. Mi vestimenta fue sombrero y pantalón tipo texanos, una camisa con cuadros negros y rojos y botas vaqueras. Ella me dijo que iría con un vestido color verde y una peineta sujeta a su cabello.

Por fin llegó el ansiado día. Me hice acompañar de un mozo de la hacienda, para presentarme en la fiesta con prestancia y categoría. El gran baile se efectuaba en una galera grande, algo muy común en las haciendas. Al llegar me dirigí hasta donde se encontraba un conglomerado de gente. Mi asistente se hizo cargo del caballo. En aquella época se acostumbraba en los bailes de los ranchos, que las muchachas se sentaran en una hilera y los hombres permanecían de pie. Al empezar la música se acercaban a ellas solicitando la pieza. Mi sorpresa fue mayúscula al notar que había dos muchachas vestidas casi igual, una muy atractiva y la otra poco agraciada, más bien fea.

Invité a bailar, desde luego, a la más bonita, pues consideré que ella sería mi novia. La otra también salió a bailar y al pasar cerca de mí, se reía y con la mirada me hacía insinuaciones para que después bailara con ella. Yo no me daba por entendido y pensaba "ni que tuvieras tanta suerte para bailar conmigo".

A mi bailadora le dije que me sentía el hombre más

feliz al conocerla, por ser tan bonita y por ser mi novia. Al escuchar mi confesión se molestó. Sorprendido le reclamé por qué se comportaba de esa manera, si yo la quería sinceramente. Pero, ante su indiferencia y ya con cierta duda, le pregunté si ella era Carmela. Riéndose me contestó que así se llamaba la telefonista. La muchacha que en un principio me había hecho señas.

Cuando terminó la tanda, ella misma me llevó hasta donde se encontraba Carmela. Desde ese momento no se me despegó y para colmo de males no sabía bailar. Nos fuimos a sentar y me presentó con varias de sus amigas a quienes ya les había platicado de nuestro noviazgo. Me sentía terriblemente defraudado y para calmar mi coraje y frustración, les pedí excusas para retirarme y me fui derecho a una cantina a tomarme unos tragos de sotol. Mi asistente que estaba pendiente de mí, me sacó de allí todo mareado, me ayudó a subir al caballo y me llevó de regreso a la Hacienda de la Florida.

En el trayecto le venía comentando lo fea que era mi novia y lo bonitas que estaban las demás. Este, en lugar de consolarme me decía:

—De veras, qué fea está, ya no ande perdiendo el tiempo con esa mujer.

Después procuraba ya no hablar por teléfono y cuando lo hacía me disculpaba, diciéndole que tenía mucho trabajo. Así terminó mi primer noviazgo.

## **Secuestro de don Doroteo Ramírez y muerte de Venustiano Carranza**

El tren que pasaba todos los días, nos proporcionaba refrescos fríos, periódicos y revistas que nos mantenían informados acerca de los problemas políticos y las guerrillas que todavía persistían en el país. En ese tiempo, el general Francisco Villa daba mucho que hacer al gobierno. Su audacia era tal que una noche se presentó en Ciudad Lerdo, Dgo., con cincuenta hombres y secuestró a dos norteamericanos, altos funcionarios de la Hacienda de Tlahualillo. También a un importante agricultor, el señor Doroteo Ramírez, que estaba delicado de salud, por lo que suplicó al general Villa, permitiera que su hijo Ricardo lo acompañara, a lo cual Villa accedió.

Ciudad Lerdo, se encuentra a ocho kilómetros de Torreón, en cuya plaza había un contingente militar de aproximadamente dos mil soldados, que ni cuenta se dieron del rapto que durante la noche hizo el general Villa. Al otro día salió en su persecución todo un regimiento de caballería para atraparlo, cosa que no logró.

Comentaba don Doroteo que al abandonar Ciudad Lerdo se apartaron del camino por una vereda angosta para esconderse. Desde ese sitio pudieron observar el paso de las tropas que los perseguían, pero Villa, astutamente con anticipación había indicado a sus hombres que borrarán con unas ramas las huellas de sus caballos. Fue así como despistó a los soldados que intentaban darles alcance.

Después siguieron su camino hasta llegar a las estribaciones de la sierra donde se escondieron en una de las muchas guaridas del general Villa, para luego enviar a pedir el rescate. A los gringos, les impuso una cuota de un millón de pesos que la Compañía Agrícola de Tlahualillo liquidó de inmediato. A los familiares de don Doroteo Ramírez, les exigió doscientos cincuenta mil pesos, mandando a su hijo por el dinero. Éste sólo pudo conseguir cien mil pesos. Villa aceptó esa cantidad y les regaló dos caballos para que regresaran a Ciudad Lerdo.

Platicaba don Doroteo Ramírez que durante su cautiverio en la sierra, el general Villa lo había tratado muy bien, vigilando incluso su alimentación, así que terminaron por dispensarse amistad. Poco tiempo después cuando el general Villa, había depuesto las armas y vivía pacíficamente en la Hacienda de Canutillo, acudió al rancho de don Doroteo y lo invitó a unas peleas de gallos, que a los dos les fascinaban. Apostaron cierta cantidad en efectivo y ganó el señor Ramírez, así que de esta forma recuperó parte del dinero que le entregó al general Villa por el rescate del secuestro de que fue objeto.

El 21 de mayo de 1920 rápidamente se propagó la noticia del asesinato de don Venustiano Carranza, quien fue una gran figura de la Revolución Mexicana. En un principio, tras la Convención de Aguascalientes y la entrada de Villa y Zapata a la Capital, marchó a Veracruz y prosiguió la guerra civil. Fue designado presidente provisional para el período de 1915-1917 y logró que Estados Unidos reconociera al gobierno encabezado por él en 1915. Más tarde convocó el Congreso Constituyente, que aprobó la carta fundamental aún vigente.

Fue elegido presidente de la República el primero de mayo de 1917, puesto que debía dejar el 30 de octubre de 1920. Al acercarse el fin de su gobierno, apoyó como candidato a la presidencia al ingeniero Ignacio Bonillas. Esto disgustó a los generales Obregón y Pablo González que se levantaron en armas pues se creían con el derecho de sustituirlo en el poder. El ge-

neral Plutarco Elías Calles, ministro en el gabinete carrancista, renunció y se unió a la campaña. Varios gobernadores apoyaron ese golpe de Estado, entre ellos Adolfo de la Huerta del estado de Sonora. Desconoció a don Venustiano Carranza por medio del Plan de Agua Prieta, que se proclamó y firmó el 23 de abril de 1920.

Por esas fechas, llegaron a la Hacienda de la Florida dos emisarios del general Fernando Reyes, quien se había adherido al Plan de Agua Prieta. Los citados mensajeros avisaron a los patrones y al jefe del resguardo particular, que dentro de un par de horas llegaría el general Fernando Reyes con un contingente de doscientos hombres armados, aclarando que venían en son de paz. Efectivamente llegaron y se posesionaron del rancho, dándole de comer a la caballería. Al general y a sus soldados, mis patrones los atendieron ofreciéndoles buena comida. Ahí permanecieron dos días y antes de marcharse se les entregaron muchas provisiones.

El general Reyes aseguró a mis patrones que, al triunfo de la causa, los gastos originados por ellos serían cubiertos por el general Obregón, cosa que nunca sucedió. Es más, dos años después el general Álvaro Obregón mandó fusilar al general Reyes junto con el general Fortunato Maycotté por no estar de acuerdo con ellos.

Al estallar la rebelión de la huertista, don Venustiano Carranza decidió establecer su gobierno en el puerto de Veracruz pero antes de llegar, en un lugar llamado Tlaxcalantongo, Pue., fue asesinado. A la muerte de Carranza, don Adolfo de la Huerta asumió interinamente la presidencia de la República.

## **Rendición del general Francisco Villa. Sublevación de Guajardo y llegada de Juan Andrew Almazán**

Eliminado don Venustiano Carranza, el jefe de los famosos "Dorados", depuso las armas, terminando así su campaña de guerrillas. La capitulación se llevó a efecto en la ciudad de Sabinas, Coah. Villa obtuvo del gobierno que presidía don Adolfo de la Huerta, la Hacienda de Canutillo, situada en el estado de Durango. Esta propiedad se encuentra aproximadamente a 450 kilómetros de Sabinas. Villa, desconfiado como era, no aceptó trasladarse a dicha finca por ferrocarril, haciendo el largo recorrido por tierra, acompañado por una escolta de quinientos hombres seleccionados por él.

Su primera jornada, la realizó desde Sabinas, Coah., hasta San Pedro de las Colonias y llegó a descansar a la Hacienda San Antonio Gurza, propiedad de los señores Rafael y Antonio Gurza, quienes eran grandes amigos suyos. Ahí permaneció una semana. Mis patrones acudieron al rancho de los señores Gurza a conocerlo, permitiéndome ir con ellos. Fue así como pude ver por primera vez en persona al general Francisco Villa. Más adelante describiré mi visita a la Hacienda de Canutillo, acompañado por mi amigo Javier Gurza.

Los caballos, que habían escaseado por la gran demanda que tenían con los revolucionarios, empezaron a abundar pues las fincas dedicadas exclusivamente al cuidado y reproducción de corceles contaban con

más garantías. Así que los dueños de estos ranchos determinaron importar sementales finos de Estados Unidos. Poco tiempo después mis patrones tuvieron la oportunidad de adquirir caballos de mejor clase.

Yo, que anteriormente había afrontado serias dificultades para desempeñar mi trabajo de rayador con bestias corrientes —que además sufrieron heridas de bala—, me sentí halagado de montar buenos caballos. Como en las haciendas no había ninguna diversión, apenas uno que otro bailecito, competir en carreras de caballos se convirtió en mi pasatiempo favorito. Como era un buen jinete, delgado y muy joven, me hice corredor de caballos ya que además de gustarme me pagaban veinte pesos por cada participación en estas pruebas deportivas. Si competía dos veces en uno de esos eventos ganaba más que trabajando todo un mes. En algunas ocasiones monté totalmente a pelo.

En esa época se trabajaba mucho y se ganaba muy poco, la jornada de trabajo era de doce a catorce horas; no se sabía quienes fueron los Mártires de Chicago. No festejábamos los nacimientos ni los aniversarios luctuosos de algún héroe de la Patria. Tampoco se hacían "puentes" como ahora se acostumbra y que se llevan la cuarta parte de los días laborales en el año. Es más no había ni un puentecito para pasar un charco. Antes, los campesinos y nosotros los empleados realizábamos las faenas con entusiasmo y eficacia; de igual manera actuaban los revolucionarios, luchando tenazmente por alcanzar sus objetivos. Si ahora hubiera una revolución, se haría aspirando conseguir cuatro horas de trabajo por ocho de descanso.

Había inestabilidad política en el país, pues todavía se suscitaban levantamientos en diferentes partes de la República. En ese mismo año, se sublevó en Torreón el general Jesús M. Guajardo, el mismo que traicionó y asesinó al general Emiliano Zapata. Salió de Torreón en tres trenes militares rumbo a Monterrey, N.L., pero éstos se detuvieron precisamente cerca de la Hacienda de la Florida.

El general Juan Andrew Almazán, jefe de la zona militar de la Laguna, al percatarse de las intenciones

del general Guajardo, ordenó a sus hombres quemar por la noche un puente de madera de la vía del ferrocarril, ubicado sobre el canal de Cuije.

En el rancho, como de costumbre, nos levantamos muy temprano a empezar nuestros quehaceres diarios en el campo; con asombro un compañero y yo descubrimos el puente destruido. Ante esto los trenes no podían continuar su marcha y estaban siendo desalojados por la tropa en completo desorden para emprender la huida. Uno de los peones nos advirtió que dos soldados se acercaban con intención de quitarnos los caballos para escapar con los demás.

Afortunadamente nos encontrábamos cerca de un canal grande que estaba seco. Presurosos corrimos a ocultarnos para protegernos de las balas, ya que los soldados no cesaban de dispararnos. Luego de un rato salimos del canal, permaneciendo escondidos en un lugar seguro. Más tarde, dejamos los caballos en un mogote de carrizos y regresamos a pie a la hacienda. Cautelosos entramos a la casa grande, la cual había sido saqueada por las tropas de Guajardo que se llevaron los caballos, las armas y la mercancía de las tiendas. Mis patrones no estaban, ya que fueron advertidos con antelación que se aproximaban las tropas del general Guajardo, y de inmediato se marcharon a Torreón, en un automóvil Ford que tenían a su disposición.

En tales circunstancias quedé solo en la hacienda. A las cuatro de la tarde arribó un tren militar a la Estación Porvenir con las tropas del general Juan Andrew Almazán a bordo. Este se presentó en la finca y al verme, me preguntó quién era yo. Le contesté que era un empleado del rancho. Inspeccionó toda la casa y solicitó un plano de la Comarca Lagunera; como en la hacienda había varios, le proporcioné el más reciente.

Aunque el general Almazán conocía toda la región, me estuvo interrogando sobre algunos puntos, pues le interesaba saber cuál era la ruta más corta para llegar a San Pedro de las Colonias. Al concluir nuestra conversación me pidió un vaso de agua y al servírselo, observé que el dedo índice de su mano derecha lo tenía amputado hasta la mitad. Antes de abandonar la fin-

ca, me invitó a que lo acompañara; yo acepté de buen agrado y él me proporcionó un buen caballo y una pistola 32-20.

Iniciamos el viaje de noche, cabalgando a un lado de la vía del ferrocarril. Pasamos por las haciendas de Chávez, Santo Niño, Santa Teresa, Santa Lucía, Concordia, San Antonio Gurza y Bolívar. Mientras avanzábamos le platicaba al general Almazán mis experiencias como "repcionista" de asaltantes y gavilleros, cuando empecé a trabajar.

A las cinco de la mañana, llegamos a San Pedro de las Colonias, sin haber tropezado en todo el camino con algún elemento de las tropas de Guajardo. Este general poco tiempo después fue aprehendido en Monterrey, N. L., y fusilado enseguida. Descansamos unas horas en un hotelucho y al mediodía me regresé a la Hacienda de la Florida. El general Almazán me regaló la pistola y el caballo en agradecimiento por haberle servido de guía.

Al siguiente día llegaron mis patrones a la finca y al enterarse de lo sucedido durante su ausencia se disgustaron, sobre todo porque no aceptaban que el general Almazán me hubiera dado semejantes obsequios y me ordenaron que se los entregara lo más pronto posible. Me negué rotundamente diciéndoles que probaran si mentía, y que le preguntaran ellos mismos al general Almazán. Una vez que don Adolfo de la Huerta terminó su período como presidente provisional de la República, fue electo el general Álvaro Obregón, quien tomó posesión de su cargo el 30 de noviembre de 1920.

Mil novecientos veintiuno. Este año se presentó seco, así que las superficies para sembrar eran reducidas, de esta forma disminuyó nuestro trabajo. Para ocupar a la gente se iniciaron las faenas de preparación de tierras, tales como barbechos en seco, construcción de bordería nueva y reparación de los bordos antiguos. Con el deseo de hacer unas pequeñísimas siembras, solicité autorización a mis patrones para que me permitieran sembrar maíz dentro de las ace-

quias, que en el fondo conservaban humedad y abundante materia orgánica.

Al lograr el permiso, personalmente tomé el arado, enguarnecí el tronco de mulas —que de antemano sabía como se hacía— y procedí a arropar la tierra para posteriormente efectuar la siembra de maíz. La pequeña área de terreno que sembré era un poco más de una hectárea. La cosecha fue fabulosa: tres toneladas que vendí al precio de cincuenta pesos cada una. En total gané ciento cincuenta pesos, o sea, cinco meses de sueldo; de esta suma, le envié cien pesos a mi madre.

En el transcurso del año se construyó una escuela de buen material en la finca. Las autoridades educativas de San Pedro de las Colonias acudieron a inaugurarla y asignaron a un joven profesor llamado José Lomas. Por la noche se organizó una bonita fiesta con motivo de ese importante acontecimiento, y el profesor nos sorprendió gratamente cantando muy bien, ya que poseía una voz privilegiada. Todos los de la hacienda hicimos amistad con él y lo aprovechábamos en las fiestas o cumpleaños de los personajes del rancho, pues además tocaba la guitarra bastante bien.

Más adelante, en la hacienda se constituyó una pequeña orquesta integrada por los mismos campesinos, quienes amenizaban los bailes y demás festividades cobrando muy barato, pero como el dinero era escaso, arreglábamos con ellos el pago en especie: dos costales de mazorcas, medio costal de frijol y, lo más importante, un litro de sotol que es una bebida muy fuerte. Todos los demás les ayudábamos, tomando unos buenos tragos para que ellos no se emborracharan y pudieran seguir cantando hasta la madrugada.

Desde que me dieron el puesto de "repcionista" de asaltantes, me hice el propósito de ser amable con toda la gente y gracias a ello me granjeé muchas amistades. Cada mes un sacerdote visitaba la hacienda con objeto de confesar a los campesinos, bautizar niños y casar parejas. Muy a menudo me invitaban a ser padrino, tanto de bautizos como de casamientos. En una ocasión fui padrino de cuatro niños a la vez, así

que tuve muchos compadres entre los campesinos. El compadrazgo en la Región Lagunera es algo sagrado, un hombre está dispuesto a dar la vida por un compadre, si se presenta una situación difícil.

En el mes de octubre del año antes mencionado me escribió mi padre, comunicándome que el presidente Álvaro Obregón acababa de nombrar a mi tío político, Víctor Hernández Covarrubias, director del Colegio Militar con el grado de general.

## **Mi primera siembra de algodón en el Rancho Gilita**

Mi más grande aspiración era sembrar algodón, pero por mi cuenta. Esto me empujó a investigar en qué lugar otorgaban tierras en aparcería y aunque no contaba con ningún centavo, tenía la esperanza de que alguien pudiera ayudarme con aperos y semillas. Los costos de producción en aquel entonces eran muy baratos y los agricultores solían ayudarse mutuamente. Yo consideré la siguiente opción: pedir dinero a cuenta de la cosecha, lo cual se acostumbraba mucho en ese tiempo. Lo difícil para mí era conseguir la tierra, pues tenía la seguridad que con el contrato de aparcería en la mano no faltaría quien me brindara su apoyo.

Un buen día un compañero, empleado de un rancho vecino, me informó que en un rancho llamado Gilita, situado al sur de Matamoros, Coah., el señor José Sifuentes repartiría el domingo siguiente tierras en aparcería al 20% para el propietario. Con mucho entusiasmo me preparé para trasladarme hasta ese lugar,

saliendo a caballo el sábado por la tarde, sin que mis patrones se dieran cuenta.

Un compadre mío que conocía muy bien todos los caminos de la Región Lagunera me acompañó. Caminamos toda la noche y llegamos al rancho Gilita a las tres de la mañana; dormimos dos horas solamente porque muy temprano empezaron a llegar muchas personas solicitantes de tierras. Por ser de los primeros, supongo que por ello no tuve ningún problema, el señor Sifuentes me proporcionó diez hectáreas de muy buena calidad al 15% el partido, es decir, le entregaría dicho porcentaje de la cosecha en bruto. Después de entregarme el contrato, emprendimos el camino de regreso llegando a la Hacienda de la Florida a las nueve de la noche, muerto de cansancio.

Desde ese día empezaron mis problemas para iniciarme como agricultor independiente, puesto que no contaba con aperos ni mulas ni dinero y lo más difícil es que lo tenía que hacer a escondidas de mis patrones, ya que era una siembra de contrabando. Sin embargo, a pesar de todos esos obstáculos empecé a sentir una gran alegría al recibir la ayuda de mis amigos.

Mi primo segundo, Jesús María Pámanes, quien vivía cerca del rancho de Gilita, me prestó las mulas. Adolfo Pámanes, otro pariente que antes había sido mi patrón, me proporcionó la raya. Conseguí un mayordomo de confianza para que se hiciera cargo de las siembras, se llamaba Refugio Jaramillo, hombre sumamente trabajador y honrado. Durante los cuatro años que llevaba trabajando de gato en los ranchos, adquirí conocimientos en relación al cultivo del algodón, así que personalmente dirigía las labores.

Hacia mi recorrido de ochenta kilómetros de ida y vuelta a la Hacienda de la Florida en 18 horas, con un descanso de seis horas para el caballo. Yo ni siquiera eso podía hacer, ya que ese tiempo lo ocupaba en inspeccionar las labores realizadas y adelantar las siguientes. Esas jornadas las hacía cada ocho días. Cada semana, me pasaba casi dos días sin dormir, malpasadas que resistían muy bien mis 19 años de edad. Tenía enorme entusiasmo y gran anhelo de prosperi-

dad, de ser independiente; a esa edad se aguantan todas las penas.

El resultado de mi siembra fue magnífico, ya que en ese año aumentó considerablemente el precio del algodón que valía treinta dólares el quintal y subió hasta setenta dólares.

En total levanté cincuenta quintales en las diez hectáreas, a sesenta dólares el quintal arrojaron tres mil dólares, a tres pesos por dólar igual a \$9,000.00. Se gastaron tres mil pesos, por tanto la utilidad fue de \$6,000.00. La utilidad puede compararse con muchos años de sueldo.

En el mes de octubre presenté mi renuncia a mis patrones. Éstos estaban muy molestos al haber descubierto mi siembra de contrabando y por el éxito de la misma. Como no querían que me fuera me ofrecieron aumento de salario, pagándome \$300.00 mensuales como administrador; en fin, acepté mi nuevo puesto.

Al siguiente mes fui a la ciudad de México a visitar a mis padres y encontré muchos problemas económicos en mi casa: debían siete meses de renta, y a mi padre le había ido muy mal en su trabajo. Le entregué cinco mil pesos a mi madre y con esa cantidad solucionaron favorablemente su situación. Dos días después, retorné a la Región Lagunera con mil pesos con el firme propósito de buscar un pedazo de tierra para seguir sembrando.

## **Nazario Ortiz Garza, presidente municipal de Torreón, Coah.**

A fines del año 1922, participaron en contienda electoral como candidatos para la renovación del Ayuntamiento de Torreón, Coah., el general villista Macrino Martínez y un joven llamado Nazario Ortiz Garza. Éste se caracterizaba por ser un hombre dinámico, dotado de una inteligencia natural, con un espíritu revolucionario y una gran ambición por intervenir en las lides políticas. Además se destacaba por ser un magnífico organizador político; fácilmente se granjeaba la amistad y simpatía de todos, pues era una persona muy accesible y, lo más importante, conocedor de los problemas y carencias de este municipio. Al llevarse a cabo las elecciones, triunfó sobre su contrincante político.

El primero de enero de 1923, tomó posesión del cargo de presidente municipal de la ciudad de Torreón. El consejo quedó integrado por hombres activos y honrados, cuyo objetivo era efectuar una tarea digna para el municipio. Don Nazario realizó una labor fructífera que el pueblo de Torreón reconoció y aplaudió. En poco tiempo se construyeron escuelas de educación elemental e inició la pavimentación de las principales calles de la ciudad.

Por errores políticos nombraron gobernador del estado de Coahuila, al señor Carlos Garza Castro, quien desconocía por completo la problemática de dicha entidad, e intervino en el proceso que se llevaba a efecto,

tanto político como económico, en el municipio de Torreón, obstruyendo la actividad que desarrollaba don Nazario Ortiz Garza, como presidente municipal.

Todo el Ayuntamiento y el pueblo en general se opusieron, ya que Carlos Garza Castro no había sido elegido constitucionalmente gobernador del estado. Éste, en represalia, exigió la renuncia del presidente municipal y de los demás concejales, a lo cual todos se negaron respondiendo que solamente con las bayonetas desalojarían el edificio. Desgraciadamente de esta forma fue como los obligaron a abandonar el recinto.

Al terminar el período de Garza Castro, se convocó a elecciones para gobernador del estado de Coahuila, recayendo esta nominación en la persona del general Manuel Pérez Teviño, quien no ignorando la gran popularidad de don Nazario y de las aptitudes de éste para organizar a los ciudadanos, lo invitó a participar en su campaña que fue brillante, pues don Nazario logró una gran unificación. Como consecuencia se ganó el aprecio de todos y fue designado por elección, presidente municipal de Saltillo. Su actuación al lado del gobernador Pérez Treviño, quien hizo un excelente gobierno, colocó a don Nazario como digno sucesor al terminar el período gubernamental. En efecto, éste asumió el gobierno de Coahuila, desempeñando sus funciones con gran atingencia, arduo trabajo y honestidad.

A pesar del exíguo presupuesto con que contaba, construyó obras de beneficio para todos los habitantes del Estado, tales como el Ateneo Fuente, el Estadio de la Revolución, escuelas en los barrios pobres. Introdujo el agua potable y drenaje en varios municipios. Al terminar sus funciones como gobernador, fue senador y más tarde director general de la Comisión Reguladora (hoy Conasupo). En reconocimiento a sus grandes dotes de organizador, administrador y político de altura, el licenciado Miguel Alemán Valdés lo nombró Secretario de Agricultura, efectuando una completa reestructuración en el campo que produjo autosuficiencia en alimentos básicos, colocando a México por vez primera como exportador de granos básicos.

## **Sembré y coseché algodón con la ayuda de don Ángel Urraza**

La sequía se tornó abrumadora en 1922, peor todavía que el año anterior; de tal modo que de las ochocientas hectáreas de tierras cultivables de la Hacienda de la Florida, solamente habían sido regadas doscientas. Como ya mencioné, el salario que recibía era insuficiente; los trescientos pesos mensuales no resolvían mis problemas económicos, por tal motivo experimentaba gran inconformidad, pues ambicionaba una mejor suerte. Así que tomé la decisión de hablar con mis patrones con el objeto de obtener su permiso para sembrar por mi cuenta, una pequeña superficie de tierra de su propiedad.

En un rincón de la finca había un pedazo de veinticinco hectáreas de mala calidad, por esta razón no les interesaba cultivarlas. Este terreno colindaba con el canal del Cuije que transportaba las aguas que eran aprovechadas para irrigar las tierras de labranza de la Hacienda del Lequeito.

Mis patrones aceptaron que sembrara dicho terreno y no sólo eso sino también me ofrecieron todo lo necesario para iniciar los trabajos. Imagino que consideraron que no levantaría cosecha alguna y al no poder solventar la cantidad de dinero que ellos me prestaron quedaría endrogado y a su merced, hasta pagar la deuda con varios años de trabajo en la finca.

Para mi buena suerte, ese año los dueños de la hacienda emprendieron un viaje a Europa, dejándome a mí encargado de dirigir el rancho.

Las labores de preparación de la tierra se llevaron a cabo con toda normalidad. Mi pedazo de tierra empezó a sentir sed en el mes de mayo, por no haberse abastecido bien. El canal del Cuije, que era profundo en su construcción, escurría en su trayecto un volumen de agua de treinta litros por segundo. A estos escurrimientos les llamaban trasmínes. Muy preocupado, pensé que mi única salvación sería regar mi laborcita formándole un bordo de contención de estos trasmínes en el fondo del canal. De esta manera podría almacenar un volumen de agua considerable para darle dos o tres riegos de auxilio a mi algodón. Para efectuar esa pequeña obra necesariamente tenía que solicitar autorización.

Un sábado acudí a la Hacienda del Lequeitio. El administrador general de esta finca, don Ángel Urraza, era un señor de señores, respetado y querido por todos en la Comarca Lagunera. Al llegar, amarré mi caballo a un árbol que estaba a la entrada y me dirigí a tocar a la puerta. Desde afuera se escuchaba música de orquesta. Para mi fortuna el propio Ángel Urraza acudió a abrirla. Vestido pulcramente y con tan buen gusto, me recibió sonriente estrechándome la mano con un saludo afectuoso. Luego de saludarlo fui directamente al grano. Don Ángel, escuchó con interés mi problema; durante unos instantes reflexionó y luego dijo:

—Los reglamentos que rigen el funcionamiento de esta Compañía Agrícola (del Lequeitio), prohíben terminantemente utilizar las aguas del canal del Cuije para otras tierras que no sean las de esta hacienda. Pero no te preocupes. Para que puedas regar tu terreno, bailo arriba de los estatutos y asumo cualquier responsabilidad.

Continuamos charlando y me felicitó por mi deseo de prosperar y por mi gran empeño en salvar una labor que sin agua irremediablemente se perdería. Después muy pensativo me preguntó:

—¿Cuentas con equipo para realizar estos trabajos?

—No —le constesté—, en absoluto.

En ese mismo momento llamó al mecánico y al ma-

yordomo; a ambos les dio instrucciones para que al día siguiente, trasladaran todo lo necesario para formar el bordo e instalar tractor y bombas. Elaboré un planito, indicándoles a los empleados, el lugar preciso para que colocaran todo el equipo. Al marcharse los dos hombres don Ángel me dijo:

—No te apures, ellos te harán una perfecta instalación.

Emocionado por este grandísimo favor, dándole mil y mil gracias tratando de despedirme, me encaminé hacia la puerta. Antes de alcanzarla don Ángel me detuvo, diciéndome:

—Espera, te invito a disfrutar de la fiesta para que bailes con las muchachas y te tomes un trago de coñac.

Entramos al fastuoso salón de baile y me presentó con todos sus invitados. Sólo Dios sabe con qué gusto participé en esa amena y alegre fiesta que finalizó hasta las seis de la mañana. Estaba preparándome para abandonar la hacienda, cuando don Ángel Urraza me abordó aconsejándome con insistencia:

—No te vayas todavía, duerme todo lo que quieras, después te levantas a comer. En la tarde vendrá otra orquesta y más bailadoras para continuar la fiesta hasta el lunes.

A pesar de sentirme complacido y gozar de tantas atenciones, me asaltaba el temor de que los empleados no hubieran aún instalado el equipo de riego. A mi caballo también lo agasajaron ya que lo habían puesto en una caballeriza dándole suficiente pastura y agua.

El lunes en la madrugada, salí todo desvelado y crudo. Me fui de inmediato a mi labor. Con sorpresa comprobé que ya habían formado el bordo y éste tenía almacenada una gran cantidad de agua. Con ansiedad presencié la prueba de bombeo que resultó todo un éxito. Una vez terminadas todas las faenas, decidí efectuar el primer riego. Todo el día permanecí vigilando para proveer de combustible al tractor que me prestó mi benefactor, don Ángel Urraza. Terminado el primer riego, continué con el segundo por temor que

se acabara el raquítico escurrimiento del canal, ya que el año era excesivamente seco.

La cosecha fue maravillosa en la pequeña superficie de veinticinco hectáreas regadas. Los vecinos del lugar me visitaban y observaban con asombro el resultado de mi siembra de algodón con riego. Considero que esta prueba que libré, sirvió para que algunos agricultores programaran construir norias, estableciendo por primera vez en la Región Lagunera norias para extraer agua para las siembras de algodón. El éxito que obtuve me hizo recordar mi vida anterior, llena de angustias, carencias y privaciones, que si hubiera que regar el jardín de mi esperanza lo hubiera regado con lágrimas.

## **El “baile” en el Casino de La Laguna**

Poco después de haber regresado mis patrones de Europa, mi tío don Jesús Pámanes me llamó a Torreón y me dio la comisión de llevar a sus hijas Julia y Carmen, mis primas, al Casino de La Laguna. Como yo no tenía ropa adecuada para estos eventos sociales, mi tío me proporcionó un traje de etiqueta. Él, desde luego, usaba una talla más grande que la mía; de cualquier forma con seguros en la cintura se ajustó a mi medida. Las mangas de la camisa no sólo me cubrían los brazos sino también las manos. Para acortarlas me colocaron unas ligas, pero me ceñían demasiado y obstruían la circulación de la sangre; no obstante me



Carmen Pámanes de Haces Gil, Enrique Marroquín Pámanes y Braulio Fernández Aguirre, ex gobernador de Coahuila.

dije a mí mismo que tenía que tolerar esa molestia. Lo tremendo fue que al ponerme los zapatos, el pie no entraba totalmente, pues me quedaban chicos. Así que para poder introducir el pie les apliqué mucho talco, pero de todas maneras me apretaban horriblemente al caminar. Ante esto protesté enérgicamente, pero fue inútil pues el tiempo apremiaba.

En el automóvil de mi tío mis primas y yo nos dirigimos al casino. Mi primer tortura fue al entrar al edificio. Éste tenía, y creo que todavía los tiene, veintiocho escalones. Debido al insoportable dolor de mis pies, empecé a subir como perico: la punta del pie derecho hacia la izquierda y el de la izquierda, apuntando hacia la derecha. Por fin llegamos y nos sentamos, y naturalmente sentí un gran alivio.

La orquesta inició el baile ejecutando un bonito vals; las parejas abandonaron sus asientos disponiéndose a bailar. Invité a una de mis primas y al intentar moverme al compás de la música, cada movimiento me producía un espantoso dolor que me subía hasta la cabeza. Yo que era un buen bailarín, precisamente por eso me habían dado esa comisión, no podía dar materialmente un paso, mucho menos una vuelta.

Al fin se terminó la tanda y nos fuimos a sentar. En la siguiente, mi otra prima me pidió que bailara con ella; en la pista me concreté únicamente a dar pasos, no a bailar, escogiendo por supuesto la orilla de la pista de baile, porque en el centro de la misma, sufría a causa de los pisotones que me daban las demás parejas. En los ranchos, siempre había protestado porque las piezas las hacían muy cortas. Aquí le pedía a Dios que acabaran cuanto antes. Al concluir esta tanda ansioso llevé a mi prima a sentar.

Siguió la tercer tanda y afortunadamente invitaron a mis primas a bailar. Aprovechando esto me dirigí al WC, y me senté en la tapa, quitándome inmediatamente los zapatos para descansar. Desde mi sitio escuchaba la animación, los aplausos y la petición que los bailarines hacían a los músicos de la orquesta para que tocaran las tres tandas seguidas que se acostumbraban en esa época. Mientras eso sucedía, per-

manecí en absoluto reposo aproximadamente una hora.

Me encontraba muy a gusto cuando entró al baño un amigo mío y me sorprendió en calcetines. Me pregunto qué me pasaba. Le platiqué mi tragedia y luego de escucharme me comunicó que mis primas me estaban buscando, que fuera a atenderlas. Rápidamente intenté calzarme pero desgraciadamente mis pies se habían hinchado tanto que era imposible que penetraran completamente en los zapatos. Sin embargo conseguí meter medio pie y así me fui al salón arrastrando los pies. Me disculpé con mis primas y de plano me quedé sentado descalzo. Así esperé hasta que llegó la hora de retirarnos.

En la casa de mi tío ya estaba listo un carro y el chofer para llevarme a esa hora al rancho. A las cuatro de la mañana llegué a éste, con un fuerte dolor de cabeza. Creo firmemente que los policías y los encargados de dar tormento a los delincuentes para obligarlos a confesar sus delitos, no necesitan golpearlos ni torturarlos con procedimientos reprobables. Es suficiente que les pongan zapatos muy apretados y que los hagan bailar un rato y estoy seguro que confesarían hasta lo que no han hecho.

Colindaban con el rancho de la Florida dos fincas agrícolas. Una se llamaba Venecia, que tenía en arrendamiento don Enrique Vega, y la otra Porvenir que trabajaban dos hermanos: don Claudio y don Aquilino Sánchez. Tanto don Enrique como los señores Sánchez eran españoles; por ser mis vecinos los visitaba frecuentemente.

En cierta ocasión le manifesté a don Enrique mi deseo de seguir sembrando por mi propia cuenta. Éste, al advertir mi entusiasmo, me dijo que podía hacerlo en un rancho anexo a la Hacienda de Venecia denominado El Recuerdo, que contaba con cincuenta hectáreas de superficie.

Con mi reducido capital no podría afrontar los gastos yo solo, pero por fortuna don Claudio Sánchez me facilitó la semilla, la mulada y todo lo necesario para la siembra. El resultado fue bueno. Además, desde un

principio opté por reservar la cantidad de dinero que hubiera empleado en remunerar a más trabajadores, aparte de los peones. De manera que desempeñé al mismo tiempo los puestos de mayordomo, bodeguero y, a la vez, de patrón.

Continué sembrando pero ya en forma independiente, con mi propio capital. Compré aperos, mulada, semilla y una camioneta nueva. Como patrón tropecé con una serie de dificultades que hacían aumentar los costos de producción, al pagar los días de asueto y un sinnúmero de celebraciones de infinidad de héroes. Cuando yo era un infeliz trabajador nunca los aproveché, al contrario las jodas eran continuas todo el año.

## **Conocí al general Francisco Villa en la Hacienda de Canutillo**

Antes de concluir 1922 Javier Gurza, quien había sido mi compañero de escuela, me invitó a pasar unos días en su propiedad llamada Torreón de Cañas para ir de caza. Llegamos a la finca, en donde estaban de visita sus hermanos don Rafael y don Emilio Gurza, quienes nos convidaron a la Hacienda de Canutillo a saludar al general Francisco Villa.

Esta propiedad le fue proporcionada al general Villa, después que éste firmó su rendición con el gobierno provisional de don Adolfo de la Huerta el 28 de julio de 1920. También se le entregó un millón de pesos en efectivo y se le permitió conservar una escolta. Aquí permaneció Villa gozando de privilegios, ya que

también los gastos de sostenimiento de dicha finca los solventaba el gobierno.

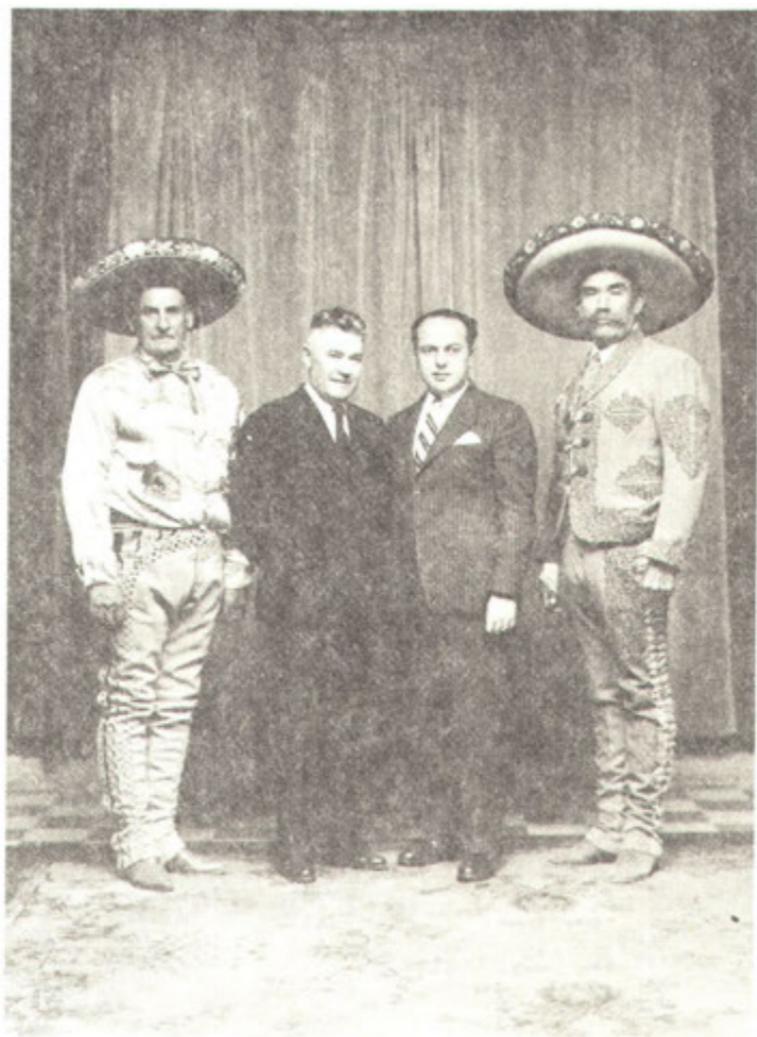
En su rancho, Villa nos dio la bienvenida y nos condujo al interior de una amplia sala decorada con muebles rústicos. Enseguida nos ofreció asiento sin dejar de hacer comentarios respecto a la sequía que prevalecía en la región. La charla duró varias horas. A las dos de la tarde pasamos al comedor y al terminar de comer nos llevó a hacer un recorrido por toda la hacienda, mostrándonos todos los trabajos, tanto agrícolas como ganaderos que bajo su dirección se estaban realizando.

Tenía una escolta de doscientos elementos jóvenes bien seleccionados, a quienes adiestraba con ejercicios de tiro al blanco y además los hacía trabajar también en el campo.

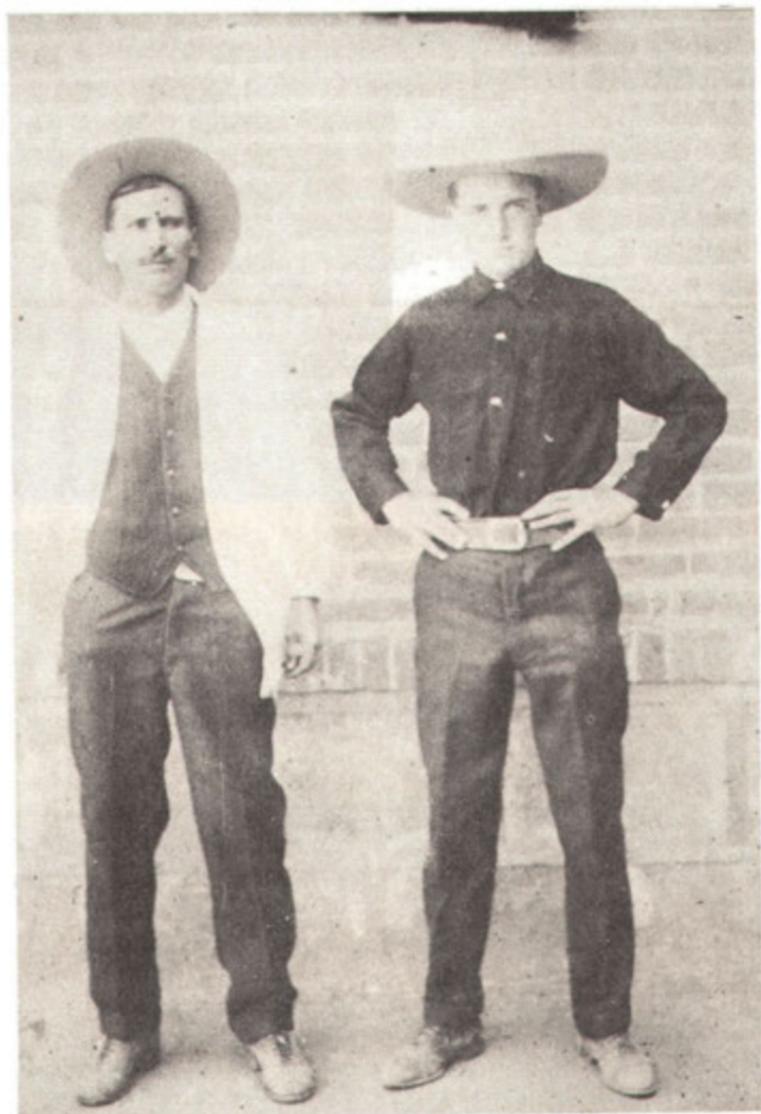
Conservaba a su lado a cuatro de sus mejores hombres: al general Ernesto Ríos, jefe de su escolta; al general Lorenzo Ávalos, al coronel Miguel Trillo, su secretario particular, y al coronel Daniel Delgado, que era su telegrafista. También lo acompañaban el general Nicolás Fernández y el general Michel.

Había construido una escuela en la cual agrupó a todos sus hijos, hombres y mujeres de distintas madres, ya que él había tenido muchas esposas. Hizo la buena obra de recogerlos para darles educación nombrando como profesor al señor Rodolfo Rodríguez. El citado profesor aludido era charro de verdad, tocaba la guitarra y cantaba bastante bien, pues tuve la oportunidad de hacerle segunda durante su estancia en Torreón. El coronel Daniel Delgado, después del asesinato de su jefe, se dedicó a la venta de mulada.

Los señores Gurza invitaron al general Villa a la Hacienda de Torreón de Cañas, para corresponder a su amabilidad y atenciones. En esta finca conversamos sobre la cacería. Villa nos indicaba en qué lugares de la sierra había venados, osos, guajolotes y hasta lobos. Nos aconsejaba también la forma de subir a las colinas, diciéndonos dónde podíamos encontrar agua para beber y sitios adecuados para acampar. Eran nota-



De izquierda a derecha el general Nicolás Fernández, jefe de Los Dorados de Villa; ingeniero José F. Ortiz, gerente general del Banco de La Laguna; señor Enrique Zunzunegui, dueño de la mitad de la Hacienda de Santa Teresa y de la fábrica de llantas Euzkadi, y el general Lorenzo Ávalos, miembro del Estado Mayor del general Villa, durante una recepción ofrecida por las fuerzas vivas de Torreón a los lugartenientes del Centauro del Norte.



Cruz Rodríguez, coronel villista, y Angel Marroquín.

bles sus conocimientos acerca de esos lugares y por esta razón al gobierno se le dificultaba localizarlo.

Como ya no andaba a salto de mata como guerrillero y le dejaban bajita la canasta, tenía tendencia a engordar; sin embargo todavía era ágil para montar a caballo. Era buen tirador sin ser algo extraordinario, a veces erraba al blanco. En sus conversaciones elogiaba a don Adolfo de la Huerta, a quien con afecto le decía "Fito". Seguramente si no lo matan en julio de 1923, en el mes de noviembre se hubiera levantado en armas a favor de don Adolfo de la Huerta.

Durante mi permanencia en el rancho de los señores Gurza, cierto día, salimos a cazar venados y guajolotes, los cuales abundaban en aquella región. Yo no tenía experiencia como cazador pero en esa ocasión, le di al blanco a un venado en la panza y como no lo rematé, pues deseaba conservar la piel y los cuernos como trofeo, me dediqué a seguirlo, mas éste animal caía al suelo, pero volvía a levantarse y corría un poco. Ya estaba a punto de alcanzarlo, cuando en un desesperado intento logró incorporarse, corriendo nuevamente a través de lomas y arroyos.

Cometí el gran error de seguirlo hasta perderlo de vista y me extravié. Por más que caminaba no conseguía llegar al lugar donde estábamos acampados, caminé parte de la noche y muerto de cansancio esperé a que amaneciera. Muy temprano comencé a vagar sin rumbo. Así pasé todo el día, sin comer, solamente bebí agua, la cual abundaba en la sierra. Tiré el rifle al suelo, que ya se me hacía pesado para llevarlo al hombro. En realidad ya no podía caminar, los pies los tenía ampollados y además mi organismo resentía la falta de alimentos.

Mis compañeros al no encontrarme, temerosos de que me hubiera sucedido alguna desgracia, regresaron a Canutillo a pedirle al general Villa que enviara gente conocedora de la sierra para localizarme, lo cual lograron ese mismo día. Como primera providencia me dieron unos exquisitos tacos de barbacoa, agua y enseguida me montaron en un caballo, llevándome a la Hacienda de Torreón de Cañas. Ya no pude acudir a

Canutillo a darle las gracias al general Villa por haber ordenado a sus hombres que me localizaran, pues al día siguiente emprendimos el viaje de regreso a Torreón.

## **Mi compadre Jesús Herrera y el asesinato de Villa**

Después de las derrotas que sufrió en 1915 la División del Norte en Celaya, León y Aguascalientes, el general Francisco Villa se convirtió en guerrillero y por tal motivo se rebeló contra el gobierno que presidía en forma provisional don Venustiano Carranza. Los famosos generales Maclovio y Luis Herrera no estuvieron de acuerdo en continuar con Villa, ya que carecía de bandera ideológica, así que optaron por adherirse al constitucionalismo. En represalia Villa, enfurecido por esta acción, asesinó vilmente al padre y a uno de los hermanos de los generales Herrera: a don José de la Luz y a Zeferino. Mi compadre don Jesús Herrera, con la pena clavada en el alma por el recuerdo de la muerte de sus seres queridos alimentó, como es natural, un odio tremendo hacia el general Villa, pensando a cada momento en la venganza.

Villa había dejado en todo el norte infinidad de gente dolida: viudas, hijos, hermanos, etc., así que sería fácil encontrar hombres que aceptaran intervenir, sin cortapisas ni condiciones, en un plan preparado minuciosamente para eliminar al general Villa, ya que éste aunque estaba alejado de toda actividad política y militar representaba un serio peligro, pues posible-



GENERAL BRIGADIER MACLOVIO HERRERA  
NACIÓ EN SAN JUANICO, PARRAL, CHIH., EL 15 DE NOV. DE 1879.



General Maclovio Herrera.

mente algún día podría tomar las armas nuevamente como guerrillero, dirigiendo asaltos y depravaciones, provocando más derramamiento de sangre.

Cuando fui vendedor de seguros entre las muchas personas que conocí, estaba don Jesús Herrera, que era Jefe de la Oficina Federal de Hacienda en Torreón. Y aunque no le vendí ningún seguro, nos hicimos amigos. Don Jesús era un hombre muy serio, recatado, honesto y de pocas palabras, y yo como siempre fui muy parlanchín, le caí bien y frecuentemente me invitaba a platicar. Conocí a su esposa María y a sus hijas Emma, Carmen y Alicia. Nos hicimos grandes amigos y al igual que yo, él me profesaba un sincero afecto al grado de llamarnos compadres.

Al fin un día, por ley, llegamos a serlo. Al contraer matrimonio su hija Emma con el señor Sóstenes Berdeja, hombre de lucha que más tarde triunfó económicamente, me nombraron padrino de la boda por iniciativa de don Jesús. Concluyendo este acto, me estrechó en un fuerte abrazo diciéndome:

—Ahora sí somos compadres de a veras.

En cierta ocasión mi compadre me invitó a su casa; haciéndome pasar a su recámara y a puerta cerrada, me sirvió un trago de coñac. Terminando su bebida, me reveló con gran enojo:

—El general Francisco Villa asesinó personalmente a mi padre y a mi hermano Zeferino, ejerciendo venganza porque mis hermanos Maclovio y Luis se le voltearon para incorporarse al ejército constitucionalista.

Don Jesús muy alterado me comentaba que su deber de hombre y de hijo era vengarse, matando al general Villa. Yo quedé atónito ante esa divulgación; después de reponerme de la sorpresa le dije:

—Es muy difícil llevar a cabo esa acción; hace dos meses estuve en Canutillo y pude presenciar los entrenamientos militares a que son sometidos los hombres que integran la nutrida escolta del general Villa.

Visiblemente molesto por mis observaciones, me increpó con severidad:

—Tú también opinas que no debo hacerlo, pero dime ¿qué harías tú con el asesino de tu padre?..., el mío

fue sacrificado sin tener más culpa que haber sido el progenitor de dos valientes revolucionarios.

Durante unos instantes permaneció sin hablar, pero comprendiendo que no respondería a su pregunta, cambió la conversación. A la siguiente semana, volvió a invitarme a su domicilio particular y ahí charlamos amablemente, bebiendo coñac de nueva cuenta. Sin embargo a medida que transcurrían las horas y ya entrado en copas, don Jesús insistió en hablar del mismo tema, pero esta vez lo hizo en forma bastante violenta, declarando:

—Teniendo conocimiento del sinnúmero de víctimas que hizo el general Villa: hombres, mujeres y huérfanos, creo que sería un cobarde si no les hago justicia. Si fallo en esta arriesgada empresa, moriré cumpliendo con mi deber.

Yo lo escuché en silencio sin contradecirlo para no disgustarlo. A los pocos días de haber sostenido la anterior conversación, caminaba por la Plaza de Armas, enfrente del Casino de la Laguna, cuando tropecé con mi compadre, quien iba acompañado de un hombre joven y alto. Al verme se detuvo para saludarme:

—Compadre, te voy a presentar al señor Gabriel Chávez, un amigo mío.

Luego dirigiéndose a su acompañante musitó:

—Mi compadre Enrique es de confianza y ya conoce nuestro asunto.

Al despedirse de mí, tuve la certeza que llevaría adelante su propósito. A causa de esto, sentí que una gran inquietud se iba apoderando de mí, pues en cierta forma me consideraba cómplice por estar enterado de ese complot.

Después de la muerte del general Villa, se mencionó mucho en Parral que los autores intelectuales del asesinato fueron mi compadre don Jesús Herrera y el señor Gabriel Chávez, con la anuencia del presidente Álvaro Obregón y del general Plutarco Elías Calles.

El día 20 de julio de 1923, desde mediodía empezaron a aparecer extras de todos los periódicos de la República Mexicana, dando a conocer la impactante noticia de que ese mismo día a las ocho de la mañana ha-

bía sido asesinado el general Francisco Villa en la ciudad de Parral, Chih.

Al otro día, tanto la prensa nacional como extranjera informaron detalladamente cómo ocurrieron los hechos, ya que el general Villa era una controvertida figura muy conocida tanto en a Unión Americana como en otros países.

En el atentado en contra del general Villa murieron cuatro de los cinco hombres que lo acompañaban como escolta, incluyendo al coronel Miguel Trillo. A pesar de las precauciones tomadas por el grupo de sujetos que acribillaron a balazos al famoso general, éste alcanzó a matar a uno de ellos.

En el transcurso del día veinticuatro, el diputado local por el estado de Durango, Jesús Salas Barraza, cínicamente se declaró autor intelectual y material del asesinato atenido al fuero constitucional que ostentaba y que le daba impunidad. Tiempo después el verdadero autor material, Melitón Lozaya lo desmintió, aclarando que ciertamente había participado en la conspiración pero sólo como correo espía.

El cadáver de Villa fue expuesto en el hotel Hidalgo; hasta allí acudió mi compadre a cerciorarse de que efectivamente era el de su odiado enemigo, pues durante la Revolución, muchas veces lo dieron por muerto sin haber sido cierto. Cuando me enteré de la noticia, de inmediato me presenté en la casa de mi compadre; en ésta me recibió mi comadre doña María comunicándome que su esposo aún no regresaba de Parral. De manera que él estuvo en esa ciudad el día del crimen.

Yo sentía mucha curiosidad por verlo y platicar con él. Sin embargo hasta después de quince días lo pude localizar en su casa, encontrándolo muy tranquilo por haber tenido éxito en esa peligrosa aventura, pero absteniéndose en relatar su versión del suceso.

Mucha gente opinaba que había sido beneficioso al país la eliminación del general Villa, pues éste, por la amistad que lo ligaba con don Adolfo de la Huerta, sin duda alguna se habría levantado en armas cuando sucedió la rebelión delahuertista, propiciando más de-

rramamiento de sangre y el país estaría de nuevo en condiciones desastrosas.

En fecha posterior a estos acontecimientos y ya reestablecido el orden en el país, un día mi compadre don Jesús Herrera me narró su odisea con todos los pormenores. Había tenido una entrevista secreta con el presidente Álvaro Obregón y el Secretario de Guerra, general Plutarco Elías Calles, en el Castillo de Chapultepec. Les confesó su decisión de matar al general Villa en represalia por haber asesinado a su padre y a su hermano. Además les refirió que Villa se podía sublevar en cualquier momento, ya que conservaba a varios de sus generales y, que incluso, constantemente mantenía entrenados a sus hombres, realizando ejercicios militares tipo guerrilla. Por último añadió que en la iglesia de Canutillo tenía un arsenal de armas y municiones.

El presidente Obregón le contestó que a pesar de todo, no podía intervenir guiado por puros rumores, máxime que había de por medio un contrato de rendición firmado por Villa y el gobierno federal, que se tenía que respetar. Le advirtió que si llevaba adelante su proyecto sería por su propia cuenta y riesgo. Entonces mi compadre le preguntó que si al tener éxito en su empresa no habría represalias contra él. El presidente Obregón le respondió que ninguna. Y al despedirse éste le dio un abrazo deseándole mucha suerte en esa peligrosísima tarea. A la vez le recomendó bastante discreción y una minuciosa y adecuada preparación así como le indicó que de ninguna manera fuera a comprometer al gobierno. El presidente Obregón cumplió su promesa. Una vez consumado el asesinato, los protagonistas abandonaron Parral a caballo sin precipitarse, ya que nadie los persiguió: ni las autoridades municipales ni la tropa que guarnecía la ciudad.

Dos años después del asesinato del general Villa, conocí en Torreón a Melitón Lozaya, quien fue el autor material del mismo. En cierta ocasión me relató detalladamente cómo cometieron el crimen premeditado él y otros ocho hombres, cuyos nombres eran: Librado

Martínez, José y Ramón Guerra, Juan López Sáenz, Ruperto Vara, Jesús y José Barraza, y José Sáenz Pardo.

De la escolta del general Villa murieron Miguel Trillo, su secretario particular; Rosalío Rosales, Claro Hurtado y David Tamayo. Ramón Contreras se salvó pero perdió un brazo en la trifulca. Villa logró matar a Ramón Guerra cuyo cadáver fue abandonado en el lugar en que ocurrieron los hechos.

El grupo que preparó meticulosamente el plan, rentó una pequeña casa simulando venta de forrajes. De antemano estibarón pacas de alfalfa y de rastrojo, dejando claros entre paca y paca que les servirían de arpilleras, para disparar desde ahí sin ser descubiertos fácilmente. El otro punto de ataque consistió en que abrieron una pequeña zanja frente a dicha casa, en donde estaban apostados otros tiradores fingiendo hacer una obra de drenaje. En estas condiciones al pasar por allí el general Villa, forzosamente tendría que disminuir la velocidad de su automóvil, dando oportunidad a quienes lo acechaban de disparar desde muy cerca, utilizando balas expansivas.

El general Villa venía cada quince días desde Canutillo hasta Parral, a visitar a su esposa, la señora Austreberta Rentería, propietaria del hotel Hidalgo. Decían que primero viajaba en un camión con una numerosa escolta pero después tomó confianza y desistió de utilizarla, viniendo desde Canutillo con solamente tres o cuatro ayudantes de confianza y guiando personalmente su automóvil Dodge convertible. Hay un dicho que dice "la confianza mata al hombre", y esto fue lo que le sucedió al general Villa.

## **Mi vida independiente a los 20 años de edad y mi trabajo como vendedor de seguros**

En el mes de octubre de 1923, inicié mi vida independiente a los 20 años de edad. Lleno de salud subí la pendiente de mi vida por una vereda colmada de flores, esperanzas y alegría, llevando a cuestras un gran equipaje de quimeras, con ansias infinitas de superación. Para tal efecto, no me conformé con las utilidades obtenidas de mis siembras anteriores, porque mi ambición de seguir adelante no se detenía. Invertí mi capital el siguiente año, sembrando cien hectáreas en el rancho anexo a la Hacienda de Venecia llamado Maravillas. La cosecha no fue muy cuantiosa, además de que los costos de producción aumentaron más todavía porque en este año aparecieron los días de descanso con goce de sueldo: Semana Santa, el día primero de mayo y demás emolumentos que tuve que soportar por ser patrón, pues mientras fui gato nunca disfruté de estos privilegios. Como ya describí anteriormente, entonces yo era un mártir del trabajo, más golpeado y castigado que los Mártires de Chicago. No obstante disfrutaba de la independencia del trabajo y la libertad de acción, gozando de una condición económica medianamente desahogada. No resistí la ansiedad de ingresar a la vida social que empecé a atender con desenfreno, gastando mis pocos centavitos logrados en varios años de trabajo.

El año siguiente me aventuré a sembrar trigo en la Hacienda de Noé, del perímetro Lavín, con la ilusión



Enrique Marroquín a la edad de 20 años.

de dar un golpe de suerte. En ella invertí todo el dinero que tenía, pero a principios de mayo, ya para iniciar la trilla cayó una fuerte granizada que me dejó en la calle. Sin embargo el destino me abrió las puertas para recuperarme del desastre financiero en que me encontraba, al desarrollar otra actividad desconocida para mí.

En algunas reuniones y fiestas conocí a un amigo, don José Flores, que era agente general de la compañía de seguros de vida El Sol del Canadá, en el norte de la República. Un día me invitó a tomar una copa en un bar y me propuso trabajar con él. Le expliqué que no entendía nada de eso y don José me manifestó que él personalmente me indicaría cómo hacerlo, asegurándome que en ocho días me pondría al tanto de esta actividad. Finalmente me convenció diciéndome que podría ganar mucho dinero colocando seguros con los muchísimos amigos que tenía. Entusiasmado me lancé a la calle con mi portafolios y mi block para llenar solicitudes, así como para anotar la dirección del médico de la compañía, al que tenían que acudir los asegurados, para someterse al examen de rigor.

Primeramente visité a mi queridísimo amigo don Ángel Urraza, quien adquirió un fantástico seguro por quinientos mil dólares, y él mismo me ayudó a persuadir a sus socios don Fernando Rodríguez y don José Larrea, los cuales aceptaron comprar un seguro de vida por doscientos cincuenta mil dólares cada uno. En quince días de trabajo hice ventas por un millón de dólares. La comisión que recibía era del 15% del valor de la prima el primer año, el 10% en el segundo año y el 5% en el tercer año.

Continué vendiendo seguros pero, por supuesto, mucho menores que los ya mencionados. En cinco meses gané el primer lugar en la República Mexicana como vendedor de seguros de El Sol de Canadá, obteniendo una beca para trasladarme a Montreal, Canadá.

Tuve la profunda pena que a mi primo Jesús Pámanes le había colocado un seguro de vida de cincuenta mil dólares, un día antes de partir a Los Angeles, Cali-



Enrique Marroquín y su primo Jesús Pámanes.

fornia, a comprar un avión. Por supuesto liquidó la prima de la póliza y antes de llegar el contrato de Canadá, murió precisamente en el avión recién adquirido. Días después la compañía pagó los cincuenta mil dólares a su padre, mi tío Jesús. En esa nueva actividad me gané en cinco meses la fabulosa cantidad de ciento cincuenta mil dólares, que en esa época estaban a \$3.50 por un dólar.

Decidí no ir a Canadá para aprovechar la citada beca, porque había conseguido en aparcería 200 hectáreas para sembrarlas de algodón, en la Hacienda de Hormiguero; y como la cabra tira al monte, regresé al campo a comprar problemas con la agricultura.

La cosecha fue formidable. De allí me fui a cultivar 500 hectáreas en la Hacienda del Lucero que mi querido amigo y capitán del equipo de polo, del cual yo era integrante, don Julio Muller me había proporcionado, con la condición de que viviera en el rancho para practicar dicho deporte casi todos los días. Estas tierras de inmejorable calidad se localizaban en un rancho anexo denominado El Palomar.

El año agrícola fue buenísimo, obteniendo un rendimiento de dos toneladas por hectárea. El presidente de Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt, estableció el New Deal (el Nuevo Trato) elevando el precio del algodón a 80 dólares el quintal. Así que mi cosechón arrojó una increíble utilidad de un millón de pesos, oro nacional. Mi error garrafal fue no haber guardado o enterrado los ciento cincuenta mil dólares y el millón de pesos oro y seguir luchando con ahínco como antes sin disponer de esa fabulosa fortuna. Ahora la podía desenterrar y cambiar por los bilimbiques que tenemos y me colocaría a la altura de los que usufructuaron impunemente la "decena trágica". Reconozco de plano que perdí esa oportunidad de mi vida; hoy sigo comprando problemas a mis 85 años de edad.

## **El conde Armand de Rochefaucauld**

Sin saber de dónde llegó, de la noche a la mañana apareció en Torreón, Coah., un joven francés cuyo nombre era Armand de la Rochefaucauld, quien eligió el mejor sitio de aquella época para hospedarse: el hotel Salvador. Su carácter alegre y extrovertido le permitió darse a conocer rápidamente en toda la ciudad. Casi enseguida de su llegada se hizo socio de los tres núcleos sociales más importantes: el Casino de La Laguna, el Club España y el Club Alemán; asistiendo a cuanta fiesta se celebraba y presentándose personalmente.

Los que lo tratábamos asiduamente, pudimos notar que además de ser un hombre muy instruido, era extravagante hasta la exageración, y, por sus actos, llegamos a la conclusión de que estaba loco. A veces por las noches dormía en los carros vacíos en la estación del ferrocarril, lugar de reunión de los hampones con quienes trababa amistad. También le daba por concurrir a los dos barrios bajos de entonces: La Alianza y La Paloma Azul. Asimismo visitaba continuamente cantinas de mala muerte. Y otra de sus costumbres consistía en ponerse a escribir en máquina, en la banqueta de la calle del hotel Salvador.

Cierta noche que se encontraba en el prostíbulo de la señora Paz Limón, ocurrió una tragedia que involuntariamente provocó Oscar Larriva, al disparársele accidentalmente su pistola, dando muerte a la dueña

de dicho antro. Al intervenir las autoridades, el causante de ese fatal suceso fue encarcelado de inmediato. Por la mañana, la prensa publicó a grandes rasgos la noticia, de acuerdo a lo que logró recabar de algunos testigos oculares y, como se trataba de jóvenes bien, el escándalo fue mayúsculo.

Armand de la Rochefaucauld, que había presenciado lo acontecido, al leer el periódico supo que no lo mencionaban entre los testigos y acudió ante el juez, reclamándole indignado por qué no lo habían citado a declarar. Luego se dirigió a las oficinas del periódico, en donde ofreció una buena suma en efectivo para que publicaran su nombre cuanto antes, como testigo en las investigaciones que se llevaban a efecto. Al día siguiente su nombre apareció en primera plana con una fotografía que él mismo había aportado.

El Casino de La Laguna celebraba cada año un baile de disfraces. Al de ese año Armand se presentó con un disfraz fuera de lo común, llamando poderosamente la atención de la concurrencia. Su entrada al Casino, en traje de Adán, fue espectacular. Para esto, embadurnó todo su cuerpo con pintura de color oro. Como era de complexión atlética, parecía una estatua. Su frondosa cabellera estaba totalmente aplanada por la pintura. Y unas hojas de parra eran su único atuendo.

Al otro día supimos que estaba internado en el Sanatorio Español víctima de una fuerte intoxicación, ya que a causa de la pintura se le cerraron los poros, impidiendo la transpiración por lo que se estaba envenenando. También, a consecuencia de lo anterior, hubo que raparlo completamente pues no encontraron otra manera de desprenderle la pintura del cabello.

Todo el mundo lo tildaba de loco y muchos evitaban su presencia. Sin embargo, a mi primo Jesús Pámanes y a mí nos simpatizaba, y seguido se reunían con ambos a charlar. Yo lo frecuentaba a menudo, porque practicaba con él su idioma que había aprendido en la escuela. Permaneció en Torreón alrededor de un año y cuando resolvió volver a su patria, mi primo y yo le ofrecimos una cena de despedida. Antes de partir me

regaló un precioso sombrero de charro y a mi primo Jesús, un finísimo reloj francés de oro.

Un año después de su partida, todos los periódicos del mundo publicaron la sensacional noticia de que el Conde Armand de la Rochefaucauld había heredado mil millones de francos y cuatro castillos en diferentes países europeos. Cuando en Torreón nos enteramos de la nueva, mucho se comentaba si se trataría de la misma persona y hasta meses después salimos de dudas.

Mis amigos de Torreón, Julio Castrillón y José Llorente, hombres de empresa, hicieron un viaje de placer a Europa y para cerciorarse de la identidad del conde, lo visitaron en París. Este les dio un grandioso recibimiento en uno de sus castillos y mil agasajos; recomendándoles que a su regreso a Torreón le dijeran a Jesús Pámanes y a Enrique Marroquín que los invitaba a Europa. Para ello envió los gastos de pasaje por barco, que en ese tiempo era la única forma de viajar al otro continente. Desgraciadamente mi primo Jesús Pámanes había muerto en un accidente aéreo y yo no podía ir por atender mis negocios agrícolas.

**Capítulo 2.**  
**Mis inicios como**  
**agricultor independiente**

## **En San Pedro de las Colonias conocí al capitán Marcelino García Barragán**

En San Pedro de las Colonias, Coahuila, tuve la oportunidad de conocer al capitán Marcelino García Barragán, jefe del destacamento militar. Hombre caballeroso y amigable a quien se le atribuía el mérito de que habiendo sido revolucionario con el grado de mayor, no se conformó con ser sólo eso, sino que decidió superarse porque su más grande anhelo fue convertirse en un auténtico militar y para lograr su propósito se inscribió como cadete en el Colegio Militar. Concluyó sus estudios y prácticas con altas calificaciones y egresó de dicha institución graduado de capitán. Nuestra amistad que se inició en San Pedro de las Colonias continuó hasta su muerte.

Yo lo visitaba dos o tres veces al año en cualquier parte del territorio nacional donde se encontrara. Y a pesar de los relevantes cargos que desempeñó siempre me recibió con afecto y estimación. La última vez que lo visité fue en su rancho Tecuan, en Autlán de la Grana.

Esta gran figura revolucionaria, por su disciplina y honradez, obtuvo merecidamente el puesto de director del Colegio Militar en donde antaño fue un simple cadete. También fue jefe en varias zonas militares de la República Mexicana; gobernador de Jalisco, su estado natal y además Secretario de la Defensa Nacional, en el régimen del presidente don Gustavo

Díaz Ordaz, dando un fuerte apoyo durante los graves acontecimientos de 1968.

Debido a la asiduidad con que yo iba a San Pedro de las Colonias, cada día me relacionaba con más personas de ese lugar y así llegué a entablar amistad con el señor Evaristo Madero, hermano de don Francisco I. Madero, mártir de la Revolución. Nos hicimos grandes amigos. Pese a que yo era mucho menor que él y sin tener ningún parentesco me llamaba ahijado y yo correspondía diciéndole padrino.

Don Evaristo era un hombre amable, bondadoso y muy respetado. Por su conducto conocí a importantes señores como Alberto y Andrés Viesca, Gustavo, Raúl y Roque Gámez, Manuel Antero Fernández, Felicitos Sepúlveda, Jerónimo Berlanga, Amansio Acosta, Mario Blázquez, Gustavo Díaz de León y Francisco Saracho. Con algunas de estas personas mantuve un trato afectuoso sin que en absoluto importara la diferencia de edades que había entre ellos y yo. Por el contrario me agradaba muchísimo conversar con estos entrañables amigos, pues además de amistad me aportaban sus experiencias y útiles consejos. Por todo esto, procuraba constantemente su compañía ya que desde adolescente tuve la idea, muy acertada, que a los viejos uno les aprende muchas cosas, sobre todo las mañas.

## **La compra de ganado en la Unión Americana**

Por dedicarme completamente a las labores del campo desde que era casi un niño, primero por necesidad y más adelante por propio interés, me familiaricé

con todo lo relacionado a este medio y muy especialmente con los caballos. A tal grado que, sin mucho esfuerzo, detectaba hasta el más mínimo defecto físico de éstos; también aprendí a curar las heridas y golpes que sufrían.

Un día, un grupo de agricultores me pidió que acompañara a una persona que tenía estrechos vínculos de amistad con ganaderos norteamericanos, productores de ganado caballar. Éste era un individuo de aproximadamente cincuenta años de edad que estaba exiliado en Estados Unidos desde 1910. Hablaba buen inglés y había sido coronel en el ejército porfirista. Se llamaba José Rocha y aseguraba ser nieto de aquel famoso general ya desaparecido: Sóstenes Rocha, que fue Secretario de Guerra en el gobierno de Porfirio Díaz.

Al coronel Rocha se le encomendó gestionar en la Unión Americana la compra de mil mulas, y a mí, la tarea de verificar que esas bestias estuvieran sanas, bien conformadas y sin defectos físicos. Salimos de Torreón en el ferrocarril México-Ciudad Juárez. Llegamos a esta ciudad, cruzamos la frontera por El Paso, Texas, y abordamos el tren que venía de Los Angeles con rumbo a Nueva York. Viajamos toda la noche y en la madrugada llegamos a nuestro destino: Oklahoma. Descendimos del transporte ferroviario y nos instalamos en un hotel para descansar un par de horas.

A las ocho de la mañana nos presentamos ante unos gringos, quienes nos condujeron hasta unos corrales en donde tenían un hatajo de cien mulas como muestra. Yo tenía instrucciones de elegir animales de un metro treinta y cinco centímetros de altura como mínimo y un metro y medio como máximo; medidas que tomaría de pelo a pelo, es decir, tomando como base al terminar la pezuña.

Adentro del corral había dos vaqueros golpeando con el pie unos botes y haciendo tronar el látigo repetidas veces. Como las citadas mulas eran brutas y completamente ajenas a esos ruidos levantaban la cabeza, mostrando un bonito aspecto, pues aparentemente se encontraban en buen estado físico. El señor José Rocha realmente admirado me decía:

— ¡Qué maravilloso hatajo!. . . Debería usted aceptarlo.

— Para dar mi dictamen, es preciso que los vaqueros desalojen el corral y dejen tranquila a la mulada, para que luego la introduzcan en el "shut". Yo regresaré por la tarde para examinarlas.

A las cinco de la tarde volví a los corrales. De antemano había comprado un bastón el cual tenía una cinta de lámina gruesa, en la que estaban marcadas las medidas de cero a dos metros. Ya habían encerrado la mulada en el mencionado "shut" o callejón que sirve para marcar, inyectar o curar a los animales.

Procedí a medir cada mula pero ninguna sobrepasaba un metro treinta centímetros de altura, por esta razón quedaron excluidas. Le indiqué al coronel Rocha que nos presentaran mulada de mayor tamaño. Por tal motivo hubo que esperar unos días más a que reunieran varias partidas de bestias en los corrales.

Hasta entonces fui seleccionando las que a mi juicio consideré conveniente adquirir. Este trabajo me llevó diez días en los cuales logramos completar las mil mulas.

Emprendimos el viaje de regreso llevando el millar de bestias a Torreón. Al arribar a esta ciudad, inmediatamente acudieron los agricultores a contemplar la enorme cantidad de mulas, cuyo costo había sido de ochenta dólares cada una, cuando el dólar estaba a tres pesos.

Los mismos agricultores resolvieron traer más mulada de Estados Unidos y nuevamente me confiaron la tarea de ir a escogerlas. Como yo no gané un centavo de comisión por efectuar el anterior trabajo, sostuve una conversación con los agricultores, manifestándoles que deseaba me vendieran las mulas viejas de desecho ya que me enteré que en el estado de Durango, se estaba desarrollando un fraccionamiento de tierras de cincuenta hectáreas por persona. Tal fraccionamiento se realizaba por iniciativa de los señores Martínez del Río, propietarios de los latifundios de Taponá, Francisco I. Madero y Guadalupe Victoria. A estos terrenos ya divididos les llamaban colonias.

Para constatar qué posibilidades había para ejecu-

tar una operación de venta de las mulas de desecho, efectué un viaje a Durango, para entrevistarme con el cacique y líder de los colonos, a quien le expuse de manera concisa mi asunto, dejando ver que se trataba de una buena oportunidad que debían aprovechar. Este me expresó, realmente interesado, que necesitaba llevarlas hasta allí para que las vieran los habitantes de las colonias. Antes de despedirme establecí que el costo de cada animal, era de 70 pesos.

Regresé a Torreón para comunicarles a los agricultores que la gente de las colonias requerían de bestias para el trabajo del campo y conseguí que éstos me vendieran mil mulas a cuarenta pesos cada una, y como no tenía para pagarles al contado, accedieron gentilmente a fiármelas.

Primeramente trasladé una partida de doscientos animales, de este modo, resultaba más fácil cuidarlos y conducirlos.

Con anticipación contraté unos buenos muleros para que me auxiliaran, ya que era agotador realizar el recorrido acarréandolas. A los tres días llegamos a Guadalupe Victoria y en ese sitio en sólo 48 horas las vendí todas. Enseguida retorné a Torreón con los bolsillos repletos de billetes a comprar otras trescientas mulas y, en virtud de la gran demanda de esos animales, durante el trayecto pensé que debía subir la puntería y fijé un precio de 80 pesos por cada bestia y aún así se vendieron rápidamente.

Continué vendiendo mulas en varias partes de Durango, pues ante la necesidad que tenían los colonos de esos animales, optaban por adquirirlos. Entonces tomé la decisión de hablar con varios agricultores, diciéndoles que yo traería la mulada que necesitaran, cobrándoles cien dólares por cada una, pues yo sufragaría todos los gastos y fletes de Estados Unidos a Torreón. Así que ya por mi cuenta fui a Oklahoma y a Kentucky a comprar mulas, las cuales adquirí en 60 y 70 dólares cada una, más baratas que las primeras.

Diez días más tarde me encontraba en Torreón con mulada de mejor clase que, desde luego, fue acapara-

da por los agricultores. Recogí a cuenta de la cantidad vendida, las mulas viejas de esos señores, llevándolas a los llanos de Durango.

La utilidad que obtuve en este negocio fue de \$350 000.00 que era un dineral. Más adelante describiré las ganancias tan grandes que conseguí, como coyote de altura.

## **Las navajas “viejas”**

En mi afán por independizarme y en mi ardua lucha por conseguir tierra para sembrar por mi cuenta, tuve el gran placer de conocer y tratar a don Joaquín Baranda McGregor, hombre cultísimo; hijo de don Joaquín Baranda, que fue Ministro de Relaciones en uno de los gabinetes de Porfirio Díaz. Mi amigo don Joaquín Baranda, era propietario de dos fincas algodone-ras, una llamada Eureka y la otra Arcinas; en ésta última obtuve un lote en aparcería para sembrar algodón.

Un día, atendiendo mis labores del campo, se presentó don Joaquín a caballo. Y al observar en mi mejilla derecha y en el mentón de mi cara, unas ligeras y frescas cicatrices; mirándome con perspicacia, preguntó:

— Hombre, ¿pero qué te sucedió?

— No es nada, me corté con la navaja al rasurarme en la mañana —contesté de inmediato.

Enseguida comentó con sarcasmo:

— Te doy un consejo: cuando te rasures no uses navajas viejas y, si son viejas procura que no sean celos-sas.

Y acto seguido se alejó sonriendo, despidiéndose con una leve inclinación de cabeza.

## **El general Gonzalo Escobar y la construcción del campo militar en Torreón**

Cuando el general Gonzalo Escobar fue jefe de la zona militar de La Laguna, con sede en Torreón, por instrucciones del entonces presidente de la República, general Plutarco Elías Calles, se inició la construcción del campo militar en esa ciudad.

El gobierno enviaba fondos para la realización de esta obra. No obstante, el general Gonzalo Escobar los utilizaba en su provecho personal, siendo un aventajado alumno que cursaba el primer grado de primaria en la escuela de la corrupción. Ahora, incontables funcionarios terminaron la preparatoria e ingresaron a la universidad y algunos ya son verdaderos profesionales, según hacen constar las frecuentes denuncias a la Procuraduría General de la Nación.

La aseveración anterior se basa en lo siguiente. El jefe de la zona militar de La Laguna hizo un llamado a todos los representantes de los sectores productivos del municipio de Torreón: a los ingenieros les pidió que hicieran los planos y se encargaran de dirigir la construcción; solicitó a los banqueros que otorgaran préstamos para los gastos que se efectuarían; a los comerciantes, que proporcionaran los materiales indispensables como cemento, varilla y ladrillos; a los transportistas, acarrear por su cuenta troncos de mulas, guarniciones y escrepas para la nivelación del terreno y construcción de terraplenes.

Hábilmente el general Escobar hacía que todo esto

pareciera como una cooperación voluntaria, cosa que no era así. Él, personalmente, supervisaba todos los trabajos y a los oficiales del ejército les ordenaba que nos presionaran para que facilitáramos los elementos necesarios: instrumentos de labranza, equipo manual, etcétera. A su vez hacía trabajar a los soldados como peones. También se trabajaba los domingos, día en que nos invitaba a comer en sus oficinas, ofreciéndonos magnífica comida con muy buenos vinos.

## **La muerte de mi primo Jesús Pámanes**

En 1926 se concluyó la construcción del campo militar que fue inaugurado por el presidente de la República, general Plutarco Elías Calles. Cinco días antes de la inauguración, llegó a Torreón una escuadrilla de aviones militares, comandada por el teniente coronel Pablo Sidar e integrada por los siguientes capitanes de aviación: Antonio Cárdenas Rodríguez, Alberto Torres Rico, José Jiménez Nieto y José Durón. Se hospedaron en el Hotel Salvador y como mi primo Jesús Pámanes y yo asistíamos a éste casi todos los días a tomar café, tuvimos el placer de conocerlos y trabar amistad con ellos.

Nos invitaron al campo militar a presenciar maniobras acrobáticas que estaban practicando, tales como "Looping the loop", regresiones, rueda de carro, y caída de las hojas, entre otras. Maravillados por ese espectáculo, mi primo y yo le pedimos al capitán Antonio Cárdenas que nos permitiera subir a uno de los aviones, a lo que accedió amablemente. Como era la primera vez, me sentí horriblemente mareado. En cam-



De izquierda a derecha capitán José Jiménez Nieto, capitán Alberto Torres Ríco, teniente coronel Pablo Sidar, capitán Antonio Cárdenas Rodríguez y teniente José Durán, durante una exhibición aérea realizada en Torrón en 1926.

bio a mi primo Jesús le agradó mucho. En los siguientes días ya no experimenté malestar alguno.

Antes de que la escuadrilla de aviones se marchara a la ciudad de México, nos despedimos de todos ellos y muy especialmente del capitán aviador Antonio Cárdenas, quien dos años después me invitó a bautizarle una hijita, haciéndonos compadres por tal motivo.

Ese encuentro propició que en mi primo Jesús naciera un súbito interés por volar y como era muy rico, decidió estudiar aviación en Estados Unidos y regresar a México volando en su propio avión. Me invitó a que lo acompañara a Los Ángeles, California, y yo entusiasmado acepté.

La salida para esa ciudad era abordo de un avión de la Compañía Aérea Transportista (CAT). Al enterarse mi madre de ese viaje, acudió presurosa al campo de aviación a impedir que acompañara a mi primo, así que tuve que obedecerla y quedarme. Como varios amigos habían ido a despedirnos, mi primo preguntó quién quería acompañarle. Y uno de ellos, Ruben Dávila, le respondió que él (por supuesto con todos los gastos pagados).

Allá recibió poco entrenamiento y compró un avión. A los seis meses regresó desde Los Ángeles, pernociando en Ciudad Juárez, y al otro día prosiguió el vuelo a Torreón, pero no logró su objetivo porque, desgraciadamente, el avión se estrelló cerca de Chihuahua pereciendo ambos, horriblemente despedazados. Tuve la gran pena de ir hasta ese lugar a recoger los cadáveres y trasladarlos a Torreón para sepultarlos. Posteriormente, en compañía de algunos amigos fui al sitio en donde se mataron y construí una lápida que aún persiste y está ubicada a treinta metros de la vía del ferrocarril, entre las estaciones Loeza y Gallego.

Como ya es bien sabido, Pablo Sidar se mató con su copiloto Rovirosa en las playas de Costa Rica, en un vuelo sin escalas de México a Argentina, patrocinado por el gobierno mexicano. Más tarde, cuando el general Lázaro Cárdenas era presidente, quiso concluir ese vuelo de amistad a la Argentina. En esa ocasión comisionó al mayor piloto aviador Antonio Cárdenas Rodríguez, quien lo llevó a efecto con todo éxito. Al regre-



Kol Brunner y mi primo Jesús Pámanes (a la derecha), que murió en un accidente de aviación al regresar de Los Angeles, California.



Lápida que edificó Enrique Marroquín en el lugar donde se estrelló su primo Jesús Pámanes, cerca de Chihuahua.

sar a México fue recibido por el presidente Cárdenas, quien al saludarlo le dijo:

— Lo felicito mi teniente coronel.

Allí mismo le dio el ascenso. Tiempo después cuando México se adhirió con los aliados en la segunda guerra mundial, este gran piloto fue comisionado como comandante del Escuadrón Militar de Aviación 201, saliendo al área del Pacífico bajo la dirección del general Douglas McArthur.

## **Burlador, burlado**

Ante la necesidad de un terreno para sembrar y como los dueños de los predios radicaban en Torreón, yo aprovechaba cualquier ocasión para platicar con ellos, tanto en bares como en fiestas, con el propósito de conseguir tierras en aparcería para sembrar provisionalmente.

En Torreón se festejaban con mucha pompa el primero de enero y el 16 de septiembre en el Casino de La Laguna. Para asistir a este salón se requería de rigurosa invitación e ir vestido de etiqueta. Mi íntimo amigo Cándido González y yo andábamos de novios de dos atractivas muchachas. Ellas, como es natural, deseaban que ambos acudiéramos al baile del 16 de septiembre. Nuestro problema era que carecíamos del clásico smoking y del dinero para adquirirlo.

En aquel entonces vivía en dicha ciudad un sastre que confeccionaba trajes de lujo con casimires ingleses, los cuales eran la atracción de su tienda. La esposa de este señor sentía gran inclinación por los perros. En su casa tenía varios de distintas razas, los cuales

bañaba y peinaba todos los días, exhibiéndolos en las ventanas y puertas de su domicilio particular.

Mi amigo Cándido, decidió llevar a cabo un plan para hacernos cada quien de un traje. Consistía en llegar a la casa del sastre Linqvist sin ser vistos por nadie y enseguida rasgar completamente nuestra ropa con una navaja. Así lo hicimos acercándonos al perro más grande de la raza San Bernardo, azuzándolo para que nos atacara. Cuando lo tuvimos encima de nosotros, se aproximaron los demás perros ladrando fuertemente y entonces gritamos:

— ¡Auxilio, el perro nos ataca!

Rápidamente nos rodeó una multitud de curiosos, que espantados, vieron nuestra ropa hecha girones y sin constarles lo que habíamos hecho, se pusieron de nuestra parte, pidiendo a gritos castigo para esos animales. En esos momentos se arrimó un gendarme a quien solicitamos su intervención para que fuera pagado el daño. Teníamos en mente pedir un smoking para cada uno.

Al oír el escándalo salió el señor Linqvist y su esposa, preguntándonos cuál perro era el que nos había mordido. Nosotros señalamos al perro de mayor tamaño, al San Bernardo. Preocupado, el sastre inquirió si estábamos seguros que ese era el perro. Ambos contestamos afirmativamente. Delante de la gente y del gendarme tomó al perro y le abrió el hocico. Todos vimos con sorpresa que no tenía ni dientes ni colmillos. Todo cambió para nosotros ya que el gendarme, muy molesto, quería llevarnos a los dos a la cárcel, pero el ofendido intervino para que nos dejaran libres. Total, no fuimos al baile ni conseguimos los ambicionados trajes de etiqueta y perdimos la ropa que traíamos puesta.

## **Me aficioné a cantar**

Mi situación económica mejoró notablemente meses después, no obstante que las tierras para sembrar escaseaban por la sequía que azotó la región el año anterior. Tuve que permanecer en Torreón algún tiempo. Mi amistad con don Ángel Urraza se fortalecía cada día porque frecuentemente nos visitábamos.

Mi carácter alegre y bullanguero contribuyó a que tuviera un singular atractivo para las muchachas, quienes me traían atarantado como una mariposa, de tantos cachuchazos que me daban. El dinero, que con tanto esfuerzo logré ganar cultivando algodón, poco a poco se fue agotando pues no tenía entradas para recuperarlo. Además, como trataba a jóvenes de mi edad pero muy ricos, cometía el error, por falta de experiencia, en adelantarme a pagar cuentas de fiestas y jolgorios. Más adelante dejé de frecuentar sitios en donde se celebraban reuniones sociales, pues andaba escaso de plumaje (trajes), ya que siempre he tenido el concepto de que la falta de plumas hace al pájaro feo.

En ese tiempo se fue a residir a Torreón el profesor Rodolfo Rodríguez, que había sido profesor en la escuela que el general Villa construyó en la Hacienda de Canutillo. Este hombre era un buen charro que ejecutaba la guitarra con maestría y cantaba con voz armoniosa; me acoplé con él haciéndole segunda con mi guitarra. Creo que lo hacíamos bien, pues constantemente nos invitaban a cantar en las fiestas y llevar se-

renatas. El hombre que toca un instrumento musical o que cante no se muere de hambre en ninguna parte. En donde quiera lo invitan a comer y a beber.

Cuentan que en una ocasión las fuerzas del general Francisco Villa capturaron a tres individuos que les parecieron sospechosos. Al llevarlos ante él, ordenó que los fusilaran de inmediato, pero uno de los villistas le informó que los tres individuos eran músicos. Entonces el jefe de los famosos Dorados cambió de opinión y los integró a su ejército.

## **El primer equipo de polo en Torreón**

Un buen día aparecieron en Torreón dos estadounidenses, Kol Brunner y Henry Garrison. El primero había sido jugador de polo en Estados Unidos y vino a Torreón a desempeñar un importante puesto en la compañía de luz americana Bon and Chare; y el segundo, era el administrador de la Hacienda Atotonilco en el estado de Durango, productora de reses y de caballos cuarto de milla. Este hombre también era aficionado a ese deporte.

En cierta ocasión, cuando varios amigos y yo conversábamos con ellos, surgió la idea de formar un equipo de polo. Ante la animación e insistencia de esos optimistas señores, accedimos sólo unos cuantos de los ahí presentes, pues los dos norteamericanos se comprometieron a enseñarnos a jugar, para posteriormente constituir el primer equipo de polo integrado por Kol Brunner, Henry Garrison, Jesús Pámanes y el que esto escribe.

En Torreón este deporte se había hecho muy popu-



El equipo de polo integrado por Kol Brunner, Henry Garrison, Jesús Pámanes y Enrique Marroquín.

lar y atractivo para todos, especialmente para la gente de a caballo. Practicábamos ese fascinante deporte todos los sábados y domingos. Ya en condiciones de poder competir, nos enfrentamos con el equipo militar del general Gonzalo Escobar, jefe de la zona militar de La Laguna. Este conjunto contaba con los siguientes elementos: coronel José Valadez, teniente coronel Manuel Pérez Aldape, capitán Luis López y capitán Luis Rodríguez. En el primer juego les ganamos; luego volvimos a enfrentarnos otras dos veces consecutivas y de nuevo obtuvimos la victoria.

Enterado de nuestros repetidos triunfos, el general Eulogio Ortiz, jefe de la zona militar de Durango, nos retó a tener un encuentro en Torreón con su equipo, el cual era muy superior al del general Escobar, así que nos ganaron con gran ventaja. Poco después fuimos a Durango por la revancha y nos volvieron a vencer. Meses más tarde, en Torreón, al fin logramos ganarles con gran dificultad.

A principios de 1928, se presentó en Torreón un equipo perteneciente a la zona militar de Nuevo León, que comandaba el general Juan Andrew Almazán. El capitán de ese conjunto era el general Tiburcio Garza Zamora, un excelente jugador. Su equipo compitió con el del general Escobar y con el nuestro; el primero lo venció fácilmente, pero nosotros lo derrotamos sin ningún problema.

Los que integrábamos el equipo de civiles, determinamos construir un campo de polo eligiendo un lugar entre Ciudad Lerdo y Gómez Palacio, Durango, para la construcción del mismo. A la inauguración llegaron equipos de Chihuahua, Reynosa y San Luis Potosí a competir con los equipos locales. En ese evento, los civiles hicimos un buen papel, quedando en segundo lugar.

En 1929, al sublevarse el general José Gonzalo Escobar contra el gobierno federal, desaparecieron los caballos de polo, tanto de los militares como los nuestros y los juegos se suspendieron durante dos años. Al triunfo del gobierno federal sobre las huestes del general Escobar, nombraron jefe de la zona militar de la Región Lagunera al general Eulogio Ortiz, quien al to-



De pie: capitán López, Henry Garrison, coronel Salvador Valadez, coronel Eulogio Ortiz, J. Villarreal, Jesús Pámanes Jr., Enrique Marroquín, Felicitos Villarreal, capitán Sánchez, teniente coronel Pérez Aldape y Ambrosio García, ferrocarrillero que militó como conductor en la División del Norte. Sentados: licenciado Isidro Ortiz, mayor José Aguirre, capitán Procopio Ortiz y capitán Martínez.

mar posesión de su cargo, nos exhortó a volver a ejercitarnos en este deporte y estar preparados para futuras competencias.

Tuvimos nuevamente que adquirir buenos caballos y entrenarlos constantemente. Por desgracia como ya describí anteriormente, a fines de 1929 murió en trágico accidente de aviación mi primo Jesús Pámanes, componente del primer equipo que habíamos formado. Y los dos norteamericanos se marcharon a su país. En esas circunstancias, únicamente quedamos un compadre mío llamado Eduardo Gallegos y yo; así que nos faltaban dos miembros más. Pero por suerte, en esos días llegaron a residir a Torreón, el fantástico jugador internacional de polo (mexicano cien por ciento) Julio Muller y su tío don Archivaldo Burns, de origen inglés. El equipo quedó integrado por Julio Muller, Archivaldo Burns, Eduardo Gallegos y el suscrito. Nuestro equipo a menudo era invitado a diferentes lugares, y así conocimos Monterrey, Reynosa, Chihuahua y Durango.

Por otro lado, el general Eulogio Ortiz, nuevo jefe de la zona militar de La Laguna, constituyó su equipo con tres cadetes del Colegio Militar, caballistas de primera fila y magníficos jugadores. Ellos eran el teniente Fonseca, el capitán Ramos Sesma, el capitán Cabañas y, por supuesto, el general Ortiz.

Este equipo se coronó campeón de polo del ejército nacional al derrotar a los siguientes equipos: Estado Mayor Presidencial, Secretaría de Guerra y Marina y a todos los demás grupos de jugadores de los regimientos organizados en la República Mexicana y a nuestro equipo de civiles de la Región Lagunera.

Dicho deporte en aquel tiempo estaba en boga, pues el gobierno federal lo promovía entre todos los regimientos de caballería del país, otorgando todas las facilidades a los equipos de civiles, al conceder pases en los ferrocarriles y jaulas para el traslado de los equinos, así como asistencia a los mismos.

Quiénes practicábamos ese deporte, tuvimos la oportunidad de tratar y hacer amistad con grandes personajes militares. Durante el tiempo que practiqué polo conocí a los siguientes miembros del ejército: ge-



El equipo de polo integrado por el teniente Fonseca, el capitán Ramos Sesma, el capitán Cabañas y el general Eulogio Ortiz fue campeón del Ejército Nacional en 1934. A su lado el equipo de civiles de La Laguna integrado por Archibaldo Burns, Julio Muller, Eduardo Gallegos y Enrique Marroquín.

neral Joaquín Amaro, que fue Secretario de Guerra y Marina durante el período del presidente Abelardo L. Rodríguez; general Andrés Figueroa, general Manuel Ávila Camacho, general Cházaro Pérez, general Juan Azcárate, general Jaime Quiñones, general Tiburcio Garza Zamora y muchos tenientes y capitanes, que hoy en día son generales por antigüedad y escalafón.

En una ocasión, aceptando nuestra invitación, un equipo constituido por cuatro doctores estadounidenses nos visitó. Este conjunto traía fabulosos caballos y ellos eran unos estupendos jugadores, campeones de Texas. Anticipadamente nos entrenamos muy bien, jugando cada tercer día. Se hizo mucha propaganda respecto a este próximo encuentro amistoso. El día que llegaron los del equipo visitante, fueron recibidos con toda clase de atenciones.

El general Eulogio Ortiz, que nos asesoraba, urdió una estrategia para que nosotros ganáramos. Nos indicó que nos acostáramos temprano para estar listos al día siguiente que se efectuaría el partido. De los gringos —nos dijo— me encargo yo. Por la noche organizó un baile y les ofreció a los invitados suficiente whisky, hasta emborracharlos.

Al otro día en el campo, había mucha animación entre los aficionados. Nosotros nos presentamos muy descansados. Los gringos llegaron todos desvelados y crudos. Por fin empezó el juego con todas las apuestas a nuestro favor. Desafortunadamente nos esperaba una desagradable sorpresa. Aquellos hombres resultaron unos excelentes jugadores y nos ganaron sin ningún esfuerzo. Después nos enteramos que dos de esos deportistas participaron en un encuentro internacional de polo. En ese torneo triunfó el equipo de los argentinos.

Posteriormente, hubo otro certamen en Torreón en el que intervinieron varios conjuntos de diferentes estados del país y el equipo del general Eulogio Ortiz resultó vencedor, derrotando a los equipos de la Secretaría de Guerra y Marina, que capitaneaba el general Cházaro Pérez y el del Estado Mayor Presidencial, cuyo capitán era el general Juan Azcárate. Nuestro equipo estaba ansioso por enfrentarse con el del gene-

ral Eulogio Ortiz, después que éste había obtenido la victoria en todos los partidos anteriores. Mientras se aproximaba la fecha del encuentro, los preparativos y prácticas se llevaron a cabo rigurosamente.

Finalmente se llegó el día esperado por todos y nosotros nos encontrábamos llenos de emoción y de nerviosismo. El juego se desarrolló en forma violenta y muy rápida, consiguiendo mis compañeros y yo el triunfo por una meta a nuestro favor. El autor de este triunfo fue nuestro capitán Julio Muller, que ya estaba clasificado con ocho metas en el handicap internacional. Había participado en las Olimpiadas de Berlín, obteniendo el honroso segundo lugar para México. Hoy su nombre está impreso, con mucha justicia, en el Salón de la Fama en Monterrey, Nuevo León.

## **El levantamiento escobarista**

Para sembrar algodón tomé en arrendamiento 300 hectáreas de superficie en la Hacienda de Guadalupe; tierras de las mejores de la región, ubicadas en la margen derecha del Río Nazas. Terminé de efectuar las siembras los primeros días de marzo. En este mes se levantó en armas en contra del gobierno el general Gonzalo Escobar, jefe de la zona militar de la Región Lagunera.

En Torreón, vivíamos en un departamento tres amigos: los hermanos Alberto y Ernesto Larriva y el suscrito. Cierta día, como a las diez de la noche, tocaron fuertemente a la puerta de la casa y al abrirla entró el general Gonzalo Escobar, quien obligó a Alberto a que lo acompañara al Banco de La Laguna, ya

que éste era cajero de dicho establecimiento. Ernesto y yo quisimos seguirlos pero el general no nos lo permitió; de cualquier manera cuando se marcharon, nosotros esperamos prudentemente unos minutos y enseguida fuimos tras ellos.

Llegaron al banco donde había una escolta militar y una camioneta estacionada. El general Escobar exigió a nuestro amigo que abriera la caja fuerte, pero éste lo convenció que tendría que esperar hasta el día siguiente a las nueve de la mañana, pues la combinación de la caja fuerte así se manejaba. Por tal motivo Alberto quedó detenido en el propio banco, vigilado por los guardias militares. Los demás bancos que no tenían ese problema, fueron saqueados en el transcurso de la noche.

Al otro día, a la hora señalada se presentó el general Gonzalo Escobar con algunos ayudantes, para llevarse todo el dinero que contenía la caja fuerte. Depositaron la enorme cantidad de monedas en un carro pullman del ferrocarril, lugar donde habitaba el general, bajo custodia militar las 24 horas del día.

A los dos días de haber saqueado el citado general los establecimientos de crédito en Torreón, varios amigos visitamos al pagador de las fuerzas militares, Moisés Palma, que era nuestro conocido. Este nos condujo al interior del carro Pullman, el cual estaba totalmente repleto de monedas de oro y de plata.

La mayoría de los generales que comandaban en las zonas militares del norte del país se aliaron al movimiento escobarista. Entre ellos se contaban el general Manzo, de Sonora; el general Ferreira, de Sinaloa; el general Urbalejo, de Durango; el general Nicolás Fernández, quien había combatido al lado de Villa; y muchos otros jefes y oficiales. Todos ellos eran obregonistas y le habían otorgado el mando al general Escobar. Denominando a esa revolución "La Renovadora".

Las tropas del general Escobar se presentaban de improviso en los ranchos a recoger caballos y armas. Sin embargo a nosotros, sus amigos, nos respetaron los caballos. A mí en lo personal me trataron muy bien, pues el general Luis Ibarra jefe de su Estado Ma-



De izquierda a derecha Angel Marroquín, Guillermo Pámanes, Enrique Marroquín y Jesús Pámanes al inaugurar una noria en 1929.

yor, era mi compadre. Le bauticé a dos de sus hijos, además éste era yerno de mi queridísimo amigo el doctor Samuel Silva, que fungía como presidente municipal de Torreón.

Mi hermano Ángel y otros jóvenes muy entusiasmados deseaban adherirse al movimiento escobarista, y fue mi compadre, el general Luis Ibarra, quien con toda discreción me aconsejó disuadirlos de su propósito, en virtud de que el gobierno norteamericano no había reconocido a este movimiento armado en contra del gobierno federal. El general Plutarco Elías Calles, por su parte, había organizado ya los contingentes militares para batir a los rebeldes, nombrando como jefe a otro amigo mío, el general Juan Andrew Almazán. Su Estado Mayor estaba constituido por los generales Anacleto López, Rodrigo Quevedo, Joaquín Amaro, Benigno Serrato y Eulogio Ortiz.

Los primeros combates se efectuaron en Monterrey, Saltillo y San Pedro de las Colonias, en los cuales fueron vencidas las fuerzas militares escobaristas. Derrotado, el general Gonzalo Escobar abandonó Torreón, dejando la ciudad sin protección alguna, por lo cual se desató una ola de atracos a los establecimientos comerciales.

Ante el caos que reinaba en la ciudad, los civiles se reunieron de emergencia para enviar una comisión a pedir ayuda a las tropas que avanzaban con cierta lentitud, ya que el general Escobar, en su retirada, mandó destruir puentes y vías del ferrocarril para facilitar su vergonzosa huida.

La comisión recayó en mí, considerano la amistad que me ligaba con el general Juan Andrew Almazán desde hacía algunos años. También nombraron a un diplomático con residencia en Torreón, Mr. Dutton Peegram, Cónsul de Inglaterra. Salimos de inmediato en un automóvil con placas diplomáticas. Mi distinguido acompañante portaba un uniforme de gala de la Armada Británica. Yo iba adelante con el chofer indicándole el camino que debía seguir.

Después de recorrer unos cincuenta kilómetros, al pasar por la Hacienda de Santa Teresa y Anexas, nos topamos con las tropas que comandaba mi fino ami-

go, el general Eulogio Ortiz, a quien saludé efusivamente y le presenté al cónsul británico. Enseguida le referí que la ciudad de Torreón se encontraba en manos de la plebe y que se estaban cometiendo robos y desmanes al por mayor. Muy contrariado, ordenó que de inmediato nos acompañara una brigada de caballería, nombrando al coronel Martínez jefe de ésta, dándole instrucciones de aprehender a los autores de los atracos y que sin contemplaciones los fusilara. A mí me proporcionó un buen caballo para que les señalara la ruta más corta a la ciudad.

El cónsul regresó en su automóvil a comunicarle a la ciudadanía que elementos militares no tardarían en llegar a prestarle auxilio. Después de mucho cabalgar, llegamos a Torreón a las seis de la tarde y el coronel Martínez logró capturar a cinco asaltantes y de acuerdo a las órdenes recibidas, los fusiló para escarmiento de los demás. A medianoche llegaron las tropas del general Eulogio Ortiz.

Al siguiente día arribó a Torreón el general Plutarco Elías Calles, así como también numerosos contingentes militares al mando del general Juan Andrew Almazán. Como ya no había muchos problemas en la ciudad, el general Calles ordenó al general Saturnino Cedillo que regresara a San Luis Potosí ya que sus tropas, al igual que las de Escobar, se habían dedicado a asaltar los ranchos, apoderándose de los caballos, mulada y hasta de implementos de labranza.

En la Hacienda de Guadalupe, que tenía rentada, me robaron treinta mulas y los caballos que utilizaba para jugar polo, que el general Gonzalo Escobar respetó, no así las tropas del gobierno federal. Muy molesto se lo hice saber al general Eulogio Ortiz, pero éste me manifestó que no podía intervenir, pues Saturnino Cedillo era general de división y él solamente de brigada. Acudí entonces con el general Almazán, quien me envió con uno de sus ayudantes de confianza a hablar con el general Saturnino Cedillo, solicitando de su parte el favor de entregarme mis caballos y la mulada; dada la amistad entre los dos. El general Cedillo indicó a un elemento de su tropa, el general Turrubiates encargado de la caballada, me llevara a recoger mis

caballos que eran ocho, y otros diez más, de mis amigos, y mi mulada completa.

El general Gonzalo Escobar fue derrotado en un último combate en Jiménez, Chihuahua, y sin tener otra alternativa huyó a Ciudad Juárez para luego cruzar la frontera, internándose en territorio norteamericano hasta parar en Canadá. Abandonó a su suerte a todos los implicados en la frustrada rebelión.

## **La primera paca de algodón de la Región Lagunera en 1929**

La superficie de 300 hectáreas que cultivé en la Hacienda de Guadalupe, se desarrolló formidablemente y como había sembrado un poco temprano, antes de concluir el mes de junio empezaron a brotar algunos capullos.

En el mes de julio empezó la competencia entre los agricultores de la Región Lagunera, por conseguir el galardón que otorgaban año con año instituciones como la Cámara Agrícola, la Asociación de Banqueros y la Cámara de Comercio, entre otras. Se premiaba al agricultor que presentara la primera paca de algodón, haciendo además mucha publicidad. Ese año la competencia fue patrocinada por el prestigioso periódico *El Siglo de Torreón*.

Se integraba una comisión para que se encargara de investigar y certificar que la primera paca de algodón provenía directamente del campo y se constituía de plantas verdes y sanas, señalando con un listón cada mata en donde se habían pizcado los capullos. Esta medida se estableció para evitar que los competidores utilizaran algodón que hubiesen guardado de un año anterior.



El 7 de julio de 1929 Enrique Marroquín Pámanes ganó el premio para el productor de la primera paca de algodón producida en la Comarca Lagunera en ese año. El periódico *El Siglo de Torreón* ofreció el galardón y atestiguaron el hecho los señores Jack Golson (a la izquierda) y J. W. English (a la derecha) de una de las compañías compradoras de algodón.

Cosechar y despepitar la primera paca era costoso, se precisaba contratar gente para recorrer muchas hectáreas con el fin de buscar los primeros capullos abiertos. Las enormes haciendas como Santa Teresa y Anexas con 20 mil hectáreas, Tlahualillo con 60 mil hectáreas y la Compañía Agrícola del Lequeitio con 15 mil hectáreas, casi siempre se hacían acreedoras a dicho trofeo por lo vasto de sus terrenos cultivados.

Yo solamente contaba con trescientas hectáreas sembradas, consecuentemente me era más difícil obtener ese premio; además mis contrincantes millonarios y con extensas superficies me colocaban en situación desfavorable, pero mi lucha por conquistar el galardón, me condujo a un feliz resultado.

El día siete de julio de 1929 a las ocho de la mañana, una vez concluidas las indagaciones de la comisión responsable de testimoniar la procedencia de la primera paca de algodón que les mostré, nos trasladamos a las oficinas del periódico *El Siglo de Torreón* para dar constancia del hecho. Por la tarde en sesión solemne, en el local de la Cámara Agrícola de La Laguna, el director de este reconocido diario de información, me hizo entrega de una medalla de oro con inscripciones alusivas que todavía conservo.

## **Don Julián Llaguno y el doctor Jesús López Velarde**

Don Julián Llaguno, oriundo de Jerez, Zacatecas y dueño de la famosa ganadería de toros bravos San Mateo, visitaba frecuentemente en Torreón a su querido paisano el doctor Jesús López Velarde, hermano del gran poeta Ramón López Velarde. A pesar de que yo

no tuve ninguna escuela y naturalmente tampoco una profesión, me interesaba todo lo relacionado con la medicina y como siempre he sido un romántico, la poesía me apasiona. Así que por conducto de mi fino amigo el doctor López Velarde, conocí y traté a don Julián Llaguno, quien era todo un caballero, de elevada cultura, sencillo y de carácter afable y alegre.

Yo que toda mi vida he sido un rancharo agricultor (algodonero), tenía en arrendamiento la Hacienda de Guadalupe, ubicada en las márgenes del Río Nazas y colindante con la Hacienda de la Luz, propiedad de mi tío, don Jesús Pámanes, a quien convencí para que rentara dicha finca a don Julián Llaguno. Con este motivo nos frecuentábamos mucho, entablando así una gran amistad.

Durante algunas fiestas y días de campo que organizaba un grupo de médicos de Torreón, tuve la fortuna de escuchar declamaciones del doctor López Velarde, así como pequeñas composiciones de su inspiración con que nos deleitaba. No cabe duda que la sangre de los López Velarde era de poetas. Años más tarde murió don Julián Llaguno y el doctor López Velarde se ausentó de Torreón, pero los recuerdos de estas dos personas han quedado grabados en mi memoria.

## **Joaquín Pardavé, Agustín Lara y Pedro Vargas en Torreón**

En el Teatro Princesa de Torreón, anunciaron profusamente el debut de la compañía cómico-musical que encabezaba el gran actor cómico Joaquín Pardavé, así como el músico poeta Agustín Lara, quien por

méritos propios figuraba como una promesa de la canción mexicana.

El jefe de la zona militar de La Laguna era el general Eulogio Ortiz, a quien la empresa del teatro le obsequió un palco. Asistimos a ese singular espectáculo aplaudiendo a Joaquín Pardavé que era un excelente comediante, pero lo que más me gustó fueron las canciones de Agustín Lara, interpretándolas él mismo al piano y acompañado por su maravillosa intérprete Ana María Fernández, con una preciosa voz. Para festejar este acontecimiento, el general Ortiz les ofreció después de su primera actuación, una cena en el Salón Novedades. A ella acudió un tenor que empezaba a destacar: Pedro Vargas, aún no conocido por el público de esa ciudad. En esta recepción cambié impresiones con Agustín Lara, pues admiraba su destreza que imprimía al piano, así como sus maravillosas composiciones.

Aparte de Ana María Fernández, Pedro Vargas interpretaba a Lara y a Pardavé, que también era compositor. Este admirable elenco, por el éxito logrado, permaneció en Torreón dos semanas con llenos todas las noches. Uno de esos días, al platicar Pedro Vargas con el jefe de la zona militar de La Laguna y conmigo, nos suplicó que interviniéramos ante Joaquín Pardavé para que éste le permitiera cantar dos melodías en cada presentación, ya que solamente interpretaba una. El general Ortiz y yo resolvimos apoyarlo porque en realidad lo merecía, pues el público le aplaudía mucho. Este tenor nos agradeció infinitamente la ayuda que le brindamos y que contribuyó a impulsar su carrera, incipiente en ese entonces.

Agustín Lara ya era una figura de primerísima calidad y muy bien promocionada por su apoderado Fernando Hernández Bravo, con quien trabé amistad en esos días. Mientras duró su permanencia en Torreón, visitaba a Lara todos los días no sólo en el teatro, sino en el Hotel Salvador en donde estaba alojado. En varias ocasiones algunos amigos nos reunimos y le pedimos nos acompañara a "llevar gallo" a las muchachas. Logramos conseguir un pequeño piano con un pianista negrito que se llamaba Henry de la Croix.



Pedro Vargas.

Agustín accedía gustoso, llevando además a Ana María Fernández para que interpretara sus canciones. Esto fue un éxito y como lo hicimos repetidas veces, las familias nos suplicaban que les lleváramos serenata a sus casas.

Lara terminaba su actuación en el teatro a las doce de la noche; cenábamos y salíamos como a la una de la mañana a los lugares señalados y al llegar, encontrábamos a las gentes apostadas en las ventanas de sus habitaciones y en las azoteas de las casas. Esto hacía que se perdiera el encanto que tienen las serenatas sin concurrencia a la vista.

Concluyó la estancia en Torreón de estos artistas y se fueron a Durango a seguir actuando. Yo continué deleitándome con la magnífica función de estos artistas que derrochaban talento y entusiasmo. La amistad entre Agustín y yo se fue fortaleciendo con el paso del tiempo, a medida que sus canciones eran escuchadas en muchos países y su figura se agigantaba día con día.

## **El general Juan Andrew Almazán y su intervención para el regreso de mi compadre escobarista**

Al finalizar el año de 1929 mi comadre María Teresa Silva, esposa de mi compadre el general Luis Ibarra e hija de mi querido amigo el doctor Samuel Silva, se entrevistó conmigo notificándome las condiciones tan deplorables que sostenían su padre y su esposo en El Paso, Texas, debido a que ambos habían estado implicados en la malograda rebelión Escobarista. Sobre todo mi compadre, que fue jefe de su estado mayor. Sabían de antemano que el gobierno tomaría repres-

lias contra ellos y por ello se autoexiliaron en Estados Unidos.

Con el fin de ayudarlos viajé a la ciudad de México con el propósito de comentarle al general Juan Andrew Almazán este delicado asunto, y suplicarle que extendiera un salvoconducto para que los dos regresaran sin ningún riesgo a Torreón. El general Almazán me aclaró que el doctor Silva podía regresar sin necesidad de dicho documento; aunque obviamente estaría expuesto a demandas de carácter civil que se le pudieran imputar. En cambio mi compadre, el general Luis Ibarra, si retornaba a nuestro país, quedaría sujeto a la formación de un consejo de guerra, por haber sido rebelde al gobierno. Así que me recomendó que fuera personalmente a Ciudad Juárez y acompañara al doctor Silva en su viaje de regreso al estado de Coahuila, sin mencionar su nombre en ninguna parte.

Cumplí con sus indicaciones y al regresar a Torreón, el doctor Silva se hospedó en casa de un amigo íntimo de él. Sin embargo, al poco tiempo lo descubrieron y se dispusieron a atacarlo un grupos de canibales políticos, muy comunes en nuestro medio político mexicano. Pero como el doctor Samuel Silva era hombre de bien y muy estimado por el pueblo, no lograron su objetivo.

Meses después de la entrevista que tuve con el general Almazán, volví a la ciudad de México para pedir nuevamente se intervención para que mi compadre el general Luis Ibarra pudiera regresar a Torreón. Atendiendo mi petición, me sugirió que fuera hasta El Paso, Texas, y lo trajera en automóvil, sin hacernos presente en ninguna parte. Así lo hice y una vez que llegamos a Torreón el general Lorenzo Ávalos, escobarista también, ya retirado en un rancho llamado El Gavilán, ubicado al norte de la Hacienda de Santa Teresa, nos brindó su apoyo, permitiendo que mi compadre permaneciera allí un tiempo.

Se había determinado que el general Ibarra se presentara solicitando amnistía en la zona militar de la Región Lagunera con residencia en Torreón. Esta se la concedió condicionada a que acudiera cada quince

días a sus oficinas. Con el paso del tiempo se sintió más tranquilo y rentó un rancho en la zona agrícola del Río Aguanaval, en donde se dedicó a sembrar, hasta que lo sorprendió la muerte.

## **Las bromas del general Eulogio Ortiz**

El general Eulogio Ortiz, originario de Chihuahua, era jefe de la zona militar de Durango cuando sucedió la asonada escobarista, y fue uno de los militares que combatieron al general Gonzalo Escobar y a sus huestes. Un día al regresar de su tierra natal, de nuevo a Durango, le comunicaron que acababan de nombrarlo Jefe de Operaciones en el estado de Veracruz. Me invitó a acompañarlo a tomar posesión de su cargo. Fue así como conocí el puerto de Veracruz.

Quien le haría entrega de la jefatura de la zona militar, era nada menos que el general Francisco Durazo, señalado como el autor de haber violado la tumba del general Francisco Villa y de decapitarlo, para luego vender su cabeza a unos norteamericanos. Este hecho fue muy comentado y criticado por toda la nación mexicana.

En una entrevista que ambos tuvieron antes de la ceremonia el general Eulogio Ortiz insultó soezmente al general Francisco Durazo. Todo empezó con una discusión y de repente el que sería el nuevo jefe de la zona militar de Veracruz, tomó un fuate para pegarle al general Durazo, pero entonces intervino el jefe del Estado Mayor calmando los ánimos. Decían los entendidos que el general Francisco Durazo fue el padre del que fue jefe de la policía del D.F. en el régimen del li-

cenciado José López Portillo, cuyos antecedentes de ladrón y corrupto son bien conocidos en todo el país y fuera de éste. Aquí puede aplicarse el dicho vulgar de "hijo de tigre sale pintito".

El general Eulogio Ortiz a quien distinguía mucho el general Plutarco Elías Calles —jefe máximo de la Revolución—, se caracterizaba por ser autoritario y enérgico. De Veracruz, meses más tarde lo asignaron jefe de la zona militar de La Laguna, en donde hizo muchas amistades con personas de todas las esferas sociales. Como era muy bromista y por la gran amistad que me ligaba con él, me hacía su cómplice de las terribles bromas que preparaba y ejecutaba. Enseguida voy a relatar algunas.

En esa época estaba de moda el juego de boliche, no solamente lo practicaba la juventud sino también los hombres maduros. Todos los aficionados de este deporte acudían al Casino Español o al Casino Alemán. El general Ortiz invitaba a muchas personas importantes: banqueros, comerciantes y políticos, entre otras.

El general visitaba establecimientos de fotografía de poca importancia y elegía retratos de muchachas atractivas, obligando a los fotógrafos que se las vendieran. Estos casi siempre se las regalaban, ignorando el fin que tendrían. Escogía fotos de tamaño credencial, para introducirlas en la bolsa del saco en donde se guarda el pañuelo.

Los señores que asistían a jugar boliche vestían en su mayoría el clásico traje, de modo que tenían que desprenderse de su saco, depositándolo en un cuarto destinado especialmente para ello. Los ayudantes del general Ortiz, que ya habían identificado a los dueños de cada prenda, colocaban dentro del bolsillo del saco una fotografía de alguna muchacha, dedicada con mucho cariño, jurándole amor eterno. Por ejemplo, si el señor se llamaba José, la dedicatoria decía así: "Pepe querido: tus hijos y yo te queremos muchísimo".

Las esposas solían enviar los trajes a la tintorería, pero antes esculcaban las bolsas y sacaban el pañuelo para lavarlo en casa. Entonces se producía la hecatombe. Al encontrar la foto dedicada a su marido se

originaba un terrible pleito y ante esta evidencia el esposo nunca podría convencer a su mujer que se trataba de una broma. Más tarde venía la reconciliación, pero la esposa nunca perdonaba esa deslealtad.

A otras personas de mucha confianza, el general Ortiz les hacía la siguiente broma: se pintaba los dedos de su mano derecha con lápiz labial color rojo. El día de su onomástico los abrazaba con mucha efusividad, para felicitarlos, y al pasar su brazo cerca del cuello de sus camisas, les pintaba un beso con los dedos entreabiertos. También en estos casos, era muy difícil convencer a la esposa que eran ajenos a estos hechos.

Frecuentemente lo acompañaba a tomar la copa al mediodía, en la cantina Iberia y a veces acostumbraba pedirme prestado mi carro, para evitar ser localizado. En una ocasión, estando en ese lugar, me dijo que necesitaba mi automóvil para hacer una diligencia pero que enseguida me lo traía. Accedí de inmediato. Sin embargo, él permaneció conmigo, pero pude darme cuenta que sus ayudantes salieron unos momentos y luego volvieron a entrar. Se acercaron a su jefe un instante. Y éste se dirigió a mí, informándome que siempre no iba a ocupar el auto y me devolvió las llaves.

Al abandonar la cantina y subirme a mi automóvil, abrí la puerta y me senté arriba de una serpiente, la cual estaba tapada con un periódico. Esta se encabritó haciendo sonar fuertemente su cascabel. Yo, instintivamente, salí despavorido y el general Ortiz, que estaba pendiente de mí, se acercó al vehículo y en unos cuantos minutos se empezó a juntar mucha gente.

El militar, haciendo alarde de su cargo, exclamó en voz alta:

— Esta víbora es un atentado en contra mía.

Tratando de eludir su responsabilidad, llamó al inspector de policía Juan Morales, para que investigara quién había sido el causante de esa acción.

Riendo el dije:

— No le haga al cuento, usted metió la serpiente en mi carro antes de devolvérmelo.

El insistía, seriamente preocupado:

— Que te examine un médico, a ver si no te mordió ese animal.

— A esa víbora usted ya le había mandado quitar los colmillos, le contesté.

Un mes después me preparó una horrible broma que hubiera sido de graves consecuencias, ya que esta vez me tragué todo el anzuelo. Estaba yo una mañana liquidando un recibo de energía eléctrica en la compañía de luz, cuando se presentaron tres oficiales de su estado mayor, quienes eran mis amigos pues practicábamos polo: el capitán Alberto Ramos Sesma, José Villalobos y José Fonseca.

Al abordarme, de inmediato me desarmaron, comunicándome que quedaba detenido para responder por un atentado que quisieron cometer dos individuos al tratar de asesinar al general Ortiz. A éstos acababan de fusilarlos, pero antes les dieron tormento y declararon que yo les había pagado para que llevaran adelante ese crimen. Al escuchar tal disparate reí a carcajadas, comentándoles que era increíble que se prestaran a esa mascarada.

Muy serios me dijeron que ellos no creían que yo, siendo tan amigo del general Ortiz, fuera el autor intelectual, pero los delincuentes, sabiendo de esa gran amistad tomaron mi nombre para salvar sus vidas. Tampoco creí esa aseveración y volví a decirles: —La treta que me tiene preparada su jefe es muy burda, ustedes como ayudantes de él tienen que cumplir sus instrucciones. Trataron de subirme a una patrulla para conducirme al campo militar, pero me negué muy enfadado y, entonces empleando la fuerza, me obligaron a hacerlo. Yo me sentía muy tranquilo porque no creía nada de lo que decían.

Al llegar a uno de los cuarteles del campo militar me esperaba una escolta de diez soldados, al mando de un capitán que no conocía, quien se hizo cargo de mí. Les firmó un recibo a mis amigos los oficiales. Ante este hecho protesté, manifestándole que yo no me prestaba para esas payasadas e intenté retirarme, pero un soldado me dio un culatazo en la cadera y el capitán enfatizó:

— No trate de huir porque lo liquido aquí mismo.

Me colocó en medio de la escolta y ordenó que camináramos hacia un calabozo. Desconcertado le pregun-

té al capitán a dónde me llevaban y él me respondió iracundo:

— A donde están sus cómplices.

Al llegar a un cuartucho de madera, los soldados abrieron la puerta y me hicieron pasar. Al entrar recibí una horrible impresión. Sobre unas camillas estaban dos cadáveres ensangrentados con perforaciones de balazos en el cuerpo. Fue allí, al presenciar tal espectáculo, donde me tragué la pildora. Pensé de inmediato que esos dos, para intentar salvar sus vidas me comprometieron, confesando que yo los había enviado a matar al general Ortiz y así liberarse de ser fusilados.

Verdaderamente asustado los veía detenidamente tratando de identificarlos, algo que nunca logré. Permanecí en ese lugar como unos diez minutos, y de pronto escuché los pasos de los soldados y la voz del capitán al ordenar ¡alto! Este abrió la puerta y del brazo me sacó de allí. Asustado le pregunté a dónde me llevaban y me contestó:

— A fusilarlo.

Balbuceante le supliqué me condujera ante el general Ortiz, para explicarle que yo era inocente de ese cargo, a lo cual se negó, indicándoles a los soldados que se marcharan conmigo. Caminamos hasta el patio y desde ese momento empecé a sentir una fuerte tensión. Las piernas se me engarrotaron y la saliva se me acabó pues la lengua se me secó y me iba quedando como de perico. Al fondo del patio, estaban colocadas unas siluetas de metal, en donde practicaban el tiro al blanco. En ese lugar habían fusilado a enemigos y rebeldes durante el levantamiento del general Jesús M. Guajardo. También durante la sublevación del Plan de Agua Prieta, así como en la reciente rebelión del general Gonzalo Escobar.

Ya estaba todo preparado para mi fusilamiento. Habían colocado un retén de soldados a la derecha y otro a la izquierda. Este teatrillo se encontraba arreglado a la perfección, a tal grado que mis amigos, jugadores de polo, e integrantes del estado mayor del general Ortiz, se mostraban muy acongojados por mi terrible

suerte, fingiendo tan bien que podían haber trabajado en una comedia.

Me llevaron hasta el paredón, poniéndome en medio de las siluetas. En ese momento se presentó el jefe de la zona militar de La Laguna. Pedí me permitieran hablar con él para convencerlo de mi inocencia, pero no dejaron que lo hiciera. Entonces en voz alta le rogué que suspendiera la ejecución, contestándome que no me rajara, que yo había mandado asesinarlo instigado por el clero y por los reaccionarios. Las mismas argumentaciones que todavía se usan en el canibalismo político.

El maldito capitán se acercó a mí, dándome una hoja de papel y un lápiz para que escribiera mi última voluntad. Me dispuse a redactar unas cuantas líneas, dirigidas a mi madre, diciéndole que yo era inocente de lo que me acusaban y que nunca mancharía su nombre. Luego le entregué mi reloj y mil pesos en efectivo que traía en la bolsa de mi camisa.

De pie, empecé a sentir que mis rodillas se negaban a sostenerme y que el miedo se apoderaba de mí, haciendo que se me doblaran las corvas. En los ranchos y en los pueblos al que tiene miedo le dicen que "alzó las corvas" o que "se corveó". La lengua la tenía totalmente seca, se me pegaba al paladar y la vista se me nublaba. Yo rezaba implorando a un santo y a otro y sobre todo a nuestro señor Jesucristo.

El capitán ordenó a los soldados que prepararan armas. Sentí que todo el cuerpo se me engarrotaba y al grito de ¡fuego!, no caí al suelo, pensando que mi ángel de la guarda me había protegido, así como también mis rezos. Entonces el general Ortiz le gritó furioso al capitán, acusándolo de complicidad conmigo, diciéndole que se diera por detenido.

Rápidamente les indicó a los soldados que él dirigiría el fusilamiento; para el efecto les ordenó que dieran tres pasos al frente, quedando a cinco metros de distancia del sitio en que me encontraba. Enseguida exclamó que prepararan armas; entonces consideré que no errarían ningún tiro. Gritó ¡fuego!, y caí de bruces, sintiéndome mortalmente herido, ya que tuve la sensación que las balas habían penetrado en mi cuer-

po y salido por mi espalda (pero éstas eran de salva, es decir completamente inofensivas).

Me resistía a morir y tenía la esperanza que dieran por terminado el asunto y me llevaran a un sanatorio para que me suturaran los intestinos y demás órganos afectados.

El cabrón general le ordenó al doctor Magaña, amigo mío, que constatará si todavía estaba vivo (a éste dejé de hablarle y nunca le perdoné lo que me hizo). En esos instantes yo quería que el corazón dejara de latir, para que me declararan muerto, pero mi corazoncito no solamente no paraba de latir, si no que al contrario lo hacía fuertemente (en amores y en esa ocasión, me traicionó). Una vez hecha la auscultación por la espalda, se volvió hacia el general Ortiz, comunicándole que continuaba vivo. Y éste refunfunó:

—Yo le doy el tiro de gracia.

Sacó su pistola escuadra 45, cortó cartucho y la colocó en la sien izquierda de mi cabeza. Jaló el gatillo y no tronó, pues no había cartucho en la recámara. Reaccioné pensando que había utilizado uno mexicano, de la fábrica de cartuchos Molino del Rey, que fallaban muy a menudo. Sin embargo, mi ejecutor volvió a cortar, fracasando por segunda vez. Acto seguido me levantó y abrazándome me dijo:

—Mi güero del alma; ¿tú crees que yo sea capaz de matarte?

Para esto, todos los soldados estaban muertos de la risa. En ese momento no me dio coraje, pues me parecía algo inverosímil, como cuando tenemos pesadillas y luego despertamos muy contentos de que no sea cierto nuestro sueño angustioso.

El jefe de la zona militar de La Laguna, me llevó hasta su oficina y me ofreció un trago de coñac. La boca la tenía reseca de tal manera que no sentí el ardor que causaba el vino. Todos los oficiales, el general Eulogio Ortiz y el general Máximo García, me felicitaron por mi resistencia a los primeros disparos, diciéndome que yo era muy hombre. Nada de eso, pues ya describí los tormentos que sufrí. Me siguieron dando vino y apareció la reacción en mi organismo; me empecé a

emborrachar y les menté la madre a todos los oficiales y generales ahí presentes.

Después de un par de horas me invitaron a presenciar la ejecución, en broma, del actor cómico, Roberto Soto (el *Panzón Soto*) que hacía una gira artística y en sus presentaciones criticaba al gobierno. Lo aprehendieron con el mismo cuento que a mí. Ya lo tenían encerrado con los dos cadáveres mencionados, en ese cuarto que tenía los cristales de las ventanas opacos. A éstos con anterioridad les habían dejado unos espacios pequeños, para poder observar desde afuera. El *Panzón Soto* estaba muy impresionado ante los cadáveres.

Instantes después lo sacaron. Nosotros permanecíamos escondidos detrás de un muro. Al pasar por ahí el actor cómico iba con la cabeza baja, asustadísimo. Al llegar al paredón ya no podía sostenerse en pie. Así que tuvieron que sujetarlo del brazo y, al gritar el capitán: ¡Preparen armas!, el *Panzón Soto* no aguantó el disparo y cayó al suelo. En eso, intervino el doctor, aconsejando que no le dispararan. Lo levantaron y lo llevaron a la enfermería a darle un calmante, aclarándole que se trataba de una broma.

Días después me puse a pensar que conociendo al general Eulogio Ortiz y sabiendo perfectamente como se las gastaba con bromas tan pesadas como éstas, y siendo su cómplice muchas veces, qué fácil caí en la trampa.

Años más tarde, en una entrevista que le hicieron a Roberto Soto, le preguntaron cuáles habían sido las emociones de su vida, sus éxitos, sus alegrías y sus penas. Entonces relató que la impresión más fuerte de su vida fue cuando el general villista, Eulogio Ortiz, lo había fusilado. Yo guardé esa reseña periodística pues en ella me mencionaba, pero con el tiempo la perdí.

## **Cómo evité el fusilamiento de mi compadre Luis Avalos**

En 1930, compré un automóvil Ford usado en Eagle Pass, Texas, consiguiendo de antemano placas de Coahuila. En aquel entonces los propietarios de carros usados no pagaban impuestos.

Me dirigí en mi automóvil a Torreón, habiendo programado pernoctar en Múzquiz. Ahí residía mi querido amigo el coronel Juan Jaimes Hernández, comandante militar. En la noche llegué a ese lugar quedándome a dormir en su propio domicilio. El coronel estaba bajo las órdenes del general Eulogio Ortiz, jefe de la zona militar de La Laguna.

Nos levantamos temprano y enseguida almorzamos. Y cuando iba a despedirme, me dijo:

—No te vayas todavía, vamos al cuartel, pues voy a fusilar a un abigeo que nos ha dado muchos problemas con los constantes robos de ganado.

El coronel Juan Jaimes Hernández tenía un rancho ganadero, así que quería liquidar a este hombre para escarmiento de los robavacas. En el cuartel ya tenían formado el cuadro para el fusilamiento. Al ver de quién se trataba me llevé una terrible sorpresa: era mi compadre Luis Ávalos. Como ya describí anteriormente, en los ranchos en donde había trabajado bauticé una gran cantidad de niños, hijos de campesinos. Entre éstos, había un carnicero pobre, al cual le bauticé una nenita con el nombre de Carmen. Cuando me independicé, abandoné los ranchos para trabajar por

mi cuenta, por este motivo dejé de verlos pero no los olvidé.

Supliqué encarecidamente al coronel Juan Jaimes no fusilara a mi compadre. Mi amigo aceptó mi petición, condicionada a que me lo llevara fuera del estado de Coahuila.

Enseguida salimos para Torreón y en el camino me confesó que nunca se había dedicado al robo de ganado. Que su delito fue no haber tenido la precaución de identificar el ganado que le vendían. De esta manera había comprado una vaca del coronel Juan Jaimes, quien era un hombre íntegro, con firmes antecedentes revolucionarios. El coronel fue ayudante del general Álvaro Obregón y precisamente estaba a sus espaldas en el banquete que le ofrecieron en el restaurant La Bombilla, en donde fue asesinado por José de León Toral. Él me platicó que este acto fue tan intempestivo y rápido que fue imposible evitarlo. Años después, este militar llegó a general de división.

A mi compadre Luis Ávalos de Torreón lo envié a su tierra, al pueblo de San Bartolo, Durango. Muchos años más tarde, radicando yo en Valles, San Luis Potosí, en un viaje que hice a Ciudad Victoria, Tamp., me interné en el mercado a comprar unos quesos y de repente me encontré con él en una carnicería grande. Emocionado me saludó al igual que su familia. Mi ahijada era ya toda una señorita con buena educación y me agradeció mi intervención al salvarle la vida a su padre. Mi compadre, con su trabajo honesto, había conseguido con el tiempo una condición de vida bastante buena.

## **El Niño Fidencio**

En una zona denominada Espinazo, en el estado de Nuevo León, de la noche a la mañana apareció un curandero llamado El Niño Fidencio, a quien la gente acudía en busca de recobrar la salud. Sus adeptos y la prensa le hicieron una intensa propaganda y sin tener pruebas evidentes le titulaban "El Médico Fenómeno", aduciendo que con la sola mezcla de diversas hierbas que él preparaba, curaba todas las enfermedades de la humanidad.

En ese tiempo surgió en Torreón una epidemia de blenorragia, que atacaba principalmente a los más jóvenes. Su curación era difícil y prolongada. Varios amigos afectados, por ese mal, nos reunimos para nombrar una comisión con objeto de que fuera hasta Espinazo a consultar al Niño Fidencio. Los escogidos fuimos Cándido González y yo.

Una mañana salimos muy temprano en un carro Ford de mi propiedad. Como todavía no había carretera de Torreón a Saltillo y de esta ciudad a Monterrey, viajamos por el camino paralelo a la vía del ferrocarril. Ibamos bien preparados con suficiente gasolina, latas con agua y con bastimento para unos tres días. Al anochecer, acampamos y dormimos en la estación Tizoc, más o menos a medio camino del lugar a donde nos dirigíamos.

Llegamos a Espinazo a las seis de la tarde del siguiente día. Ese inmundo sitio era una ranchería don-

de reinaba una pestilencia insoportable, pues los enfermos no contaban con los más elementales servicios de higiene, ni siquiera agua para beber. El indispensable líquido lo vendían en carretones tirados por mulas a precios exorbitantes.

Acudía a ese lugar no sólo gente pobre, sino también personas acaudaladas. El padrastro del Niño Fidencio había construido cuartos de madera, cada uno con su cama plegadiza de costal de raspa, por los cuales cobraba la exagerada cantidad de ochenta pesos diarios. Por día, obtenía la fabulosa suma de veinticuatro mil pesos, de los cuales se murmuraba que entregaba la mitad a los funcionarios de salubridad, para que no intervinieran y clausuraran ese foco de infecciones.

Por otro lado los ferrocarriles ganaban un dineral, pues a falta de carreteras la muchedumbre se veía precisada a utilizar ese medio de transporte. En la estación cercana a la ranchería, los ferrocarriles construyeron varias vías de escape, para dar entrada y salida rápida a los trenes.

Esa misma tarde lo primero que hicimos fue buscar alojamiento en un paraje retirado de allí, aproximadamente a unos diez kilómetros. Al otro día, muy temprano, nos presentamos a consultar con el supuesto médico, quien recibía a los pacientes desde la seis de la mañana. Habitaba en una casa grande, enclavada en un terreno extenso, el cual estaba cercado con adobe y tenía una sola entrada, en donde estaban los cancerberos tomando nota y dando cita a los visitantes.

A nosotros nos daban la cita para cinco días después. Pero nos resultaba imposible permanecer tanto tiempo allí, así que optamos por ofrecerles una mordida de cincuenta pesos. Como es de suponerse, nos dejaron entrar al instante.

Impacientes, un buen número de personas esperábamos ser atendidos. Al cabo de media hora Fidencio se dignó a salir de la casa grande. No lo llamaré niño, pues era un muchacho como de veinte años de edad, delgado y rapado de la cabeza; vestía una bata como

las que usan los enfermos en los hospitales y también los locos en el manicomio.

Cuando nos tocó el turno inmediatamente le expusimos nuestro problema. Él nos escuchó con el rostro impasible y luego, acercándose a mí, me tomó de la mano indicándome que subiera a un columpio que tenía colgado de un árbol. Completamente desconcertado le obedecí. El curandero posó su mano derecha en mi frente y acto seguido comenzó a balancearme acompasadamente durante unos minutos. Después me hizo bajar, para ordenarle a Cándido que se acomodara en el mismo sitio, y empezó a mecerlo igual que a mí.

A unos diez metros del columpio tenía algunos cazos que le servían para hervir todas las hierbas que le traían del campo. A cada rato entraban carretones de mulas, llenos de toda clase de hierbas que producen los lugares desérticos. Abundaban las latas de lámina, de las llamadas alcoholeras de veinte litros. Nos vendió tres de éstas a cinco pesos cada una, llenas del repugnante bebistrajó.

Fidencio nos explicó que deberíamos tomar un vaso con esa bebida tres veces al día. Mi compañero tenía mucha fe en que sanaría. En cambio yo no confiaba en absoluto en ese loco, pues era imposible creer que con simples hierbas, podría curar tuberculosis, cáncer, lepra, sífilis; así como a personas paralíticas y desahuciadas. La mayoría de los pacientes humildes yacían en el suelo en asquerosa promiscuidad. Muchos de ellos bebían el líquido "curativo".

Una vez libres, con nuestro cargamento, fuimos a dar una vuelta a la estación del ferrocarril. Esta se localizaba a cinco kilómetros del "hospital" de Fidencio. Allí estaban varios coches pullman, que llevaban personas adineradas que también creían en el milagro Niño Fidencio. Con sorpresa, vimos un pullman con una guardia de soldados que lo custodiaban. Sin perder tiempo averiguamos que en éste permanecía el general Plutarco Elías Calles. No supimos si acudió a consultar con el curandero o a curiosear ese singular espectáculo.

A las diez de la mañana abandonamos ese repulsivo

lugar. En el trayecto nos detuvimos en una ranchería a comprar quesos, frijoles y tortillas de harina. Un rancharo nos informó que había otro camino mejor y más corto para regresar a Torreón.

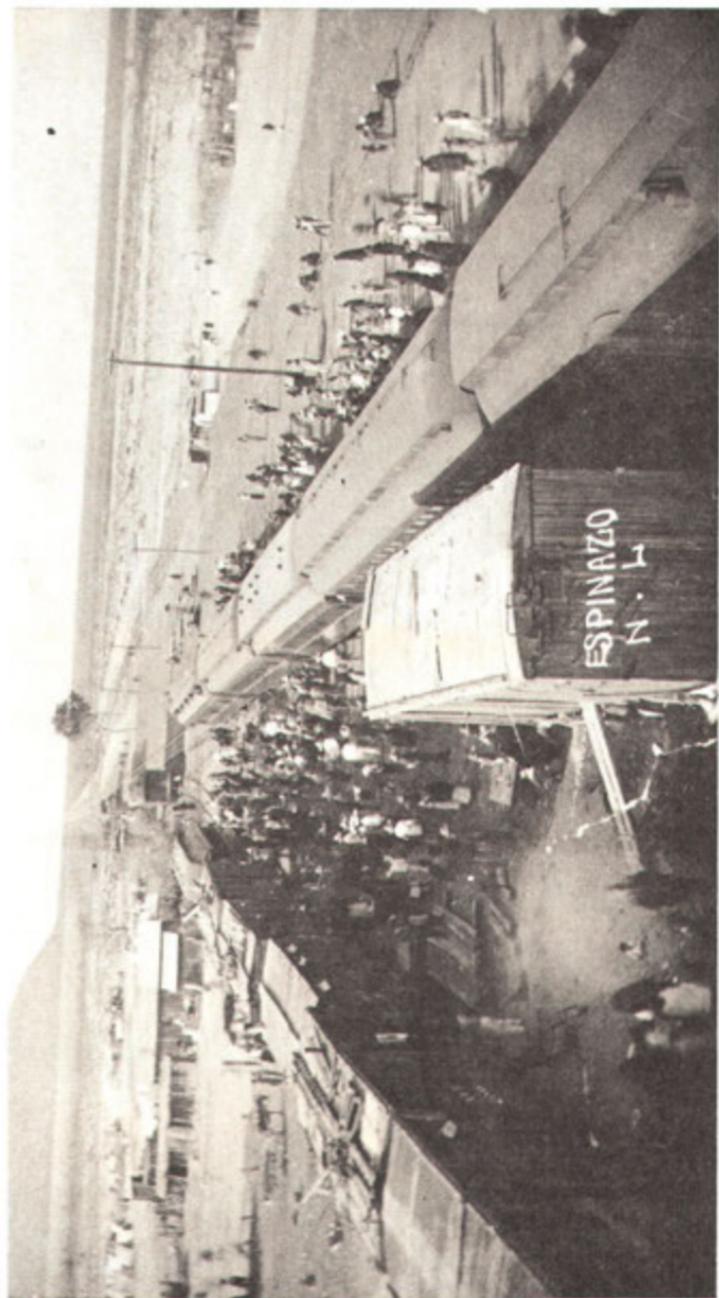
Por tontos le hicimos caso encontrando efectivamente partes buenas para transitar. Sin embargo, ya cerca de San Pedro de las Colonias, nos topamos con un terreno arenoso y nos atascamos en él. El motor del carro se calentó mucho, agotándose el agua del radiador, por lo que nos vimos en la necesidad de utilizar el líquido que contenían las latas y que llevábamos como remedio.

Después de mucho esfuerzo y tenacidad logramos salir del arenal, pero con asombro comprobamos que se había consumido la medicina de nuestros compañeros. Ante esta situación pensamos que era difícil devolvernos por más. No obstante, como habíamos visto cómo la elaboraban, al llegar a una presa, llenamos las latas con agua y procedimos a juntar hierbas, e hicimos el menjurje para dárselo a los amigos que cooperaron para nuestro viaje.

A pesar de que habíamos tomado el brebaje de acuerdo a las indicaciones de Fidencio, nos sentimos cada vez más enfermos y convencidos de que era un farsante. Nos encontrábamos desesperados por llegar y consultar con un verdadero médico. A nuestros amigos, que nos esperaban con ansia, les platicamos todo el desastre y farsa del curandero, entregándoles la medicina para que ellos la probaran, si querían convenecerse.

En todo México había muchas protestas, acusando de chantaje al padrastro del Niño Fidencio, que era el autor de esa comedia y desde luego explotador de la gente ignorante y de su loco hijastro.

Por fin, el gobierno federal tomó cartas en el asunto por conducto de la Secretaría de Salubridad y clausuró el "hospital", metiendo a la cárcel al padrastro del curandero y llevándose a éste a la capital, pues la gente quería conservarlo como un santo. Tuvo que intervenir la tropa federal, obligando a la muchedumbre a regresar a sus lugares de origen, dándoles los pasajes de ferrocarril enteramente gratuitos.



Estación de Espinazo, Nuevo León, lugar donde se instaló el Niño Fidencio.

La Secretaría de Salubridad envió contingentes ayudados por soldados del ejército, para efectuar una fumigación completa, quemando los cuartuchos de madera. Así terminó la farsa de un charlatán cuyo nombre completo era Fidencio S. Constantino, quien fue dirigido por un sujeto sin escrúpulos que se aprovechó de la ingenuidad e ignorancia de nuestro pueblo, afecto a brujerías, apariciones de muertos, espantos y demás.

## **La Asociación de Charros de La Laguna**

En aquel tiempo en Torreón, se acostumbraba pasear a caballo por las calles y alamedas. Por lo tanto, un buen día se formalizó una reunión, con el fin de fundar una asociación de charros que se llamó Charros de La Laguna.

Nombramos presidente a don Darío Orduña, hombre que siempre se había dedicado a las tareas del campo. Era un excelente jinete, bueno para tirar manganas y hacer piruetas con el lazo. Este señor organizó extraordinariamente la asociación, nos enseñó a lazar y a colear toretes y yeguas broncas, para que en las charreadas hiciéramos un buen papel. A pesar de su edad madura, era un señor alegre con modales de charro. Desgraciadamente falleció al segundo año de la fundación.

Pasaron algunos meses y luego volvimos a reunirnos para elegir a un nuevo presidente y, por votación unánime, designamos a don Benjamín Díaz Flores. Persona mucho más joven que el anterior, culto y preparado para atender a quien fuera. Era un gran impro-

visor, dada su sorprendente habilidad para hacer composiciones poéticas.

En una ocasión festejábamos su onomástico con una suntuosa cena en el salón Novedades. Todos sus amigos brindábamos por ese acontecimiento. Como en aquel entonces no había más que una compañía telefónica, que pertenecía al señor Sepúlveda y el servicio era muy deficiente, en casos urgentes nos servíamos de mandaderos que iban de un lugar a otro llevando cartas o recados (les llamábamos "boletas").

Nuestro amigo don Benjamín Díaz Flores, a la sazón tenía una amiga que se llamaba Cristina, muy joven y atractiva. Pues bien, esa noche irrumpió en el salón Novedades, un chamaco que no lo conocía y al acercarse a nosotros preguntó:

—¿Quién es don Benjamín?

Alguien le respondió que era el señor que estaba sentado en la cabecera de la mesa. El chamaco se aproximó a nuestro amigo y le dijo en voz alta:

—Don Benjamín, le manda esta boleta la señorita Cristina.

En el acto reímos a carcajadas.

Entonces don Benjamín nos calmó manifestando lo siguiente:

—Con sus risas están juzgando mal a esta dama. Voy a leerles el contenido de este recado y al mismo tiempo quiero que la disculpen por sus faltas de ortografía. Dice así:

"Querido Benjamín:

Te ruego atentamente que me mandes diez pesos que necesito.

Te quiere Cristina."

Nos pidió papel y lápiz para escribir la contestación que de igual manera nos leyó:

"Primorosa Cristina:

En tu misiva encontré  
ortográficos excesos  
y no me explico por qué  
para pedirme diez besos,  
escribes besos con "p".

Te adora Benjamín."

El gobierno del estado, tomando en consideración las aptitudes y conocimientos de don Benjamín respecto a los problemas de la ciudad de Torreón, le asignó el cargo de Inspector General de Policía. Su labor fue aplaudida por todo el pueblo ya que era muy estimado. Quiso renunciar a la dirección de la Asociación de Charros de La Laguna, pero finalmente decidió continuar dirigiendo dicha asociación.

Dos años después, tuvo que abandonar este puesto por enfermedad. Por esa razón nombramos como sustituto a otro charro, el licenciado José Mijares, quien reestructuró nuestra asociación, obligando a sus componentes a dignificarla, organizando espectaculares fiestas.

## **El “cartucho quemado”**

El general Eulogio Ortiz, jefe de la zona militar de la Comarca Lagunera, me invitó a la finca La Candalaria, del general Manuel Pérez Treviño, en donde éste celebraría su onomástico. Dicha propiedad se encontraba ubicada en el norte del estado de Coahuila. En Saltillo abordamos el tren que iba a Piedras Negras. Pernoctamos en esta ciudad y al otro día nos trasladamos muy temprano al rancho, en el que se hallaban numerosas personas, tanto civiles como militares y políticos.

En esos momentos el general Manuel Pérez Treviño fungía como presidente del PNR, recién fundado. Entre sus muchos amigos destacaba su leal colaborador, don Nazario Ortiz Garza, quien siempre estuvo

con él hasta su muerte. También entre los concurrentes estaba el general Alejo González, que fue un revolucionario firme y fiel a don Venustiano Carranza. Participó activamente al lado de los generales Francisco Murguía, Celso y Cesáreo Castro, con un contingente de caballería, y fueron ellos los que derrotaron al general Villa en las batallas de Celaya, Gto. Este general, por su lealtad al presidente Carranza, fue eliminado del ejército, al ocupar la presidencia de la República, los generales Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles.

Antes de iniciarse la Revolución mi padre conoció al ranchero Alejo González, con quien había entablado una franca amistad. Por tal motivo, éste me dispensaba estimación y afecto.

Ese día transcurrió con alegría y animación. Al anochecer, el general Alejo González me invitó a su rancho San Patricio que colindaba con la finca La Candelaria, porque en ésta no había alojamiento para tanta gente; por esa razón ahí pasé la noche.

El general Eulogio Ortiz era villista así que no simpatizaba con los carrancistas. Antes de llegar a su rancho, me comentó lo molesto que estaba por las bromas y groserías de que había hecho alarde el general Ortiz, burlándose de los carrancistas al recalcar que éstos eran "cartuchos quemados".

En la vida de los hombres así como entre los regímenes, se pagan muchas cosas. Al iniciarse el periodo del general Lázaro Cárdenas, el general Eulogio Ortiz era jefe de la zona militar de La Laguna. Se produjo el rompimiento del presidente Cárdenas con el general Calles, desterrándolo de México y se destituyen a todos los militares callistas con jefatura militar en toda la República. En su lugar se designaron a militares carrancistas, rivales de aquéllos.

Por esas fechas, una noche se presentó en mi domicilio el general Alejo González, que venía expresamente a Torreón a tomar posesión como jefe de la zona militar de La Laguna. Me pidió que lo llevara de inmediato a la casa de un sastre para que le confeccionara,

cuando menos, un chaquetín de tipo militar para asistir a la ceremonia.

Al día siguiente fui a visitar a mi amigo el general Eulogio Ortiz, quien ya tenía instrucciones de hacer la entrega. Como los dos generales eran mis amigos me permitieron presenciar la ceremonia. Ese acto fue muy privado y sencillo. El general Alejo González dirigiéndose al general Eulogio Ortiz, le dijo:

—Por instrucciones de la Secretaría de Guerra y Marina, sírvase entregar la zona militar a este "cartucho quemado", que nuevamente está cargado de pólvora.

Volviendo a mi visita al rancho La Candelaria, al otro día regresé a ésta junto con el general Alejo González a despedirme del general Manuel Pérez Treviño y del general Ortiz. Luego viajé a Piedras Negras para abordar el tren y retornar a Torreón. En el transcurso de la Revolución se estableció, como en los circos y parques, una rueda de la fortuna, en la cual tanto militares como políticos quedaban colocados algunas veces arriba y otras abajo. En la actualidad sucede de igual manera.

## **El general Andrew Almazán**

Habían transcurrido aproximadamente diez años desde que conocí al general Juan Andrew Almazán, cuando trabajaba en la Hacienda de la Florida. En el Gobierno del ingeniero Pascual Ortiz Rubio, desempeñó el puesto de Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas.

Durante esa época, en una ocasión el general Almazán visitó el estado de Coahuila, para inaugurar la ca-

rretera de Paila a Parras, que conectaba con la carretera en construcción de Torreón-Salttillo. Al Secretario de Comunicaciones lo acompañaron varios funcionarios desde la Ciudad de México. Uno de ellos era don Alberto Mascareñas, director del Banco de México y suegro de mi amigo don Julio Muller, quien me invitó a que lo acompañara a saludarlo.

Yo le platiqué que años atrás había conocido al general Andrew Almazán, quien en varias ocasiones me hizo grandes favores. Así que me daría gusto volver a verlo. Llegamos a Parras y al presentarme ante el Secretario de Comunicaciones, éste me reconoció enseguida y me trató con estimación. Su actitud me emocionó profundamente porque él era un personaje de mucha envergadura.

Ese día por la noche, las autoridades de Parras y la familia Madero, por cierto muy numerosa, ofrecieron una cena baile en su honor. En esa fiesta el centro de atención, por su belleza, fue Catalina Madero, a quien por cariño le decían la *Chacha*. Bailaba con un joven bien parecido que se llamaba José Villalobos Ruiz, que años más tarde fue secretario particular de don Nazario Ortiz Garza cuando fungía como Secretario de Agricultura.

El licenciado Villalobos, bailaba con la *Chacha* una y otra tanda. Mirando a la pareja con gran interés, el general Almazán me preguntó:

—¿Quién es ese señor? ¿Su esposo o su novio?

—No —le contesté. Él es casado, yo lo conozco muy bien, es mi amigo.

—Que no la acapare, que la deje bailar con otros.

Se mostraba muy interesado en bailar con la *Chacha* y yo decidí darle una ayudadita. En esos momentos en que discutíamos, pasaron bailando cerca de nosotros. Resuelto me acerqué y los detuve, excusándome con la dama, le dije:

—Pepe, te hablan de larga distancia.

—¿Quién?, me interrogó nervioso.

—Tu señora, diciendo que te pregunten a qué hora le dan la cucharada al niño.

Catalina visiblemente molesta, le dijo:

—Muchas gracias, atienda a su hijo.

El licenciado Villalobos, salió presuroso, pensando que era cierto lo de la llamada. El general Almazán sin perder tiempo, sacó a bailar a la *Chacha*. Ese incidente, después fue muy comentado y, cada que nos reuníamos varios amigos, al despedirnos hacíamos alusión a esa broma.

El Secretario de Comunicaciones permaneció otro día, recibiendo peticiones de algunos presidentes municipales, para que se repararan caminos de acceso a diferentes ciudades. Por la tarde acudí a él, solicitando que me otorgara un contrato, en la construcción del bordo-terraplén, ya que entonces se construía a base de pequeñas escrepas tiradas por mulas, debido a que los bulldozer de ahora apenas se conocían.

El Secretario de Comunicaciones llamó al ingeniero Díaz Morlet, director de Caminos, ordenándole que me diera un tramo de la construcción. Además me concedió toda clase de facilidades, permitiéndome que escogiera el lugar que me gustara para trabajar. Eligiendo la Hacienda de la Purísima y Hormiguero que contaba con buenos corrales y mucha agua para que bebiera la mulada.

Con esa magnífica recomendación tuve muchas consideraciones por parte del ingeniero encargado de realizar las estimaciones, consiguiendo desde luego un pago inmediato. En esa operación me fue muy bien, me hice de muy buenos centavos para continuar sembrando algodón.

Cuatro años después lo nombraron jefe de la zona militar de Nuevo León con residencia en Monterrey. Allí pasaba a saludarlos con bastante frecuencia. El general Almazán siempre fue buen anfitrión, a mí en lo personal, continuamente me invitaba a su finca Chipinque, en donde había estupendos bungalows, restaurant y pista de baile.

Dejé de verlo algunos meses, por mis ocupaciones en el rancho. Y un día se presentó en Torreón un enviado suyo, el coronel Roberto Cejudo. Este me informó que el general Juan Andrew Almazán me invitaba a una fiesta en Chipinque. Me sentí muy halagado, pero me disculpé, diciéndole que agradecía esa atención del general Almazán, pero que me era imposible asis-

tir, en virtud de que había iniciado mi siembra de algodón. Muy enfadado el coronel espectó:

—Si usted se niega a acompañarme, me lo voy a llevar a como dé lugar. Usted es un malagradecido que no atiende las invitaciones de mi jefe, que le rinde consideraciones de amistad.

Ante tal argumento, preparé mi equipaje y me fui a Monterrey, N. L.

## **Cómo conocí a Augusto César Sandino**

En las noches solíamos concurrir al Hotel Regis, a charlar y tomar café, el teniente coronel piloto aviador Pablo Sidar; el capitán de la policía José Cueto Ramírez quien años más tarde, fue jefe de la policía del Distrito Federal en dos períodos presidenciales; los hermanos Fournier, dueños de la Farmacia Regis; Jorge Negrete que en ese tiempo era cadete del Colegio Militar, y yo.

Cierta noche, de improviso, se presentó ante nosotros Augusto César Sandino. Seguramente le atrajo nuestra mesa al ver a dos elementos militares uniformados. Por cortesía lo atendimos y lo invitamos a departir con nosotros. Era un hombre joven, bajo de estatura, lampiño; calzaba botas hasta la rodilla de tipo minero, un sombrero de los que se usaron en la Revolución mexicana, pantalón de montar y larga chaqueta raída. Le agradaba tomar coñac y a falta de ello cualquier otra bebida fuerte. Era gran aficionado a las aventuras amorosas.

Nos platicaba acerca de sus planes de expulsar de Nicaragua, a las tropas norteamericanas, formando

un ejército de campesinos. Solamente estaba esperando que alguien lo ayudara para comprarle armas a Alemania. Nosotros le preguntábamos que por qué a Alemania y no a Francia o a Inglaterra. Con aire despectivo nos contestaba que no simpatizaba con esos países.

Desde ese día, todas las noches siguientes se reunía con el grupo y nos insinuaba con insistencia que lo lleváramos a fiestas. En una ocasión nos acompañó a un baile y cuál sería nuestra sorpresa al verle beber en forma desmedida. Como era de esperarse, agarró una terrible borrachera, dándole por buscar pleito y poniéndose muy pesado. Debido a su absurda manera de comportarse, después nos absteníamos de invitarle a tomar.

Ya tenía un mes hospedado en el hotel y no pagaba la cuenta, lo cual nos hacía pensar que explotaba el asunto de ir a Nicaragua a echar al ejército norteamericano y a destituir a los funcionarios del gobierno. La administración del hotel, por fin lo echó a la calle. Pasaron algunos meses sin que se supiera nada de él.

Un buen día los periódicos publicaron que el gobierno del estado de Yucatán lo había expulsado de la península por ser persona *non grata*.

En aquel entonces era gobernador de la entidad el doctor Álvaro Torre Díaz e Inspector General de Policía mi querido amigo Cándido González. Este, cuando era agente de policía conoció y entabló amistad con el doctor Torre Díaz, durante su estancia en la Capital. Cuando fue electo gobernador, el doctor Álvaro Torre Díaz, lo invitó a que colaborara en su gobierno.

Como ya describí anteriormente, me había ligado a Cándido una amistad muy profunda desde mi más temprana juventud. En cierta ocasión, paseándome por la ciudad de México me hallé de improviso frente a mi amigo, y después de conversar largo rato sobre cosas personales, me narró todo lo relacionado con la expulsión del nicaragüense de territorio yucateco. Me manifestó que Sandino en Mérida, se convirtió en un verdadero problema, provocando riñas en las cantinas y escandalizando donde quiera que se presenta-

ba. Para terminar con esa situación, el gobernador le dio instrucciones para que lo llevara a Puerto Progreso y lo embarcara en el primer barco que se dirigiera a Centroamérica.

Mi amigo Cándido me platicó que en una ocasión que Sandino se encontraba en una huerta bebiendo en compañía de una mujer, y que al ordenarle que lo acompañara, éste reaccionó en forma violenta intentando atacarlo con una navaja, por lo que tuvo que usar la fuerza para que obedeciera. Qué curioso, que en aquel entonces, el gobierno mexicano lo desterró del país por *non grato* y ahora el gobierno actual lo vana gloria.

## **Partida de póquer entre los generales Abelardo L. Rodríguez, Plutarco Elías Calles y Mijares Palencia, y Rodolfo Gaona**

En 1932, los representantes de los sectores productivos de Torreón, industriales, comerciantes y agricultores, nombraron una comisión para que se trasladara a la ciudad de México a entrevistarse con el presidente de la República, Abelardo L. Rodríguez, con objeto de conseguir un préstamo para solucionar los graves problemas del campo originados por una terrible sequía.

Esta comisión la integraban: don José de la Mora, presidente de la Cámara de Comercio; don Plácido Vargas, presidente de la Cámara Agrícola de la Región Lagunera; el general Eulogio Ortiz, jefe de la zona militar de la Comarca Lagunera; don Juan Brittingham, presidente de la Cámara Industrial, el ingeniero José F. Ortiz, gerente general del Banco de La Laguna; don

Ángel Urraza, representante del latifundio de la Compañía Agrícola del Lequeitio y el suscrito.

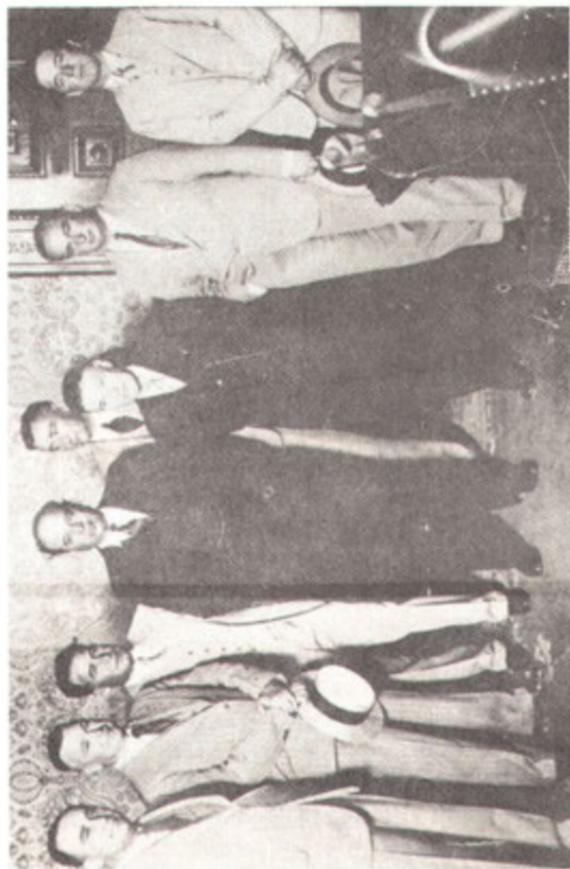
Previamente se concertó la cita en Palacio Nacional y fuimos recibidos por el presidente Abelardo Rodríguez, quien atendió con sumo interés nuestras peticiones. Además, el general Plutarco Elías Calles nos brindó toda la ayuda posible y debido a la intervención de ambos, nos fue concedido un empréstito, para resolver el serio problema económico que afrontábamos en la Comarca Lagunera.

El general Calles decidió ir a Garci-Crespo, Puebla, para descansar unos días. Con el fin de darle las gracias por su valiosa colaboración en nuestro asunto, acudimos a ese sitio. Él, personalmente nos dio la bienvenida y nos convidó a cenar esa noche con el presidente Abelardo Rodríguez, el gobernador de Puebla, Mijares Palencia y el torero Rodolfo Gaona. A las diez de la noche terminó la cena y enseguida nos invitaron a presenciar una partida de póquer entre ellos. A mí me tocó observar el juego precisamente detrás de Rodolfo Gaona.

Los participantes habían establecido como condición, hacer las apuestas con fichas de alta denominación y liquidar su importe en efectivo al terminar el juego.

Rodolfo Gaona era un jugador con temperamento frío manteniéndose sereno todo el tiempo; pocas veces apostaba fuerte, solamente cuando tenía cartas que ligaba con juego muy amarrado. Era tan conservador que en más de una ocasión pude ver que se rehusaba a entrarle con pares bajos y a veces con dos pares bajos también. Los demás arriesgaban bastante dinero, sobre todo cuando Gaona se aventuraba con una fuerte suma ya que él estaba ganando; se notaba que tenían ganas de despojarlo totalmente.

Esa noche, fuimos testigos de lo que aconteció en ese salón. En cartas cerradas sucedió algo casi nunca visto: salió un póquer de ases que tenía nada menos que el estupendo torero. Como los otros participantes tenían muy buenos juegos, la apuesta fue casi de cien mil pesos. Este juego concluyó como a las tres de la



De izquierda a derecha José de la Mora, presidente de la Cámara de Comercio de Torreón; Plácido Vargas, presidente de la Cámara Agrícola de La Laguna; general Eulogio Ortiz, jefe de la zona militar en Coahuila; general Abelardo L. Rodríguez, Presidente de la República; Juan Bringham, presidente de la Cámara Industrial de La Laguna; ing. José F. Ortiz, gerente general del banco de La Laguna; Angel Urraza, gerente general de la Compañía Agrícola de Lequeitio y fundador de la fábrica hulera Euzkadi; y Enrique Marroquín.

mañana. El general Calles indicó que continuarían jugando a las diez de la noche de ese nuevo día.

A la hora señalada, se presentaron el presidente Abelardo Rodríguez, el general Plutarco Elías Calles y el gobernador Mijares Palencia. Rodolfo Gaona no llegó. Lo estuvieron esperando un buen rato y como no hacía acto de presencia, lo buscaron en su habitación, sin hallarlo. El administrador del hotel en donde todos estábamos hospedados, les informó que el torero había abandonado el cuarto en que se alojaba, a las seis de la mañana, pagando su cuenta.

El general Plutarco Elías Calles, visiblemente indignado por el proceder del torero, ordenó que lo localizaran en la ciudad de México y que la policía lo llevara en calidad de detenido hasta Garci-Crespo. Sin embargo todos los esfuerzos por encontrarlo fueron infructuosos.

Su búsqueda se extendió hasta Guanajuato, su tierra natal, pero no lograron averiguar su paradero. En la mesa de juego tomó su lugar un amigo del general Calles de apellido Llantada. El estupendo torero Rodolfo Gaona había ganado \$650 000.00. Nosotros, los miembros de la delegación, al siguiente día, después de haber tomado dos baños diarios en las aguas termales, nos despedimos de los citados personajes y regresamos a Torreón.

Años después, cuando radicaba en Ciudad Valles, S.L.P., un buen día mi querido amigo don Everardo Topete —que en ese tiempo desempeñaba sus funciones como gobernador del estado de Jalisco— había adquirido una finca en ese municipio. En cierta ocasión invitó a Rodolfo Gaona a pasar unos días de descanso. Allí tuve oportunidad de saludarlo y asimismo aproveché para preguntarle en dónde se había ocultado al salir de Garci-Crespo, cuando los policías lo rastrearón sin éxito, para obligarlo a seguir jugando.

Rápidamente me contestó:

—Me escondí en el lugar que supuse no me buscarían, en el pueblo de Tehuacán, pues yo me gané el dinero dándole la cara a la muerte, mientras que ellos ordenaban fabricarlo.

## **El general Carlos Real**

En 1932 fue nominado candidato al gobierno del estado de Durango, el general Carlos Real, con quien me presentó el general Eulogio Ortiz, jefe de la zona militar de La Laguna. Desde el principio le simpaticé e inspiré mucha confianza, tanto, que no vacilé en pedirme que lo acompañara en su campaña política por la Región Lagunera, la parte comprendida dentro del estado de Durango. Al resultar electo para ejercer sus funciones como gobernador, asistí a la toma de posesión en la ciudad de Durango.

Seguimos frecuentándonos debido a que él visitaba muy a menudo Ciudad Lerdo, mi tierra natal; Gómez Palacio, Bermejillo y Mapimí, zona minera con un gran historial.

El general Carlos Real, al igual que todos los que empiezan a gobernar, heredan lacras y problemas de sus antecesores. Uno de los que enfrentó, fue que la anterior administración no había pagado ni un centavo a los profesores, quienes reclamaban incesantemente que les liquidaran sus sueldos tan atrasados.

El presupuesto con que contaba el nuevo gobernador para desarrollar su programa, no le permitía pagar cuentas atrasadas; pero reconocía el derecho de los profesores a exigir lo que se les debía. Determinó ayudarlos aceptando los comprobantes de las nóminas no liquidadas, en pago de contribuciones, y también admitir éstas, como pago de remates de predios urbanos y rurales.



El general Carlos Real, gobernador de Durango en 1935 y Enrique Marroquín.

## **Compré el Bolsón de Mapimí**

Un día se anunció en el Diario Oficial del estado, el remate del Bolsón de Mapimí, por falta de pago de contribuciones, compuesto por 120 mil hectáreas de terrenos completamente desérticos, por la cantidad de \$30,000.00. Admitiendo desde luego recibo de nómina de los profesores.

Un coyote me informó que él los podía conseguir con un descuento del 50%, es decir a \$15,000.00. Yo que había sido tan pobre quise llegar a ser latifundista aunque fuera de un peladero.

Decidí adquirirlo y me extendieron las escrituras correspondientes. Me acompañó a recibir los terrenos un ingeniero apellidado Castillo Astrain. Fuimos hasta ese sitio en una camioneta llevando tacos de tortillas de harina, agua fresca, suficiente gasolina y dos catres de campaña para dormir en donde nos sorprendiera la noche.

Esta propiedad desprovista de vegetación y de jacales, tenía diez kilómetros de largo por doce de ancho. Los caminos eran tan accidentados que el general Villa, durante la Revolución, no se atrevió a transitar por este lugar.

## El general Jesús Agustín Castro

Días después de haber recibido los terrenos del Bolsón de Mapimí, me preparé para hacer un recorrido a caballo por sus linderos, acompañado por dos campesinos. Salimos de estación Yermo rumbo al norte; al poco rato llegamos a un arroyo seco que en temporada de lluvias crecía considerablemente. Este se llama arroyo de la India y es atravesado de oriente a occidente por un puente de la vía del ferrocarril.

Más tarde, pasamos por una pequeña rancharía hoy Ciudad Ceballos. Horas después avanzando hacia el oriente, nos topamos con una casa vieja de adobe en malas condiciones, con un corral de mezquite; dentro de éste estaba un caballo flaco que en otros tiempos debió ser un magnífico corcel. Dirigiéndome a uno de mis acompañantes le pregunté quien vivía allí y al instante me contestó que el general Jesús Agustín Castro. Aunque no lo conocía tenía conocimiento que había sido amigo de mi padre, cuando éste trabajaba en la Comisión del Río Nazas. Yo no lo recordaba, pero este revolucionario fue conductor del tranvía de Torreón a Ciudad Lerdo. Desmonté del caballo y entre a su jacal a saludarlo. Me presenté poniéndome a sus órdenes, diciéndole que era su paisano. Gratamente sorprendido me interrogó:

—¿Qué eres tú del ingeniero Joaquín Marroquín?

—Es mi padre.

Enseguida le comuniqué que acababa de comprar el Bolsón de Mapimí y que estaba dispuesto a servirle en

lo que pudiera. Me despedí, asegurándole que pronto volvería a visitarlo.

A los ocho días regresé llevándole carne seca, quesos y dos litros de sotol. Platicué largo rato con él sobre los terrenos que adquirí, indicándole que deseaba efectuar unas pruebas de perforación de pozos, para ver si encontraba agua y así poder aprovechar esas tierras para la agricultura. Inclusive le ofrecí regalarle la cantidad de tierra que él quisiera.

Emocionado me dio las gracias, pero no aceptó, informándome que él poseía un rancho ganadero denominado Chapultepec, situado cerca de Durango, Dgo., y estaba a punto de perderlo por falta de pago de contribuciones y que ya le habían aplicado la cláusula económico-coactiva. Me suplicó que intercediera por él ante el general Carlos Real, gobernador del estado, para que le condonara las contribuciones, pues en ese momento afrontaba una situación económica muy difícil.

Desde hacía doce años lo habían excluido del ejército. Obviamente no gozaba de sueldo ni de prestaciones de ninguna índole. Su delito consistió en haber sido leal a don Venustiano Carranza, a quien sirvió como secretario de Guerra y Marina. A la muerte de éste lo dieron de baja los generales Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles. Él fue el primer general del ejército revolucionario designado por don Francisco I. Madero, por ser de los primeros revolucionarios que se levantó en armas en Ciudad Lerdo, Durango, el 20 de noviembre de 1910.

Al preguntarle cuánto debía de contribuciones, me respondió que trescientos pesos. Antes de retirarme le dije que no se preocupara, ya que yo me trasladaría a Durango para tratar ese asunto con el gobernador Carlos Real, para que no continuara el procedimiento de embargo y le perdonara la cuota que adeudaba.

Días más tarde le referí al mandatario del estado, la situación del general Castro y la penuria en que éste vivía. El general Carlos Real era un hombre estrictamente honesto y rígido en el manejo de los dineros del estado, a tal grado que a sus íntimos amigos los generales Eulogio Ortiz y Miguel Acosta, les había embar-

gado sus propiedades en la Región Lagunera por el mismo motivo.

Una vez expuesto abiertamente el problema, el gobernador expresó que no condonaba ningún impuesto, pues los bienes que él manejaba no eran mostrencos. Y determinante enfatizó:

—Paga o se le remata su propiedad.

Intervine diciéndole que yo le había prometido arreglarle su asunto. Al escuchar esto el gobernador Carlos Real me contestó:

—Si tú le prometiste solucionar su problema, entonces encárgate de saldar su deuda.

Y así lo hice, me presenté ante el Tesorero General del Estado, don Alberto Durán y liquidé los trescientos pesos.

Al día siguiente fui al ranchito del general Castro, llevándole nuevamente quesos, jamón, harina y dos botellas de sotol ya que él acostumbraba echarse unos traguitos antes de comer. Le entregué los documentos, y muy contento me dio las gracias, diciéndome que le iba a enviar una carta al gobernador para agradecerle su atención. Le manifesté que el gobierno había ordenado la cancelación de su adeudo, pero que yo con todo gusto pagué por él.

Nunca me imaginé la trascendencia que iba a tener esta aclaración y mucho menos las consecuencias que esto acarrearía en un futuro muy inmediato. El general Castro se indignó muchísimo, declarando que los que tenían el poder no tomaban en cuenta a un honrado y leal revolucionario, pero que confiaba que algún día le haría justicia la revolución. Tomamos unos tragos de sotol, enseguida comimos y al poco rato me despedí no dándole ninguna importancia a ese comentario.

Tres meses después paseaba en mi automóvil con el gobernador Carlos Real, en Torreón y por costumbre sintonicé la radio en la XEW y con sorpresa escuchamos esta noticia de última hora: La Cámara de Senadores había desaforado a cuatro gobernadores: Manuel Páez, de Sinaloa; Carlos Real, de Durango; Ernesto Viveros, de Hidalgo y Yáñez Maya de Guanajuato.



El general Jesús Agustín Castro Secretario de Guerra y Marina durante el período cardenista.

El general Carlos Real quedó estupefacto, murmurando que eso era totalmente falso. Yo le aclaré que en las estaciones de radio tienen un representante y auditor de Gobernación para evitar que se emitan noticias no autorizadas.

Volvimos de inmediato a Gómez Palacio, Dgo., a la casa del jefe de estación, señor Manuel García, amigo del gobernador. Desde allí se comunicó por teléfono a México, directamente a la Secretaría de Gobernación y al Senado, en donde le confirmaron no sólo esa noticia, sino además que acababa de ser expulsado del país, el general Plutarco Elías Calles.

Al día siguiente no se presentó ningún presidente municipal de los lugares aledaños, ni tampoco algún diputado local. Estos se escondieron para no verse comprometidos ya que el general Carlos Real, era callista. El gobernador determinó salir ese mismo día para Durango.

Todos los colaboradores y amigos se ausentaron y no había quien quisiera acompañarlo, pues todos abrigaban el temor de que en el trayecto lo detuvieran y asesinaran junto con ellos, como le sucedió al general Francisco Serrano y a sus ayudantes en el camino a Cuernavaca.

Resolvimos acompañarlo solamente dos personas: Eugenio Sterling y yo, dispuestos a jugárnosla, en caso de sufrir algún atentado. Ambos íbamos armados: Eugenio llevaba un rifle 30-60 de alto poder y yo una metralleta Thompson.

Algunas personas nos aconsejaron anticipadamente no tomar esa decisión por lo peligrosa que pudiera resultar. Sin embargo, Eugenio y yo no pensábamos así, por el contrario, considerábamos que en esas circunstancias difíciles hay que estar con el amigo, ofreciéndole todo nuestro apoyo. La prensa de la República había lanzado extras y la radio anunciaba constantemente el desafuero de los cuatro gobernadores.

El tren en que viajábamos, avanzaba con toda regularidad, sin imaginarse el gobernador que en las estaciones por las que teníamos que pasar, lo esperaban contingentes de campesinos dándole votos de adhesión y respaldo. No cabía duda, el general Carlos Real

era un excelente gobernador y muy querido por todo su pueblo.

Llegamos a Durango y ahí el panorama era diferente, únicamente lo aguardaban el secretario general de gobierno, licenciado Enrique Torres Sánchez y don Alberto Durán, tesorero general del Estado. Estos le informaron que las tropas federales custodiaban su residencia sin dejar entrar ni salir a nadie y que en un principio penetraron en su domicilio llevándose sus automóviles y sus armas.

El general Carlos Real les preguntó que de quién era esa disposición. Ellos le contestaron que del nuevo jefe de operaciones militares, que era nada menos que el general Jesús Agustín Castro.

Nos instalamos en la casa del licenciado Torres Sánchez en donde esperaban al general Carlos Real una cuantas personas: amigos y hombres de negocios.

Por la amistad que me ligaba con el general Jesús Agustín Castro, me ofrecí a intervenir para que éste le permitiera entrar a su casa, en donde su esposa se encontraba consternada por esos acontecimientos. Abandoné la casa del licenciado Torres Sánchez, yendo directamente al hotel en donde estaba hospedado el nuevo comandante militar, quien me recibió con alegría, dándome un fuerte abrazo, al tiempo que decía:

—Ya vez que al fin me hizo justicia la Revolución.

Esa frase ahí la escuché por primera vez y considero que él fue el primero en expresarla. Se encontraba vestido de civil, acompañado de varios oficiales de alta jerarquía. Doce años de vacaciones que le concedió el general Calles, fueron motivo suficiente, para que de su guardarropa desaparecieran los uniformes.

Como me atendió en privado, le relaté que hacía aproximadamente una hora había llegado a Torreón acompañando al general Carlos Real; que él sabía perfectamente la amistad que existía entre ambos, por lo que le rogaba accediera a que éste pasara a su casa, para que pudiera ver a su esposa. En ese momento me interrumpió exteriorizando lo siguiente:

—Para ese señor no me pidas consideraciones, pues te consta que él tampoco las tuvo para conmigo y gracias a ti no me remató mi rancho. Es más, ya ordené que esté bien vigilado, pues como buen callista hay que tener cuidado con él y estar prevenidos. Luego añadió: —Tú pídemelo que quieras, te demostraré que se corresponde a todas las atenciones que me has dispensado.

Nos tomamos un par de copas y regresé al domicilio en donde permanecía el general Carlos Real. Tan luego llegué le expliqué que no había tenido éxito ya que el general Castro se mostraba renuente a permitirle entrar a su residencia, pues recordaba furioso el asunto de las contribuciones que él le negó. Además le advertí que lo tenían muy vigilado para que no intentara levantarse en armas.

Los presentes en esta casa deliberaron hasta medianoche, pues pretendían obrar de inmediato para exigir el respeto a la soberanía del estado de Durango, alegando que el gobernador no había cometido ningún delito, algo muy cierto, nadamás que en política no hay lógica, todo es circunstancial y a todo le dan salida jurídica.

Al otro día volví a entrevistarme con el general Jesús Agustín Castro y por fin logré convencerlo. Este me manifestó que ordenaría le permitieran la entrada a su casa con la condición de que en ocho horas abandonara el estado de Durango. Regresé a entregarle la orden al general Carlos Real e inmediatamente se pusieron a empacar sus pertenencias, marchándonos enseguida para Torreón, Coah. En esta ciudad se alojé en una casa particular pero aquí también se topó con otros problemas.

Habían cambiado como jefe de la zona militar de La Laguna a mi fino amigo el general Eulogio Ortiz (callista), nombrando en su lugar al general Alejo González, quien al enterarse de su presencia, se dio a la tarea de abrumarlo con excesiva vigilancia. Por ese motivo el general Carlos Real optó por enviar a su familia a México.

Yo lo invité a permanecer en mi rancho Los Ángeles, ubicado en el municipio de Gómez Palacio, Dgo.,

para evitarle molestias con el general Alejo González. Antes solicité autorización al general Jesús Agustín Castro, y afortunadamente éste aceptó.

El presidente Cárdenas, cuando urdió expulsar del país al general Calles, tomó la acertada decisión de despojar a los militares callistas del mando militar en las jefaturas de operaciones. Para tal efecto los sustituyó con militares carrancistas, enemigos acérrimos de Calles, con objeto de evitar cualquier cuartelazo.

Poco tiempo después murió el general Andrés Figueroa, secretario de la Defensa Nacional. Entonces el presidente Lázaro Cárdenas le confirió dicho cargo al general Jesús Agustín Castro. Éste en las entrevistas que tuve con el presidente Cárdenas, siempre me trató con mucha deferencia y estimación. Al terminar el periodo del presidente Cárdenas. Durante el gobierno del general Manuel Ávila Camacho, éste designó al general Carlos Real Director de la Lotería Nacional, puesto que desempeñó también en el régimen del presidente Miguel Alemán Valdés. Finalmente fue senador de la República por el estado de Durango.

A mi buen amigo el general Eulogio Ortiz, el general Manuel Ávila Camacho, siendo presidente de la República lo reivindicó, otorgándole las zonas militares de los estados de Nuevo León, San Luis Potosí y Sonora. Y en el periodo del presidente Miguel Alemán Valdés, siendo jefe de la zona militar de Querétaro, este general fue atropellado por un automóvil en la carretera dándole muerte.

## **Provoqué una inundación benéfica en La Laguna**

En mis constantes andanzas por la Región Lagunera, en busca de terrenos para sembrar en aparcería, había observado que las mejores tierras eran las márgenes del Río Nazas, ya que cuando éste se desbordaba, depositaba mucho aluvión, enriqueciéndolas con abundante materia orgánica. La aparcería era algo muy usual en aquellos tiempos, que establecían los propietarios para rentar sus tierras a los agricultores que carecían de éstas. La llamada aparcería consistía en entregar a los dueños de los terrenos, desde el 25 al 35% del producto bruto, al recolectar los frutos. Dicho porcentaje era muy alto; sin embargo, todavía hay regiones en donde se practica este oneroso porcentaje.

Todos los propietarios de los predios que se localizaban en ambas márgenes del citado río, como esas tierras eran bajas. Desde el año de 1875, en que principiaron los desmontes y posteriormente la construcción de presas y canales de derivación en esas tierras que eran bajas, se fueron inundando en las temporadas de lluvias; unas veces, debido a los desbordamientos y otras, porque los dueños de esos terrenos, durante las sequías tenían gran cantidad de tierra desocupada, por eso es que aprovechaban las grandes avenidas para tumbar el bordo de contención, cuando éste resistía, irrigando grandes extensiones, para utilizarlas en las próximas siembras de algodón.

Esas acciones ocasionaban perjuicios a las vías de

comunicación. De tal manera que tenía que intervenir el Gobierno Federal por medio de la zona militar de La Laguna, enviando tropas para que vigilaran el bordo de defensa cuando el río amenazaba salirse de sus límites.

En mis recorridos de Torreón a San Pedro de las Colonias admiré muchas veces unos terrenos ubicados al borde de la carretera y que además limitaban con el Río Nazas. La superficie de 200 hectáreas que ambientaba tanto para sembrar, se denominaba La Tijera de Dolores. Su propietaria era la señora Anita Ríos de Cuatáparo, a quien tuve el gusto de conocer en una fiesta y entablar amistad enseguida con ella.

Un día le manifesté que deseaba me tomara en cuenta, entre muchos agricultores que solicitábamos, en aparcería, la mencionada propiedad. Afortunadamente logré obtener el contrato, pero antes me especificó que La Tijera de Dolores no tenía derechos de agua, su única manera de irrigarse residía en un albur: que el Río Nazas, en época de lluvias, se desbordara. En caso de sembrarse, el porcentaje de aparcería era de 20%, en virtud que era aleatorio regarse. Recibí los terrenos y el casco de la finca, una casa muy antigua de adobe y un corral para las mulas. Desde luego me aposenté en este sitio y esperé con calma a que lloviera.

Tuve la suerte que ese año, 1933, fue abundante en lluvias en la sierra de Durango. En aquel tiempo la Comisión del Río Nazas, con oficinas en Ciudad Lerdo, tenía establecidos varios campos pluviométricos en los ríos Guanaceví, Santiago Papasquiario, Río del Ses-tín y cerca de Lerdo, el campo llamado Fernández y la presa de San Fernando. Estas casetas pluviométricas informaban todos los días, el volumen o los aforos de agua por segundo, así que la distribución de las aguas por las presas de derivación y los canales se iban aprovechando de acuerdo a sus derechos.

Yo me informaba dos y hasta tres veces al día sobre esos acontecimientos para irme preparando a regar La Tijera, con la esperanza de que el río destruyera el bordo de defensa sin mi intervención. Desgraciada-

mente eso no ocurría y tuve que conseguir cómplices para derribar el bordo, debido a que éste resistía.

En mi trabajo de "gato" en la Hacienda de Florida como ya describí, iba el cura cada 15 días a casar gentes y bautizar niños y yo convivía con los campesinos en alegre camaradería, así que fui padrino de bastantes niños, siendo por tal motivo compadre de muchos campesinos. El compadrazgo entonces, era un vínculo muy sagrado, de un gran respeto y de una invariable lealtad, un compadre daba hasta la vida por un compadre.

Me trasladé rápido a la Hacienda de Florida y hablé con cuatro compadres, indicándoles que precisaba de su ayuda para romper el bordo de defensa del Río Nazas, a la altura de la Hacienda de Santa Teresa, explicándoles la apremiante necesidad de anegar 200 hectáreas, en La Tijera de Dolores.

Convenimos en que esto fuera al día siguiente en la noche; yo los recogería a las siete en punto, para estar listos a las ocho en el lugar indicado. Llegué por ellos, llevando dos litros de sotol para darnos fuerza y valor; escondí mi camioneta fuera del camino, allí nos desnudamos y pasamos nadando dos canales: el de Concordia y el Unido, de ocho metros de ancho cada uno, y llevando las palas sujetas en la mano. Con los huaraches puestos los atravesamos rápidamente hasta llegar a la base del bordo. A lo largo de éste, había soldados cada 20 ó 30 metros. Yo me adelanté hacia arriba a unos cien metros y disparé mi pistola, al tiempo que pedía auxilio, gritando que había una tuzera.

Los soldados y peones que cuidaban el bordo, corrieron en busca del daño anunciado. Así que dejaron libre un buen tramo, suficiente para facilitarles la maniobra a mis compadres.

El lugar donde rompimos era bajo y ya en otras ocasiones por allí se había desbordado el río. El tapón que construían cuando tapaban el portillo le llamaban "pitacocha" o anillo. La faena duró unos instantes, la abertura que hicimos era de 40 centímetros, hecha de arriba del bordo hacia abajo, suficiente para producir una rápida salida de agua, que a los cinco minutos iba abriendo el boquete con mucha facilidad.

Salimos pronto, regresamos a la camioneta y arrancamos luego. En el camino, mis compadres se iban vistiendo y hechándose unos tragos de sotol. Les regalé \$500.00 a cada uno, que entonces era mucho dinero, pues el salario era de un peso diario. Regresé a Torreón a hacerme presente en bares y cantinas preparando la coartada. Me fui a dormir a mi casa y no pude conciliar el sueño ni un minuto, me preocupaba que no entrara mucha agua y me hubiera quedado un pedazo sin anegar.

A las seis de la mañana, al amanecer, salí en mi camioneta al lugar de la fechoría y cuál sería mi terrible sorpresa: el portillo de 40 centímetros tenía 200 metros de ancho, por allí salía la mitad de la creciente, se había llevado tres kilómetros de carretera y como cinco kilómetros de la vía del ferrocarril y estaban detenidos en ambos lados trenes, camiones y automóviles.

Estaba yo anonadado, observando los terribles deslaves en las vías de comunicación, cuando se presentó ante mí, un amigo mío, agente de la policía de caminos, llamado Salvador Arcaute. Éste, mirándome fijamente, me preguntó si yo había tumbado el bordo y yo de pendejo le contesté:

— ¿A poco crees que se cayó solo?

Hay amigos en la vida que no distinguen el valor de la amistad, no saben lo que es la lealtad. Ese señor Arcaute, fue uno de ellos, ya que de inmediato me fue a denunciar ante el Ministerio Público: que yo le confesé ser el autor de la terrible inundación.

Me citó la autoridad y al acudir yo declaré que a Arcaute no lo conocía que por tal motivo mentía, el juez indicó a éste, que demostrara que éramos amigos. El hizo que acudieran cuatro amigos de nosotros, pero fue tan grande la indignación que les produjo a mis amigos la denuncia de éste, que todos negaron que él y yo fuéramos amigos, declarando que nunca nos habían visto juntos así que su denuncia quedó en ridículo.

La inundación que provoqué fue muy benéfica para la Región Lagunera, pues se anegaron 35 mil hectáreas, ya que el río siguió aportando en muchos días, grandes volúmenes de agua, beneficiando a múltiples pro-

pietarios de terrenos, así como a campesinos que tuvieron trabajo todo el año, e inclusive a comerciantes.

De todos modos el Ministerio Público, por indicaciones de la Secretaría de Comunicaciones, me abrió un proceso sujeto desde luego a comprobación, en el cual hubo muchas investigaciones que si me hubieran comprobado, tendría que pagar por daños y perjuicios a las vías de comunicación, la cantidad de 20 millones de pesos, que nunca, hubiera podido conseguir.

Me favorecían mucho los antecedentes de que en otras ocasiones el Río Nazas en crecientes de agua similares, había roto el bordo de defensa en ese mismo lugar. De cualquier forma el proceso seguía su curso sin comprobarme nada.

Sembré algodón en la famosa Tijera de Dolores, y obtuve una cosecha fabulosa de tres toneladas por hectárea. En aquella época las cosechas buenas eran de una tonelada por hectárea, desde luego eran siembras totalmente de temporal. Recogí mi algodón, lo vendí en dólares —cuya cotización es siempre en ese tipo de moneda—, y los deposité en un banco americano en Eagle Pass, como mera precaución en caso de alguna represalia por autoridades menores.

A pesar de tanta investigación, y tantos careos no se me había comprobado absolutamente nada, pero el proceso continuaba en pie y no me dejaban trabajar libremente.

Mis finos amigos el general Eulogio Ortiz, comandante de la zona militar en la Región Lagunera y el general Carlos Real, gobernador del Estado de Durango, amigos íntimos del general Miguel Acosta, secretario de Comunicaciones, me ofrecieron acompañarme a México a intervenir en mi favor con el citado general para que se liquidara ese proceso.

Nos trasladamos a México y allí, en la Secretaría de Comunicaciones, me presentaron con el general Acosta. Dieron testimonio de que yo era completamente inocente de los cargos que la Secretaría me achacaba, como el posible autor de esa fechoría, comprobando que las investigaciones de las autoridades no habían encontrado elementos suficientes para hacerme responsable de esos cargos.

El general Acosta me interrogó personalmente, indicándome que si yo no era el culpable, debería saber quién era (en esta gran inundación de tierras hubo muchos agricultores beneficiados). Que si yo le confesaba quién era, inmediatamente ordenaría liberarme de toda culpa. Le pregunté que si yo le decía quién fue, cumpliría su promesa de liberarme.

Me contestó de inmediato:

— Soy hombre de palabra.

Mis padrinos, los generales Ortiz y Carlos Real, me exigieron que denunciara yo al autor. Con tranquilidad y aplomo le dije al señor secretario:

— Yo soy el responsable de esos hechos.

Argumentando de inmediato que la ruptura del bordo del Río Nazas, había irrigado alrededor de 35 mil hectáreas que se habían sembrado de algodón, dando ocupación a 50 mil campesinos que carecían de trabajo, fortaleciendo al pequeño comercio, dando una tributación fiscal, tanto al gobierno del estado de Coahuila, como al gobierno federal, originando impuestos en la exportación de algodón llamado *ad-valorem*. Además había producido muchas pacas de algodón enviadas a las fábricas de hilados y tejidos de Puebla y Orizaba, las cuales ocuparon a innumerables obreros.

Las aguas que regaron esos terrenos eran excedentes e iban a depositarse a la Laguna de Mayrán sin ningún beneficio para nadie. En cuanto a los deslaves producidos allí, en tiempo de lluvias, en toda la República se suscitaban éstos, muy pocas veces favorables a los cultivos del campo.

El general Acosta, me interrumpió, diciéndome que ya no hiciera más defensa de mi acto, pues de acuerdo a mis argumentos, la Secretaría de Comunicaciones en lugar de castigarme me tendría que dar una indemnización.

Mis padrinos se pusieron muy molestos, pues habían quedado en evidencia con sus recomendaciones y, en represalia, me obligaron a que diera yo esa noche una fiesta privada al señor Secretario con vinos importados y champaña. En el restaurante acordado me acomodé al lado del agasajado y de acuerdo a los

vinos que íbamos ingiriendo ligábamos una fuerte amistad, al grado que empezamos a tutearnos.

Al despedirnos en la madrugada, nos dimos un fuerte abrazo, indicándome que cuando fuera a México, no dejara de ir a saludarlo para continuar con esta nueva y maravillosa amistad que había ganado en forma inesperada; así lo hice y lo frecuenté cuantas veces me fue posible.

Como cosa curiosa al año siguiente, en 1934, adquirí una finca algodonera en la Región Lagunera llamada Los Ángeles, que colindaba precisamente con la finca California que era propiedad de él. En ese lugar nos visitábamos más seguido los fines de semana, ya que el General asistía cada 15 días. Siempre consideré que nos unió una franca y leal amistad.

El general Miguel Acosta oriundo de Múzquiz, de Coahuila, fue un gran revolucionario que aportó desde su juventud su trabajo, su tenacidad y su valentía como soldado, colaborando al triunfo de la Revolución.

## **La primera vez que conocí un tren presidencial**

Antes de concluir el año de 1933, arribó a Torreón el presidente de la República Abelardo Rodríguez, acompañado de su señora esposa Alma Viderique de Rodríguez y de los siguientes funcionarios: el jefe del Estado Mayor Presidencial, general Juan F. Azcárate, el subjefe, coronel Perea; el secretario de Agricultura, don Francisco Elías y el señor Leo Alvarado que fungía como asesor. Éste, era hijo del famoso músico y compositor del estado de Durango, Alberto Alvarado.

El general Juan F. Azcárate era un estupendo juga-

dor de polo y traía su equipo compuesto por cadetes del Colegio Militar. Se concertaron unos juegos de exhibición con el equipo del general Eulogio Ortiz, jefe de la zona militar de La Laguna. Este se enfrentó con nuestro equipo de civiles y al resultar vencedor jugó con el conjunto visitante denominado Estado Mayor Presidencial.

Estos juegos estuvieron muy reñidos y fueron presenciados por el presidente Abelardo Rodríguez. Desgraciadamente en uno de esos partidos, murió accidentalmente uno de los jugadores, ayudante del señor presidente de apellido Gallegos Campoy. Su muerte fue muy sentida por todos nosotros. El cuerpo fue embalsamado y trasladado para su inhumación al estado de Sonora de donde era oriundo.

Dos días después de ese desafortunado suceso, el presidente Abelardo Rodríguez nos invitó a viajar con él en el tren presidencial, de Torreón a Durango y de ahí a Santiago Papasquiaro, Dgo., con objeto de exhumar los restos de su señor padre y enseguida enviarlos a Sonora.

De este modo pude conocer el tren presidencial por primera vez. Lo conservaban en perfectas condiciones. Se componía de carro-habitación exclusivo para el Presidente de la República, con un gabinete de observatorio y al fondo, el comedor montado a todo lujo.

Los demás carros estaban acondicionados con gabinetes amplios y cada compartimiento tenía a la entrada una letra del abecedario. Estos eran ocupados por los invitados del Presidente. También contaba con un vagón de primera clase para la escolta de soldados y por último con dos carros exprés.

Llegamos a Durango, y allí el señor Presidente tenía proyectada una cacería en la sierra. Por conducto del general Carlos Real, gobernador del estado, había invitado también a dos compañeros de nosotros amantes de la cacería, el señor Francisco Zarzosa y Joaquín Belloc.

Permanecimos dos días en la capital del estado y de allí continuamos en el tren presidencial hasta los aserraderos de El Salto, Dgo.

Dos días se dedicaron a la cacería y luego nos mar-

chamos a bordo del tren a Santiago Papasquiario, lugar donde el Presidente exhúmo los restos de su señor padre para mandarlos inmediatamente al estado de Sonora, su tierra natal. Retornamos a Durango a bordo del tren presidencial y ahí nos despedimos del primer mandatario del país, dándole las gracias por tan gentil invitación.

## **Cómo adquirí el rancho Los Angeles**

La Comisión Monetaria que hoy se llama Banco Agrícola, se había adjudicado por falta de pago, tres fantásticas fincas algodonerías en la Comarca Lagunera. Estas fueron propiedad de don Julio Luján, y sus nombres eran: California, Rinconada y Los Angeles. Dichas fincas se pusieron a la venta. La primera fue adquirida por el general Miguel Acosta, Secretario de Comunicaciones y la segunda la compró el general Eulogio Ortiz, jefe de la zona militar de La Laguna y amigo personal del general Plutarco Elías Calles.

Por disposición del gobierno, la tercera finca no fue vendida sino que acordaron hacerle grandes construcciones, por ejemplo, cuatro norías con abundante agua. También instalaron una planta despepitadora. Esta propiedad se componía de 800 hectáreas con derechos de agua del Río Nazas, además de la que era extraída de las norías. Este era un señor rancho con tierras de inmejorable calidad. La Comisión Monetaria se empeñó en llevar adelante un programa para su explotación, con magnífico equipo agrícola: tractores, camiones, camionetas y un fabuloso hatajo de mulas.

A pesar de tener todo lo necesario para producir, in-

clusive mucho dinero, cada año reportaba pérdidas. Lo mismo que acontece ahora con las empresas que maneja el gobierno y que son llamadas paraestatales, las cuales son dirigidas por personal sin ninguna capacidad ni conocimientos, pero que gozan de formidables sueldos.

Mi gran amistad con el jefe de la zona militar de la Región Lagunera, influyó en su decisión de pedirme que interviniera en su finca Rinconada para dirigirle los trabajos agrícolas. Naturalmente accedí sin cobrarle ni un centavo.

El primer año, se obtuvieron considerables utilidades con siembras de algodón. De igual manera sucedió en la hacienda California del general Miguel Acosta. No así en la finca Los Angeles que trabajaba la Comisión Monetaria. Esta registró lo mismo que el año anterior: cuantiosas pérdidas.

Yo, que tenía conocimiento de lo que ocurría en esa propiedad, un día le supliqué al general Eulogio Ortiz me ayudara para que el gobierno me rentara esa hacienda.

Varios bancos de la Región Lagunera, en donde había comentado que yo podría rentar esa finca, me ofrecían la refacción necesaria. Con esas ofertas, le indiqué al general Ortiz, estaría en condiciones de trabajarla sin dejar de atender su propiedad, que por cierto colindaba con el rancho Los Angeles. Días después de haber tenido esta conversación con mi amigo, viajamos los dos a la ciudad de México para tratar de conseguir en arrendamiento dicha finca.

En la Capital, el general Ortiz se entrevistó con el gerente general de la Comisión Monetaria, cuyo nombre era Francisco Salido. Este funcionario dijo no poder resolver ese asunto, agregando que mejor acudiéramos con el ingeniero Pani, Secretario de Hacienda y éste a su vez nos manifestó que solamente el Consejo de Administración podría decidirlo.

Total, en esa oficina no logramos nada ni aun con la información verídica que proporcionamos de lo que pasaba en esa finca. Impaciente el general Ortiz me dijo:

— Andamos perdiendo el tiempo, mañana nos vamos a Cuernavaca y hablamos con el general Calles.

Al otro día nos trasladamos a ese lugar. Cuando se anunció el general Ortiz enseguida nos recibió el general Calles en su despacho. Luego que el general Eulogio Ortiz le notificó que no había novedad en la Región Lagunera, abordó el asunto; explicándole que la citada hacienda, en manos de la Comisión Monetaria, no progresaría nunca y para que lo comprobara llevábamos una completa y detallada información que nos proporcionó el señor Francisco Llona, gerente de las oficinas en Torreón.

El general Plutarco Elías Calles era un hombre práctico, con amplios conocimientos de los problemas de México, sobre todo del campo. Una vez enterado de todo llamó a su secretaria particular, la señora Soledad, esposa del doctor González Ayala; médico del general Calles, y le dictó una carta dirigida al ingeniero Pani, Secretario de Hacienda, ordenándole me otorgara el contrato de arrendamiento por cinco años, con una renta de \$50,000.00 anuales.

El contrato se elaboró en la ciudad de México, así que tuve que esperar tres días más. Una vez que me lo entregaron, me fui inmediatamente a Torreón para recibir la finca. Ésta se encontraba sembrada de algodón, que todavía no recolectaban porque tenían establecido pagar a los peones por pizcar, a tres centavos el kilogramo, mientras en los demás ranchos pagaban a cinco centavos el kilogramo.

El Río Nazas traía una avenida de agua que el rancho no utilizaba, pues no podía empezar a regar porque el algodón aún no se pizcaba. Esta situación me perjudicaba ya que no tendría base de humedad para las próximas siembras.

Ante este problema me presenté con el señor Francisco Llona, gerente de las oficinas en Torreón, reclamando que subieran el precio de la pizca para ir desocupando la tierra, pero éste me hizo saber que no podía hacerlo porque no tenía instrucciones de México. Desesperado, resolví marcharme nuevamente a la ciudad de México, para tratar esta cuestión con el gerente general de la Comisión Monetaria, don Francisco Salido.

Este señor me aclaró que la Comisión Monetaria no tenía ningún interés en gastar más dinero en ese ran-

cho, que a fin de cuentas ya estaba rentado. No obstante, declaró que este problema podría resolverse a mi favor si yo les compraba la cosecha de algodón y por mi cuenta aumentara el precio para la recolección del mismo, y así fuera aprovechando los riegos.

Le pregunté que en cuánto tenían calculado el rendimiento del algodón en las 800 hectáreas. El señor Francisco Salido me respondió que a razón de mil quintales por lote de cien hectáreas. El precio del quintal era de cuarenta pesos y la cotización era de ocho pesos por dólar. Es decir, se obtendrían \$320,000.00 en los ocho mil quintales.

Yo que había visto las condiciones de las plantas ya rendidas, que por cierto eran muy buenas, juzgué que era un buen negocio comprarla. En dos días cerré la operación, solicitando al señor Salido un plazo de ocho días para entregarle la cantidad fijada. Afortunadamente éste aceptó.

Enseguida salí para Torreón a conseguir el dinero ya que no contaba con un centavo. Visité tres bancos, pidiéndoles esa cantidad para pagarla en un plazo de noventa días, con garantía del mismo algodón pero no tuvo éxito, pues además había que invertir dinero, no solamente en la recolección de la cosecha, sino también en costear los gastos para desepitar el producto.

Una noche de insomnio se me ocurrió la sensacional idea de acudir a la casa Anderson Clayton, compradora de algodón, para venderle ocho mil quintales, los cuales entregaría posteriormente, con la condición de que me adelantaran esa cantidad, dando como garantía 16 mil quintales que consideré arrojaría toda la cosecha.

Los directivos de la empresa me conocían muy bien pues siempre me habían refaccionado para sembrar algodón en pequeñas superficies. Estos señores me indicaron que necesitaban comprobar si efectivamente resultarían 16 mil quintales como yo aseguraba.

Para el efecto enviaron al rancho a don Carlos Herrera, inspector agrícola, gran conocedor de los cultivos de algodón para que diera el dictamen decisivo, del que dependía que yo obtuviera el anticipo requerido.

Salimos a caballo a hacer la inspección lote por lote.

Don Carlos era un hombre demasiado serio y muy parco en el hablar. Mientras recorriamos las muchas hectáreas sembradas, a cada momento yo le decía:

— Mire don Carlos, ¡cuántos capullos tienen las matas! ¡Qué abundantes serán las pizcas!

Este hombre no contestaba a mis apreciaciones, concretándose a observar las muchísimas matas. Regresamos del campo a la casa grande de la hacienda, en donde yo tenía preparada una buena comida, unas cervezas frías y una botella de coñac.

Antes de sentarnos a la mesa, el señor Herrera me manifestó que él prefería un trago de sotol, que enseguida le serví, acompañándolo también yo. Volví a servirle otra copa y don Carlos no me comunicaba su dictamen. Yo estaba muy nervioso y temeroso de que su opinión pudiera diferir de la mía, y no me concedieran el préstamo solicitado. Por fin, rompiendo el prolongado silencio me interrogó:

— ¿Cuántos quintales calcula usted que puedan salir de esa labor?

— Dieciséis mil quintales, señor Herrera.

— ¡Sí salen; y quizá unos pocos más!

Ante esta noticia me embargó una gran alegría. Por la tarde me presenté en las oficinas de Anderson Clayton en donde el gerente era el americano J.W. English, amigo mío. De inmediato se efectuó la operación de venta y me extendieron un cheque por \$320 000.00.

Enseguida partí a la ciudad de México a dar por terminado ese negocio con la Comisión Monetaria; retornando el mismo día a Torreón a firmar el contrato de compraventa de la labor con el licenciado Enriquez, apoderado jurídico.

La casa de Anderson Clayton me prestó el dinero de las pizcas; así que me hice acompañar de mi hermano Ángel a los ranchos circunvecinos para avisarle a los peones hablando a grandes voces, como se estilaba en esa época, que en el rancho Los Ángeles se pagaría a siete centavos el kilogramo de algodón recolectado. La muchedumbre acudió presurosa a la finca, aproximadamente unas mil personas; pizcando diariamente de 60 a 70 mil kilogramos en hueso.

En dos semanas tenía yo almacenado en bodega los

ocho mil quintales que despepité, y comencé a entregar en pacas. Los trescientos veinte mil pesos los liquidé en tres semanas a la casa Anderson Clayton. El resto de la pizca sobrepasó los veinte mil quintales, muy arriba de lo calculado, que despepité y vendí un mes después. Mi utilidad en esa audaz operación fue de \$500 000.00 cantidad con la que compré el rancho en el año de 1934.

## **El “hombre de paja” que compró la hacienda El Pilar**

Durante mucho tiempo la casa algodonera Anderson Clayton, en Torreón, Coah., me ayudó constantemente, proporcionándome pequeños créditos para sembrar algodón, en superficies de cincuenta hectáreas como máximo, y sin pedirme ninguna garantía, ya que yo no poseía propiedad alguna. Por los favores y consideraciones que me dispensaba esta casa algodonera, me hice muy amigo de los empleados y de los altos jefes que acertadamente la dirigían.

Un buen día, el director general de dicha institución, J. Paul King, me llamó urgentemente a México, solicitando mis servicios. Al acudir a la cita me manifestó que necesitaba actuar con premura para evitar que un fabuloso negocio se le escapara de las manos; inquiriéndome sin rodeos, cuánto le cobraría por prestarle mi nombre. Sin comprender de qué se trataba, le pedí que fuera más explícito.

Con calma el señor King me notificó que la Hacienda El Pilar y anexas situada en la Región Lagunera, compuesta por 2 mil 500 hectáreas de superficie, repartidas en cinco ranchos, todos con dotaciones de agua del Río

Nazas distribuidas por el canal de Santa Cruz; pronto sería rematada por dos adeudos: uno con el Banco Nacional de México por \$1 200.000.00, y el otro con la Fundación M.A.S.S. de Saltillo, Coah., por \$700 000.00, que había contraído sin ser cubiertos todavía ni siquiera los intereses.

A continuación me planteó lo siguiente:

— Mi intención es que esa finca sea comprada y escriturada a tu nombre. Por ello te ofrezco cien mil pesos de comisión.

Quedé atónito al escuchar esa increíble proposición. Una vez pasado el asombro le dije que por esa cantidad no solamente le prestaba mi nombre, sino además le entregaba mi acta de nacimiento y de bautismo y hasta me cambiaba el nombre. Rienose me refirió que tendría que trasladarme a Saltillo, Coah., a localizar al albacea del finado don Praxedis de la Peña, propietario de la hacienda mencionada.

El albacea era el señor Marcelino Garza, con quien logré entrevistarme con muchas dificultades, exponiéndole mi deseo de adquirir la Hacienda El Pilar y anexas. Este me contestó enfadado que no estaba en venta. Enseguida le dije que ya sabía que estaba a punto de ser rematada por los acreedores que eran el Banco Nacional de México y la Fundación M.A.S.S. de Saltillo, Coah., por un millón novecientos mil pesos. Que en tal virtud yo le proponía pagar esa finca en \$2 500 000.00 al contado, con lo cual les quedaría a los herederos un remanente de \$600 000.00.

Don Marcelino, muy molesto por mi aclaración, me preguntó quién me había informado sobre la situación de la finca. Y de inmediato le respondí que un alto funcionario del Banco Nacional de México. Sin tener otra alternativa, me hizo saber que no llevaría adelante la operación con intervención de coyotes, exigiéndome le demostrara en dónde tenía el dinero para el pago. Con tranquilidad repuse que en el Banco Mercantil de Monterrey, de la misma ciudad. Por la noche me comuniqué con el señor King a México, enterándolo que la operación de compraventa se había iniciado sin ningún problema; y que me remitiera el dinero a mi nombre al Banco Mercantil de Monterrey.

Al día siguiente éste me habló por teléfono, reclamándome por qué había cometido la indiscreción de mencionarlo a él como comprador. Esto se lo comunicó don Marcelino Garza, afirmándole que él, a su vez, se había enterado por conducto de un joven coyote llamado Enrique Marroquín. Pero el señor King se concretó a decirle que él no tenía interés en comprar la Hacienda El Pilar y anexas, agregando que yo había solicitado un préstamo, dando garantías muy elevadas para la adquisición de dicha hacienda, por lo cual se aprobó concederme tal préstamo.

Partí rumbo a la capital regiomontana, muy preocupado por lo anterior, ya que era totalmente falso. Al llegar me dirigí al Banco Mercantil de Monterrey, para cerciorarme que la cantidad mencionada estaba girada a mi nombre. Cuál sería mi sorpresa al comprobar que el gerente de esa institución era nada menos que el hermano de don Marcelino Garza. Así que fue él quien avisó al albacea acerca de la persona que me envió el dinero.

Airado y molesto me presenté ante don Marcelino en Saltillo, Coah., instándolo a que me resolviera de inmediato si aceptaba la operación condicionada a que le otorgara al coyote Enrique Marroquín \$100 000.00 de comisión en represalia porque trató de eliminarme de la operación, pues de no aceptar esto, me acababan de ofrecer en venta las fincas Purísima y Hormiguero, de mejor calidad que El Pilar y a un precio más bajo.

Finalmente se cerró el trato en Torreón, ante el notario público Francisco Chávez Díaz. Como fue una operación de mucho dinero, la venta de esa fantástica propiedad, a nombre de un hombre de paja que era yo, salió publicada en los periódicos *La Opinión* y *El Siglo de Torreón*. La comisión que obtuve fue de cien mil pesos de cada lado, es decir doscientos mil pesos.

No me ofendí en ninguna forma porque me llamaron hombre de paja, pues con gusto hubiera vuelto a serlo en todo tipo de operaciones que me dieran esos resultados. Además tuve la suerte de que los que no sabían que yo era hombre de paja, creyéndome millonario, me trataban bastante bien, ofreciéndome muchos negocios.

Pasados varios días, el señor King me avisó que procediera a venderla en fracciones, a razón de dos mil pesos por hectárea otorgando facilidades: mil pesos de enganche (por hectárea), liquidando el resto en un plazo de tres años. Debido a la gran demanda de tierras en la Región Lagunera, ya que éstas escaseaban porque los grandes latifundios no vendían ni un metro de superficie, la reventa fue rapidísima.

La Hacienda El Pilar, compuesta de 500 hectáreas con su casco y construcciones, además de la planta de luz y norias, la adquirió el señor Américo Ferrara. El rancho anexo, El Cuije, constituido por 400 hectáreas, se le vendió al señor Raymond Midget. La propiedad denominada Santa Anita que contaba con 350 hectáreas, al señor Alonso Álvarez. La Finca Nuevo León, de 850 hectáreas, a los hermanos de la Peña. Y la finca Maravillas, con una superficie de 400 hectáreas, decidí adquirirla yo.

## **El bar Manolo**

Mi queridísimo amigo don Ángel Urraza me presentó en una fiesta a su compatriota español, don Enrique Zunzunegui, quien estaba casado con doña Rafaela Arocena, dueña de la mitad de la Hacienda de Santa Teresa y Anexas. Este señor era accionista principal de la Goodrich Euzkadi, propietario de la Cervecería Moctezuma y de la Tecate; total, un multimillonario.

Nos hicimos grandes amigos por lo que lo visitaba seguido, tanto en Torreón como en la ciudad de México. Era licenciado en derecho. Se distinguía por ser un tipo jovial y un gran anfitrión. Pude percatarme de que quería mucho a México y a los mexicanos.

Asistía casi todos los días al Bar Manolo, ubicado en la esquina de la calle de López con la avenida Juárez. También a ese establecimiento concurrían grandes personajes: literatos, industriales, políticos y banqueros. Entre los que frecuentaban este sitio, se encontraban el pintor y célebre caricaturista mexicano Ernesto García Cabral y el reconocido escritor y compositor de epigramas, José Elizondo que se firmaba con el seudónimo de Kien.

Un día, a éste último, mi tocayo Enrique Zunzunequi lo invitó a visitar España, llevándolo como su secretario particular e introduciéndolo a lo más granado de las letras españolas. Algún tiempo después de su patria trajo a México, también como su secretario particular, al inolvidable poeta andaluz Federico García Lorca. Yo tuve la oportunidad de conocerlo personalmente y de escucharle en varias ocasiones sus famosas y bellas poesías.

Era un hombre todavía muy joven, alegre y dicharachero como todos los andaluces; lástima que poco tiempo después fue asesinado al comienzo de la Guerra Civil Española, por las huestes del general Francisco Franco.

Ya establecido yo en Valles, S.L.P., el propietario del bar antes mencionado, Manolo del Valle, adquirió por mi conducto dos fincas en dicho municipio, a las que iba cada quince días. Su señora esposa (que él llamaba "patroncita") las había acondicionado maravillosamente. Ella le ayudó muchísimo a amasar el gran capital que poseía, ya que cuando Manolo llegó de España, empezó a trabajar de mesero y cantinero en aquel famoso restaurant de lujo llamado Prendes. Así que en ese alegre bar, me reunía de vez en cuando con los inversionistas que había yo llevado a Valles, S.L.P., la mayoría de la ciudad de México, en donde discutíamos los asuntos y problemas de nuestras fincas.

## **El rancho La Loma y las plantaciones de limoneros**

En 1937 haciendo un viaje de placer en automóvil desde Torreón a Monterrey, N.L., allí tomamos la carretera a la capital del país. Me acompañaba mi amigo, el famoso caballista del Colegio Militar, capitán Procopio Ortiz, hermano del general Eulogio Ortiz. Llegamos a Ciudad Valles, S.L.P., en donde pernoctamos para continuar al día siguiente a la ciudad de México, pero no fue posible, porque estaban terminando la construcción de la carretera y tenían que dinamitar parte de la montaña.

Tuvimos que esperar tres días. Mientras tanto nos dedicamos a visitar los alrededores de la ciudad, quedando maravillados ante la exuberante vegetación de esos lugares. Nos informamos qué valor tenían algunos terrenos, dándonos cuenta que era fácil adquirir una propiedad.

El segundo día indagué sobre la venta de un predio de cien hectáreas, situado en las márgenes del Río Tampamocón, a tres kilómetros de la carretera. Su propietaria era la señorita Isabel González, quien radicaba en la ciudad de México. Averigué su dirección y al llegar a la Capital me entrevisté con ella y enseguida se arregló la operación en la cantidad de cinco mil pesos.

A los ocho días volví a Ciudad Valles para empezar a desmontar la finca. Había muchos árboles de cedro rojo, los cuales aproveché para aserrarlos y mandar hacer unos muebles que hasta la fecha conservo con ca-

riño, ya que la madera utilizada la obtuve de mi propiedad.

Esa finca tiene una perspectiva hermosa desde un montículo de material rocoso, en donde procedí a construir un bungalow tipo americano. Cuando finalizó la construcción organicé una pequeña fiesta, bautizando el rancho con el nombre de La Loma.

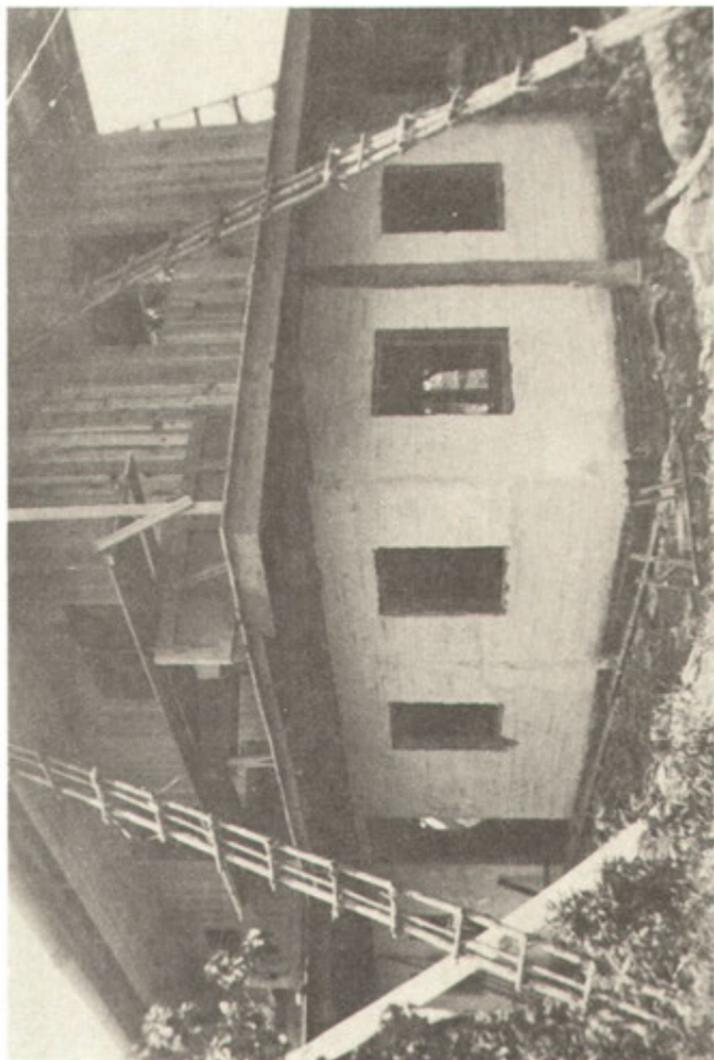
El presidente Lázaro Cárdenas en una de sus muchas giras, visitó mi finca y me recomendó hacer una plantación de limoneros. Para el efecto ordenó al subsecretario de Agricultura, ingeniero Fernando Foglio Miramontes, me hiciera entrega de cien mil arbolitos de limón en cepellón. Estos fueron trasladados por ferrocarril desde Apatzingán, Mich., hasta Ciudad Valles, S.L.P. Los gastos de transporte fueron cubiertos por el gobierno federal.

Por indicaciones del Jefe del Poder Ejecutivo, se regalaron más de ochenta mil arbolitos a las siguientes personas: don Everardo Topete, don Jesús Pámanes, don Mariano Peña, don Alberto Durán, generales Roberto Fierro y Carlos Real; Jorge Negrete, Cándido Madrid y a muchas personas de Ciudad Valles. La primera plantación fue en mi finca pues ya tenía la tierra desmontada, barbechada y había organizado el riego por bombeo del río.

Mi propiedad tuvo un desarrollo fantástico; por esta razón despertó en mí el interés de promover las plantaciones de cítricos en esa región, que desgraciadamente más tarde arruinó la fatídica plaga de la mosca prieta. Con la ayuda del presidente Cárdenas, conseguí fabulosas ganancias con la exportación de ese producto, que en esa zona no se había cultivado hasta entonces. Luego me dediqué a promocionar la venta de terrenos para que en éstos se efectuaran plantaciones de limoneros.

Primeramente me di a la tarea de convidar a mis amigos para que hicieran inversiones en ese municipio. El resultado fue todo un éxito, se inició en Valles un gran desarrollo económico, con apertura de tierras tanto agrícolas como ganaderas, además esa región es productora de azúcar.

El sitio donde está ubicado el ingenio azucarero



La casa principal en el rancho La Loma.

Plan de Ayala eran tierras que se desmontaron con el propósito de plantar árboles de limón. Su propietario, don Braulio Fernández Aguirre, más tarde optó por regalar su finca al gobierno federal para que se construyera dicho ingenio.

Mi plantación de limoneros en tierras de vega se desarrolló rápidamente. Estos eran una atracción para las personas que visitaban mi rancho. A muchas de ellas las animé a que adquirieran propiedades en esos lugares, exponiéndoles las ventajas de ese cultivo, así como las estupidas ganancias que se obtenían.

Ellos fueron: don Everardo Topete, gobernador de Jalisco; el general Félix Bañuelos, gobernador de Zacatecas; general Bonifacio Salinas Leal, gobernador de Nuevo León; general Elpidio Velázquez, gobernador de Durango; don Gonzalo Santos, gobernador de San Luis Potosí, general Carlos Real, director de la Lotería Nacional; licenciado Emilio Portes Gil, expresidente de la República Mexicana; Mario Moreno "Cantinflas", Jorge Negrete, Bárbara Margarita Richardi viuda de don Maximino Tomás Benvenuto, don Jesús Pámanes, don Mariano Peña, don Braulio Fernández Aguirre, Emilio Baldizán, Manolo del Valle, el gran torero José Ortiz, el importante industrial español don Marino Gamboa, el diplomático millonario yerno del dictador de Santo Domingo general Leónides trujillo, Porfirio Rubirosa, y su esposa Flor de Oro Trujillo, don Alberto Durán, Carlos Sarabia e Ignacio Martínez.

Gané muchos millones de pesos vendiendo terrenos y ranchos en Ciudad Valles, con promociones fantásticas para abrir tierras al cultivo y constituir ranchos y granjas, aprovechando la carretera recién inaugurada México-Laredo, con 450 kilómetros desde la capital de la República a Ciudad Valles, S.L.P.

La perspectiva era maravillosa: desde el pueblo de Tamazunchale a Valles, aproximadamente hay una distancia de cien kilómetros. Este tramo de carretera es atravesado por cinco ríos, es decir uno cada 20 kilómetros. Estos en primavera y verano llevan aguas tibias y cristalinas.

Las inversiones de las personas citadas anteriormente fueron cuantiosas, favoreciendo enormemente

el auge económico en Ciudad Valles, cuando era presidente municipal el ingeniero Mariano Velasco. Además de las grandes utilidades que logré sin mucho esfuerzo, me divertí muchísimo, conviviendo con dichos personajes.

## **El sargento De la Rosa y el "general" Miguel Lanz Duret**

El 16 de septiembre de 1938 fui invitado por el señor presidente Lázaro Cárdenas a presenciar el desfile militar desde el Palacio Nacional. Como todas las fiestas conmemorativas de nuestra independencia, ésta estuvo muy concurrida.

Era impresionante ver en ese desfile al sargento De la Rosa, que entonces contaba con 120 años. Por su edad tan avanzada lo hacían desfilarse arriba de un jeep, acompañado del conductor y dos soldados.

Al llegar frente al palco presidencial, por instrucciones del Presidente, lo hicieron subir ante él para saludarlo. Este hombre con sus 120 años caminaba torpemente, pero gozaba de una memoria privilegiada pues en esa ocasión describió sus hazañas militares durante su juventud y mil anécdotas. Las más sobresalientes fueron estas dos: En 1862 fue clarín de órdenes del general Ignacio Zaragoza en las batallas en Puebla contra los franceses, y en 1867 formó parte del pelotón que fusiló a Maximiliano, Miramón y Mejía. Y en la época de don Porfirio Díaz estuvo comisionado en el Castillo de Chapultepec como centinela.

Lo curioso es que habiendo participado en tantos combates de importancia nunca lo ascendieron de

sargento. En la actualidad hay muchos militares y hasta generales que no han oído la pólvora.

A propósito de lo anterior voy a narrarles la siguiente anécdota: En la Región Lagunera fui arrendatario de una hacienda algodonera llamada Buenavista, propiedad de don José María Luján. Este tenía un hijo llamado también José María que por cariño le decíamos el "Güero" Luján. Este había cursado sus estudios en la Capital, por tal motivo era un joven muy culto, además poseía un carácter muy agradable, aficionado a hacer bromas. Terminé mi arrendamiento en la hacienda de su padre y me trasladé a Torreón, en donde seguí frecuentando al Güero Luján.

Un día me lo encontré en la ciudad de México y después de saludarnos, me platicó que a su primo Miguel Lanz Duret le acababan de dar el nombramiento de general ya que era amigo del presidente Miguel Alemán Valdés. Cosa inaudita pues Lanz Duret, a la sazón dueño del periódico *El Universal*, no había sido nunca militar.

Me invitó a acompañarlo para ir a felicitarlo, pero antes fuimos a La Lagunilla y allí el Güero Luján compró un paquete de chinampinas, unos cuetes que les decían "saltapericos" y un embudo pequeño de pólvora.

Al entrar a la oficina de su primo, mi amigo prendió la mecha del paquete, el cual empezó a tronar y a hacer una humareda. El licenciado Lanz Duret dirigiéndose al Güero Luján exclamó enojado.

—¡Qué es esto!

—Ya sabemos que eres general —le contestó su primo y agregó: —Ahora sí puedes contarle a todo el mundo que ya oliste la pólvora, cosa que no habías hecho antes.

## Mis inquietudes como poeta

Nunca en mi vida había tenido vacaciones, ni cuando fui un infeliz trabajador en las haciendas de la Región Lagunera, ni en los albores de mi independencia. Para disfrutar unos días de esparcimiento, renté mi rancho Los Ángeles y me trasladé a la ciudad de México; hospedándome en el Fotel Regis.

En esa época, Agustín Lara cumplía un contrato de presentaciones en el Teatro Lírico, estrenando sus nuevas composiciones. En el Paseo de La Reforma, en el primer piso del edificio que hoy ocupa el periódico *Excélsior*, había un pequeño bar que se llamaba La Boite D'artist, que regenteaba el pianista Raúl Rodríguez, quien también conducía un programa en la XEW con el seudónimo "Cartero del aire". Este tocaba el piano maravillosamente y, guardando la distancia, se asemejaba a Agustín Lara. A ese sitio acudíamos dos veces por semana, después de las diez de la noche, hora en que Agustín Lara terminaba su actuación en el Lírico.

Nuestro principal objetivo era pasar una velada agradable escuchando, en privado, poemas que componía de manera espontánea ese fenomenal músico-poeta.

Asistía formalmente un reducido grupo de personas: el poeta y político yucateco Antonio de Mediz Bolio; el poeta Fernando de la Llave; el declamador López Méndez; el famoso guitarrista Heriberto Lazcano,

que nos deleitaba tocando clásico y lírico; el subsecretario de Gobernación don Agustín Arroyo Ch. Este señor fue un gran amigo mío, muy culto, de agradable conversación y sobre todo con una gran capacidad para componer rimas poéticas.

Todos declamaban sus poesías, que Agustín Lara les festejaba tocando al piano melodías improvisadas. El único que no presentaba nada era yo, así que tenía que disculparme. Desde joven me gustó mucho la poesía, por lo que asistía con frecuencia a programas literarios. No cabe duda, yo he sido un romántico, pero por desgracia las hadas casi nunca se acercan a darme unos aletazos. Soy un enamorado de las noches de luna llena, pues ésta me provoca entusiasmo y sensibilidad.

En mi rancho La Loma, situado en el municipio de Valles, S.L.P., construí una casa tipo bungalow en un promontorio. Desde allí se dominaba una bonita perspectiva del extenso terreno cultivado.

Cierta noche, estando tomando unos tragos de coñac, en mi soledad, llegaron las esperadas hadas. La luna llena y el alcohol comenzaron a incitar mi espíritu romántico.

En las márgenes del río Tampaón, había una casita de palma, muy común en esa región. Habitaba allí un campesino que tenía una hija de aproximadamente 18 años de edad, llamada Felipa, muy bonita, de cuerpo escultural. Cada vez que la veía, la admiraba.

Mi inspiración repentina ocasionó que compusiera esta pequeña poesía.

Yo quiero una novia muy pobre, muy pobre  
de aquéllas que viven en casa de paja  
y si usa alhaja, la use de cobre  
para que yo sea su mejor alhaja.

Y en noche de luna decirle a mi amada  
cerquita al oído, en tono muy bajo, muy bajo  
y al brincar la cerca de tosca albarrada  
tocarle sus manos hechas al trabajo.

Es la que yo quiero, la que me conviene  
una novia muy pobre, muy pobre

de aquéllas que viven en casa de paja  
y si usa alhaja, la use de cobre  
para que yo sea, su mejor alhaja.

Al terminarla y leerla, repasándola varias veces, quedé muy satisfecho y ansioso por significarme en esas reuniones descritas, en las cuales nunca aportaba ningún número.

Asistí el día fijado en el lugar ya señalado, en la ciudad de México, con mis amigos, los poetas. Ante ellos recité mi humilde poesía. Buena o mala todos me la aplaudieron.

Don Agustín Arroyo Ch., que anteriormente mencioné como notable improvisador de rimas a las que con extraordinaria facilidad les hacía la parodia, me pidió que la repitiera despacio y tomando papel y lápiz, me dijo que en la vida hay que aspirar a gozar ésta en grande. Definiéndola así:

Yo quiero una novia que tenga un tesoro  
de aquéllas que viven en regios palacios  
que si usa alhajas, las use de oro  
con finos diamantes, rubies y topacios.

Y en noches de luna decirle a mi amada  
bajo el arabesco de su gran balcón  
y al tocar sus manos, hechas a la nada  
sentirlas tan suaves como el algodón.

Es la que yo quiero, la que me conviene  
una novia que tenga un tesoro  
y si la gente murmura, que ella me mantiene  
no me importa nada, que lo tapa el oro.

## **El Cristo de cedro rojo**

Mi fino amigo don Javier Gallegos, tenía un contrato para enviar a Alemania madera de cedro rojo en rollo. Esta la extraían de la Sierra Madre Oriental, cuyas estribaciones están a unos diez kilómetros de Ciudad Valles.

La operación se llevaba a cabo talando los enormes árboles durante el invierno y la primavera; luego los arrastraban, dejándolos en las márgenes del río Tampañon, afluente del Río Pánuco. Y en la temporada de lluvias, eran conducidos en balsas grandísimas, por hombres expertos en esos menesteres, hasta el puente de la carretera México-Laredo, ubicado sobre el mismo río. Con una grúa los sacaban del agua, para aserrarlos en el rancho Pujal. Una vez aserrados los trasladaban a Tampico y, en ese puerto, finalmente los transportaban en barco a Alemania.

Durante una reunión en la ciudad de Torreón, platicaba yo acerca de esas maniobras. Al terminar se acercó a mí un grupo de damas católicas, del barrio de San Joaquín, en donde estaban construyendo una iglesia. Me suplicaron con insistencia, tratara de conseguir un árbol de cedro rojo, con las siguientes medidas: 2.50 metros de altura por dos de diámetro, pues era lo que justamente requería un gran artista para esculpir un Cristo de tamaño natural.

De regreso a Ciudad Valles, me apersoné ante los hombres que se ocupaban de talar los citados árboles

para solicitar que me vendieran uno ya cortado en rollo, con las medidas señaladas.

Ellos iban cada quince días a Ciudad Valles a cobrar sus salarios. Aprovechando esas oportunidades, siempre los entrevistaba por si me tenían alguna novedad; pero generalmente, me decían que no había ningún árbol con esas características, que sólo podían conseguir uno que otro con dimensiones menores.

Meses después, ellos mismos acudieron a mi rancho La Loma, para darme la gran noticia: encontraron el árbol que reunía las condiciones para labrar el Cristo. Añadiendo, que el problema sería hallar la manera de bajarlo de la sierra y llevarlo a las orillas del río Tampacon. Era tan interesante ese hallazgo, que decidí acompañarlos a la sierra.

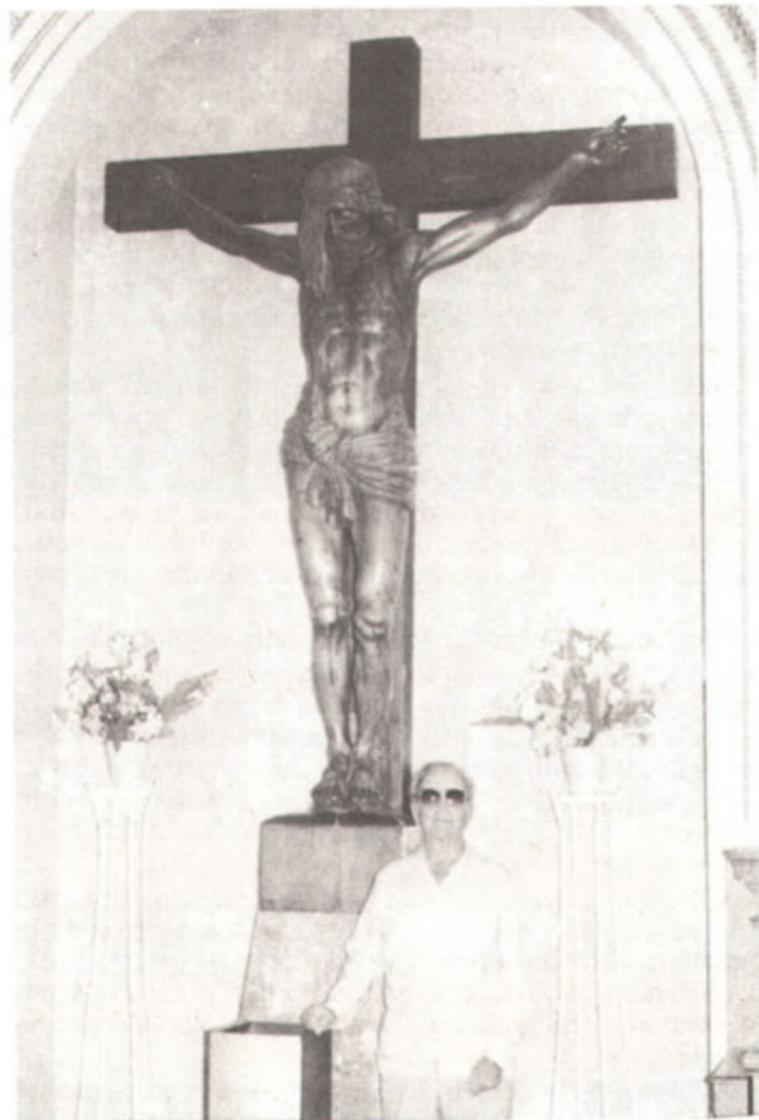
Hicimos el viaje en camioneta, hasta las faldas de la sierra, y de allí subimos a caballo por peligrosas pendientes, recorriendo sitios de extraordinaria belleza, con todo tipo de árboles tropicales: encinos, caobas, cedros y uno en especial, primoroso, que le llamaban palo escrito, ya que al aserrarlo, mostraba unas vetas de variadas formas y colores, que semejaban una pintura.

Afortunadamente, el árbol de cedro rojo que buscábamos estaba en un pico altísimo, así que hicimos una brecha para bajarlo hasta la margen del río.

Esa difícil faena duró un mes. Posteriormente, cuando aumentó el caudal del río Tampacon a consecuencia de las precipitaciones pluviales, fue arrojado a la turbulenta corriente, transportándolo adherido a una enorme balsa.

Al llegar al puente, situado sobre dicho río, una grúa lo levantó y lo depositó a unos cuantos metros de la carretera México-Laredo. Ahí empezó el segundo problema, pues no había vehículo que lo trasladara a la estación de Ciudad Valles, distante 25 kilómetros de ese lugar.

A finales de la década de los 30, nuestro país aún no contaba con los trailers que en la actualidad son tan comunes. Después de dos semanas de intensa búsqueda, encontré un camión grande para su transpor-



El Cristo de cedro rojo de la iglesia del Barrio de San Agustín, en Torreón, Coahuila.

tación. En la estación del ferrocarril, fue colocado en una plataforma del tren que lo llevaría a Torreón, Coah.

Pasaron dos años y no volví a saber del resultado de aquel fantástico rollo de cedro rojo. Cuando concluyó la construcción del templo católico y asimismo la escultura del Cristo, se procedió a inaugurarlos. Acudió una multitud de feligreses, no solamente de Torreón, sino de varios pueblos aledaños a esa ciudad.

En ese festejo se dio a conocer el origen de la extraordinaria escultura y tuve la honra de que me mencionaran como el aportador de la fabulosa madera. Desgraciadamente, al maravilloso escultor no lograron localizarlo, pues era originario de Aguascalientes.

En la citada parroquia, permanece esa admirable obra de arte, digna de exhibirse en un museo de nuestro país, donde se encuentran verdaderas muestras artísticas, realizadas por grandes escultores mexicanos. Y también, sin exagerar, podría estar en el Museo del Vaticano, donde se exponen las esculturas más notables del mundo. El barrio de San Joaquín, en Torreón Coah., es muy pobre. Sus habitantes en su mayoría carecen de preparación, de manera que no pueden apreciar esa magnífica obra de arte.

## **Don Everardo Topete, gobernador del estado de Jalisco**

Durante una gira de trabajo a Guadalajara que realizó el presidente Lázaro Cárdenas, tuve el gusto de conocer al gobernador del estado de Jalisco, don Everardo Topete. Ese trascendente encuentro fue el inicio de genuinas relaciones de amistad entre ambos, que más tarde se convirtieron en un enorme acontecimiento en

mi vida. A pesar del tiempo que ha transcurrido desde su muerte, aún sigo recordándolo con profundo cariño.

Cuando don Everardo concluyó su periodo gubernamental, el presidente Cárdenas me llamó a la ciudad de México indicándome que consiguiera una propiedad rústica —cercana a la mía— para regalársela a don Everardo, en virtud de que éste tenía la intención de abandonar el estado de Jalisco, para dejar al nuevo gobernador con entera libertad para ejercer su mandato. Hago la aclaración que don Everardo Topete era un hombre de extracción campesina, muy popular y con mucha fuerza política.

Una vez que encontré la propiedad que a mi juicio era la adecuada, me trasladé a la ciudad de México para comunicarle a don Everardo que, por instrucciones del presidente Cárdenas, ya tenía tratada en venta una finca que él le obsequiaría, únicamente faltaba que le diera el visto bueno. Don Everardo me manifestó que agradecía esa atención del presidente Cárdenas, pero que de ninguna forma permitiría que éste la pagara. Enseguida me inquirió que cuál era el precio de dicha propiedad, para liquidarla lo más pronto posible.

Al otro día partimos a Ciudad Valles con el fin de cerrar la operación. El exgobernador del estado de Jalisco fue a radicar a Ciudad Valles, con el objeto de emprender los desmontes cuanto antes, para acelerar los trabajos de construcción. Su finca se localizaba a tres kilómetros río abajo, de mi rancho La Loma. Mientras finalizaba su programa de desarrollo en su predio, se instaló en mi rancho y allí pasaba todo el tiempo. Sólo salía cuando el presidente Lázaro Cárdenas nos invitaba a sus giras de trabajo.

Un buen día, se me ocurrió preguntarle que cómo había conocido al general Cárdenas y él me respondió que desde muy joven se dedicó a la vida política. En Etzatlán, Jal., su pueblo natal, se inició como regidor; poco después fue diputado local; más tarde diputado federal y finalmente gobernador de su estado. Él apenas conocía al general Lázaro Cárdenas. Lo había vis-

to un par de veces en Guadalajara, durante su campaña política para Presidente de la República.

Al siguiente año, viene el rompimiento entre el presidente Lázaro Cárdenas y el general Calles por no coincidir políticamente. Y al mismo tiempo son desaforados cuatro gobernadores partidarios de Calles. Los jerarcas callistas Melchor Ortega, de Guanajuato, y Sebastián Allende, cacique de Jalisco, se entrevistaron con don Everardo Topete a quien no habían desaforado, sugiriéndole que viajara de inmediato a la capital y se presentara ante el presidente Cárdenas a rendirle pleitesía y lealtad a su gobierno.

El gobernador jalisciense no aceptó esa proposición. Él no iba a traicionar al general Calles a quien debía su posición política, por lo que les hizo saber a sus "consejeros" que sí iría a la ciudad de México, pero no a otorgarle su voto de adhesión al Presidente, sino a reclamarle que por qué, siendo él un elemento adicto al general Plutarco Elías Calles, no había ordenado su desafuero. Esas mismas palabras fueron repetidas por el gobernador de Jalisco en la residencia oficial de Los Pinos. El presidente Lázaro Cárdenas al escucharlas, le contestó:

— Estoy sorprendido de su actitud, al confirmar que es usted callista, pues aquí han venido muchos de sus compañeros a negar al general Calles y a rendirme adhesión. Yo le ruego a usted que permanezca en el gobierno de Jalisco y le otorgo mi amistad, respeto y consideración.

Don Everardo le aclaró enseguida, que le sería difícil continuar porque tendría muchos problemas políticos con el Secretario de Gobernación, licenciado Silvano Barba González. Entonces el Presidente le propuso que promoviera una manifestación, para que acudieran a Guadalajara los contingentes que él como gobernador dirigía; indicándole a la vez que él estaría presente, y si no tenía inconveniente se hospedaría en su casa.

Días más tarde así sucedió, el presidente Lázaro Cárdenas asistió, acompañado del licenciado Silvano Barba González, a la manifestación que se llevó a efecto en la capital del estado de Jalisco. Y ante una multi-

tud de jaliscienses, pronunció un discurso, subrayando que el gobernador Everardo Topete era un buen revolucionario, que contaba con el apoyo de su pueblo y también con el del Gobierno de la República. Ante semejante alocución, el Secretario de Gobernación no intervino para nada en el proceso político de dicho estado.

Al terminar la construcción de la casa y demás instalaciones en la finca La Esperanza de don Everardo Topete, éste determinó, con gran acierto, plantar limoneros y naranjales. Después de concluir el período presidencial del general Lázaro Cárdenas, éste visitó nuestras propiedades, quedando maravillado de nuestros árboles de limón, que por cierto, estaban en mejores condiciones que los de Apatzingán, ya que en esa región había tierras de óptima calidad.

## **Mi huésped, el general Plutarco Elías Calles**

Tres años después regresó de su exilio a México el general Plutarco Elías Calles. Don Everardo lo fue a saludar y lo invitó a Ciudad Valles a visitar su finca, en plan de descanso. Al día siguiente de su llegada, convidé a ambos a mi rancho. En esa época del año los árboles empezaban a florecer, por esta razón, se respiraba un agradable olor de diversas flores tropicales. A todo esto se aunaba el perfume que desprendían los azahares.

En Ciudad Valles, vivía una señora que tenía un restaurant y que cocinaba sabrosos platillos huastecos. Esta mujer se llamaba Domitila y había sido cocinera de don Venustiano Carranza. A ella le encomendé la

tarea de preparar el banquete para agasajar al general Calles, quien al mediodía lo saboreó con gusto. Después de la comida, el citado general se dispuso a dormir la siesta. Al despertar solicitó una copita de coñac que enseguida le sirvió.

Nos encontrábamos en la terraza observando la puesta de sol, cuando el general Calles nos informó a don Everardo y a mí que deseaba quedarse a dormir en mi rancho. A mi amigo y a mí nos agradó la idea.

Por la noche, al terminar de cenar, el general Calles charlaba con nosotros de diferentes temas, sin mencionar al general Lázaro Cárdenas. Nos platicaba hechos y anécdotas de la Revolución. Rememorando la muerte del general Álvaro Obregón y sin citar el nombre de José de León Toral, aseveró lo siguiente:

— ¡Cómo la voluntad de un solo hombre, hace cambiar el destino de todo un pueblo!

Esas interesantísimas palabras se me quedaron grabadas, pues sabía de antemano que el general Obregón nunca simpatizó con el general Lázaro Cárdenas. Había varios antecedentes, uno de ellos fue el enfrentamiento entre las fuerzas rebeldes contra el gobierno que presidía el general Obregón.

Fuera de la estrategia ordenada por Obregón, tomaron parte en un combate los generales Lázaro Cárdenas y Paulino Navarro, en el que fueron derrotados. Este último resultó muerto y el general Cárdenas gravemente herido. Yo interpreté la aseveración del general Calles de esta manera: que si no hubieran matado al general Álvaro Obregón, el general Lázaro Cárdenas jamás hubiera sido presidente de la República.

## **El ingeniero Melquiades Angulo y mi chofer Juan Pérez López**

En la Región Lagunera, todos los agricultores acudíamos a las oficinas de la Comisión del Río Nasas en Ciudad Lerdo, dependencia encargada de distribuir las aguas de dicho río. En 1936 fungía como director el ingeniero Melquiades Angulo, originario de Etzatlán, Jal., al que tuve la oportunidad de tratar y como éramos afines en muchas cosas, nos visitábamos frecuentemente.

En una ocasión me recomendó mucho que le consiguiera un chofer serio y de confianza. Le respondí que era muy difícil encontrar uno con esas cualidades. A la sazón yo tenía a mi servicio un chofer de ese tipo: responsable, respetuoso y de toda mi confianza, llamado Juan Pérez López, a quien el ingeniero Angulo siempre estaba elogiando. Hasta que un día abiertamente me pidió que se lo pasara. Dada la amistad que había entre ambos, accedí a su petición.

Transcurrieron casi tres años; sin embargo, durante ese lapso continuamos visitándonos esporádicamente. Una tarde, el ingeniero Angulo me comunicó que de la Secretaría de Agricultura le avisaron que se presentara cuanto antes en la ciudad de México. Se encontraba nervioso, pues no sabía a qué se debía ese imprevisto citatorio. Bastante contrariado argumentaba que él había cumplido exactamente con sus deberes y compromisos y que además vivía feliz en Ciudad Lerdo. Al día siguiente empacó sus pertenen-

cias y se trasladó a la Capital con su esposa, a bordo de su automóvil que conducía Juan Pérez López.

Ocho días después, la prensa publicó la noticia de la renuncia del secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, general Francisco J. Múgica, para figurar como precandidato del PRM a la Presidencia de la República. Y en su lugar el presidente Cárdenas designó al ingeniero Melquiades Angulo.

A la mañana siguiente partí a la Capital, para felicitarlo personalmente por el nuevo puesto que obtuvo merecidamente.

Al solicitar audiencia con el nuevo Secretario de Comunicaciones, éste me recibió de inmediato y como estaba muy ocupado me invitó a comer a su casa al otro día. Por la tarde, después de la comida fuimos a su oficina donde me presentó con su secretario particular y con el jefe de ayudantes, indicándoles que cuando yo acudiera a verlo, me pasaran enseguida a su privado. Es decir, me distinguió, concediéndome la categoría de picaporte, que en la actualidad les llaman comúnmente "influyentes".

A la vez hizo llamar al nuevo jefe de la Policía Federal de Caminos, que era nada menos que mi antiguo chofer Juan Pérez López. Este, al verme me dio un fuerte abrazo dándome mil gracias por haber tenido yo tan buena mano, al colocarlo años antes, con el director de la Comisión del Río Nazas.

## **El joven Murguía**

Yo siempre fui un asiduo radioescucha de los programas de la XEW. En esta estación radiodifusora,

el licenciado Álvaro Gálvez y Fuentes, conducía uno muy interesante denominado "Los Niños Catedráticos", otorgándoles premios a los que contestaban a las preguntas que él formulaba. Quienes participaban en dicho programa eran niños ya casi adolescentes, bastante preparados e instruidos.

Cierto día, el licenciado Gálvez y Fuentes interrogó a su juvenil auditorio sobre quién era el Manco de Celaya.

En el acto un jovencito muy inteligente y capaz respondió a la pregunta:

— El Manco de Celaya le apodaron a un general llamado Álvaro Obregón, quien asesinó a numerosos generales revolucionarios que militaron a su lado. En realidad, no perdió el brazo tomando parte en un combate en Celaya, Gto., en contra del general Francisco Villa, como se hizo creer a todos. Lo cierto fue que sufrió la pérdida del mismo cuando pasaba revista a las fuerzas del general Francisco Murguía, en un sitio, cuyo nombre es Santa Ana del Conde, en donde no se trabó ningún combate. Dicho miembro se lo había desgarrado una granada loca.

Ese niño era precisamente nieto del general Francisco Murguía, a quien Obregón mandó fusilar ya rendido, en el pueblo de Santiago Papasquiari, Dgo. El licenciado Álvaro Gálvez y Fuentes intervino para que no continuara el relato, pero el joven Murguía no se detuvo hasta concluir con la descripción citada.

## **Mi compadre Mario Moreno "Cantinflas"**

La atracción principal en los teatros de la capital y del país, era indiscutiblemente Mario Moreno "Cantinflas", que actuaba en el Folies Bergere, ubicado en la calle de Guerrero. Ese teatro siempre se llenaba y muchas veces había que comprar los boletos con anticipación, sobre todo en sábados y domingos. En poco tiempo se hizo muy popular, ya que en cada función que participaba, desempeñaba brillantemente su papel. En tal forma agradaba y divertía al público asistente, que muchos volvíamos al día siguiente aunque repitiera el mismo número.

Actuaban con él las hermosas bailarinas Olga Subareff, quien se casó con Chilinsky; Valentina, que luego contrajo matrimonio con Mario, y la menor de las hermanas Tamara, que permanecía soltera. En ese tiempo yo era un asiduo concurrente; siempre que viajaba a la ciudad de México y mientras duraba mi estancia, no dejaba pasar la oportunidad de presenciar la magnífica intervención de "Cantinflas" en el espectáculo teatral.

Conocí al señor Fernando Hernández Bravo, hombre muy conocedor de todo lo concerniente al teatro, cuando fue representante de Agustín Lara y entablé amistad con él en Torreón; en esos días pasó a ser apoderado de Mario. En cierta ocasión le supliqué al señor Hernández Bravo, me presentara con "Cantinflas", a quien tenía verdaderos deseos de conocer, por ser un admi-

rador suyo. De ese modo seguí tratando a ese estupendo actor cómico, tanto dentro como fuera del teatro, trabando una profunda amistad con él. Así pude observar y reconocer que era un hombre de mucho valer, con grandes cualidades humanas: sencillo, serio y modesto a pesar que subía como la espuma hacia el estrellato y la fama.

Debido a su enorme talento y entrega total a su trabajo, iba acumulando ganancias, utilizándolas en ayudar a sus padres: la señora Soledad Reyes de Moreno y el señor Pedro Moreno, lo mismo que a sus hermanos Pedro, José, Eduardo y Roberto; así como a sus dos hermanas. Siendo de origen humilde, le preocupaban mucho las personas pobres, a quienes auxiliaba económicamente, como hasta ahora lo sigue haciendo sin permitir publicidad alguna. A continuación describiré algunas de las anécdotas que presencié a su lado.

En una ocasión lo acompañe a Matamoros, Tamaulipas, a una corrida de toros, tarea que realizaba con bastante gracia y destreza. Toreaba becerras con el mismo temple y arte de los grandes toreros. Estoy seguro que de haberse dedicado a esa profesión, hubiera sido una gran figura del toreo. Terminada la corrida recibió \$100 000.00, y las autoridades tanto mexicanas como estadounidenses le ofrecieron una magnífica cena en un centro nocturno de primerísima calidad.

Antes de acudir a la cita visitó a unos cirqueros que se encontraban en condiciones económicas deploras: las carpas rotas y el vestuario de los actores desastroso; aunado todo eso a las contribuciones que debían y que no podían solventar. Mario, muy impresionado y conmovido ante la evidente situación por la que atravesaban esos desdichados artistas, les regaló \$80 000.00, conservando el resto para los gastos de regreso de sus empleados.

Y no únicamente sucedió eso, sino que además los invitó a la fiesta de recepción que le darían esa noche. Como suele ocurrir en esos casos, alguien le aconsejó que no llevara a los cirqueros, en virtud de que andaban mal vestidos. Enfadado sobremanera, Mario le



"Para mi mejor sastre Enrique Marroquín, que me vistió a la medida. De su amigo *Cantinflas*".

respondió a esa persona que si no admitían a sus invitados, él no se presentaría en el citado centro nocturno. Así que tuvieron que consentir la presencia de dichos artistas.

Cierta vez fue a cumplir un compromiso a Reynosa, Tamp., actuando en la plaza de toros. Al concluir las faenas propias del toreo cobró lo estipulado, ya que el contrato establecía que a los empresarios de la plaza de toros les correspondía el 50% de la entrada en taquilla y el otro 50% era para la persona que desempeñara ese arriesgado trabajo.

Salimos de Reynosa a las diez de la noche. Yo conducía la camioneta; adelante me acompañaba Mario y en la parte trasera del automóvil iba su apoderado Fernando Hernández Bravo, los mozos y peones de estribo que ayudan a los toreros. A medio camino, descubrí sobre la carretera una víbora de cascabel que permanecía encandilada por los reflectores; de inmediato detuve la marcha, para bajarme y capturarla con la mano. En ese momento despertó Mario y alarmado me preguntó:

— ¿Qué pasa?

— Deseo atrapar ese venenoso reptil —le contesté.

Desde luego se opuso enérgicamente, pero yo calmandolo le aclaré que esos menesteres los realizaba desde muy joven, cuando trabajaba en los ranchos de la Región Lagunera. Por consiguiente les indiqué que no hicieran ruido y se estuvieran quietos. Enseguida, con mucha precaución y con toda rapidez sujeté fuertemente por el cuello a la serpiente, sin permitirle que se percatara de mi presencia y retrocediera con objeto de enroscarse para su defensa.

Las víboras cuando atacan, se enroscan, de esta manera obtienen el impulso y la velocidad de ataque, procediendo con rapidez. Estiradas, a lo largo, les es imposible atacar; pues no tienen elasticidad en su sistema muscular.

Una vez capturada, se bajaron de la guayín Mario y sus acompañantes, a quienes les pedí las pinzas del auto para extraerle los colmillos. Con una navaja le extirpé la bolsa o glándula en donde guardan el veneno; hecha esta operación el animal queda completa-



Fernando Hernández Bravo, Mario Moreno "Cantinflas" y Enrique Marroquín en el rancho La Loma (1938).

mente inofensivo, es más ni siquiera intenta atacar. Guardamos la serpiente en una caja grande de cartón y continuamos el viaje a Monterrey.

Llegamos directamente al Hotel Ancira en la madrugada, dormimos unas horas y a las once de la mañana nos presentamos en el bar del hotel, que estaba lleno de gringos y parroquianos, todos se acercaron a Mario para saludarlo y pedirle su autógrafo. Este dirigiéndose a todos les dijo que les iba a regalar un souvenir. Toda la concurrencia puso atención mientras Mario abría lentamente la caja y al colocar la víbora sobre la barra de la cantina, la gente despavorida salió corriendo a la calle.

Nosotros muertos de risa, contemplábamos la expresión de pánico reflejada en el rostro de las personas. Algunos de los que no lograron alcanzar la puerta de salida, volteaban temerosos, creyendo que la serpiente iba detrás de ellos, pero ésta permanecía muy quieta sobre la barra. Al darse cuenta que era una broma, regresaron a acompañar a Mario y a tomar una copa con él.

Un día estaba con él en su despacho, entonces ubicado en la primera calle de Balderas, en contraesquina del Hotel Regis. Ahí recibía a toda la gente que acudía a tratar asuntos relacionados con su profesión, así como también a quienes solicitaban su ayuda, sobre todo gente humilde.

Platicábamos amablemente cuando entró un individuo y sin preámbulos le informó a Mario que tenía a su madre muy grave y era necesario intervenirla quirúrgicamente y que no contaba con un centavo para salvarle la vida. Mario sin hacer ningún comentario le entregó \$500.00 deseándole que su madrecita se aliviara pronto. Cuando salió de la oficina le dije a Mario:

—Ese hombre ni madre ha de tener, el dinero que le diste lo va a gastar esta noche en una juerga.

—Qué bueno que su mamá sí la tiene, no esté enferma; es mejor que gaste mi dinero en un cabaret, que también tiene derecho a divertirse como nosotros.

Constantemente brindaba su cooperación a hospitales, casas de beneficencia, hogares de ancianos y de

niños huérfanos. Se casó con la guapísima Valentina Subareff y formó su hogar; ella una gran dama inteligente, amable y sencilla, les prodigó atenciones y cariño a todos los familiares de su marido, muy especialmente a su madre doña Cholita.

Así se hizo querer por todos y tanto parientes como amigos de Mario, le profesábamos un sincero afecto. Yo aún le guardo gratitud y cariño de manera especial, a pesar de haber muerto.

Atendiendo mi invitación, Mario me visitó en mi rancho de Valles, S.L.P. Le gustó mucho no solamente mi finca sino toda esa zona de la Huasteca Potosina. Verdaderamente interesado me encomendó que le consiguiera una propiedad, pues deseaba poseer un rancho en ese municipio.

Me dediqué por completo a buscar un terreno apropiado, hasta que hallé un precioso lugar de 100 hectáreas de superficie con dos ríos colindantes a esos terrenos: el Río Tampaón y el Río Valles se unen en esa propiedad.

Mario lo adquirió en \$30 000.00, lo desmontó y construyó una residencia con doce recámaras, una alberca olímpica con mosaicos de talavera de la reina, los cuales tenían impresos, pinturas de famosos toreros, realizadas por el excelente pintor Ruano Llopis. Además por su gran afición al toreo, edificó una pequeña plaza de toros para lidiar becerros.

La distancia de esa finca a la carretera México-Laredo es aproximadamente de seis kilómetros, mismos que pavimentó para tener acceso durante todo el año.

Al finalizar todos los trabajos, organizó una gran fiesta invitando a artistas y personajes destacados, incluyendo a industriales y banqueros.

En esa recepción bautizó su rancho con el nombre de El Detalle, título de una de las películas que le dio renombre y fama cuando apenas se iniciaba como actor cómico.

Desde la ciudad de México venía cada quince días; una de esas veces nos invitó a dar un paseo en una lancha de motor fuera de borda, que acababa de comprar.

En esos días, aumentó considerablemente el nivel de las aguas del Río Tampaón por las torrenciales lluvias, que cayeron durante todo el mes.

Subimos a la lancha: Fernando Hernández Bravo, Ramiro Cora, Mario Moreno y su hermano José, mi hermano Fernando y yo. Llevábamos una hielera grande, unas escopetas, cámaras fotográficas y una caja con suficientes alimentos para comer en el lugar que escogieramos a la orilla del río.

Yo le comentaba a Mario que íbamos sobrecargados y que mejor no realizáramos ese paseo, ya que por las turbulentas aguas del río nos podría ocurrir algún percance; sin embargo todos los demás opinaron diferente.

Por fin arrancó la embarcación conducida por Mario; todavía no habíamos avanzado un kilómetro cuando en una curva del río, una fuerte oleada arremetió contra la lancha, que se volcó con todos nosotros, de suerte todos sabíamos nadar.

Mi hermano Fernando desesperadamente nadó hacia la orilla, donde logró asirse de la rama de un árbol, pero desgraciadamente de la que logró agarrarse, tenía un panal de avispas, las cuales se le prendieron en la cara y en los brazos. Al sentir los aguijonzos gritaba que le ayudáramos, pero los demás nadábamos vigorosamente para salvarnos.

Cuando llegamos a darle auxilio, tenía la cara y los brazos completamente hinchados; la ropa que traía puesta lo salvó de más picaduras.

Lo desprendimos de la rama, e inmediatamente lo llevamos al médico a Ciudad Valles; éste le administró suero y también fomentos de agua con sal, ya que por la hinchazón se le cerraron los ojos y, a causa de los intensos dolores que sufría, hubo que inyectarle morfina.

A los tres días se recuperó y le preguntamos que por qué no se había soltado de la rama del árbol: nos respondió que no lo hizo por temor de ahogarse; así que prefirió soportar los muchísimos piquetes de esos insectos.

Mario Moreno "Cantinflas" en su afán de favorecer a la gente del pueblo construyó un salón de fiestas en

Ciudad Valles, cuya denominación era "777" que fue el número de la placa que ostentó cuando trabajó en la película "El Gendarme Desconocido".

Esa construcción la hizo en las márgenes del río Valles, enfrente de la plaza de Armas. Después la obsequió para una escuela.

En resumen el rancho le costó \$30 000.00 e invirtió en el mismo más de cinco millones de aquellos de 9.50 por un dolar.

Mario compró una finca en San Miguel Allende, Guanajuato a un político chileno exiliado en México con el objeto de regalársela a su madre. Ella estaba allí; y cuando llegó la fecha de su onomástico me trasladé desde Valles, S.L.P., a San Miguel, llevando conmigo un conjunto de músicos expertos en huapango.

Llegamos en la madrugada para llevarle gallo a doña Cholita; los músicos le cantaron *Las mañanitas* y luego una serie de bonitas melodías, ante la complacencia de Mario. La música típica del estado de Veracruz les fascinó, no sólo a doña Cholita y a su hijo, sino también a muchas personas que asistieron a la fiesta, que más tarde Mario ofreció, con motivo del onomástico de su madrecita.

En un viaje que hice a Monterrey, N.L., acompañado de mi fino amigo Emilio Baldizán, que fue gerente de la prestigiada compañía explotadora de plátano en Centroamérica: United Fruit Company, me presentó al famoso play boy Porfirio Roviroza, que era embajador de la isla de Santo Domingo en Estados Unidos y a su esposa, la señora Flor de Oro Trujillo, hija del dictador Leónidas Trujillo.

Aprovechando ese casual encuentro, los invité a que visitaran la región huasteca que estaba en pleno desarrollo.

Ambos aceptaron encantados y además de disfrutar del paseo, quedaron fascinados de la espesa vegetación del municipio de Valles, S.L.P.

Viendo su gran entusiasmo por el lugar, los convencí para que adquirieran una preciosa finca que se localizaba en las márgenes del Río Tampacán; con la



José Castro, apoderado del actor. Enrique Marroquín, Mario Moreno "Cantinflas" y J. Espinosa.

venta me gané una magnífica comisión, pues el valor de ésta, la liquidaron en dólares.

Cuando se marcharon a Estados Unidos, la dejaron en completo abandono, ya que jamás regresaron; así que tiempo después fue rematada por falta de pago de contribuciones.

Eso justificaba que el embajador Porfirio Rovirosa era un hombre dispendioso y manirroto.

Durante su estancia en mi finca La Loma les plati-qué que mi compadre Mario Moreno "Cantínflas", tenía un rancho muy cerca de mi propiedad llamado El Detalle, de inmediato expresaron su interés por conocer en persona al sensacional actor cómico mexicano.

Yo me ofrecí a presentarlos con él, pero antes decidí visitarlo para anunciarle el deseo de mis huéspedes.

Ella era una mujer mulata, fea, con los rasgos que caracterizan al tipo negroide. Sin embargo, cuando Mario me preguntó qué tan guapa era, le respondí que era toda una belleza.

Al día siguiente los lleve al rancho El Detalle, y tan sólo al entrar noté que mi compadre se había pulido en todo para recibirlos.

Flor de Oro Trujillo entabló una conversación amena. Durante esta conversación le sugirió a Mario que visitara su país, y que ella arreglaría con su señor padre una gran recepción.

Nuestro anfitrión al instante le hizo saber que él aborrecía las dictaduras y que se abstenía de visitar Santo Domingo, porque Leónidas Trujillo era un dictador.

Ante ese comentario, se produjo un largo y bochornoso silencio que provocó la despedida de la visita.

Al otro día, después de que partieron mis invitados, fui a la finca de mi compadre Mario, quien al verme me recriminó con ironía:

— La describiste como una belleza, pero caray, el nombre que lleva no le corresponde por su apariencia —hizo una pausa y luego agregó:— Ella es una flor pero no de oro, sino un margaritón de los que utilizan para las coronas de los muertos.

En cierta ocasión mi compadre Mario Moreno "Can-

tinflas" me invitó a Puebla para asistir con él a una fiesta, que organizó el general Maximino Ávila Camacho, festejando su cumpleaños. A esa recepción también acudió uno de los hombres más discutidos política y diplomáticamente, el flamante embajador de la Unión Soviética en México, el señor Constantin Umansky. Don Maximino presentó a "Cantinflas" con el embajador, quien en perfecto español expresó la gran admiración que sentía hacia él; lo abrazó haciéndole una invitación para que visitara la embajada de la U.R.S.S. en México. El embajador dijo que todos los diplomáticos, así como el Gobierno Soviético harían eso, en virtud de que él era un verdadero representante del pueblo mexicano y que además su esposa Valentina Subareff, era una ciudadana cien por ciento soviética.

Se fijó la fecha de la recepción para quince días después de esa entrevistas.

El día indicado acompañé a mi compadre "Cantinflas"; en su automóvil nos dirigimos a la Embajada Soviética a las 19:30 horas.

Llegamos a la fastuosa residencia, que había sido propiedad de unos señores Escandón en la época Porfiriana, según cuentan, fueron amigos de don Porfirio Díaz.

Como se había acordado, la recepción tuvo lugar en la Embajada Soviética a las ocho de la noche. Ésta estaba ubicada en aquel entonces en la avenida Tacubaya. En la entrada estaban dos oficiales con elegantes uniformes; anunciaron nuestra presencia y, desde luego, autorizaron que entráramos con el automóvil, atravesando por un hermoso jardín hasta llegar a un estacionamiento.

En una pequeña escalerilla situada abajo de una terraza, estaban el embajador y su esposa dando la bienvenida a sus invitados. Sin moverse de su lugar indicaban a sus ayudantes que pasaran a los visitantes al gran salón de recepción.

Una vez reunidos en el salón, se presentó el señor Umansky en la fastuosa sala, y me consta que lo mismo hablaba en frances al embajador de Francia, que en inglés al de Inglaterra, así como en italiano al de



Antonio Marroquin, Enrique Marroquin, Santiago Roel y Julio Camelo durante la boda de Nora Danwing Marroquin.



Mario Moreno "Cantinflas", padrino de Carmen Marroquin (al centro) y de Nora Danwing Marroquin de Téllez.

Italia. Decían los demás invitados que ese señor dominaba siete idiomas a la perfección.

Unas atractivas muchachas nos ofrecieron diferentes vinos: whisky, coñac, champagne; la última señorita se presentó ataviada a la usanza rusa, invitándonos a disfrutar de la bebida de su pueblo: vodka.

Enseguida nos hicieron pasar a otro salón donde se exhibían todos los productos agrícolas e industriales de la U.R.S.S.

Después entramos a la sala de cine en donde proyectaron películas y documentales, que exhibían los grandes avances tecnológicos del pueblo Soviético. En estas cintas se mostraba todo el proceso de preparación y cultivo, así como de la recolección de cosechas de todos los productos agrícolas. Era interesante ver las extensas superficies de trigo que se desarrollaban con numerosas escuadrillas de tractores y cosechadoras; para asombro de todos nosotros esos equipos eran manejados por mujeres.

Terminando la proyección pasamos al bufet que ofreció el señor Umansky preparado con exquisitos platillos de la cocina extranjera pero sobre todo, predominaban los típicos manjares de la Unión Soviética.

El caviar lo servían en grandes porciones, por lo cual aproveché esa oportunidad y me di el gusto de saborearlo con deleite, pues anteriormente sólo lo había comido en galletitas.

Después del bufet nos condujeron a una confortable sala para admirar las danzas folklóricas de diferentes ciudades de la U.R.S.S.

Lo que más aplaudimos fue el ballet, ejecutado por las mismas señoritas que nos habían servido las bebidas en un principio. Estas señoritas que además hablaban buen español eran secretarías taquimecanógrafas en la embajada rusa.

Sin lugar a dudas, la embajada soviética desplegaba ingeniosamente su gran capacidad de organización.

El gobierno soviético había elegido acertadamente al señor Constantin Umansky, pues éste desempeñaba su puesto de Embajador Plenipotenciario en México y Centro América de manera excelente.



Enrique Marroquín, Mario Moreno "Cantinflas", Rolando Téllez, Nora Danwing Marroquín de Téllez y Carmen Marroquín.



David Franco Rodríguez, magistrado de la Suprema Corte de Justicia; Oscar Flores Sánchez, Procurador General de la República; Enrique Marroquín y Mario Moreno "Cantinflas".

Salimos de allí a las dos de la mañana muy contentos haciendo comentarios respecto a todo lo ocurrido en esa magnífica reunión.

Meses más tarde al salir del aeropuerto de la ciudad de México rumbo a Centroamérica, el avión en que viajaba el embajador sufrió un desperfecto por lo cual cayó a tierra y se incendió. En este accidente murieron el embajador Constantin Umansky, su señora esposa y varios agregados soviéticos de la embajada.

Cuando en Ciudad Valles, S.L.P., se casó mi hija Ma. del Carmen con el doctor Ignacio Danwing, elegí para padrino de su boda a mi finísimo amigo Mario Moreno "Cantinflas".

La recepción se llevó a cabo en los salones del Hotel Valles.

Mario asistió acompañado de algunos amigos y una orquesta que viajaron con él desde la ciudad de México. Al terminar ésta, festejamos con una copa de champagne el habernos convertido en compadres.

Muchos años después volví a invitarlo para padrino, pero en esa ocasión, de mi nieta Nora, quien contrajo matrimonio con el licenciado Rolando Téllez, hijo del entonces presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, el señor licenciado don Agustín Téllez Cruces.

En esa boda fueron padrinos por parte del novio, el licenciado José López Portillo, que era presidente de la República; el secretario del Trabajo, licenciado Pedro Ojeda Paullada, y el secretario de Relaciones Exteriores licenciado Santiago Roel.

Los padrinos de mi nieta fueron Mario Moreno "Cantinflas", el procurador general de la Nación, Oscar Flores Sánchez y yo.

La ceremonia fue privada, pero el centro de atracción, debido a su simpatía, fue sin lugar a dudas la presencia de Mario Moreno "Cantinflas".

Experimenté una gran alegría al renovar mi viejo compadrazgo con Mario.

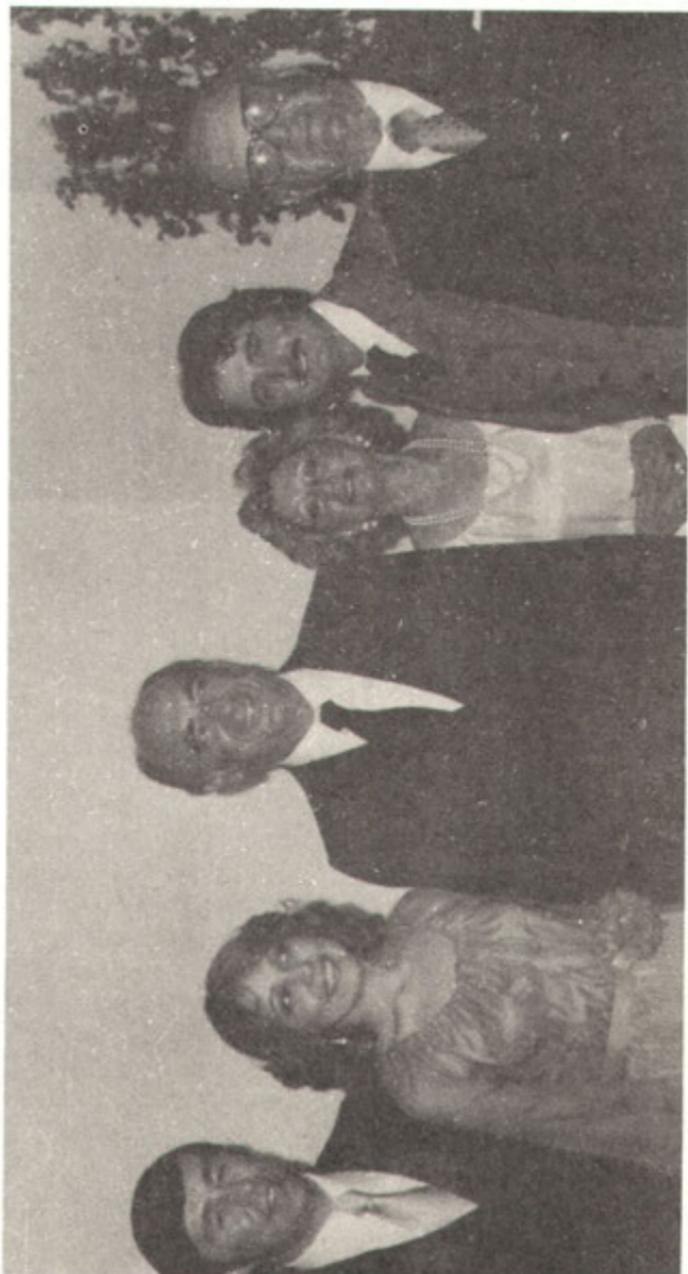
En mi trato íntimo con él, pude confirmar que ha sido un excelente hijo, un estupendo hermano, un gran marido y un maravilloso amigo.



En el extremo izquierdo se observa al licenciado José López Portillo, Presidente de la República; licenciado Agustín Téllez Cruces, presidente de la Suprema Corte de Justicia y firmando el licenciado Oscar Flores Sánchez, Procurador General de la República.



Carmen Marroquín, Enrique Marroquín y el licenciado José López Portillo, Presidente de la República.



Rolando Téllez, Nora Danwing de Téllez, licenciado José López Portillo, Carmen Marroquin y Enri que Marroquin.

**Capítulo 3.**  
**Mi amistad con el general**  
**Lázaro Cárdenas del Río**

## **La voracidad de los latifundistas**

En 1936, yo poseía dos propiedades rústicas algodonerías, cuyos nombres eran Maravillas y Los Angeles, ubicadas en el municipio de Gómez Palacio, Durango. Ese año, abatido por la adversa situación climatológica que se presentó, y por las granizadas que afectaron ambos predios, me vi forzado a vender la finca Maravillas. De esta manera, pude saldar mis deudas, y, así, me dediqué a atender por completo a Los Angeles, cuyas tierras eran de mejor calidad y, por consiguiente, de más valía.

A mediados de ese año nombraron jefe de la zona militar de la región Lagunera al general brigadier Miguel Henríquez Guzmán. El general sentía gran inclinación por los caballos; especialmente, se mostraba interesado por una yegua muy fina que yo llevaba a las fiestas de la Asociación de Charros de La Laguna, de la cual era miembro. Yo era un apasionado jugador de polo, deporte que nos unió en una franca amistad, aunque él no lo practicaba, sólo era espectador.

En cierta ocasión, el general Miguel Henríquez intentó comprar mi yegua; me confió que pretendía adquirirla para obsequiarla al presidente Lázaro Cárdenas. Al enterarme de sus intenciones, y por el gran afecto que le profesaba, accedí a sus deseos y se la regalé. Mi amigo la trasladó desde Torreón a México en el tren de pasajeros, para lo cual se destinó el carro

expres, algo insólito, ya que en dicho vagón no se transportaban animales.

Tiempo más tarde, el secretario de Gobernación, licenciado Silvano Barba González, me invitó a su rancho, al que le había puesto el nombre de Cuquio, situado en las inmediaciones del Distrito Federal, lo que hoy es Ciudad Satélite. Mi anfitrión, con gran orgullo, me mostró sus caballos, entre los que, para mi sorpresa, encontré a la yegua que yo le había obsequiado al general Henríquez. Silvano Barba advirtió mi expresión de asombro y, señalando hacia el animal me informó que lo habían traído de Nueva York, de los establos del famoso productor de chicle, el señor Whigley. Como existía mucha confianza entre nosotros, le aclaré que esa yegua se la había regalado al general Henríquez Guzmán.

En el transcurso de 1936, tuve la oportunidad de conocer, a través de mi amigo el general Henríquez Guzmán, al licenciado Gabino Vázquez, jefe del Departamento Agrario en el gabinete del presidente Cárdenas. Ocasionalmente nos reuníamos cuando los tres coincidíamos en Torreón, debido a los inevitables viajes que hacía Gabino Vázquez desde México. Estos encuentros profundizaron nuestra amistad pues, sin lugar a dudas, la simpatía y confianza eran recíprocas.

El general Miguel Henríquez y yo, que radicábamos en Torreón, nos visitábamos frecuentemente. Cierta día, mientras conversábamos, me comunicó que el Departamento Agrario estaba haciendo un estudio para repartir entre los campesinos, los grandes latifundios que había en la región.

Días después de esta entrevista, la prensa informó acerca del reparto agrario que se efectuaría en la región Lagunera. La noticia causó gran revuelo y originó un clima de agitación entre los campesinos que, deseosos de poseer su propia porción de tierra, habían promovido huelgas y paros, negándose a trabajar en los ranchos.

Ante esta situación, varios agricultores amigos y yo, acordamos trasladarnos a la ciudad de México para

exponer nuestro problema al presidente Cárdenas. Deseábamos que nos permitiera conservar la mitad de nuestras tierras, y a cambio, en franca colaboración con su gobierno, ofrecíamos la otra mitad para los campesinos.

En total éramos 25 pequeños propietarios que poseíamos superficies de cien a mil hectáreas. Estas eran extensiones muy inferiores a las de los grandes latifundios existentes, que eran: la Casa de Santa Teresa y anexas donde se cultivaban en las grandes avenidas del río Nazas hasta 30 mil hectáreas; la Compañía Agrícola del Lequeitio disponía de 20 mil; la Casa de Guillermo Purcell de 25 mil; la propiedad agrícola de Tlahualillo, más grande, tenía 60 mil hectáreas. Los dueños de estos inmensos terrenos eran extranjeros: la familia Arocena poseía Santa Teresa y anexas y la Compañía Agrícola del Lequeitio pertenecía a la familia Urrutia. Ambos propietarios eran españoles. La Casa de Guillermo Purcell era de alemanes, y en Tlahualillo los latifundistas eran ingleses.

Estos terrenos eran irrigados por las aguas del río Nazas, de cuyo caudal disponían hasta en un 80 por ciento, pues de antemano los terratenientes controlaban presas de derivación y canales. A través de sus representantes, manejaban y resolvían los problemas de la región Lagunera de acuerdo a sus intereses.

Por su gran poder económico, los latifundistas designaban a personas de su confianza para que ocuparan los principales puestos en la administración de los bancos. Estos señores mantenían estrechos lazos de amistad con el general Plutarco Elías Calles y con el ex presidente Abelardo L. Rodríguez del anterior sexenio, de quien habían obtenido un convenio que trascendió a decreto presidencial, consistente en que los propietarios de los predios no fueran afectados directamente, de tal manera que adquirirían fincas algodoneras que colindaban unas con otras, formando distritos ejidales para dar acomodo a los campesinos solicitantes de tierras.

Aprovechando sus influencias, los representantes de los latifundistas, dirigentes de la Cámara Agrícola de La Laguna, cobraban a los agricultores el agua por hectárea, otorgando un plazo de 30 días para hacer los pagos; en caso de que no se cumpliera en este lapso, intervenían a través de la Comisión de Aguas del Río Nazas del gobierno federal, del cual tenían autorización para cerrar las compuertas, impidiéndonos regar. Ante esas presiones, los pequeños propietarios teníamos problemas para pagar precisamente en la fecha fijada.

Un caso extraordinario que comprueba lo dicho, es el de 1932, cuando la región Lagunera sufrió una terrible sequía. Durante varios meses los ríos Nazas y Aguanaval no vertieron ni gota de agua por la falta de lluvias. Como consecuencia, todos vivimos una situación crítica, pero quienes más resistieron lo acontecido fueron los campesinos, a quienes había que ayudar económicamente, para no afrontar una emigración masiva.

Las fuerzas vivas de Torreón integradas por comerciantes, industriales y agricultores, se reunieron y nombraron una comisión para que viajara a la ciudad de México y solicitara al presidente Abelardo L. Rodríguez, que interviniera para solucionar este grave problema. Además, la comisión debía entrevistarse con el general Plutarco Elías Calles, entonces jefe máximo de la Revolución Mexicana, pidiendo su valiosa colaboración.

Fui invitado a formar parte de esa delegación, y obtuvimos un éxito rotundo porque a petición del presidente Abelardo L. Rodríguez, el Banco de México nos concedió un préstamo para trabajar tierras haciendo barbechos en seco, bordería y limpiar canales. Todo esto debía hacerse a mano, gracias a lo cual se logró sostener económicamente a los campesinos.

Para que la comisión se trasladara a la ciudad de México, todos los agricultores aportaron cien pesos por hectárea, cantidad que sería restituida cuando se otorgara el crédito a cada propietario.

Se consiguieron 80 millones de pesos, de aquéllos, que, como siempre, los latifundistas usaron en su provecho personal argumentando que el préstamo no alcanzaba para todos. Así, resolvieron devolver los cien pesos por hectárea con los que habíamos contribuido para los gastos de la delegación.

De esta forma, los pequeños propietarios no llegamos a ver el beneficio que nos confirió el gobierno. Yo protesté enfáticamente por la voracidad de los latifundistas a quienes acompañé a México. Gracias a la intervención de mi amigo el general Eulogio Ortiz, comandante en la Zona Militar de La Laguna, me concedieron un crédito muy limitado, pero que de algo me sirvió.

Los integrantes del grupo de los 25 agricultores nos reuníamos a menudo para concretar nuestro plan, y partir sin demora a la ciudad de México. Mas de imprevisto apareció en la prensa un aviso, invitando de emergencia a los propietarios de terrenos para que acudieran a las oficinas de la Cámara Agrícola de La Laguna.

Allí estaban congregados los dirigentes y a la vez representantes de los grandes latifundios: por la Casa de Guillermo Purcell, Mario Blázquez; de la Casa de Santa Teresa, Fernando Rodríguez; por la extensa propiedad de Tlahualillo, José Mejía; de la Compañía Agrícola del Lequeitio, José María Urrutia. También actuaban en latifundios de 2 mil a 3 mil hectáreas Carlos Franco, José González Calderón, Agustín Zarzoza, representante de los colonos del perímetro Lavín, latifundio ya fraccionado, y Carlos González Fariño, de las fincas que recibían dotaciones de agua de las presas del Coyote.

Estas personas presidían la asamblea y, de manera terminante, nos expusieron que la región Lagunera no podría ser afectada con dotación a los ejidos, rancho por rancho, pues estaba amparada por un decreto presidencial que establecía el cumplimiento de las solicitudes ejidales, dotando a éstas de tierras en los llamados distritos ejidales. Anunciaron que, por

tal motivo, la Cámara Agrícola con sus representantes se trasladarían a México para demandar amparo ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación, y hacer cumplir ese decreto. En ese momento alguien vociferó que la tierra la defenderían, si era necesario, por medio de las armas.

En ocasiones anteriores juzgué conveniente no intervenir, pues todos los problemas los resolvía el monopolio de los dirigentes. Pero en esta sesión la atmósfera estaba demasiado cargada. Poniéndome de pie, solicité me permitieran hacer uso de la palabra. Dirigiéndome a quienes se encontraban presidiendo la asamblea, empecé a hablar de modo convincente, indicándoles que tenía conocimiento de que la región Lagunera sería repartida porque el programa del presidente Cárdenas así lo establecía y, que de igual manera se estaba procediendo en varios estados de la República; expliqué también que a un decreto presidencial lo anulaba otro decreto presidencial. Expuse que yo encabezaba un pequeño grupo de 25 agricultores, dispuestos a viajar a la ciudad de México para llegar a un acuerdo con el mandatario de la nación.

Como los directivos de la Cámara Agrícola ya habían expresado su deseo de ir a la ciudad de México, les sugerí que se enviara ante el Presidente a nuevas personas ya que ellos habían tratado varias veces los problemas agrarios con el general Plutarco Elías Calles y con el ex presidente Abelardo L. Rodríguez, amigos suyos; pero que ahora las cosas habían cambiado. Ellos no coincidían políticamente con el presidente Lázaro Cárdenas, y el general Calles se encontraba exiliado en San Diego, California.

Enfurecidos por mi proposición, exigieron que se pusieran de pie mis amigos, el grupo al cual decía yo representar. Miré para todos lados, pero desafortunadamente nadie se levantó a darme apoyo, y quedé en gran ridículo. Me acusaron de farsante y me conminaron a que renunciara como miembro de la Cámara Agrícola, ya que no estaba de acuerdo con ellos, instándome de manera imperiosa a que lo hiciera ahí

mismo. Por lo tanto, ante la secretaria dicté mi renuncia. Una vez aceptada, me expulsaron del recinto.

Sali a la calle avergonzado y decepcionado de mis amigos; para calmar mi frustración entré a una cantina a tomarme unos tequilas. Horas después, algunos de los comprometidos me localizaron y trataron de calmarme, argumentando que me había excitado mucho. Les contesté que todos ellos eran unos rajones, pues no me apoyaron cuando más lo necesitaba.

Al día siguiente, el periódico *El Siglo de Torreón*, dirigido hasta la fecha por Antonio de Juambelz, un periodista honesto, inteligente e íntegro publicó los resultados de la reunión de la Cámara Agrícola, sugiriendo a los latifundistas que intentaran comprender mejor el nuevo programa de gobierno que se proponía dotar de tierras a los campesinos y elogiaban mi actitud de colaboración con éste.

Después de enterarse de la noticia, quienes me habían negado como su representante en la reunión anterior, llegaron a mi casa mostrándose muy apenados y pidiéndome que los disculpara. Allí mismo propusieron nuevamente concretar la intención de entrevistarnos con el presidente Cárdenas. Acepté entusiasmado, y determinamos efectuar una junta dos días más tarde, en el local de la Cámara de Comercio, que nos facilitó nuestro amigo, Luis Cavazos.

A este lugar no solamente asistieron los agricultores de mi grupo, sino también amigos y periodistas. En esa ocasión me nombraron presidente de la Nueva Cámara Agrícola de pequeños propietarios; Salvador Ramírez quedó como secretario; Luis Dugay, tesorero; como primer vocal fue designado Ramón González, y levantamos un acta ante el licenciado Chávez Díaz, para concederle validez legal a esa nueva agrupación.

En esos momentos se presentó Gil Ornelas, pequeño latifundista y gran amigo de la Casa Purcell. En voz alta advirtió que era un error muy grande separarse de la Cámara Agrícola y dividir a sus integrantes; dijo que tuviéramos presente que la mayoría de nosotros habíamos obtenido créditos refaccionarios y de avío

en los bancos locales, y que nuestra actitud sería considerada por estas instituciones para suprimirnos dichos créditos.

Vale reiterar que los directivos de todos los establecimientos públicos de crédito de la región Lagunera eran representantes de los grandes latifundistas, quienes siempre estaban ausentes porque vivían en el extranjero gozando del usufructo de las propiedades que poseían en nuestro país. Ante esa amenaza, mis compañeros se rajaron por segunda vez, ya que ninguno aceptó firmar el acta constitutiva de esa recién formada agrupación.

Con amargura experimenté mi segundo fracaso y empecé a ser víctima de duras críticas.

## **Los agentes secretos me condujeron hasta Cárdenas**

Los preparativos para el reparto agrario continuaban y el gobierno federal, por conducto de la Secretaría de Gobernación, envió agentes secretos para indagar la posición que ocupaban los agricultores y la opinión pública.

En esos días bulliciosos, de manera casual, se presentaron ante mí dos muchachas muy atractivas que afirmaron ser periodistas, y se mostraban interesadas en conocer mi opinión respecto al problema agrario. Atendí sus preguntas, refiriéndoles cómo había sido mi actuación, las proposiciones que hice a los dirigentes de la Cámara Agrícola, y mis fracasos debido a la presión de éstos. Después de este encuentro, nunca

las volví a ver. Más tarde supe que eran agentes de Gobernación, pues mi amigo, el general Miguel Henríquez Guzmán, me lo reveló. Cierta día, se presentó sorpresivamente a medianoche en mi domicilio, instándome a que lo acompañara a atender un asunto muy urgente y de gran importancia para mí.

Salimos de mi casa directamente al Hotel Salvador, donde estaba hospedado el licenciado Gabino Vázquez, jefe del Departamento Agrario, quien nos recibió en su habitación y nos ofreció unas bebidas. Enseguida me explicó que el motivo por el cual requería mi presencia urgentemente era que tenía instrucciones del presidente Lázaro Cárdenas de conducirme a la capital del país, pues deseaba conocerme. Verdaderamente sorprendido, pedí más detalles sobre el asunto al licenciado Gabino Vázquez, que me explicó que se trataba solamente de una entrevista con el mandatario de la nación.

Al día siguiente partimos a la ciudad de México. Al llegar, me hospedé en el Hotel Imperial del Paseo de la Reforma, que hoy se llama Hotel Francis. Gabino Vázquez me recomendó no salir a la calle y permanecer ahí en espera de su llamado telefónico, por el cual me avisaría el día y la hora en que me recibiría el Presidente.

Pasaron dos días sin tener noticias de mi amigo. Me encontraba muy aburrido y preocupado a la vez. Al tercer día por la tarde, llegó Gabino Vázquez en una camioneta, y me llevó a Los Pinos. Entramos al salón de recepción y aguardamos con impaciencia. Momentos después entró el presidente Lázaro Cárdenas y mi acompañante enseguida me presentó. El Presidente, ofreciéndome asiento, exclamó:

—Tengo conocimiento que usted intenta colaborar con el gobierno en el problema agrario.

—Así es, señor Presidente.

—¿En qué consiste su colaboración? —me interrogó.

—Soy propietario de un rancho agrícola denominado Los Angeles, que cuenta con 800 hectáreas de su-

perficie. Lo adquirí con mi esfuerzo y mi trabajo, pues no lo heredé de mis padres porque fueron muy pobres, ni tampoco me ha favorecido la Lotería Nacional. Mi apoyo a su gobierno, que es sincero, es ofrecerle la mitad de mi rancho y sus instalaciones a los campesinos, así como también buenas norias eléctricas, y que me permita conservar la otra mitad para seguir trabajando, pues soy un enamorado de la agricultura.

—Es muy bonito su deseo —dijo mirándome detenidamente— pero mi programa para llevarse a cabo en la Comarca Lagunera solamente permite 150 hectáreas de propiedad; así que usted entregará 650 hectáreas a los campesinos, conservando las estipuladas. Pero dígame, ¿qué fin persigue al tratar de cooperar con el gobierno, concediéndole la mitad de su finca?

—Ninguno, señor Presidente —respondí— hay un dicho muy viejo que reza: mucho ayuda el que no estorba, y yo no quiero estorbar.

—¿Es usted extranjero?

—No señor Presidente, soy mexicano.

—¿Sus padres son extranjeros? —inquirió nuevamente.

—Mexicanos también —afirmé— y mis cuatro abuelos también.

—Por su tez clara y ojos verdes, supuse que era descendiente de españoles —comentó.

—Indudablemente, soy descendiente de Hernán Cortés y de la Malinche. Algo debió haberme tocado.

El presidente Cárdenas se limitó a reír de buena gana, así que me sentí identificado y con más confianza ante su presencia.

Continuamos conversando y con voz afectuosa me dijo:

—No cabe duda que su disposición de ayuda a mi gobierno es sorprendente, hasta hoy no he visto ningún agricultor que personalmente quiera desprenderse de sus tierras. Abandonó su asiento y caminó hacia mí, murmurando lentamente:— qué interesante sería que usted las entregara todas.

—Como usted ordene, señor Presidente.

—Yo no puedo ordenar —me advirtió— pues la ley le otorga a usted el derecho de tener las 150 hectáreas, que mi gobierno respetará rotundamente.

—Si usted considera que debo dar ese paso, lo haré —volví a decir.

—Conste que es asunto suyo —contestó— mi gobierno se lo agradecerá.

En ese instante entró el general Miguel Henríquez Guzmán. Dirigiéndose a mí, el Presidente dijo:

—Nos veremos en la región Lagunera cuando empiece el reparto agrario. Puede usted retirarse.

Muy anonadado y con la boca seca, me dispuse a abandonar el recinto, pero Gabino Vázquez me detuvo, indicándome que lo esperara en la antesala. Durante un rato, mientras aguardaba a mi amigo, me puse a pensar en lo mal que me había ido al tratar de entregar la mitad de mi rancho. Ahora me iba a quedar sin nada, por andar de aprontón.

A los pocos minutos se reunieron conmigo el licenciado Gabino Vázquez y el general Miguel Henríquez Guzmán. El primero nos invitó a su domicilio para tomar una copa de coñac. En su casa bebí con ansiedad; al servirme la segunda copa, ambos amigos me expresaron entusiasmados que elogiaban mi actitud de desprenderme de mis tierras, que el Presidente estaba muy impresionado, y además le había simpatizado.

Al tercer trago les dije:

—No sé qué voy a hacer ahora, sin tierras y sin dinero.

—No te apures —contestó Gabino Vázquez.— Yo te doy trabajo en el Departamento Agrario como ingeniero.

—Pero yo no soy ingeniero —aclaré.

—No importa, te hacemos ingeniero —exclamó riéndose.

—¿Qué? —cuestioné incrédulo— ¿se puede?

—Sí se puede —asintió.

—¿Cuánto voy a ganar de sueldo? —pregunté con gran interés.

—Trescientos pesos mensuales —manifestó.

—No —contesté desilusionado— eso es muy poco.

Entonces intervino el general Miguel Henríquez Guzmán, y dijo:

—Si no te gusta el Departamento Agrario, yo te consigo el ingreso en el ejército, con el grado de subteniente.

—¿Cuánto ganan? —lo interrogué.

—Ciento cincuenta pesos mensuales.

Reflexioné unos instantes ante la mirada perspicaz de los dos, después intervine, y les dije que sabía de una chamba mejor a la que ellos me ofrecían: la de gendarme en el crucero de la avenida Madero y San Juan de Letrán, que ganaba 5 mil pesos mensuales. El vigilaba las casas comerciales de Sanborns, el Banco de México, las oficinas de la Torre Latinoamericana y la tienda de regalos Nieto. Entre todos reunían los 5 mil pesos, aunque de esa cantidad tenía que repartir la mitad entre sus jefes inmediatos. Aseguré que con 2 mil 500 pesos mensuales yo podía vivir muy bien.

Se rieron muchísimo con mi ocurrencia y entonces dijeron: "Ahora sí, vamos a hablar en serio".

El licenciado Gabino Vázquez me explicó que toda la conversación era una broma, pues tenía instrucciones del presidente Cárdenas de que dentro de la ley me trataran lo mejor posible. Me indicó que me presentara al día siguiente en las oficinas del Departamento Agrario.

Al otro día por la mañana Gabino Vázquez me atendió personalmente y ordenó a unos ingenieros me formularan el expediente; entre ellos estaba el ingeniero Carlos Terrazas que había sido mi compañero de escuela.

Como en mi finca yo ordenaba, dirigía los trabajos y me encargaba de pagar los salarios, estaba enterado del número de campesinos "acasillados". Estos eran en total 70; la ley Agraria establecía un mínimo de cuatro hectáreas por campesino. Se acordó allí, ante el consejero agrario, dotar a cada campesino con ocho hectáreas, el doble de lo que la ley Agraria establecía,

1936. Por orden del Presidente de la República, un sinnúmero de personas viajaron de la capital del país a Torreón: diputados federales, senadores, un grupo de ingenieros agrónomos, dependientes del Departamento Agrario; líderes agrarios, encabezados por Graciano Sánchez, y el ingeniero Carlos Peralta, gerente general del Banco Ejidal. Todos ellos llegaron a Torreón el 16 de octubre. Fueron invitados los gobernadores de Durango, Coahuila, el secretario de la Defensa Nacional, general Jesús Agustín Castro, y el nuevo jefe de la Zona Militar de La Laguna, general Miguel Henríquez Guzmán, para presenciar la primera dotación de tierras de la Comarca Lagunera.

El 17 de octubre de 1936 se llevó a cabo la primera dotación agraria en mi rancho Los Angeles, ubicado en el municipio de Gómez Palacio, Durango. Los funcionarios y los líderes agrarios presentes me sugirieron que personalmente diera posesión de las tierras a los campesinos, hecho inusitado en la historia de México, pues ningún propietario de ranchos de la República ha entregado personalmente tierras a los campesinos. Como era muy grande la multitud que había concurrido a mi finca, ordené matar un novillo, llevar suficiente cerveza fría y un grupo de mariachis.

A los tres días de haber principiado las dotaciones ejidales, arribó a San Pedro de las Colonias el presidente Lázaro Cárdenas en el tren presidencial El Olivo. El licenciado Agustín Arroyo, amigo mío, me visitó en Torreón para comunicarme que al día siguiente por la tarde, en las oficinas del Ayuntamiento de San Pedro de las Colonias, el presidente Cárdenas me recibiría en audiencia especial. Antes de partir con él, le pregunté cómo debía presentarme, y me contestó que de manera sencilla, tal y como acostumbraba vestir en el campo.

Al día siguiente acudí al Ayuntamiento. En el salón de actos esperé unos instantes. Al darse cuenta de mi presencia, el general Cárdenas abandonó su escritorio, situado al final de la espaciosa sala, vino a mi encuentro y me dijo estas palabras: "El gobierno revolu-

cionario que tengo el honor de presidir lo felicita a usted calurosamente por el desprendimiento de sus tierras a favor de los campesinos". Hizo una pausa y continuó: "A nombre de un simple ciudadano, doy a usted mi estimación y afecto", y me estrechó con un abrazo.

Al despedirme, me invitó a que almorzáramos al día siguiente; desde luego acepté, sintiéndome muy halagado por dispensarme tal distinción el mandatario. Posteriormente, lo acompañé a un acto agrario que se celebraba en un campo deportivo de San Pedro de las Colonias; en ese lugar se presentó un conjunto de baile folklórico norteño, denominado Los Matachines. Para realizar las espectaculares danzas tradicionales, sus integrantes vestían llamativos y vistosos trajes, adornados con plumas, lerttejuelas y listones de variados colores.

Al Presidente le alegró mucho este tipo de baile. Al notar su entusiasmo, le expliqué que los campesinos efectuaban esas danzas el 15 de mayo, día de San Isidro Labrador, para pedirle lluvia en el campo, y el 4 de octubre, día de Nuestra Señora del Refugio. Además le comenté que yo también había aprendido a ejecutar esos bailes. El Presidente me dijo que si en verdad era cierto, se lo demostrara; como a esa ceremonia había asistido mi hermano Angel, le rogué que me acompañara a bailar y, sin presumir, lo hicimos muy bien. Regresé a la tribuna, el general Cárdenas me felicitó y quiso saber dónde había aprendido; le respondí que precisamente, conviviendo con los campesinos durante muchos años.

Al finalizar ese acto concurrimos a presenciar dotaciones ejidales en varias fincas, entre ellas la Casa de Santa Teresa y anexas, la Compañía Agrícola del Lequeitio y la Casa de Guillermo Purcell. A cada uno de sus propietarios se les dejaron 150 hectáreas, como lo marcaba el decreto de expropiación de tierras. Dos días más tarde asistí como invitado del Presidente a la dotación de tierras en la fabulosa propiedad de Tlahualillo, situada en el municipio de Mapimí, Durango.

—Súbete al templete y báilale Los matachines a los yucatecos.

—Señor Presidente —repuse— aquí no hay violines, ni tambora, instrumentos que proporcionan el ritmo para este tipo de baile.

Entonces el licenciado Gabino Vázquez intervino:

—Aquí está la Orquesta del Departamento Agrario que cuenta con esos instrumentos musicales.

Yo me resistía por la falta de indumentaria adecuada, pero el Presidente volvió a insistir:

—Si bailas te pago las dos norias descompuestas que quieres cobrar.

Al escuchar que me liquidarían mis dos norias, me puse de pie y avancé con paso firme y subí a la tarima que se había improvisado en ese sitio.

Con el acompañamiento de la Orquesta del Departamento Agrario bailé al ritmo de la pieza *Juan Colorado*, que por cierto la hacían muy larga. Al final, terminé exhausto. Volví al lado del Presidente y le dije:

—Señor Presidente, está usted servido.

Como los aplausos erar muy nutridos y continuaban, el general Cárdenas manifestó con determinación lo siguiente:

—Solamente desquitaste una noria —sonrió, y agregó —súbete a seguir bailando.

Así lo hice y terminando mi actuación bajé lentamente los escalones, muy agitado y sudoroso por el esfuerzo realizado. Ocupé mi lugar al lado del Presidente.

Al finalizar la fiesta, antes de abandonar el parque Centenario, Cárdenas me entregó una tarjeta que iba dirigida al jefe de Hacienda de Mérida, en la cual ordenaba pagarme la cantidad de 80 mil pesos (cada noria estaba valuada en 40 mil pesos) suma que cobré al día siguiente. A mis amigos y parientes les comentaba que por 15 minutos de baile había ganado 80 mil pesos, mucho más dinero del que ganaba por cada presentación la famosa bailarina rusa Ana Pavlova, reconocida mundialmente.



Aquí observamos al doctor Siurob, al doctor Francisco Castillo Nájera, al Presidente Lázaro Cárdenas, al licenciado Gabino Vázquez, a Enrique Marroquin y al coronel Carrillo durante la bienvenida que le dieron al general cuando llegó a Mérida, Yucatán.

Cuando escuché lo que decía el comodoro, nadé presuroso con objeto de subir a la lancha, aunque a mí no me habían pedido que lo hiciera. Sin embargo, me detuve al oír la contestación del Presidente.

—Por supuesto, acepto regresar a la costa, pero nadando —y continuó chapoteando cerca de la lancha— porque los tiburones sólo atacan a los miedosos.

Nadando cerca de mí, exclamó:

—Mi amigo, el señor Marroquín, tampoco les teme.

En esos instantes no sólo sentía miedo, sino que me invadió un pavor inmenso al imaginar lo que sucedería si de repente nos atacaba algún escualo. Afortunadamente no sucedió nada peligroso y pudimos regresar nadando a la orilla, donde todos los demás nos esperaban preocupados.

Cuando habían transcurrido dos días del anterior incidente, el teniente coronel Ignacio Beteta me buscó a medianoche, tocando a la puerta de la habitación que yo ocupaba en el hotel. Me levanté y vestí de prisa, desconcertado, pensando que tal vez a esa hora abandonaríamos la capital del estado de Yucatán, porque en esas giras a nadie le informaban el rumbo que íbamos a tomar. Al notar el desconcierto que mostraba la expresión de mi rostro, el coronel me explicó que el Presidente deseaba hablar conmigo.

Salimos del hotel para ir directamente a la Quinta Iturralde. Al llegar, Cárdenas me recibió en su amplia recámara, sentado ante un escritorio. Me ofreció tomar asiento e inmediatamente me preguntó:

—¿Cuántas pacas de algodón consideras que se pueden producir en la región Lagunera?

—Señor Presidente, un cálculo a ojo de pájaro, como se acostumbra decir, de 140 a 150 mil pacas.

Con un gesto de enfado, dio un fuerte golpe con la mano en el escritorio, y me dijo:

—No sabes lo que estás diciendo.

Me sorprendí mucho con su brusca contestación.

—Señor Presidente, le repito que es un cálculo a ojo de pájaro.

—Tengo aquí un informe del Banco de Crédito Eji-

dal reportando una producción de 400 mil pacas —me aclaró.

—Señor Presidente, con todo respeto, los que no saben lo que están diciendo son esos señores, esa cantidad es muy alta e imposible de lograr este año.

—¿En qué te basas para hacer ese cálculo?

—En tres motivos: primero, no hay superficie sembrada para alcanzar esa cifra. Segundo, el año ha sido terriblemente seco; tercero, el Banco de Crédito Ejidal perdió mucho tiempo en organizar los ejidos, muchas tierras se sembraron fuera de tiempo y se utilizaron variedades de semillas no acostumbradas en la región.

Con mucha calma buscó en el cajón del escritorio un cuadernillo, y mirándome detenidamente, me interrogó:

—¿Cuánto calculas en pacas para el Banco de Crédito Ejidal?

—60 mil pacas —respondí.

—¿Cuántas para la pequeña propiedad?

—70 mil pacas.

—¿Cuántas para el Banco Agrícola?

—10 mil pacas.

Sumamente contrariado me preguntó:

—¿Por qué la pequeña propiedad con inferior superficie levanta más que los ejidos con mayor superficie?

—Señor Presidente, con el respeto que se merece, doy a usted esta información: de acuerdo con la Ley Agraria aplicada en la Comarca Lagunera, ésta permitió que el propietario afectado eligiera su pequeña propiedad de 150 hectáreas, escogiendo las mejores tierras, norias, el casco de las fincas con grandes bodegas y despepitadoras, conservando a la vez maquinaria agrícola; por tal motivo, las 150 hectáreas las han trabajado aplicando para ello toda su experiencia y conocimientos de muchos años.

En cambio, los ejidos fueron dotados de tierras precipitadamente; por consiguiente, el Banco de Crédito Ejidal no pudo atender de inmediato sus requerimientos para emprender los trabajos de preparación de las

ya, Matamoros, Chávez —hoy Francisco I. Madero— y San Pedro de las Colonias.

Terminado ese trabajo y para obtener buena información, recurri a la empresa Figueroa y de la Mora, que eran compradores y exportadores de algodón en pacas, así como a la casa Anderson Clayton. Estas instituciones estaban muy bien relacionadas con bancos refaccionarios y casi todas coincidieron en expresar cifras muy aproximadas a mi cálculo, que ya sumado, arrojaba la cantidad de 150 mil pacas.

Guardé severa reserva sobre esta comisión que el Presidente me había encomendado. Una vez obtenida la información, me enteré por medios oficiales que Cárdenas se encontraba en la ciudad de México, después de haber abandonado Puerto Progreso.

Regresé a México y me presenté en Los Pinos ante el coronel José Manuel Núñez, jefe del Estado Mayor Presidencial, solicitándole que le comunicara al Presidente que ya había regresado de Torreón, y de acuerdo con sus deseos presentaba la cifra probable de la cosecha de 1937. El coronel Núñez le dio mi recado a Cárdenas y regresó para notificarme que me presentara al día siguiente a las 6 de la tarde. Al otro día, a la hora señalada estuve puntual en el mismo lugar. Al entrar en la antesala, me encontré con el ingeniero Carlos Peralta, director general del Banco Ejidal, y con el licenciado Eduardo Suárez, secretario de Hacienda. A los pocos minutos nos hicieron pasar a los tres ante el Presidente. Tomamos asiento y entonces él se dirigió a los dos funcionarios, notificándoles que tenía un informe fidedigno de la probable cosecha de algodón de la región Lagunera, que ellos calculaban en 400 mil pacas y que según este reporte sólo eran 150 mil pacas. Ordenó corregir esa cifra, porque si la prensa la publicaba le darían oportunidad a la oposición para atacar al régimen con cifras evidentes.

El secretario de Hacienda, Eduardo Suárez, le explicó al Presidente que el cálculo señalado fue hecho por el Banco de Crédito Ejidal, o sea, por su director, el ingeniero Peralta; aseguró que él no estaba enterado de

los procedimientos y resultados de la siembra de algodón.

El ingeniero Carlos Peralta preguntó a Cárdenas quién había hecho ese informe y el General me señaló a mí. Expuso Peralta que los datos que él tenía procedían de un cuerpo seleccionado y eficiente de ingenieros agrónomos de las escuelas de Chapingo y de Ciudad Juárez y que por tal motivo, consideraba que yo no tenía ninguna autoridad ni conocimientos para determinar una cifra correcta. El Presidente le contestó: "El señor Marroquín tiene 20 años sembrando algodón en la Comarca Lagunera y por fortuna para él ha triunfado en esa actividad". Entonces le ordenó al ingeniero Carlos Peralta que corrigiera la cifra y diera a la publicidad la probable cosecha de 150 mil pacas.

Por indicación del Presidente, abandonamos el salón el ingeniero Peralta y yo, permaneciendo el licenciado Eduardo Suárez, secretario de Hacienda. Al salir a la calle, el ingeniero Peralta, muy enojado, me advirtió que había cometido un error muy grande al presentar mi información al Presidente y me preguntó iracundo:

—¿Sabe usted qué es lo que le sucederá si se equivoca?

—Sí señor ingeniero, el Presidente me va a decir: pendejo, y nunca me volverá a preguntar nada —le respondí—, y agregué: pero si usted se equivoca, lo corren de la chamba.

El resultado total de la cosecha fue de 140 mil pacas, cifra que yo había calculado desde Mérida.

Tres meses después me encontré al ingeniero Carlos Peralta en el hotel Ancira de Monterrey, acompañado de un agricultor amigo mío, llamado Juan Bilbao, a quien me acerqué a saludar. Como al ingeniero Peralta nunca le simpaticé, al verlo junto a mi amigo, le dije:

—Señor ingeniero, le atiné al cálculo de la cosecha de La Laguna y también acerté que a usted lo despedirían de su trabajo.

En esos momentos fungía como director del Banco



Durante una gira por Michoacán, vemos al general Lázaro Cárdenas acompañado por un grupo de familiares y amigos en la finca La Charanda, en Uruapan.

Al llegar a Uruapan despidió a toda la comitiva que se había agregado, reteniendo con él a los elementos afines al programa agrario. En este lugar se organizó un gran baile con motivo de la visita del Presidente.

Al fin llegamos a la finca Nueva Italia, y Cárdenas se hospedó en la casa grande de esta hacienda. Ahí permanecimos cuatro días, presenciando las dotaciones ejidales. Era impresionante el número de campesinos que trabajaba en dicha propiedad.

Terminado el reparto de tierras en ese lugar, continuamos a Lombardía, otra finca enorme, donde laboraban aproximadamente unos mil campesinos. Allí había una especie de estadio, el cual se utilizó en esa ocasión para improvisar un lienzo hecho de madera.

Los campesinos ofrecieron una charreada en honor a Cárdenas, a la que concurrió la reina de la Asociación de Charros local, con un grupo de señoritas para acompañar al Presidente.

Sentado detrás del General, yo veía entusiasmado los festejos y las suertes que realizaban los charros. Mi alegría se esfumó al escuchar el comentario que hacía el Presidente a la reina de la Asociación:

—El señor Marroquín es muy buen jinete, suplíquele que monte un novillo de esos.

Había puros novillos enormes. El Presidente seguía incitando a la reina que me convenciera.

—No le hacen nada, es un jinete de primera.

Yo me rehusaba a montar uno de esos novillos, seguro del mal papel que haría. Sin embargo, sobrepuniéndome del aturdimiento en que me encontraba, musité:

—Sí, señor Presidente.

—Sí, bájate y dedicales una jineteada a las señoritas.

Presuroso, ordenó que derribaran un novillo; escogiéndome un toro cebú tremendamente grande, le echaron el pretal. Antes de montar sobre el lomo del toro, les dije a las señoritas.

—Les ofrezco una caída.

Me subí al furioso animal que coceaba tan alto como

podía y de manera espantosa. Rápidamente fui despedido al aire y caí estrepitosamente al suelo. Sólo alcancé a escuchar dos gritos: ¡Agárrate!, y ¡arrópenlo! Me cubrieron con una manta y al cabo de un rato logré levantarme, aunque seguía mareado por el terrible golpe, y caminaba con paso vacilante. Al general Cárdenas le gustaban mucho esas bromas.

Al concluir las dotaciones ejidales en la hacienda Lombardía, partimos en automóvil rumbo a Pátzcuaro. El Presidente pernoctó en su finca Eréndira y nosotros en un hotel. Al día siguiente, reanudamos la marcha a la ciudad de México.

## **El presidente Cárdenas logró calmar los ánimos en Orizaba**

Meses más tarde tuve la oportunidad de acompañar a Cárdenas en una gira rápida a Orizaba, Veracruz, con objeto de calmar los ánimos de un terrible zafarrancho que llegó a cobrar víctimas entre obreros de las fábricas de hilados y tejidos de Cocolapan, debido a una antigua lucha intergremial.

Afortunadamente, se logró el objetivo deseado y visitamos las fábricas de Cocolapan y Nogales, Santa Rosa y Río Blanco, aceptando la invitación que los obreros hicieron al Presidente.

Una mañana el mandatario propuso que lo acompañáramos al cerro del Borrego para intentar escalarlo, ya que tiene una pendiente muy pronunciada y difícil de ascender. Abajo quedó la mayoría de su comitiva, formada por Antonio Villalobos, jefe del Departamen-

to del Trabajo; Rafael Sánchez Tapia, secretario de Economía, y el general Francisco Múgica, secretario de Comunicaciones. Estos hicieron el intento de seguirlo, pero finalmente desistieron por la gran dificultad que representaba la pronunciada cuesta. Solamente logramos escalar junto al Presidente algunos de sus ayudantes y yo, un total de seis personas.

Al día siguiente visitamos Fortín de las Flores, alojándose el Presidente en la casa del general Cándido Aguilar. De ahí seguimos al otro día en automóvil a la capital.

## **El presidente Cárdenas y su gusto por Michoacán**

En otra ocasión, encontrándome en la ciudad de México, tuve la suerte de ser invitado por el presidente Cárdenas a otra gira de trabajo por el estado de Michoacán. Partimos a Morelia en automóvil y permanecemos un día en esta bella ciudad. Al siguiente día continuamos a Pátzcuaro donde el Presidente se alojó en la quinta Eréndira. Los funcionarios que integraban su comitiva y yo nos hospedamos en el Hotel del Lago.

En la madrugada, salimos en lanchas a visitar las islas de Janitzio, La Pacanda y Yunuén. En la primera le tenían preparado un almuerzo con el exquisito pescado blanco. Dos horas más tarde nos encontrábamos en La Pacanda, donde le ofrecieron otro almuerzo. Como el Presidente nunca rechazaba la invitación de quienes lo recibían con tantas atenciones, comió lige-

ramente, pero como le gustaba mucho bromear con nosotros, les decía a las señoritas que nos atendían:

—Sírvanles a los señores, que no han almorzado —y a la vez nos indicaba a los que lo acompañábamos— no desairen a las señoritas.

El solamente picaba la comida, pues había saboreado el mismo platillo en Janitzio. Casi a mediodía llegamos a Yunuén y vaya sorpresa que nos esperaba. Los habitantes agasajaron al Presidente y a quienes lo escoltábamos con deliciosos mariscos. El general Cárdenas seguía insistiendo que nos atendieran a nosotros. Tres almuerzos nos produjeron un terrible malestar, ya que es un martirio ingerir alimentos dos o tres veces seguidas.

En cada isla el mandatario de la nación estuvo recibiendo comisiones de pescadores, y los escuchaba con sumo interés.

Aproximadamente a las 2 de la tarde emprendimos la marcha hacia un pueblito que se encuentra a la orilla del lago, en el lado opuesto de Pátzcuaro, llamado Erongarícuaro. Allí esperaban al Presidente numerosas personas que se habían concentrado en la placita para darle la bienvenida. El jefe del Poder Ejecutivo se sintió muy conmovido ante ese caluroso recibimiento. Desde ese lugar fuimos a pie a la Presidencia Municipal donde en el transcurso de la tarde estuvo tratando asuntos de gran importancia con varios grupos de campesinos.

Al desocuparse, me llamó y me dijo:

—Oye, como cosa tuya —así hablaba cuando no quería decir que algo se realizara por indicación suya. Tras una pausa, volvió a repetir:— como cosa tuya, organiza un baile, mira qué bonitas muchachas. Dile al presidente municipal que invite a las profesoras.

—Muy bien, señor Presidente.

Apresuradamente me reuní con la comitiva presidencial y con el presidente municipal, incitándolos a organizar un baile con motivo de la visita de Cárdenas. Todos estuvieron de acuerdo, y en pocas horas se dispuso de lo necesario. A las 8 de la noche el Presi-

dente empezó el baile, invitando primeramente a la muchacha más fea que se encontraba en ese salón de fiestas, después a otra señorita menos fea que la anterior, y así sucesivamente, hasta que lo acompañaba a bailar la muchacha más bonita.

Luego nos comentaba:

—La fea también tiene derecho a bailar con el Presidente de la República.

La fiesta se desarrolló en un ambiente muy alegre y divertido. El baile terminó a las 2 de la mañana y a esa hora nos acompañaron todas las bailadoras hasta el muelle, donde nos embarcamos en lanchas. Antes de abandonar el lugar las muchachas nos despidieron entonando, con el acompañamiento de la orquesta que había amenizado el baile, canciones muy bonitas de la época. A mí se me grabó mucho la canción *Janitzio*, esa melodía tan hermosa de Agustín Lara. El propio Presidente hizo que la repitieran dos veces. Luego emprendimos el viaje a Pátzcuaro; el general Cárdenas me pidió muy gentilmente que lo acompañara en su lancha. En el trayecto, melancólico, exclamó:

—¡Qué bonita fiesta! ¡Qué alegría compartimos! Debes comprender que también el Presidente de la República tiene derecho a divertirse a pesar de la alta investidura que representa, yo los admiro a ustedes que no tienen ninguna cortapisa para disfrutar de la vida.

Al llegar, solamente dormimos unas horas, y nuevamente salimos en una lancha al lago de Pátzcuaro. Además nos acompañaban unos ingenieros de comunicaciones, pues Cárdenas proyectaba construir una carretera bordeando el lago.

Otro día fuimos hacia Uruapan, desde donde seguimos camino a Lombardía y Nueva Italia para presenciar los trabajos de los ejidos recién dotados. Allí permanecemos pocas horas, porque el Presidente debía poner el primer clavo de la vía ferroviaria que salía de Estación Calzontzin a Apatzingán y que hoy es una vía férrea de muy bonita construcción. En aquel tiempo no había de Uruapan a Apatzingán ni carretera ni ferrocarril, sólo se transitaba por caminos

ásperos que entorpecían la comunicación y el progreso de estos lugares.

En Apatzingán visitamos dos fábricas extractoras de aceite esencial de limón, que se exportaba a Europa. Aquí también atendió a grupos de campesinos para tratar problemas agrarios locales.

En esta parte del estado de Michoacán había grandes plantaciones de limoneros que me agradaron mucho, además de la zona tropical donde había abundante agua y mucha vegetación, lo cual contrastaba con mi tierra del norte, región desértica, fuera de las tierras de riego, donde todo era seco y polvoriento. Así se lo expresé al señor Presidente y éste opinó:

—Vende la propiedad que posees en La Laguna y compra un rancho aquí para que lo desarrolles con limoneros.

De Apatzingán nos regresamos a Uruapan en varias camionetas y por un camino desastroso. El Presidente no quiso retornar a Pátzcuaro en automóvil; hizo llamar al jefe de estación del ferrocarril para que le proporcionara dos armones para hacer el trayecto por la vía. Así viajábamos de regreso, pero a medio camino, cerca de la vía, hay un pequeño lago que se llama Yurén. Ahí Cárdenas ordenó sacar los armones de la vía y descender de éstos. Enseguida nos convidó a todos a nadar un poco, ya que a él le gustaba mucho este deporte y era un excelente nadador. El agua estaba helada, pero aún así nadamos un rato. Al salir, nos vestimos y por fortuna cerca del lago había unos jacales.

Llegamos y saludamos a dos campesinos que nos ofrecieron asiento a la sombra de una enramada. El Presidente les preguntó:

—¿Tienen café?

—Sí señor —contestó uno de ellos.

Una señora muy amable nos sirvió a cada uno de nosotros una taza de café recién hecho.

El Presidente inquirió:

—¿Cómo les ha ido en sus siembras?

—Mal, señor —contestó el hombre de edad más avanzada— aquí nadie levanta cosecha.

—¿Por qué? —lo interrogó el General.

—El gobierno nos entregó las peores tierras. Mire usted qué peñascal —señaló con el índice el terreno pedregoso— Al propietario le dejó una tierra muy buena.

—¿Por qué no se han quejado?

—Ya lo hicimos, pero los del Departamento Agrario ni caso nos hacen.

—Pero hay un Departamento de Quejas en la Presidencia de la República.

—También hemos acudido en varias ocasiones, pero no nos resuelven nada. Este gobierno nunca nos ayuda, sólo cuando quieren nuestro voto andan ofreciendo tierras y escuelas, y cuando logran lo que desean, se olvidan de lo que prometieron. Así fue cuando vino el general Cárdenas a hacer su campaña, nos llamaron a Uruapan, nos tuvieron en el sol y apenas nos dieron el pasaje para regresarnos. Y ya ve ahora, ni caso nos hacen.

Entonces intervino uno de los ayudantes, el capitán Gerónimo Gomar Suástegui, diciéndoles a los campesinos:

—Tengan mayor respeto, están hablando con el Presidente de la República.

Los dos hombres se cohibieron ante esa declaración; uno de ellos que había permanecido callado, muy hábil preparó esta explicación, diciéndole al otro:

—Mire compadre, yo lo estaba queriendo reconocer.

Todo esto le causaba mucha risa al general Cárdenas; al despedirse de ellos les regaló mil pesos a cada uno, que en ese tiempo era mucho dinero. Al llegar a Pátzcuaro ordenó a las autoridades competentes que cambiaran la localización de la tierra a esos campesinos, y les adjudicaran otras mejores.

El presidente Cárdenas se fue de Pátzcuaro a Jiquilpan a descansar. Yo regresé a México con el general Francisco Martínez Montoya, jefe de Policía y muy amigo del Presidente, pues había andado con él en la Revolución.

En el trayecto me venía comentando que había sido

comandante de la Zona Militar de Tamaulipas, residente en Tampico. El automóvil era conducido por un chofer con el grado de capitán, llamado José Cueto Ramírez, que años después, en los periodos de Adolfo Ruiz Cortines y Adolfo López Mateos, llegó a ser el jefe de Policía.

Después de una hora de camino, el general Martínez Montoya me dijo:

—Traigo un dolor aquí en el costado, me duele mucho, pero esta medicina me lo quita.

De su equipaje sacó una botella de anís del mono y bebió una buena cantidad; luego, la guardó en su lugar y continuó platicando.

Más adelante volvió a quejarse:

—Vieras, este dolor no se me quita —y nuevamente tomó unos tragos.

Total, a la tercera vez le dije:

—Oiga mi general, me está dando a mí el mismo dolor, a ver si me cura esa medicina que trae usted.

Sonriendo me ofreció la botella, y así llegamos a México, tomando anís, que era la bebida que el general Martínez Montoya prefería.

## **Cien días en gira presidencial por el norte del país**

En 1939, con gran optimismo yo dirigía las faenas cotidianas en un rancho que había adquirido en el municipio de Valles, San Luis Potosí. Tal como me lo había propuesto Cárdenas, sembré limoneros. Esta propiedad de cien hectáreas de superficie se localiza-

ba en las márgenes del río Tampaón, afluente del Pánuco. En la parte más elevada del terreno construí una bonita casa y por este motivo bauticé mi finca con el nombre de La Loma.

Durante una gira que el Presidente realizó en ese año por el norte del país, el 21 de abril pernoctó en Ciudad Valles, San Luis Potosí. Debido a la estimación y confianza que me dispensaba, me invitó a integrarme al grupo que lo acompañaba.

Al día siguiente salimos en automóvil a Ciudad Mante, de allí proseguimos rumbo a Ciudad Victoria y continuamos hacia Matamoros. En San Fernando no pudimos cruzar el río, debido a que las abundantes lluvias habían aumentado considerablemente su caudal; allí, la turbulenta corriente se llevó el chalán que daba paso. Ante esa circunstancia desfavorable regresamos a la capital tamaulipeca donde nos esperaba el tren presidencial El Olivo, que abordamos para dirigirnos a Linares, Nuevo León.

En este lugar se incorporó a la comitiva el general Juan Andrew Almazán, jefe de la Zona Militar de Nuevo León; reanudamos la marcha por vía férrea a Monterrey y de esta ciudad nos trasladamos en el mismo medio de transporte a Reynosa. De aquí seguimos en coches hasta un lugar llamado El Azúcar, para asistir a la inauguración de la presa del mismo nombre, hoy presa Marte R. Gómez. En este sitio el Ejecutivo resolvió que en Camargo, Tamaulipas, nos detendríamos unas horas. Los habitantes de este pueblo recibieron al Presidente con mucho entusiasmo y grandes muestras de cariño. Nos desplazamos en el tren presidencial al Campamento Ramírez y poco después llegamos a Matamoros.

Emprendimos el camino de regreso al siguiente día, hasta llegar a Monterrey, donde el general Juan Andrew Almazán ofreció una fiesta en un campo militar, en honor al Presidente. Antes de acudir al festejo, el mandatario inauguró unas tiendas de consumo para soldados y sus familias.

A las 10 de la noche terminó la ceremonia, retirán-

dose el Presidente junto con el general Juan Andrew Almazán y dos de sus ayudantes, para hospedarse en la residencia del jefe de la Zona Militar, ubicada en las estribaciones de la sierra llamada Chipinque.

El 29 de abril abandonamos la capital del estado de Nuevo León, abordando nuevamente el tren presidencial El Olivo, con destino a Saltillo, Coahuila. Al día siguiente de haber llegado a esta ciudad, vinieron a entrevistarse con el presidente Cárdenas, procedentes de San Antonio, Texas, el doctor Francisco Castillo Nájera, embajador de México en Estados Unidos y un ciudadano de ese país de apellido Richberg, quien actuaba como mediador del caso petrolero. Su objetivo principal era lograr que México vendiera petróleo a países independientes de la expropiación petrolera, no incluyendo al Eje, compuesto por Alemania, Italia y Japón a los cuales el Presidente negaba rotundamente la venta del combustible.

El 4 de mayo, en Parras, Coahuila, visitó el Presidente la casa donde nació don Francisco I. Madero. Al otro día partimos a San Pedro de las Colonias, donde estuvo concediendo audiencias a bordo del tren presidencial. De allí continuamos a Torreón; pasamos en automóvil a Ciudad Lerdo, Durango, donde se alojó en la casa del gobernador del estado, coronel Enrique Calderón.

El 10 de mayo, en El Olivo llegamos a la estación de Marabasco, de ahí a estación Bermejillo en donde estaba esperando al Presidente el general Andrew Almazán, que tenía audiencia a bordo del mismo tren. En este lugar terminó la gira en el tren que por órdenes presidenciales fue regresado a la capital del país. Continuamos por tierra en dos camionetas hasta llegar al sitio donde se encontraba la presa El Palmito, hoy Lázaro Cárdenas; nos retiramos de este lugar con objeto de acudir a Canutillo a visitar el rancho del extinto general Francisco Villa. Seguimos la ruta que llevaba a Parral, sin detenernos hasta alcanzar nuestro destino. En esta ciudad descansamos un día. A la primera luz del alba, de nuevo viajábamos con rumbo a

Chihuahua, donde permanecimos dos días. Después, Ciudad Juárez, donde la estancia fue de tres días y el presidente Cárdenas atendió problemas de la Comisión de Límites Internacionales. En un carro de segunda clase del ferrocarril Sud-Pacífico, nos dirigimos a Casas Grandes. En el camino entre Ciudad Juárez y Casas Grandes en una estación cuyo nombre no recuerdo, un gran amigo de Cárdenas, el general Lorenzo Quevedo, lo esperaba con una olla de café negro y tamales, pues era 21 de mayo, onomástico del Presidente y así, de una manera muy sencilla, festejaron esa fecha. Todos lo felicitamos y disfrutamos de ese pequeño banquete. Horas más tarde llegamos a Casas Grandes. El Presidente se instaló en la casa del jefe de la Zona Militar, el general Flores Alatorre. Esa noche celebraron el cumpleaños del general Cárdenas con un grandioso baile, al cual asistieron varias familias de mormones que llevaban sus hijas, muchachas muy guapas por cierto.

En momentos en que me encontraba bailando con una muchacha muy atractiva, se dirigió a mí —abriéndose paso con dificultad entre las parejas que se movían al compás de la música— un ayudante del señor Presidente llamado Gerónimo Gomar Suástegui, quien murió siendo subsecretario de la Defensa Nacional; un joven militar muy eficiente y honesto que había conseguido ganarse toda la confianza del Ejecutivo de la nación.

Al llegar junto a mí me informó:

—Te habla el señor Presidente.

—No —mirando a la muchacha que me acompañaba, le dije:— tú deseas bailar con ella, me la quieres quitar.

—No, hombre, no andes con bromas —calló un momento y luego agregó impaciente:— bueno, le voy a decir al señor Presidente que no quieres ir.

—No, espera —me disculpé con la muchacha, y lo seguí.

Llegué donde se encontraba el Presidente con el ge-

neral Flores Alatorre, en casa de este último. Al verme, el general Cárdenas me preguntó:

—¿Dónde está tu equipaje?

—Está en el carro del tren en que llegamos.

—Tráelo para acá, ahorita vamos a salir.

Obedecí y fui por mis cosas. De regreso en la casa del general Flores Alatorre me invitaron un café, tortillas de harina y frijolitos.

Abandonamos el lugar a las 5 de la mañana rumbo al estado de Sonora, atravesando por el Cañón del Pulpito. En dos camionetas viajábamos con el Presidente el general Heriberto Jara, a quien acababan de nombrar secretario general del Partido Nacional Revolucionario; el general Pedro J. Almada que era inspector general del Ejército y había sido jefe del general Lázaro Cárdenas durante su trayectoria militar en Sonora, y el coronel Adalberto Tejeda que había sido gobernador del estado de Veracruz y aspirante a participar en la sucesión presidencial como candidato del Partido Comunista. Además se encontraban el capitán Gerónimo Gomar Suástegui; el mayor Rivas, a quien le decían el *Ratón* Rivas; otro empleado conocido por todos como *Bochito*, encargado de arreglarle la ropa al Presidente, y yo.

Durante horas recorrimos el inhóspito desierto del estado de Chihuahua, por un camino difícil de transitar. El Presidente iba de guía, pues conocía muy bien esos parajes, porque en esa región había operado muchas veces en la Revolución.

Por la tarde llegamos al Alamo de Peña, propiedad de Rafael Gavilondo, amigo de Cárdenas. Gavilondo nos recibió muy amable y estuvo platicando con el General unos instantes; después nos invitó a comer, pero el Presidente no aceptó, y se disculpó con su amigo diciéndole que teníamos que seguir.

A la entrada del camino del Cañón del Pulpito, ya como a las 6 de la tarde, llegamos hasta un riachuelo; el Presidente ordenó detener la marcha de los vehículos para descansar y dormir en ese sitio.



En esta fotografía observamos (de izquierda a derecha) al coronel José Manuel Núñez, jefe del Estado Mayor Presidencial, al licenciado Alejandro Gómez Maganda, que en esa gira fungió como secretario particular del Presidente, al general Lázaro Cárdenas y a Enrique Marroquín.

En la mañana temprano, nos levantamos de las camionetas y Cárdenas pidió a dos de sus ayudantes que llenaran las latas vacías con agua. El se lavó la cara y nosotros de igual manera nos aseamos un poco, ya que todos estábamos empolvados.

Dirigiéndose a mí, el Presidente me interrogó:

—¿Qué te parece todo esto?

—Muy bien, señor Presidente.

Durante el viaje que hicimos hasta llegar a ese lugar, habíamos encontrado a nuestro paso ruedas de cañón todavía tiradas en el monte y partes de carros de la época de la Revolución.

Cárdenas me explicó que por esa zona había pasado el general Francisco Villa para darle ayuda a Maytorena, gobernador de Sonora, y él había intervenido en esas acciones de guerra. Contó que a la salida del Cañón del Pulpito trabaron combate, derrotando al general Villa, quien tenía problemas con los generales Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles.

También me comentó que ese camino lo recorrió a caballo don Venustiano Carranza, quien viajaba de Saltillo a Hermosillo, sólo con una pequeña escolta.

Cuando terminó de relatarme esos sucesos, le dije:

—Señor Presidente, le agradezco a usted mucho que me haya invitado a esta gira y tener oportunidad de ver testimonios de la Revolución Mexicana al internarnos en este territorio, antes para mí desconocido. Quiero asegurarle que estoy con usted en cualquier momento por difícil que sea, pero le confieso que todo esto me tiene un poco despistado y nervioso.

—¿Por qué, no entiendo qué quieres decir?

—Le quiero preguntar con todo respeto, señor Presidente, si todavía somos del gobierno o ya somos rebeldes, porque esta no es gira presidencial.

No habíamos comido ni cenado desde el día anterior, tampoco sabíamos que íbamos a parar en ese sitio despoblado a pasar la noche. El Presidente se rió mucho, pero los señores generales que formaban la comitiva se molestaron, poniéndose hoscos. El general Lázaro Cárdenas, que generalmente se caracteri-

zaba por su buen humor, más tarde comentaba a sus amigos de confianza, como decía el *güero* Marroquín: "Todavía somos del gobierno".

Saliendo del Cañón del Pulpito nos desviamos por una brecha que llevaba al rancho Cuchuverachic, nombre yaquí, cuyo propietario, compadre del presidente Cárdenas, era un hombre de mediana edad de apellido Morales. Este señor nos ofreció muy buena comida, pero el Presidente se negó a que nos quedáramos a dormir en esta finca. Horas después nos despedimos de Morales y nos marchamos. A las 8 de la noche pasamos por Agua Prieta, Sonora y seguimos la ruta hacia Nacozari. Al lado de la vía, íbamos en las dos camionetas. Al amanecer llegamos a Nacozari, donde permanecemos dos días. El Presidente conversó con los mineros, quienes le expusieron los problemas que afrontaban y pidieron su colaboración para resolverlos. También varias delegaciones de campesinos fueron recibidas por el jefe del Poder Ejecutivo.

De Nacozari nos dirigimos a estación Pesqueira, en ésta abordamos un carro del ferrocarril rumbo al Cañón de la Angostura. De ahí seguimos a la estación del Tajo, donde nos apeamos del tren en que viajábamos para visitar la presa que estaban construyendo sobre un afluente del río Yaquí. Esperaban al Presidente en este lugar el gobernador del estado de Sonora, Román Yocupicio, y el candidato a sustituirlo, Anselmo Macías, con un conjunto de hombres armados pertenecientes a las fuerzas rurales. El Presidente, que era enemigo de llevar este tipo de escolta, se excusó ante el gobernador para que no lo acompañaran.

En este sitio se incorporaron a la comitiva el teniente coronel Ignacio Beteta, su hermano Ramón y un gringo llamado Waldo Frank. Terminado el recorrido de inspección, después de que el Presidente estuvo charlando con un grupo de ingenieros que dirigían los trabajos de esta obra, el gobernador y sus acompañantes regresaron a Hermosillo.

Por instrucciones del Presidente partimos rumbo a Cumpas, un pueblo muy pintoresco y alegre; ya avan-

zada la tarde reanudamos la marcha hasta llegar a Babiácora, otro pueblito rural; sin detenernos más de dos horas, nos trasladamos a Ures. Este era un pueblo que había sido capital de Sonora, pero debido al asedio de los yaquis en la época porfiriana, trasladaron los poderes del estado a Hermosillo.

El Presidente y los generales que lo acompañaban se hospedaron en la casa del presidente municipal. Los demás nos alojamos en unos cuartos que nos facilitó un comerciante de ese lugar.

Al día siguiente por la tarde, el general Pedro J. Almada me indicó:

—Consíguete una murga y la traes aquí como a la una de la mañana; te recomiendo mucha discreción, ten dinero para que pagues.

En Ures había una orquesta compuesta por tres músicos que tocaban un violín, una guitarra y un trompetín.

Me dediqué a conseguir la famosa murga pero había sido contratada para esa noche. Me presenté en el salón de fiestas donde se encontraba; al terminar una tanda me acerqué a ellos para hablarles y conseguir que me acompañaran, pues ya eran las 12 de la noche. Tuve que ofrecerles una buena cantidad de dinero para que dejaran el lugar.

De acuerdo con la indicación del general Pedro J. Almada, llegué hasta la casa del presidente municipal, donde se encontraban Cárdenas y los generales que lo acompañaban en esa gira.

Esperé unos instantes, poco después salieron los dos y se dirigieron hacia donde yo estaba con la orquesta.

El general Pedro J. Almada me dijo:

—Aquí nos quedamos nosotros, deja que el señor Presidente se lleve la murga.

Caminaron como media cuadra y frente a una ventana la pequeña orquesta empezó a tocar *Jesusita en Chihuahua*, *Las tres pelonas* y un vals muy bonito, *Salón verde*. El general Cárdenas le daba gallo a una

novia que había tenido en su juventud. Una hora después regresó.

El general Almada me comentaba que Cárdenas había pedido a esa muchacha en matrimonio cuando era capitán y estuvo de destacamento en Ures, pero se la negaron porque a los padres de la novia no les gustó que un capitán fuera su yerno.

Al día siguiente partimos a Hermosillo; allí el Presidente fue huésped del gobernador Román Yocupicio y quienes lo acompañábamos nos alojamos en hoteles. Muy temprano, todos nos concentrábamos en la casa del gobernador. Una mañana, después de haber dado instrucciones a generales y demás ayudantes a fin de que cumplieran algún cometido para resolver asuntos que él estaba atendiendo, me dijo:

—Mira, ten este block y un lápiz y apunta los nombres de las personas que están en el lobby, una por una; no entres a la sala a menos que yo te llame, dedícate a anotar a quien yo te vaya indicando.

—Muy bien, señor Presidente.

Empecé a escribir los nombres de todos los ahí presentes: gobernadores, senadores y mucha gente de su confianza.

Terminando, le entregué la lista y salí un rato. Minutos después me llamó. Entré a la sala. Él estaba parado frente a una ventana; había abierto un poco las cortinas y miraba hacia la calle.

Al percatarse de mi presencia me dijo:

—Allá afuera hay una persona con gorra texana, paliacate rojo en el cuello y una chamarra amarilla; como cosa tuya tráela y la introduces por la puerta de servicio.

—Está bien, señor Presidente.

Salí a la calle y qué terrible mi sorpresa, había tres personas vestidas de igual forma. Pensé muy preocupado: ¿cuál será de estos tres?

Me dispuse a investigar acercándome al primero:

—Dispéñeme señor, ¿desea usted hablar con el señor Presidente?

—Si señor, ayer lo vi en palacio y me citó aquí.

Me disculpé un momento y me dirigí al siguiente:

—Perdone, ¿usted quiere entrevistarse con el señor Presidente?

—Pues ojalá pudiera, hace muchos años que no lo veo, fuimos compañeros de armas y quisiera saludarlo.

Me acerqué al último, que era un hombre de unos 50 años. Al hacerle la misma pregunta, me contestó:

—Pues mire usted, él es mi compadre, hace mucho tiempo que no lo veo, me bautizó un muchacho que ahora es teniente coronel del ejército; me daría gusto saludarlo, si no se puede, ni modo.

Alejándome de este hombre, muy confundido pensé: "Este señor no ha de ser". Total, fui con el primero y le dije que me acompañara. Entramos a la casa del gobernador, conduciéndolo hasta la sala. Yo esperé afuera unos instantes y el hombre salió inmediatamente. "Caray, qué pronto arregló sus negocios ese señor", murmuré en voz baja.

Entonces me habló el Presidente y molestísimo me reclamó:

—Oye, ven acá, ¿a quién me fuiste a traer?

—Señor Presidente —le contesté muy sorprendido por su exabrupto— hay tres personas vestidas de igual manera. Dígame con quién desea hablar y se la iré a traer.

—No, me echaste a perder la mañana —sumamente molesto, espetó—, retírate.

Abandoné la sala apenadísimo, además desconcertado porque no logré atinar a la persona indicada.

Me fui al hotel donde estaba hospedado. Allí encontré a mis compañeros de cuarto, el general Fructuoso García Villarreal, a quien le decíamos *Tocho*, y a *Pancho* Cárdenas, hermano del Presidente. Les relaté el penoso incidente y entonces *Pancho* me dijo:

—No le hagas caso, mi hermano es así, extravagante, no te preocupes.

*Tocho* era un caso curioso, pues el Presidente toleraba que se presentara ante él medio entrado en copas y no lo recriminaba. Había un antecedente de la Revolu-

ción. Según platicaban, *Tocho* allá por el istmo de Tehuantepec le salvó la vida a Lázaro Cárdenas en un acto de guerra. El Presidente le tenía mucha estimación a este general.

En una ocasión, en Guadalajara, en San Pedro Tlaquepaque durante un almuerzo que ofreció al Presidente el licenciado González Gallo, llegó *Tocho* entrado en copas y el Presidente le reprochó:

—Pero hombre, *Tocho*, qué temprano la agarras.

—No, señor Presidente, es la misma que traigo desde ayer, no la he soltado.

Anduve muy molesto por lo acontecido en días pasados en la casa del gobernador; quería regresar a Torreón, pero no encontré boleto en avión y en ferrocarril tampoco.

Por coincidencia, estaban concluyendo los preparativos para la inauguración de la Feria Agrícola, Ganadera e Industrial de Hermosillo; el organizador era el ingeniero Guillermo Liera director en la Secretaría de Agricultura y amigo mío. Un día antes de la inauguración fui a saludarlo. Casualmente llegó el Presidente con algunos generales y al verme con el ingeniero Liera me preguntó:

—¿En dónde te has metido?

—Señor Presidente, de aquí quiero regresarme a Torreón, estoy muy apenado por lo que sucedió el otro día, pero comprenda que yo no tuve la culpa.

—No, no te apenes —me dijo— debería darte vergüenza andar tomando con *Pancho* y con *Tocho*, par de lagartones; qué andas haciendo con esos borrachos, no te conviene juntarte con ellos, tú estás joven.

Permanecimos en Hermosillo diez días. Durante su estancia Cárdenas se dedicó a recorrer los alrededores, sobre todo la zona yaqui. Fuimos a estación Vicam y visitamos los siguientes pueblos: Pótam, Tórim y Bácum, acompañaban al mandatario el gobernador Román Yocupicio, algunos senadores y generales.

El líder de la población yaqui era Luis Pluma Blan-

ca, que hablaba un mal español. Ante muchísima gente que se había concentrado en Pótam, Cárdenas pronunció un discurso, en el que les dijo:

—El gobierno a mi cargo otorga en favor de ustedes la margen derecha del río Yaqui; además, maquinaria agrícola, dinero para que trabajen las tierras y una escuela.

El líder Luis Pluma Blanca contestó el discurso ásperamente:

—Oye Lázaro, la tierra que nos das no es ningún favor que nos haces, pues era de nosotros antes. Los *yorris* (refiriéndose a los blancos) nos la habían quitado; mejor deberías darnos la margen izquierda. No nos proporcionas tractores, en vez de eso facilitanos 500 rifles para armar a los de mi raza para nuestra defensa y no nos hagas una escuela, queremos que nos construyas una iglesia.

En la margen izquierda del río Yaqui había muchas propiedades de agricultores y esta actividad se desarrollaba favorablemente. El Presidente se molestó mucho y se quedó callado. Entonces intervino el gobernador Yocupicio, quien hablaba muy bien el dialecto de los yaquis, aunque él era indio mayo. Les contestó que no era correcto lo que su representante había dicho y reprendió su actitud.

Esa noche en Pótam nos quedamos a dormir. Al día siguiente abordamos el tren en estación Vicam rumbo a Nainari, hoy Ciudad Obregón; de ahí viajamos de regreso a Hermosillo donde el gobernador Román Yocupicio y algunos senadores despidieron al Presidente. Después continuamos a Santana, donde vimos la línea del ferrocarril que estaban construyendo de Fuentes Brotantes a Punta Peñasco, que salía del estado de Sonora y entraba a Mexicali. En este tramo habían perecido insolados un grupo de ingenieros. El que dirigía los trabajos en ese largo trecho desértico era un ingeniero de apellido Bancalari.

Llegamos a Mexicali donde permanecemos un día. Al siguiente salimos a Tijuana y atravesamos la Ru-

morosa; después nos dirigimos a Ensenada y por último a Tecate.

Habiendo recorrido todo el estado de Baja California Norte, nos embarcamos en el guardacostas Guanajuato para visitar el sur de California y tocamos Santa Rosalía, Mulejé y La Paz. Dos días más tarde continuamos navegando con el propósito de llegar a las Islas Mariás: María Madre, María Asunción y María Cleofas. Desde lejos avistamos la isla de Cliperton; con catalejos vimos en un viejo mástil la bandera mexicana, ya muy deteriorada por el tiempo.

Desembarcamos en el puerto de Mazatlán, seguimos en automóvil hasta Guadalajara y finalmente a Jiquilpan, Michoacán. En este lugar se quedó el Presidente a descansar unos días de esa gira tan larga. Había estado fuera de la capital del país aproximadamente cien días.

## **La revuelta del general Saturnino Cedillo**

El general Francisco Durazo había sido designado comandante de zona para el control de las tribus yaquis. Autor de la profanación de la tumba del general Francisco Villa, de cuyo cadáver cortó la cabeza para venderla a unos estadounidenses, era padre del nefasto Arturo Durazo. En ese entonces, y por causas desconocidas, el presidente Cárdenas ordenó que fuera relevado de su cargo.

Cuando nos encontrábamos en Ciudad Obregón, llegó el ex presidente Abelardo Rodríguez, procedente de

Ensenada, para ver a Cárdenas. En esta ocasión pude saludar al general Rodríguez, a quien años atrás había conocido personalmente cuando fue Presidente de la República.

De acuerdo con la organización de los viajes fuera de la capital del país, el jefe del Estado Mayor Presidencial, por órdenes del Ejecutivo daba previo aviso a los invitados que formarían la comitiva oficial en las giras. Un día me citó en Los Pinos el coronel José Manuel Núñez, en ese entonces jefe del Estado Mayor Presidencial y me indicó que estuviera puntualmente en la estación de Buenavista a las ocho de la noche para abordar el tren presidencial, para cuyo efecto me entregó un pase.

En la estación esperé dos horas y el general Cárdenas no hacía acto de presencia así que determiné subir al tren. Me habían asignado el compartimento letra H así que me instalé esperando la salida del tren.

El Presidente llegó a las once. A esa hora me dispuse a dormir cuando oí que tocaban la puerta del reservado que ocupaba. Me levanté para abrir y entonces un sujeto me reclamó, altanero, que ese compartimento le pertenecía. Se identificó como el senador Soto Reyes y malhumorado me instó a que desalojara ese reservado. Como no había otro compartimento donde acomodarme, me dirigí con mi equipaje hasta el carro destinado a la escolta, y en un asiento que encontré vacío, me dormí.

Al otro día, antes de llegar a Guadalajara, el tren se detuvo en una estación e hicieron llamar a todos los invitados a desayunar con el Presidente; me buscaron pero no pudieron localizarme. Al llegar a Guadalajara acudí presuroso al carro de Cárdenas para hacerme presente en su arribo. Al verme, me preguntó intrigado:

—¿En qué sitio viajaste?

Le expliqué que el senador Soto Reyes me había quitado el compartimento que se me había asignado, asegurando que era el suyo y que por ese motivo me trasladé al carro de la escolta.

En la estación esperaban el gobernador, don Everardo Topete y el licenciado González Gallo, además de una multitud.

Fuimos conducidos en automóvil al Palacio de Gobierno en donde hubo un mitin. Al terminar, acudimos a un almuerzo que ofreció al Presidente, el licenciado González Gallo, en una finca en San Pedro Tlaquepaque.

Yo me había acomodado al final de la larga mesa, lejos del lugar que ocupaba Cárdenas. Desde donde estaba, me descubrió y con su dedo índice, como él acostumbraba, me indicó que me acercara hasta su lugar.

Cuando estuve frente a él, le dijo al senador Soto Reyes, que estaba sentado cerca de su asiento.

—Cédale usted el lugar a mi amigo, el señor Marroquín, con quien tengo que tratar un asunto.

El senador obedeció enseguida. Sin hacer ningún comentario, el Presidente le dio a entender que yo era su invitado.

En esta ocasión Cárdenas me advirtió:

—Yo no puedo, ni debo estar pendiente del lugar que deben ocupar mis invitados en las giras. A ellos les corresponde ocupar el sitio que se les indica y cuidar de conservarlo, porque en estas giras hay gentes que se cuelan sin ser invitados.

Permanecemos en Guadalajara dos días y regresamos a México en el mismo tren presidencial El Olivo.

En 1938 se levantó en armas el general Saturnino Cedillo. Encontrándome en la ciudad de México para atender asuntos particulares, me enteré de esta noticia por medio de la prensa. Cardenas salió inmediatamente para San Luis Potosí.

Cuando terminé mis compromisos en la capital me dispuse a partir hacia Ciudad Valles, San Luis Potosí. Por casualidad me encontré con una paisana mía de Torreón: Magdalena Mondragón, quien se iniciaba como periodista con mucho éxito, dada su actividad y conocimiento de esta difícil profesión. Después de saludarme me pidió encarecidamente que la presentara ante el Presidente, pues le urgía que le concediera la

oportunidad de entrevistarlo. Por cierto fue la primera entrevista que hizo un periodista de este acontecimiento.

Acepté conducirla hasta San-Luis Potosí, y prometí conseguirle una audiencia.

Abandonamos la ciudad de México con rumbo a Valles, para lo cual nos transportamos en auto porque no había tren en México a San Luis Potosí. Este servicio se había suspendido, debido a que los rebeldes del general Saturnino Cedillo, que pretendía ser presidente de la República, estaban atacando los trenes.

Llegamos a Ciudad Valles en la tarde y al día siguiente abordamos un tren militar que venía de Tampico con destino a San Luis Potosí. Todos los carros estaban ocupados por oficiales a las órdenes del general Román Figueroa; no dejaban subir a nadie, salvo excepciones. Logré hablar con Román Figueroa y le solicité que nos permitiera viajar en dicho tren, ya que la señorita que me acompañaba iba a hacerle una entrevista al Presidente. El general Figueroa se negaba rotundamente. Echando mano de mi último recurso, le mostré una credencial que me había otorgado Cárdenas como agente especial de la Presidencia de la República y que oportunamente llevaba conmigo. Al verla, inmediatamente aceptó que subiéramos al transporte y el tren prosiguió su marcha. El conductor guiaba despacio, con precaución, por si se presentaba la amenaza de alguna voladura. Al pasar por estación Cárdenas, una persona descubrió entre los asientos una caja cilíndrica de madera, y muy alarmada empezó a gritar:

—¡Una bomba!, ¡aquí hay una bomba!

Acudieron presurosos algunos oficiales y el general Figueroa ordenó detener la marcha. Unos soldados comprobaron que efectivamente detrás de un asiento había una caja cerrada y dijeron que era una bomba de dinamita. Alguien que viajaba en ese carro opinó:

—Pues hay que bajarla de inmediato, de lo contrario va a estallar aquí.

El general llamó a los demás oficiales y les dijo:

—Se trata de deshacernos de esta bomba, ¿quién de ustedes colabora en esta peligrosa tarea?

Un joven oficial exclamó:

—¡Yo mi general!, ¡yo la bajo!

Este decidido oficial tomó la bomba con cuidado, mientras nosotros por las ventanillas, casi escondidos, seguíamos cada uno de sus movimientos. Como los estribos del vagón quedaban altos en el campo, colocó la caja en un lugar de manera que pudiera alcanzarla y luego bajó del carro. Al pisar tierra firme volvió a cogerla entre sus brazos, aprisionándola contra su pecho; caminó despacio, adentrándose en el campo. Nosotros esperábamos ver explotar aquella bomba y ver volar a ese intrépido oficial, que valerosamente arriesgaba su vida.

Cuando estuvo retirado unos 50 metros del tren la depositó en el suelo debajo de un mezquite y echó a correr velozmente para subirse al tren que inmediatamente arrancó, ante la expectación de todos. Suponíamos que de un momento a otro ocurriría la explosión, cosa que no sucedió y pensamos que seguramente el artefacto era de tiempo y detonaría más tarde.

Al llegar a la estación San Bartolo, un señor muy apesadumbrado comenzó a hablar en voz alta:

—Me robaron una caja que contenía un cabezal para una bomba; la han bajado.

Ese hombre tenía una noria en una pequeña propiedad en Río Verde. Resultó que aquella caja, que había quedado en un terreno baldío, era propiedad de ese pobre infeliz, que, al conocer el destino de la refacción que necesitaba de manera apremiante, se tuvo que bajar en esa estación para regresarse, no sé cómo, hasta el lugar en que se encontraba la caja cilíndrica de madera.

Llegamos a San Luis Potosí y fuimos directamente al Palacio de Gobierno. Afortunadamente me permitieron entrar a saludar al Presidente. Durante unos

instantes estuvimos conversando y al preguntarme qué asunto me traía por esa ciudad, le dije:

—Señor Presidente una paisana mía de Torreón es reportera del periódico *La Prensa* del Distrito Federal y desea una entrevista con usted.

—Está bien, hazla pasar.

En ese salón se llevó a cabo la conversación entre la periodista Magdalena Mondragón y el Presidente de la República sobre la rebelión del general Saturnino Cedillo. Al concluir, Magdalena Mondragón regresó a la ciudad de México, ayudada por el jefe del Poder Ejecutivo, quien ordenó que un avión militar la trasladara, con objeto de que dicha entrevista se publicara lo más pronto posible.

Yo continué en San Luis Potosí y pude darme cuenta que muchos jefes militares se iban a poner a las órdenes del señor Presidente, ofreciéndose voluntariamente para batir al general Saturnino Cedillo.

Cierto día, me habló Cárdenas y me dijo:

—Te voy a dar una comisión muy delicada, llévala adelante con toda discreción:

—Puede usted confiar en mí —le contesté.

—Vive aquí una muchacha de Morelia, muy guapa, que se llama María Luisa García Sevilla. Es la amante del coronel Vonmerk, el estratega del general Saturnino Cedillo.

El Presidente sospechaba que esta mujer tenía en su domicilio una estación de radio clandestina, mediante la cual se comunicaba con Vonmerk y le pasaba información, perjudicando los planes del gobierno.

—Quiero que hagas amistad con esa muchacha, a ver si puedes investigar dónde se encuentra esa estación de radio, porque están dando noticias aquí de los movimientos de las tropas; unas, basadas en la prensa, y otras, en no sé qué.

—Está bien, señor Presidente.

—Aquí tienes un carro nuevecito y el dinero que necesites; si es necesario, enamórala; —luego me entregó una tarjetita, y agregó: esta es su dirección.

Dos días seguidos me dediqué a pasar por la casa de

la muchacha, sin ver salir a nadie. Daba vueltas y más vueltas, esperando que en cualquier momento apareciera. Al tercer día salió una muchacha muy atractiva. Me acerqué y le ofrecí llevarla al sitio que se dirigía. Ella ni caso me hizo, mostrándose muy seria. Al siguiente día volví a insistir y logré platicar un poco. La invité a tomar un café y para ganarme su confianza empecé a hablarle de mí. Le conté que era de la región Lagunera y que había sido afectado por el reparto agrario.

Desde ese día en que conseguí establecer conversación con ella, seguí visitándola a diario. De esta forma me enteré que esa pobre mujer no sabía nada de Vonmerk y que en su casa no había ninguna estación de radio.

El coronel Vonmerk la había abandonado cuando se fue con el general Saturnino Cedillo y ahora ella estaba siendo vigilada por todas las policías: federal, judicial y del Estado.

En cierta ocasión me confesó que conocía al Presidente y a toda su familia, pues era de Morelia, Michoacán. Me dijo que quería hablar con él para decirle que no sabía que Vonmerk fuera a aliarse con el general Cedillo.

Después de recabar esa información me reuní con Cárdenas y le expuse lo siguiente:

—Señor Presidente, ya investigué a la persona que me indicó y no existe tal estación transmisora de radio, ni tiene relación alguna con el coronel Vonmerk; al contrario, está desesperada porque la vigilan constantemente. Además, desea tener una conversación con usted.

—Está bien, tráela a Palacio de Gobierno.

La llevé y se aclaró todo. La desdichada mujer había sido víctima del fanfarrón Vonmerk. El Presidente le entregó dinero para que partiera a la ciudad de México.

En la capital potosina el mandatario del país estaba hospedado en la Quinta Chirinos, situada en el gran bulevar que conduce a la fundición Los Morales. A es-

te lugar acudían muchos militares y políticos. Detrás de esta propiedad había una extensa superficie de terreno que el gobierno destinó para campo de aterrizaje y concentración de aviones de guerra. Allí aterrizaban constantemente aviones oficiales, así como también de los gobernadores de los estados de la República Mexicana.

Un buen día apareció un avión de color blanco que se aproximaba al campo a buena altura. Los pilotos y oficiales militares que se encontraban allí, tomaron los catalejos para identificar la matrícula y localizar su procedencia. Sin embargo, la aeronave no traía matrícula y uno de los jefes de Gobernación dijo que probablemente sería propiedad de algún gobernador, pues a éstos no se les exigía que sus aparatos llevaran matrícula. Otro funcionario comentó:

—Es el avión del general Berber, gobernador de Guerrero.

El aparato dio la vuelta, reconociendo el campo, y luego empezó a descender como si fuera a aterrizar. Sin embargo, pasó volando a una altura aproximada de 500 pies, desde donde dejó caer cuatro granadas. Como ese avión no contaba con equipo para colocar esta clase de artefactos, las granadas fueron aventadas desde las ventanillas, motivo por el cual erraron el blanco, y cayeron a medio campo sin hacer daño alguno.

Casi al mismo tiempo también soltaron un sinnúmero de papeles. La mayoría de los políticos y militares ahí presentes corrieron a la casa grande de esa finca para protegerse de posibles bombardeos. Únicamente quedaron el general Manuel Avila Camacho y otros cuatro oficiales. Poco después recogimos las hojas de papel y las leímos. Por medio de esos escritos conminaban a militares y a todo el pueblo de San Luis Potosí a que se adhirieran al general Saturnino Cedillo; lo más increíble era que estaban firmados nada menos que por el gobernador del estado, coronel Hernández Netro.

En esos momentos, Cárdenas asistía a los festejos

de una escuela, acompañado precisamente por el gobernador de San Luis Potosí. Algunos militares y funcionarios se dirigieron a la escuela en que se encontraba el Presidente con el citado gobernador y le hicieron llegar uno de los volantes para que lo leyera; yo presencié este acto. Terminado de leer, hizo un gesto con la mano para que se retiraran los militares y demás personas que fueron a ponerlo sobre aviso. Permaneció sentado, incólume, esperando a que concluyera el festival. Al finalizar, se levantó de su asiento y caminó al lado del gobernador hasta llegar al automóvil que los esperaba. Antes de abandonar el lugar ordenó que nadie los siguiera. Más tarde entregó al gobernador Hernández Netro la cantidad de cien mil pesos para la terminación de una escuela que estaba en construcción.

En la noche de ese mismo día varios militares fueron por su cuenta a detener al coronel Hernández Netro; entre ellos iban los generales Martínez y Eulogio Ortiz, pero se toparon con la desagradable sorpresa de que el gobernador había huido para incorporarse con el general Saturnino Cedillo.

A raíz de la desertión del coronel Hernández Netro, el presidente Cárdenas nombró gobernador interino de San Luis Potosí al general Pérez Gallardo. Al concluir este periodo hubo elecciones que ganó el general Genovevo Rivas Guillén, quien al terminar su mandato decidió radicar en Valles. Allí tuve el gusto de atenderlo en virtud de que había comprado una propiedad en las márgenes del río Coy, donde murió trágicamente, al conducir un tractor. Este general revolucionario participó en los combates que se produjeron cuando el territorio nacional fue invadido por tropas estadounidenses que ocuparon El Chamizal. A este gran hombre nunca le han hecho los gobiernos los honores que le corresponden por su lealtad a la patria.

Los suspicaces consideraron que el general Cedillo, para obligar al coronel Hernández Netro a que se le uniera, había falsificado su firma y lo había hecho

aparecer como el autor de los escritos que habían sido impresos. No obstante, dos días después del acontecimiento, durante el trayecto de México a Monterrey, el tren fue atacado. El asalto lo dirigía el coronel Hernández Netro que comandaba un pequeño grupo de guerrilleros. Afortunadamente, el ferrocarril estaba custodiado por numerosos elementos militares, debido a que en carro especial viajaba la señora esposa del presidente Cárdenas, acompañada de otras esposas de funcionarios, y se dirigían al norte del país. La gacilla asaltante fue rechazada y el tren regresó a la ciudad de México con todos sus pasajeros a salvo.

## **El chino y la muerte del general Cedillo**

Al ser derrotado el general Cedillo, el Presidente dispuso que partiéramos en automóvil rumbo a Tampico. Por la carretera de Ciudad del Maíz llegamos a Nuevo Morelos, donde visitamos las caídas de agua del Salto del río del Naranja, nadamos unas horas y después continuamos hacia Tampico. En este puerto el Presidente tenía muchos amigos porque había sido jefe de la Zona Militar en Pueblo Viejo. Todos acudieron a saludarlo, entre ellos Manuel Guzmán Willis y el *Yaqui* Suárez. Este tenía un casino de juego en Miramar, lugar en que ofreció una fiesta de bienvenida al Presidente, pues lo estimaba mucho. Se habían conocido en Sonora. Al día siguiente, el jefe del poder Ejecutivo le clausuró la casa de juego al *Yaqui* Suárez.

De Tampico seguimos a Tuxpan, Veracruz donde

sucedió algo inesperado. La comitiva que acompañaba al Presidente caminaba por la Plaza de Armas; al dar la vuelta por una esquina, de un cafetín salió corriendo un chino y se apersonó ante el general Cárdenas, exclamando furioso:

—¡Oye Lázaro, tú eres un sinvergüenza! ¡Tú me robaste!

De inmediato, los ayudantes quisieron intervenir, pero Cárdenas los detuvo.

El chino no cesaba de gritar:

—¡Me robaste! ¡No me pagaste! ¡Estoy en la miseria! Bueno, el general Cárdenas se desternillaba de risa.

Todos estábamos desconcertados ya que se acercó al chino dándole un abrazo afectuoso y después le dijo a Manuel Guzmán Willis:

—Ahora que termine la gira te llevas personalmente a Chon a Los Pinos.

La historia es ésta: el chino a quien le decían Chon había tenido una tienda de abarrotes en Morelia. En ese tiempo llegó a ese estado como jefe de la Zona Militar el general Cárdenas; cuando éste andaba en apuros, el chino le prestaba dinero. Pasó el tiempo y se lanzó para gobernador de su estado y el chino, feliz, le facilitó dinero para la campaña. Resultó ser gobernador y el general Cárdenas le pagó. Más adelante cambió la situación favorablemente y al ser candidato a la Presidencia de la República, el chino entusiasmado le comunicó:

—Aquí hay dinero para la campaña.

Bien, asumió el general Cárdenas el poder y el chino esperó tres meses en vano. Así que decidió ir a la ciudad de México a cobrarle, pero sus esfuerzos fueron infructuosos pues no lo dejaban entrar, ni siquiera lo anunciaban. Cansado de insistir se regresó a Morelia y poco después, para su mala fortuna, se le quemó su tienda. Apenas tenía cinco meses de vivir en Tuxpan, donde se había asociado con otro chino poniendo un cafetín.

Salimos de Tuxpan a Veracruz, luego a Jalapa y finalmente a la capital. Al día siguiente de haber llega-

do, cuando estaba en Los Pinos, vi salir a Chon con Manuel Guzmán Willis y lo abordé curioso:

—¿Qué tal Chon, te pagaron?

—Ya pagalon, ya pagalon,

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Ya no quielo tlatal con políticos, me voy a mi tiela a pasal mis últimos años.

El presidente Cárdenas había nombrado jefe de operaciones militares en el estado de San Luis Potosí al general Miguel Henríquez Guzmán. Por medio de éste invitaba al general Cedillo a que depusiera las armas y ofrecía respetarle la vida, pues ya andaba sin gente, a salto de mata. Pero el general Cedillo no aceptó rendirse y prefirió la muerte.

## **El general Félix Bañuelos**

Yo había vendido en Valles un rancho al general Félix Bañuelos, gobernador de Zacatecas; nos hicimos grandes amigos. Un día me invitó a Zacatecas, y con gusto accedí a acompañarlo, comentándole que de ese estado fueron mis abuelos, que habían sido mineros.

Salimos de Ciudad Valles rumbo a Zacatecas en automóvil, y en un sitio donde está una presa que se llama Guadalupe, encontramos a un capitán llamado Carlos Castrejón que pertenecía al 14 Regimiento de Caballería. Le informó al general Félix Bañuelos que acababa de concluir el enfrentamiento entre sus hombres contra el grupo de guerrilleros del general Cedillo, que había muerto en el combate y que los po-



El general Félix Bañuelos y Enrique Marroquín.

cos hombres que acompañaban a Cedillo se habían dispersado.

El capitán Castrejón nos mostró la pistola que portaba el general derrotado. El sitio en que ocurrió este hecho fue en un lugar denominado La Biznaga.

El rancho que le vendí al general Félix Bañuelos se llamaba El Nacimiento. En esa propiedad nace el río Coy y había una vegetación exuberante. Encantado, el general venía a pasar largas temporadas. Terminado su periodo gubernamental se fue a radicar a la ciudad de México. Un día lo visité en la capital del país y me confió lo siguiente:

—Tengo un problema y no sé cómo resolverlo.

—Si en algo puedo ayudar. . .

—Me acompañó en Zacatecas una muchacha muy guapa y me fue fiel todo ese tiempo, estoy muy contento con ella, nunca me ha dado motivo de disgusto. Ahora yo tengo que radicar aquí en la ciudad de México y no sé qué hacer; me da pena terminar con ella sin motivo. Además le tengo afecto.

—Yo le doy un consejo, que le va a dar buen resultado.

—A ver, dime.

—Traiga a esa muchacha a vivir aquí a México, rente un departamento amueblado muy bonito para ella, cómprele un carro y que vaya seguido al salón de belleza a que la maquillen y le arreglen el cabello. Yo le garantizo que en un mes ella lo va a dejar, sin que usted tenga la preocupación y el remordimiento de haberla abandonado.

—¿Cómo?

—Sí, ella lo va a dejar a usted.

Pasó el tiempo, y un día me lo encontré; sin contener la risa me dijo:

—Hombre, qué remedio me diste, ya me dejó María. Tal como tú lo pronosticaste se marchó no sé con quién.

## La expropiación petrolera

Los primeros días del mes de marzo de 1938, el presidente Lázaro Cárdenas suspendió todos sus viajes de trabajo al interior de la República y permaneció en la residencia oficial de Los Pinos. Lo acompañaban algunos miembros de su gabinete, además del embajador de México en Washington, doctor Francisco Castillo Nájera y su taquígrafo, Miguel Chávez; éste, por indicación del Presidente, dormía en las oficinas de Los Pinos, debido a que trabajaba hasta la madrugada.

Nadie se explicaba cuál era la causa de esta situación irregular. Los comentaristas políticos auguraban que el Ejecutivo de la Nación emitiría algún informe presidencial. Cada quien hacía sus propias conjeturas; sin embargo, ninguno logró descifrar la índole del asunto que se estaba resolviendo, y que sería un relevante acontecimiento para todos los mexicanos.

El 18 de marzo de 1938 se publicó en el *Diario Oficial* de la Federación, el decreto de la expropiación petrolera.

A las 22 horas del mismo día, el presidente Cárdenas dirigió desde Palacio Nacional un mensaje a la nación mexicana sobre el trascendental paso del gobierno, al expropiar las instalaciones industriales de las empresas petroleras que hasta entonces operaban en nuestro país.

Fue una noticia impactante que se transmitió a todo el mundo. El pueblo mexicano, unido como nunca,

acudió a Palacio Nacional a ofrecer, de acuerdo a sus condiciones su cooperación económica tanto en efectivo, como en anillos, medallitas y pequeñas prendas personales de oro. En provincia se establecieron comités que recibían la pequeña y mediana aportación que ayudaría a solventar el pago de la deuda a las compañías expropiadas. No cabe duda: entonces sí había confianza en el gobierno.

Soy propietario de una pequeña propiedad agrícola ubicada en el municipio de Altamira, Tamaulipas, que colinda con otra pequeña propiedad de 80 hectáreas que adquirió la Sección 1 del sindicato petrolero, en la cual ha hecho inversiones para desarrollar un tipo de agroindustria que sirve de modelo a campesinos y agricultores, ayudándolos en el desempeño de sus labores.

Como vecino que soy de esta agroindustria, he podido observar con interés que sigue la doctrina cardenista de apoyar al campesino y a las clases populares en sus grandes carencias, extendiendo sus beneficios. También es evidente la colaboración a la producción de granos básicos.

## **La vertiginosa carrera del general Lázaro Cárdenas**

Independientemente de los cargos políticos y comisiones militares que desempeñó en varias partes de la República, el 20 de junio de 1928 Lázaro Cardenas

inició una vertiginosa carrera militar y política. En esta fecha fue nombrado jefe de operaciones del estado de Michoacán. La cronología de su carrera es la siguiente:

- 1929 Es elegido gobernador del estado de Michoacán. En este mismo año es comisionado para dirigir la campaña militar contra los cristeros, en los estados de Jalisco y Michoacán.
- 1930 Nuevamente se hace cargo del gobierno de Michoacán.
- 1931 Es designado secretario de Gobernación.
- 1931 Le asignan el cargo de presidente del Partido Nacional Revolucionario (PNR).
- 1931 Nuevamente es gobernador del estado de Michoacán.
- 1932 Concluye el periodo de gobierno en Michoacán.
- 1932 Es nombrado jefe de operaciones militares en el estado de Puebla.
- 1933 Es nombrado secretario de Guerra y Marina.
- 1933 Es nombrado por el PNR, candidato a la Presidencia de la República.
- 1934 El 30 de noviembre asume la Presidencia de la República; para la integración de su gabinete, intervino el general Plutarco Elías Calles, jefe máximo de la Revolución:

Secretario de Gobernación: ingeniero Juan de Dios Bojórquez (callista).

Secretario de Relaciones: licenciado Emilio Portes Gil (callista).

Secretario de Educación: licenciado Ignacio García Téllez (cardenista).

Secretario de Hacienda: licenciado Narciso Bassols (callista).

Secretario de Economía: general Francisco J. Múgica (cardenista).

Secretario de Guerra: general Pablo Quiroga (callista).

Secretario de Agricultura: licenciado Tomás Garrido Canabal (callista).



En esta gráfica apreciamos a parte del gabinete del Presidente Cárdenas. Sentados (de izquierda a derecha): Gral. Castrejón, Gral. Federico Montes, Gral. Jesús Agustín Castro, Dr. Francisco Castillo Nájera, Gral. Lázaro Cárdenas, Gral. Matías Ramos, Gral. Heriberto Jara, Gral. Blas Corral, Gral. Villarreal, Gral. Eduardo Haig y Lic. Villalobos. Arriba, entre otros: Cnel. Bolívar Sierra, Lic. Ramón Beteta, Lic. Ramírez, Gral. Gutiérrez Hernández, Cnel. Guzmán Cárdenas, Cnel. Ignacio Beteta, Ing. Foglio Miramontes, Lic. Silvano Barba González, Gral. Berber, Lic. Gabino Vázquez, Lic. Nicéforo Guerrero, Gral. Félix Bañuelos. Gral. Zuno Hernández, Lic. Noriega y Lic. De Anda.

- Secretario de Comunicaciones: Rodolfo Elías Calles (callista).
- Secretario de Salubridad: doctor Abraham Ayala González (callista).
- Departamento Central: licenciado Aarón Sáenz (callista).
- Departamento Agrario: licenciado Gabino Vázquez (cardenista).
- Departamento del Trabajo: licenciado Silvano Barba González (cardenista).
- Departamento Forestal: ingeniero Miguel Angel de Quevedo (técnico).
- Procuraduría General: licenciado Silvestre Guerrero (cardenista).
- Procuraduría del Distrito y Territorios Federales: licenciado Raúl Castellano (cardenista).
- En la Secretaría Particular: licenciado Luis I. Rodríguez (cardenista).
- Y en la Ayudantía: coronel José Manuel Núñez (cardenista).

Se suprimió el Estado Mayor Presidencial. »

1935 Se rompen las relaciones políticas entre el presidente Lázaro Cárdenas y el general Plutarco Elías Calles. Como consecuencia de esto, Cárdenas reestructuró su gabinete y eliminó a todos los partidarios de Calles, sólo quedaron los elementos cardenistas. Así, el nuevo gabinete fue integrado de la siguiente manera:

- Secretario de Gobernación: licenciado Silvano Barba González.
- Secretario de Relaciones: licenciado Fernando Roa.
- Secretario de Hacienda: licenciado Eduardo Suárez.
- Secretario de Educación: licenciado Gonzalo Vázquez Vela.
- Secretario de Guerra y Marina: general Andrés Figueroa.

- Secretario de Economía: general Rafael Sánchez Tapia.
- Secretario de Agricultura: general Saturnino Cedillo.
- Secretario de Comunicaciones: general Francisco J. Múgica.
- Secretario del Trabajo: licenciado Genaro Vázquez.
- Departamento Agrario: licenciado Gabino Vázquez.
- Departamento del Distrito Federal: licenciado Cosme Hinojosa.
- Departamento Forestal: ingeniero Miguel Angel de Quevedo.
- Departamento de Salubridad: doctor José Siurob.
- Procuraduría General: licenciado Silvestre Guerrero.
- Procuraduría del Distrito y Territorios: licenciado Raúl Castellano.
- Secretario Particular: Luis I. Rodríguez.
- Jefe del Estado Mayor Presidencial: coronel José Manuel Núñez.

En ese año, el general Cárdenas sustituyó de su cargo de secretario de Agricultura, al general Saturnino Cedillo. Nombró en su lugar al doctor Parres y con carácter de subsecretario al ingeniero Fernando Foglio Miramontes.

Por las invitaciones que me hacía el presidente Cárdenas a sus giras de trabajo, pude conocer a todas estas personas y hacer amistad con algunas de ellos.



Fotografía que el general Lázaro Cárdenas le dedicó a Enrique Marroquín cuando fue Presidente de la República.

## **La honestidad de los colaboradores del presidente Cárdenas**

Los elementos que integraron el gabinete del presidente Cárdenas, que he descrito, fueron hombres íntegros y cumplidos en las tareas que se les asignaron; desempeñaron sus cargos con eficiencia, lealtad y honradez; ninguno de ellos fue corrupto, ya que tenían como ejemplo a su jefe. Indiscutiblemente, el general Lázaro Cárdenas tenía tendencias ideológicas de izquierda, firmes y honestas; pero de una izquierda definida, un ejemplo para posteriores regímenes, que desgraciadamente en sus gobiernos trataron de superar la altura de la personalidad de este gran estadista, usando la demagogia para enriquecerse, acompañados de sus colaboradores, haciéndolos sus cómplices.

En el gobierno del general Lázaro Cárdenas no hubo Cantús Peñas, Ríos Camarena, Everardos Espino, Guillerimos López Portillo, Salcedos Monteones, Barras García, Ramírez Limón, Méndez Docurro, Díaz Serrano, *Trampas* y muchos más, interminables de mencionar.

Hago la aclaración que me consta. Durante el periodo del presidente Cárdenas hubo dos generales que fueron jefes de la policía: Federico Montes y Francisco Martínez Montoya. Este último vivía en una casa sencilla que había comprado en abonos. Ellos no aprovecharon sus puestos para enriquecerse, tampoco hicieron lujosas residencias ni depositaron millones de dólares en el extranjero. En cambio, un jefe de policía

de régimen posterior, fue un escándalo mundial al terminar su mandato porque se conocieron los bienes que tan mal habidos poseía dentro y fuera de la República, con la vergonzosa complacencia de sus jefes inmediatos que bien podía interpretarse como complicidad. En fin, hay un dicho muy verídico que dice: aves de la misma pluma, vuelan juntas.

Afortunadamente tuve la oportunidad de conocer y tratar al general de división Lázaro Cárdenas del Río siendo Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos. También tuve la suerte que me dispensara atenciones y consideraciones, invitándome a casi todas sus giras de trabajo por la República Mexicana. De esta manera, pude observar sus cualidades, admirar su férreo temperamento y su voluntad inquebrantable.

Gobernó siempre con honradez y espíritu de justicia que prodigó a los de abajo, caracterizándose por ser enemigo del derramamiento de sangre.

A pesar de los muchos cargos que ocupó a lo largo de su trayectoria militar y política, nunca hizo ostentación de abundancia de bienes, pues nunca se benefició con riquezas ilegítimas.

Conservó celosamente la estabilidad de nuestra moneda y no recurrió a ningún perro para defenderla.

Al terminar sus funciones, el general Lázaro Cárdenas obsequió con fines benéficos dos propiedades que poseía: la quinta Eréndira en Pátzcuaro, Michoacán y la Palmira en Cuernavaca, Morelos. Su finca de Galeana en Michoacán la repartió en ejidos, conservando únicamente una pequeña superficie. Concluyendo su periodo no construyó partenones ni colinas de gatos, de conejos o de perros.

En aquellos tiempos el país observó fuertes modificaciones ideológicas, por tal motivo se llevó a cabo una reestructuración que todo el pueblo aceptó social y políticamente; en cambio ahora, en este maremágnum no sabemos a dónde vamos.

**Capítulo 4.**  
**La difícil facilidad de hacer**  
**amigos durante 50 años**

## **Cómo conocí a don Braulio Fernández Aguirre**

Conocí a don Braulio Fernández Aguirre, cuando trabajaba en Torreón, en las oficinas de la dirección de Tránsito, siendo apenas un jovencito. Sus enormes deseos de superación, lo empujaron a inscribirse en un instituto comercial, para aprender contabilidad. Allí recibió la instrucción necesaria y al egresar de esa institución, obtuvo un puesto como contador, en el Banco Nacional de México (sucursal Torreón).

Hombre de carácter inquieto y de fuerte temperamento, se interesó muy pronto por la política; estudiando, observando y analizando los problemas de su pueblo. Ascendió rápidamente hasta llegar a la presidencia municipal de Torreón —así comenzó su carrera política—; desgraciadamente al poco tiempo fue víctima del canibalismo político que data desde hace mucho tiempo en México, por lo que se vio precisado a renunciar antes de que finalizara su periodo como alcalde.

Otra de sus grandes pasiones fue el campo y todo lo relacionado con él. Por esta razón, adquirió una pequeña propiedad completamente abandonada, como decíamos en aquel entonces "un peladero"; pero la capacidad, energía y el espíritu de lucha de este señor, transformaron dicho "peladero", en una finca inmensamente productiva; orgullo de la Región Lagunera y del que la formó. Esto debe servir de ejemplo a las presentes y futuras generaciones.



Braulio Fernández Aguirre, quien fue gobernador de Coahuila y Enrique Marroquín.

Don Braulio Fernández Aguirre, aún sigue desempeñando las labores del campo con la misma dedicación de antes; ha servido grandemente a nuestro México como político de altura: recto, honesto e íntegro. Fue por segunda vez presidente municipal de Torreón; diputado federal, gobernador del estado de Coahuila; senador por el mismo estado y director general de los programas del gobierno, en las zonas áridas del país.

Viviendo yo en Valles, S.L.P., como ya describí anteriormente, me ocupé principalmente en promover el cultivo de cítricos y siembras de algodón. Por la amistad tan grande que me unía a don Braulio y sabiendo anticipadamente de su interés por el campo, lo invité a Valles para que se hiciera de una propiedad, cosa que sucedió enseguida.

La trabajó con entusiasmo y ahínco sembrando algodón, y con ello logró fabulosos resultados.

En esa época era diputado federal y conociendo el deseo del gobierno federal, de construir un ingenio azucarero; no vaciló en regalar su terreno para que ahí se edificara el actual ingenio azucarero "Plan de Ayala".

Al concluir su construcción, se programó su inauguración. Don Braulio no pudo asistir a ésta, pues por mera coincidencia, ese mismo día y casi a la misma hora, tomó posesión como gobernador del estado de Coahuila. Me confirió el inmerecido honor de acudir como su representante a tan importante acto, que fue presidido por el presidente de la República, don Adolfo López Mateos.



Durante la inauguración de la Presa de la Amistad observamos (de izquierda a derecha) a la señora Lucía Aguirre de Fernández Aguirre, Braulio Fernández Aguirre, general Antonio Romero, señora Guadalupe Borja de Díaz Ordaz, licenciado Gustavo Díaz Ordáz, Presidente de México; Lyndon B. Johnson, Presidente de Estados Unidos, y señora de Johnson.

## **Las fiestas del general Maximino Ávila Camacho**

Siendo Presidente de la República el general Manuel Ávila Camacho, su hermano, el general Maximino, desempeñaba el cargo de secretario de Comunicaciones. Este era amigo y admirador de mi compadre Mario Moreno "Cantinflas", por este motivo, lo invitaba muy seguido a fiestas relacionadas con la charrería y corridas de toros.

Para celebrar un aniversario más de vida, el general Maximino anunció con mucho bombo un gran festival que se efectuaría en la ciudad de Puebla. Con el consentimiento del gobernador del estado, don Gonzalo Bautista, dispuso que durante dos días permanecerían cerrados los establecimientos comerciales, y ordenó que en los hoteles separaran todas las habitaciones para dar albergue a sus invitados. Invitó a un inmenso grupo heterogéneo: políticos, artistas de cine y teatro. Además, hizo que acudieran de varios estados de la República, conjuntos típicos como jaranas yucatecas, cuerudos tamaulípecos, chinas poblanas, matachines, tríos, marimbas y mariachis.

La cita era un día antes de su cumpleaños (a las 21 horas y de rigurosa invitación) en una finca, propiedad del secretario de Comunicaciones, ubicada en las orillas de la ciudad. Mi fino compadre Mario Moreno "Cantinflas", gentilmente me invitó a esa aparatosa fiesta.

Llegamos a Puebla el día señalado, como a las seis

de la tarde y fuimos directamente al Hotel Colonial. En el vestíbulo se encontraba un oficial del ejército, quien nos indicó el número de aposento que ocuparíamos. También nos informó que a las nueve de la noche un vehículo iría por nosotros, para llevarnos al sitio donde se efectuaría la recepción.

La habitación se hallaba arreglada con esmero. En una esquina, adornaban una mesa, un bonito florero y dos botellas de vino, una de coñac Napoleón y otra de whisky etiqueta negra.

Nos bañamos y luego nos vestimos con traje de etiqueta. Y exactamente a la hora indicada llegaron por nosotros, conduciéndonos hasta la mencionada finca, a la cual llegaban innumerables personajes: el cuerpo diplomático acreditado en México; algunos gobernadores, reconocidos artistas como Medel, Arturo de Córdova, Jorge Negrete, Joaquín Pardavé, Agustín Lara y muchos más que no recuerdo. Sin faltar los famosos toreros Armillita, Lorenzo Garza, Chucho Solórzano, Luis Castro "El Soldado"; el español Joaquín Rodríguez Cagancho y el rejoneador portugués Simão da Veiga.

La atención de la mayoría de los asistentes se concentraba en Mario Moreno "Cantinflas" y, por supuesto, también en las bellas actrices de cine y teatro.

La fiesta principió con una pieza musical que ejecutó maravillosamente una gran orquesta. Un sinnúmero de meseros iban y venían con sendas copas de whisky y coñac. La cena fue un exquisito bufet con vinos blancos alemanes del Rin.

A mí compadre Mario, se le acercó el embajador de la Unión Soviética en México, el señor Constantín Umansky, acompañado de su esposa, y en un perfecto español, expresó que el gobierno de la URSS lo admiraba muchísimo por dos motivos. Primero, porque era el representante genuino del pueblo mexicano y segundo, porque estaba casado con una compatriota: Valentina Subareff.

Al concluir las doce de la noche, se abrió la puerta al fondo del salón y apareció el general Maximino, justo en el momento en que empezaba su cumpleaños.

Se le colmó de aplausos, mientras cruzaba la estan-

cia del brazo de su esposa, doña Margarita Richardi de Avila Camacho. Su hija los seguía a prudente distancia, acompañada de cuatro medias hermanas. Todas ellas muy hermosas y elegantemente ataviadas con vestidos de noche color blanco y llevaban el cabello color caoba, escrupulosamente peinado.

Para esa ocasión don Maximino había diseñado un smoking bastante original que constaba de saco azul, camisa morada, corbata blanca y pantalón blanco con una franja roja a los costados. Este atuendo tenía un colorido parecido al plumaje del papagayo.

Al general le daba por diseñar trajes, de tal manera, que a la entrada del cine Alameda, en la ciudad de México, había una sastrería en donde exhibían extravagantes prendas masculinas en un aparador con el siguiente letrero: Diseños del general Maximino Avila Camacho.

Volviendo a la fiesta, enseguida hubo brindis con champaña. Y después el festejado aguardó de pie a cada uno de los invitados para recibir personalmente sus felicitaciones. Finalizado este acto, nos hicieron pasar a otra sala contigua a ver la exposición de los cuantiosísimos regalos que le habían hecho sus amigos y colaboradores. Como a las dos de la madrugada nos despidieron, con la advertencia de que a las nueve de la mañana nos esperaba un buen almuerzo con menudo.

Precisamente a esa hora fueron por nosotros al hotel y nos trasladaron a la finca. En uno de sus hermosos jardines ya estaban sirviendo el menudo. Al terminar de almorzar dimos un paseo por toda la propiedad, deteniéndonos frente a las caballerizas, para admirar más de cincuenta caballos finísimos cuarto de milla; adiestrados para charrerías, juegos de polo y, sobre todo, para rejonear. Yo que he sido toda mi vida rancheero, quedé extasiado ante esos ejemplares equinos, pues nunca imaginé que tantos pertenecieran a un solo hombre.

De allí fuimos a los balcones del Palacio de Gobierno, para presenciar el desfile de los carros alegóricos, que solamente se ven en los carnavales. A la punta iba el general Maximino, escoltado por un grupo de cha-

rros. Montaba un caballo de color tordillo rodado. Excéntrico como era, lucía un traje de charro con botonadura de oro y plata; un sombrero con adornos tejidos de finas sedas y una herradura a los lados bordada con hilo de oro.

Detrás de los charros vimos pasar, en un vistoso carro que simulaba un palco a la guapísima alemana Hilda Krueger, a Sofía Álvarez, la famosa cantante de opereta, y a la tonadillera española Conchita Martínez. Los demás carros llevaban a bordo, conjuntos de bailes folklóricos: jaranas yucatecas, tehuanas, matachines, etcétera.

Al mediodía regresamos nuevamente a la finca del anfitrión, quien nos esperaba enfundado en un bonito traje corto, estilo sevillano, para agasajarnos con un banquete a base de carnitas, chicharrones y cerveza bien helada.

Terminando de comer, inmediatamente nos dirigimos a la recién inaugurada plaza de toros. Esta, desde muy temprano, se encontraba abarrotada debido a que la entrada fue libre. De antemano, habían separado varias barreras para los invitados de honor y numerosos soldados las custodiaban para hacerlas respetar.

Yo fui acompañando a mi compadre Mario, instalándome en el callejón del ruedo, cerca de un burladero, ya que los toros que se lidiarían eran de cuidado. Con anterioridad don Maximino pidió de "cuelga" a los ganaderos de reses bravas, ocho toros escogidos.

Durante la comida habían repartido un programa a cada uno de los comensales. Era de seda color rojo y tenía impresos los nombres de quienes participarían, en la siguiente forma: abarcaba la mitad del programa la imagen del secretario de Comunicaciones. Abajo, una inscripción en letras grandes donde se leía:

El general de división Maximino Avila Camacho rejonará dos toros, y alternarán con él (en letras chiquitas) los toreros: Armillita, Lorenzo Garza, Luis Castro "El Soldado"; Jesús Solórzano y Joaquín Rodríguez Cagancho. Al final decía: lidiará un becerro Mario Moreno "Cantinflas".

El secretario de Comunicaciones salió al ruedo en

un hermoso corcel, con un traje de rejoneador portugués, exageradamente adornado: seguido por los toreros y mi compadre Mario. A éste, al verlo, el público le prodigó una estruendosa ovación. Y aún después de haber abandonado el ruedo, la concurrencia continuaba aplaudiendo al queridísimo actor cómico. Don Maximino desmontó del caballo y tomando del brazo a Mario Moreno "Cantinflas" volvió al ruedo a dar las gracias como si los aplausos fueran para él. ¡Qué desfachatez!

El primer toro le tocó a Armillita y, como siempre, su participación fue estupenda, cortándole las dos orejas. Luego siguieron los demás, realizando sensacionales faenas. Cada uno logró cortar una oreja.

Enseguida correspondió el turno al general Maximino, presentándose en un precioso caballo a rejonear, pero a pesar de perseguir sin tregua al furioso rumiante, sólo consiguió ponerle el rejón en el lomo. Esto encolerizó al rejoneador, quien regresó maltratando soezmente al caballerango, por el caballo que le ensilló.

Le dieron un nuevo caballo, volviendo a rejonear otro toro. Sin embargo, de nueva cuenta falló repetidas veces. El último en actuar fue Mario Moreno "Cantinflas", toreando un becerro que le resultó muy bueno, prestándose a las faenas chuscas y embistiendo el animal con calidad y estilo. La plaza parecía venirse abajo, de tanto que le aplaudieron. En resumen, fue una corrida extraordinaria con magníficos toreros y toros de muy buena clase, desfavoreciendo únicamente la actuación del rejoneador.

Por la noche se nos invitó a una huerta situada en los límites de la ciudad. Allí alternaron los conjuntos de canto y baile de algunos estados de la República. Fue un espectáculo maravilloso alrededor del tablado. Los grupos artísticos presentaron sus números, por cierto muy lucidos.

Don Maximino, procurando llamar la atención como era su costumbre, andaba vestido de vaquero, en forma estrafalaria. Este fue el último de los cinco extravagantes trajes que exhibió en un solo día. Una vez que concluyó la actuación de los conjuntos artísticos,

el secretario de Comunicaciones y el gobernador del estado, don Gonzalo Bautista, bailaron huapangos, y después todos los asistentes lo hicimos de igual manera con las estrellas de teatro y las tiples que asistieran al lugar.

Se consumió vino de todas clases y lo que más abundaba era el pulque curado. Así que esa fiesta de despedida para el general Maximino, terminó en borrachera general.

El programa de toros (de seda) que me obsequiaron, a mi retorno a la capital se lo mostré a mi amigo el general Carlos Real, quien admirado me lo pidió prestado y nunca me lo devolvió. Yo debí haberlo conservado pues ahora tendría la oportunidad de mostrarlo en estas mis anécdotas.

Yo no supe cómo fueron los festejos de la antigua Roma, los de Nerón y los de los Césares, pero guardando la distancia, éste no hizo un mal papel. Nuestra Revolución Mexicana prodigó hombres cultos, leales, honestos, patriotas; en una palabra: integros. Pero también aportó sátrapas, asesinos, ladrones y payasos.

El general Maximino en sociedad con Carcho Peralta, fueron los empresarios de la plaza capitalina El Toreo, de manera que tenían constantemente tratos con toreros y ganaderos.

En una forma especial hizo amistad con uno de los más completos y elegantes toreros de todos los tiempos: Rodolfo Gaona, a quien invitaba con mucha frecuencia a las grandes corridas, reservándole una barrera de primera fila.

Yo, en varias ocasiones, pude observar cuando llegaba el secretario de Comunicaciones acompañado del genial torero. Al descubrir su presencia, los concurrentes le aplaudían por toda la plaza y del mismo modo como ocurrió con Mario Moreno "Cantinflas", en Puebla, don Maximino se levantaba a dar las gracias.

Un hijo del torero, Enrique, llevaba una estrecha amistad con una de las hijas del secretario de Comunicaciones. Éste, un día los encontró platicando lo cual no le agradó y, en forma altanera, maltrató verbalmente al joven.

Enrique le platicó a su padre ese incidente. Y éste

sumamente indignado se presentó en la Secretaría de Comunicaciones, reclamándole a don Maximino por el agravio que recibió su hijo. Le dijo que era un buen muchacho y con muchos millones en las espaldas que su padre había ganado honradamente, arriesgando la vida y, por el contrario, el dinero que podría tener su hija era mal habido. Ante este argumento, el general Maximino lo corrió de su oficina, profiriendo insultos y amenazándolo de muerte. Rodolfo Gaona sin amedrentarse, muy sereno le manifestó:

—Si me matas, tendrás que ver el entierro más apesadumbrado y concurrido de México. En cambio el día que mueras, habrá kermess en toda la República, por el regocijo que eso les producirá.

Esto me lo refirió mi amigo Ramiro Cora, que había sido del elenco de Mario Moreno "Cantinflas", y en esos días trabajaba como ayudante del Secretario de Comunicaciones.

Que ironía, su hermano el general de división Manuel Ávila Camacho, presidente de la República, fue un hombre muy decente, ecuaníme y honesto, que se ganó la estimación de todo el pueblo mexicano, el cual lo llamaba respetuosamente "El Presidente Caballero".

## **Don Antonio Díaz Lombardo, un gran amigo**

En mis frecuentes viajes de placer a México, en el bar de Manolo del Valle, conocí a don Antonio Díaz Lombardo, cuando era gerente general de los transportes del Distrito Federal.

Generalmente nos reuníamos en dicho lugar don Rodrigo del Llano, director general del periódico *Excelsior*; el licenciado Aguilar y Maya que era el procurador general de la Nación; Enrique Zunzunegui, rico industrial, entonces dueño de la fábrica de llantas Goodrich Euzkadi, la Cervecería Moctezuma y varias empresas más, el famoso caricaturista García Cabral a quien le apodaron "El Chango" y el suscrito.

Antonio Díaz Lombardo es de esos hombres que tienen don de gentes. De carácter accesible y alegre; muy a menudo organizaba fiestas en una granja que poseía en Tlalpan, a donde asistíamos muchos amigos de él.

Llevaba gran amistad en aquel entonces con el Secretario de Gobernación, Lic. Miguel Alemán Valdés, quien más adelante llegó a ocupar la Presidencia de la República, nombrando a don Antonio director general del Seguro Social. A este hombre le sigo profesando una muy profunda amistad y afecto, a pesar del tiempo que tengo de no verlo.

## **Restos de un tesoro en San Vicente Tancualayab, S.L.P.**

Don Nazario Ortiz Garza fue secretario de Agricultura en el periodo del licenciado Miguel Alemán Valdés. Su prioridad fue fomentar la producción de granos alimenticios para satisfacer las necesidades del país. Promovió la apertura de tierras al cultivo en toda la República logrando alcanzar la ansiada meta de hacer al país autosuficiente en productos básicos, pues en aquel tiempo al igual que ahora, éramos insuficientes y teníamos que importar todo tipo de granos.

No cabe duda que bajo el régimen del licenciado Miguel Alemán Valdés, se llegó a exportar trigo, maíz, frijol y, sobre todo, azúcar.

Yo vivía en Ciudad Valles, cuando don Nazario fue personalmente a organizar grupos de agricultores con créditos suficientes para abrir tierras al cultivo. A mí me correspondió la gran tarea de desmontar una zona de la Huasteca potosina llamada San Vicente Tancua-layab, con abundante vegetación y árboles milenarios.

Debido a mi infortunado amor a la agricultura me fui a radicar a ese pueblo en donde no había carretera, ni energía eléctrica y ni agua potable. En ese lugar insalubre se registraban altas temperaturas en el verano, hasta de 40°C a la sombra.

Me encargué de dirigir los trabajos de desmonte con tractores Caterpillar D-8, que en ese entonces eran los más grandes, pero que en algunos casos no bastaban para tumbar los enormes árboles, tales como ceibas, orejones, cedros y otras variedades. Para poder derribarlos con el tractor, se tenía que abrir alrededor de cada árbol, una zanja de metro y medio de profundidad, con objeto de cortar las raíces laterales. Una vez terminada esa labor, se nos facilitaba el trabajo, al mirar su resistencia.

Un buen día me presenté como de costumbre a las seis de la mañana a inspeccionar los árboles que íbamos a derribar y en una de las zanjas encontré una caja tipo cofre de unos cuarenta centímetros de largo y aproximadamente treinta centímetros de ancho, muy deteriorada por los efectos del tiempo y la humedad.

Bajé del caballo para ver su contenido y con sorpresa hallé en el fondo de la misma, dos monedas de plata con la efigie de Carlos V de un lado y del otro, el escudo español. Además tenían impresas letras en latín y la fecha de 1790. Consideré que durante la guerra de independencia, un rico español en su huida la sepultó allí, precisamente al pie de ese árbol, como punto de referencia para regresar algún día y recuperar el dinero.

Le hablé a mi mayordomo y optamos por seguir las

huellas de los hombres que la habían desenterrado. Éstos eran indudablemente peones, que al estar trabajando la encontraron y, por temor a ser descubiertos la cubrieron nuevamente con tierra. Regresaron en la noche para sacarla y llevarse todas las monedas y por un descuido olvidaron esas dos.

Como el terreno era húmedo se marcaban muy bien las huellas de la bestia en que huyeron. Llegamos al río Moctezuma y allí perdimos la huella; pero aprovechando que no estaba crecido, lo atravesamos a caballo. Al otro lado, la maleza era muy espesa, ya estábamos en el estado de Veracruz.

Al día siguiente, organizamos una búsqueda con unos guías indios, sin tener éxito. A los pocos días, después de haber vuelto a San Vicente Tancualayab, averiguamos los nombres de los peones que habían estado encargados de la excavación y que de repente se marcharon sin cobrar su salario. Estos eran indios huastecos del estado de Veracruz.

Dicho hallazgo se hizo muy famoso en la región y me lo achacaban a mí. La prensa de Tampico se ocupó de confirmarlo. Yo me dejaba querer y les enseñaba a mis amigos y conocidos, las dos monedas, diciéndoles que el resto lo tenía depositado en una caja de seguridad en un banco. Eso me proporcionó aparte de felicitaciones, ofertas de préstamos bancarios.

Un mes después, me citó el jefe de la oficina federal de Hacienda de Ciudad Valles y cuando acudí me mostró un oficio que le había girado la Secretaría de Hacienda de México, en donde se me exigía la mitad del tesoro encontrado en San Vicente Tancualayab y que calculaban en cien mil pesos.

Le manifesté al jefe de Hacienda que era totalmente falso que yo hubiera encontrado esa cantidad en monedas. Le aclaré que la prensa, valiéndose de simples rumores, terminó por publicar que yo había sido el autor del mencionado hallazgo. Le confesé que yo solamente encontré dos monedas; sin embargo deseaba cumplir con la ley y que le entregaba la mitad del tesoro que accidentalmente hallé, es decir una moneda y que si no estaba de acuerdo, que realizara las investigaciones pertinentes.

## **Contribuí a que la señorita Ruiz resultara electa reina del Carnaval de Tampico**

En la época en que realizábamos nuestras actividades agrícolas en el municipio de Valles, S.L.P., el lugar carecía de sitios de diversión. Varios amigos nos reuníamos los sábados en la mañana para salir directamente a Tampico, con el propósito de distraernos en establecimientos de recreo y más que nada en la playa, para gozar de temperaturas más benignas debido al calor insoportable del verano.

Cierto fin de semana, disfrutábamos de una buena comida en el restaurant del hotel Inglaterra, cuando los hermanos Riestra, dueños del bar, se acercaron a nuestra mesa a saludarnos y nos invitaron a participar en la elección de las candidatas a reina del carnaval.

Dos hermosas damitas se disputaban el honor de engalanar las pintorescas fiestas, próximas a celebrarse. Una de ellas era la señorita Hecheyman, a quien le brindaban toda su ayuda la Cámara de Comercio de Tampico, la Asociación Ganadera y otras instituciones con poder económico. Por otro lado, la señorita Conchita Ruiz, no contaba con el apoyo de ninguna empresa en cuanto al aspecto monetario se refiere. Fuimos presentados con la señorita Ruiz y por supuesto nos comprometimos a formar un comité a favor de ella.

La elección de la reina estaba señalada para quince días después. Esta se efectuaría un sábado por la

noche. Nos trasladamos a Ciudad Valles para conseguir votos a favor de nuestra candidata, la cual iba muy abajo.

Nuestro grupo se componía de las siguientes personas: Javier Gallegos, rico comerciante y ganadero, Angel Ocejo, Francisco Arián, Sergio Estévez, Guillermo González Díaz Lombardo y yo. Todos acordamos aportar mil pesos cada uno.

Por esas fechas habíamos levantado una buena cosecha de algodón, así que gozábamos de una posición económica desahogada. Yo acababa de vender al señor Jorge Pescador, una pequeña parte del total de mi cosecha de algodón, cuyo valor fue de \$21,000.00. Le indiqué a mi comprador que me diera dos cheques: uno por mil pesos y el otro por veinte mil pesos, mismos que introduje en mi cartera.

El día indicado salimos de Ciudad Valles en la tarde. Al llegar a nuestro destino nos dirigimos al casino de Tampico, ubicado en aquel tiempo, enfrente de la Plaza de Armas. Saludamos a nuestra candidata Conchita Ruiz y cada uno de nosotros fue entregándole los mil pesos acordados.

Al sacar mi cooperación por una distracción le di, sin darme cuenta, el cheque de veinte mil pesos, en lugar de los mil pesos como era lo indicado. Ella lo vio y emocionada me abrazó y me besó, luego se apartó del grupo dándonos las gracias. Cuando ella se alejó, mis amigos empezaron a protestar que por qué sólo a mí me había besado, discriminándolos a ellos. Sonriendo les respondí que porque yo era su tipo.

Al terminar la votación nos enteramos que nuestra candidata había triunfado por un gran margen de votos. Todos sus partidarios la felicitamos y enseguida nos despedimos. Fuimos a festejar el triunfo al bar del hotel Inglaterra donde bebimos y bailamos hasta la una de la mañana. Al pagar la cuenta, decidimos hacerlo en forma equitativa.

Al sacar de mi cartera el cheque de veinte mil pesos para pagar mi parte, mi sorpresa fue mayúscula al comprobar que era el de mil pesos; es decir, que por una equivocación mía, la señorita Conchita Ruiz resultó electa reina del carnaval de Tampico.

## **Mi amistad con el licenciado Miguel Alemán Valdés**

Durante el régimen del presidente Manuel Ávila Camacho, el licenciado Miguel Alemán Valdés desempeñó el cargo de Secretario de Gobernación. Al iniciarse el año de 1945, acompañado de su amigo Jorge Pasquel, visitó mi rancho La Loma, en el municipio de Valles, S.L.P. Me encontraba dando una aspersión para proteger mis limoneros, de la aparición de una enfermedad llamada antracnosis, muy común en las zonas tropicales. Aplicaba con un equipo movido por un tractor un fungicida denominado caldo bordolés que consistía en una mezcla de cal con sulfato de cobre. Al mismo tiempo podaba las plantas.

Al licenciado Miguel Alemán le agradó ese tipo de trabajo tan eficaz, por lo que me pidió que fuera a su finca Sayula, situada en el estado de Veracruz, la cual estaba plantada de naranjales. Antes de despedirse, me extendió un recado, dirigido al administrador de su rancho para que me atendiera en todo.

Dos días después, a las seis de la mañana me presenté en dicha finca ante el señor Pedro Franco, que era el encargado, a quien le mostré la mejor forma de podar y aplicar el fungicida. Por la noche abandoné la finca y me fui a la capital. Al otro día muy temprano acudí a la Secretaría de Gobernación con objeto de avisarle al licenciado Alemán que acababa de cumplir la labor que me había encomendado.

Estuve toda la mañana esperando ser recibido y no

lo pude lograr, seguramente por sus múltiples ocupaciones, o bien, porque sus ayudantes no me anunciaron, cosa que hacen comúnmente los segundones de los jefes.

Cuando fue designado candidato a la Presidencia de la República, durante su gira por el estado de San Luis Potosí, llegó a Ciudad Valles y mi fino amigo, el coronel Carlos Serrano, me introdujo al salón en donde atendía a diversas comisiones. En cuanto me tuvo frente a él, me saludó afectuosamente, dándome las gracias por mi oportuna intervención en su rancho Sayula.

Siendo ya presidente de la República transcurrieron tres años sin volver a verlo. En ese lapso, mi plantación sufrió el ataque de una devastadora plaga: la mosca prieta, que diezma los árboles de cítricos, haciéndolos totalmente improductivos. Ante esta fatal circunstancia los gobiernos de Estados Unidos y de nuestro país, constituyeron la Comisión México-Americana a fin de combatirla y erradicarla. Ambas naciones se esforzaron más de un año, intentando conseguirlo, pero no obtuvieron ningún resultado favorable.

Desesperado yo por este fracaso, un día contraté un buen número de peones para que de inmediato derribaran los diez mil árboles de limón, quemándolos enseguida para así poder aprovechar las tierras, cultivando otro producto.

Tres meses después, la mencionada Comisión dio por terminada su campaña, convencidos que de los muchos procedimientos empleados para erradicar esa plaga, ninguno era efectivo. Dictaminaron destruir limoneros y naranjales para evitar que esta plaga se propagara a otras regiones.

Naturalmente por ello pagaban una indemnización a los propietarios de las plantaciones dañadas, de sesenta pesos por árbol. Una resolución muy parecida a la adoptada con motivo de la campaña de la fiebre aftosa: el ganado que sacrificaban con el rifle sanitario era pagado a sus dueños.

Cuando supe la noticia, me apersoné ante el ingeniero Fernando Berlanga, director de la campaña y re-

presentante de la Secretaría de Agricultura en Valles, S.L.P., reclamándole mi indemnización por los limoneros que yo había quemado, pero me fue negada, ya que para efectuar ese pago se necesitaba levantar un acta en presencia de los representantes de la Secretaría de Agricultura y de la Comisión México-Americana, en la cual se hiciera constar la existencia de los limoneros infestados.

Ante esa negativa, recurrí a mi finísimo amigo don Nazario Ortiz Garza, Secretario de Agricultura y Ganadería, pidiéndole que interviniera para que me liquidaran los árboles mencionados, pero tampoco conseguí nada, pues me explicó que por disposiciones del gobierno y de la Comisión México-Americana, sólo indemnizaban cuando las autoridades competentes, presenciaban la destrucción de los mismos.

Yo alegaba que mi decisión de destruir mis limoneros tres meses antes de la determinación del gobierno, había sido benéfica, pues cooperé en la campaña, matando millones de moscas que ya no dañarían a otras plantas ni a otros lugares.

Todo fue inútil, únicamente me quedó la experiencia, de nunca precipitarme a los acontecimientos que sobrevengan.

El gobierno federal, para ayudarnos por las pérdidas sufridas durante dos años al no lograr utilidades y haber realizado muchos gastos a causa de la citada plaga, por conducto de la Secretaría de Agricultura y Ganadería nos otorgó un crédito blando sin intereses.

Todos los beneficiados con ese crédito, solicitamos a don Nazario Ortiz Garza nos consiguiera una audiencia con el mandatario de la nación, pues pretendíamos manifestarle nuestro agradecimiento por el gran apoyo que nos brindó.

Días más tarde, todos los fruticultores de la Huasteca potosina, fuimos a la Capital y acompañados por el Secretario de Agricultura, mantuvimos una cálida conversación con el señor Presidente. Al finalizar la entrevista, yo me quedé al último, al lado de don Nazario Ortiz Garza. Entonces el licenciado Miguel Alemán se dirigió a mí, comentando que sentía pena por-

que aquellos limoneros tan bonitos, que él había visto en mi finca, se hubieran destruido.

Aproveché esa lindísima oportunidad para decirle que así era pero que no me los querían pagar porque no les constaba que habían existido, porque me adelanté, tumbándolos tres meses antes de la disposición del gobierno y que el único testigo que podía certificarlo era él. Muy serio, le ordenó a don Nazario Ortiz Garza que me los pagaran. Antes de retirarme le di las más expresivas gracias.

Días después, en Ciudad Valles, acudí con el ingeniero Fernando Berlanga, quien se encargaba de hacer las liquidaciones correspondientes a cada afectado. El ya tenía instrucciones de pagarme. Con arrogancia me indicó que firmara un recibo por los árboles destruidos y que un testigo diera fe de que efectivamente mis limoneros existieron. Con desparpajo le hice saber al ingeniero Berlanga que solamente una persona podía atestiguarlo, pero que estaba en la capital del país y ocupaba un puesto tan importante como lo era el de Presidente de la República. Así que podía trasladarse a la ciudad de México a preguntárselo a él.

Para la campaña contra la mosca prieta, se estableció un impuesto para sufragar los gastos. Éste consistió en dos centavos por cada litro de aceite que vendía Petróleos Mexicanos y asimismo, se responsabilizaba de entregar la cantidad recolectada a la Comisión México-Americana, que luchaba por aniquilar a tan demoleadora plaga. Para el pago de los árboles, concedía pagarés con vencimientos mensuales y también a un plazo de dos años, sin pagar intereses.

Casi al concluir la década de los veinte, me ocupé afanosamente en sembrar algodón en una finca llamada Palomar. Ésta colindaba con la hacienda de Jauja que era propiedad de don Abraham Luján. Trabajaba como administrador de la misma, su cuñado Antonio Bermúdez. A éste yo lo frecuentaba mucho por motivos de trabajo y ocasionalmente él también a mí. Ese fue el inicio de una franca amistad entre ambos, la cual seguí cultivando por mucho tiempo, visitándolo en forma continua; algunas veces acompañado de un íntimo amigo suyo, el señor Alfredo Asís.

Don Antonio Bermúdez, durante la campaña que se realizó tenazmente para la erradicación de la mosca prieta, fungía como director de Petróleos Mexicanos. Con mis pagarés en mano, me presenté ante él, pidiéndole un gran favor: que me los descontara todos. Como no había intereses de por medio, ordenó que se me liquidaran. Esa ayuda que me brindó se la agradece infinitamente.

A mediados de 1949 realicé un viaje a Apatzingán, Mich., con el fin de visitar a mi distinguido y muy querido amigo, el general Lázaro Cárdenas, quien descansaba en su finca California.

Igualmente tuve la grata sorpresa de encontrar allí, al presidente de la República, licenciado Miguel Alemán Valdés, acompañándolo como siempre, el coronel Carlos Serrano, entonces presidente de la Cámara de Senadores. Éste, como en otra ocasión, me volvió a franquear la entrada para saludar a esos grandes personajes.

A fines de 1950, acudí con don Jorge Pasquel, íntimo amigo del presidente Miguel Alemán, para que me llevara a Los Pinos para saludarlo. Este aceptó encantado citándome en su oficina al otro día muy temprano.

A la mañana siguiente estuve puntual en el sitio indicado donde me aguardaba mi amigo. Salimos enseguida en su automóvil a Los Pinos y al llegar a la puerta principal, mi acompañante accionó el cláxon y de inmediato los guardias presidenciales abrieron.

Entramos como en su casa. Pasamos al salón comedor y después de unos minutos, apareció en la estancia el señor Presidente, que como siempre me saludó con afecto.

Mientras tomábamos el café me interrogó que cómo me iba de agricultor. Le respondí que mal, que hasta pensaba dejar esa actividad que últimamente me había causado pérdidas económicas y que. . .

El Presidente no me dejó terminar diciendo estas palabras:

—No se retire, el que no asegunda no es labrador —y añadió dígame a su amigo don Nazario Ortiz Garza que en el acuerdo que tendrá conmigo pasado mañana, in-

cluya un tractor equipado que el gobierno le regalará a usted.

Su actitud me emocionó a tal grado, que enmudecí momentáneamente. Recuperándome luego para darle mil gracias. Nos despedimos de él y afuera, don Jorge Pasquel me felicitó por el trato que me dispensó el señor Presidente.

Cuando llegamos al centro le agradecí a don Jorge Pasquel esa atención que tuvo para conmigo, y enseguida me fui a ver a mi fino amigo don Nazario Ortiz Garza, a la Secretaría de Agricultura. En ésta tenía la suerte de picaporte, así que me introduje con facilidad hasta el privado del señor secretario, informándole con fanfarronería:

—Acabo de almorzar en Los Pinos con el señor Presidente y me encargó le comunicara a usted que en el acuerdo que tendrá con él, pasado mañana, incluya un tractor equipado que el gobierno federal me va a obsequiar.

Al escuchar eso, don Nazario soltó una sonora carcajada. Luego me reprochó muy serio:

—¿Cómo se le ocurre a usted decirme semejante mentira?

—Bueno —le contesté— si quiere cerciorarse que no miento, llame a don Jorge Pasquel que fue la persona que me llevó ante el Presidente y que por lo tanto escuchó lo que acabo de decirle.

El secretario de Agricultura, permaneció muy pensativo unos instantes, mirándome dubitativo y después, sin hacer más comentarios, me preguntó acerca del tipo de tractor que debía incluir en su acuerdo. Le respondí que un Caterpillar D-8, equipado con bulldozer y root-cutter, pues era el que propiamente necesitaba para desmontar grandes superficies de tierras en Valles, S.L.P., para posteriormente sembrarlas de algodón.

Una semana más tarde recibí ese equipo completo. Las tierras a que me referí, actualmente producen caña de azúcar, abasteciendo de materia prima al ingenio Plan de Ayala, ubicado en el municipio de Valles, S.L.P.

Le viviré eternamente agradecido al extinto presi-

dente de México, Miguel Alemán Valdés, por su caballería, su gentileza y su gran disposición de ayudar a todo hombre interesado en prosperar trabajando y produciendo.

Durante su período presidencial impulsó el desarrollo industrial del país, abriéndose, al cultivo agrícola grandes regiones —antes improductivas— en toda la República, dignas de mencionarse.

En el norte del estado de Tamaulipas, se talaron considerables extensiones de montes poblados de gruesos mezquites; fueron aproximadamente alrededor de 300 mil hectáreas, dedicando esa zona al cultivo del algodón. Hoy, es una región productora de altos rendimientos de maíz y sorgo (Matamoros, Tam.).

En el sur de esa entidad se abrieron al cultivo extensas superficies de espesa vegetación semitropical, destinándolas al cultivo de frijol soya, maíz, girasol, sorgo, frijol negro y cártamo; convirtiéndose además en una zona importantísima, productora de hortalizas en su mayor parte de exportación.

De igual manera en los estados de Sonora y Sinaloa se efectuó la apertura de vastas superficies de tierra, haciendo perforaciones de pozos para las siembras de trigo, algodón, maíz de soya, cártamo y hortalizas de elevados rendimientos. Todos estos productos para exportación. También se ampliaron zonas para la agricultura en los estados de Jalisco, Michoacán, Guanajuato y Querétaro.

En el gobierno del licenciado Miguel Alemán Valdés tuve la fortuna de llevar amistad con varios de sus colaboradores y recibir de todos ellos atenciones y consideraciones. Al señor coronel Carlos Serrano, que era presidente de la Cámara de Senadores y jefe de todas las policías de México, lo conocí a través del general piloto aviador Antonio Cárdenas Rodríguez que fue mi compadre y que entonces era jefe de la Fuerza Aérea Mexicana.

## **Mi viaje a Campeche con el licenciado Oscar Flores Sánchez y el doctor Lauro Ortega**

Un día me habló por teléfono a Ciudad Valles don Nazario Ortiz Garza, indicándome que partiera a la mayor brevedad posible a la capital, pues confiaba en que yo le resolvería una cuestión, de la que luego me daría más detalles.

Atendiendo su petición, la tarde del día siguiente, me presenté en la Secretaría de Agricultura y allí, don Nazario me explicó que deseaba que fuera a Campeche a inspeccionar y a valorizar una finca ganadera que estaba en venta. Los compradores eran el licenciado Oscar Flores Sánchez y el doctor Lauro Ortega, ambos funcionarios de la Subsecretaría de Ganadería con los cuales me presentó horas después.

Otro día muy temprano volamos a la Isla del Carmen, en donde nos esperaba el capitán piloto aviador José Juanes Ponce, quien nos facilitó un barco camaronero de su propiedad para trasladarnos a la finca mencionada.

Atravesamos la Laguna de Términos, adentrándonos en el estado de Campeche por el río Palizada, que es un brazo del Usumacinta, que desemboca en la citada laguna. Navegando río arriba, por fin llegamos a nuestro destino.

En un muelle de madera que había en la orilla del enorme rancho, dos vaqueros esperaban nuestro arribo con un caballo de mano para mí.

Mis acompañantes, el licenciado Oscar Flores Sán-

chez y el doctor Lauro Ortega, regresaron a Ciudad del Carmen tan pronto me notificaron que volverían por mí a los tres días, tiempo que consideraron suficiente para que yo terminara lo que tenía que hacer.

Este rancho se componía de ocho mil hectáreas de superficie; cubiertas de pastos de las variedades Pará y Guinea. Además contaba con cinco mil vacas de vientre de la raza cebú, más sus respectivas crías. Pertenecía a un matrimonio italiano de avanzada edad que vivía en Ciudad del Carmen, y su deseo de venderlo se debía a que ansiaban retornar a su patria, a pasar sus últimos días descansando y disfrutando de comodidades.

Durante el recorrido de tres días que realicé por la extensa propiedad, padecí muchas incomodidades y molestias, durmiendo en hamacas sucias dentro de los jacales de palma. Y en medio del agobiante calor, me acosaban infinidad de insectos que no eran ningunos mosquitos sino moscones que, al aterrizar en mi cuerpo, me despertaban al clavar sus aguijones en mi piel como agujas de coser costales; amén de las garrapatas que también me atacaban, pues éstas abundaban en el ganado. Amanecía yo lleno de ronchas y, para colmo de males, la comida era pésima ya que los vaqueros la preparaban como podían.

La segunda noche, pese a la alta temperatura que se registraba, logré dormirme. Pero al poco rato, un ruido extraño me despertó. Sin levantarme, le pregunté a uno de los vaqueros qué animales eran los que producían ese ruido ensordecedor. Éste, calmándome me contestó:

—No tenga usted cuidado, son los saraguatos, unos monos aulladores que no hacen daño a nadie.

Ya no pude conciliar el sueño, imaginando que serían unos changos del tamaño de un gorila. Cuando amaneció me los mostraron. Eran unos monos pequeños, de pelaje leonado, cola larga y barba crecida y, efectivamente, completamente inofensivos. Deben de tener unos pulmones y unas cuerdas bucales muy desarrollados para producir semejante escándalo.

En la fecha convenida acudí al muelle y aguardé a los compradores, quienes llegaron enseguida. Al des-

cender de la embarcación comenzaron a cuestionarme acerca de las condiciones en que se encontraba el vasto predio. Yo les informé que en estado óptimo, con abundante agua, buenos potreros y estupendo ganado de la raza cebú. Luego les pregunté cuánto dinero pedían los dueños. Respondiéndome que cinco millones de pesos. Sorprendido les dije que era un precio muy bajo. Sólo las vacas valían eso, quedando de utilidad toda la propiedad y las crías.

Regresamos a la Ciudad del Carmen en donde efectuaron la operación de compraventa y enseguida volamos a la capital. Sin meterle un centavo al rancho, un año después lo vendieron en diez millones de pesos. De la joda que llevé no me dieron ninguna comisión, ni siquiera las gracias.

## **Alfredo Elías Calles, el rey Carol de Rumania y madame Lupescu**

En la ciudad de México el cabaret El Patio, propiedad de don Vicente Miranda —ubicado en las calles de Atenas— era uno de los centros nocturnos más concurridos, por el espectáculo de variedades que presentaban. Ahí asistíamos un grupo de amigos muy a menudo.

Una noche nos reunimos en el hotel Regis Anacarsis Peralta, dueño del edificio, Alfredo Elías Calles, hijo del general Plutarco Elías Calles, los hermanos Fournier y yo, para luego trasladarnos a El Patio, a escuchar a Pedro Vargas.

En el citado lugar ocupamos una mesa contigua a la pista de baile. A los pocos minutos de haber llegado nosotros, hizo una espectacular entrada el Rey Carol

de Rumania (que fue expulsado por Hitler), acompañado de una mujer muy hermosa, Madame Lupescu que era su amante, quien tenía un porte de innata realeza y distinguidos modales, pese a que no había sido la reina de aquel país. A ambos los escoltaba un edecán de mediana edad.

Como es natural la presencia de esos personajes llamó mucho la atención. Nosotros observábamos que transcurría el tiempo y el rey Carol no bailaba con su distinguida compañera. En un intervalo del baile, *Carcho*, se dirigió a Alfredo y le dijo:

—Te apuesto mil pesos a que no bailas con Madame Lupescu.

Alfredo que era un buen tipo, alto, arrogante y, sobre todo atrevido, mirándolo escrutadoramente, sacó de su cartera los mil pesos y nombrándome a mí el depositario, me hizo entrega de esa cantidad. Enseñada *Carcho* Peralta, procedió de igual manera.

Dio comienzo la música y Alfredo se levantó, yendo directamente a la mesa del rey Carol. Inclinandose respetuosamente solicitó la pieza a Madame Lupescu.

En ese momento se interpuso el edecán:

—La señora Lupescu no baila, retirese usted de aquí.

Muy contrariado Alfredo tomó de la solapa a ese señor, dándole un tremendo empujón; tan violento que el infeliz fue a dar al suelo. Y entonces, Madame Lupescu, mujer inteligente, para evitar mayor escándalo tomó del brazo a Alfredo saliendo a bailar con él.

Ante ese suceso tan singular, la concurrencia aplaudió muy divertida. Al concluir la pieza, Alfredo llevó a la dama a su lugar, dándole las gracias y dirigiéndose al rey Carol, se disculpó de su atrevimiento.

Regresó a nuestra mesa y recogiendo sus mil pesos de ganancia le dijo a *Carcho*:

—Ahora te juego cinco mil pesos, a que vuelvo a bailar con ella.

Desde luego, *Carcho* se negó.

El administrador del centro nocturno, había llamado a una patrulla para que se llevaran detenido a Alfredo, por haber causado tanto alboroto en ese prestigiado cabaret. Al rato se presentó la patrulla, resultan-

do que habían sido ayudantes de su padre, el general Plutarco Elías Calles. Lo invitaron a salir un momento a la calle y Alfredo accedió; pero a los diez minutos se reunió con nosotros, para demostrar que no lo habían detenido.

## **La gira con el ingeniero Fernando Foglio Miramontes**

Me hospedaba yo en el Hotel del Prado, en la ciudad de México, y un buen día en el restaurant de ese edificio, encontré casualmente a mi gran amigo el ingeniero Fernando Foglio Miramontes, que a la sazón era gobernador constitucional del estado de Chihuahua.

Nuestra amistad se había consolidado a través del tiempo. Lo conocí, cuando fué subsecretario de Agricultura en el período del general Lázaro Cárdenas, y posteriormente seguí tratándolo durante el sexenio del general Manuel Ávila Camacho, cuando fue jefe del Departamento Agrario.

Nos saludamos afectuosamente y después de platicar un rato, me pidió ir con él a una gira de trabajo a la Sierra Tarahumara. Para el efecto tenía que estar en Chihuahua la siguiente semana.

Como yo residía en Ciudad Valles, S.L.P., convine en realizar el viaje hacia allá un día antes, pernoctando en Torreón, Coah., y saliendo muy temprano al otro día para Chihuahua con el propósito de llegar a tiempo a reunirme con el señor gobernador al iniciar la gira. Desafortunadamente cuando arribé a la capital de aquella entidad, la comitiva ya se había marchado. Sin embargo, dio instrucciones al señor Enríquez, tesorero del estado, que cuando yo llegara abordara un

avión en el aeropuerto y lo fuera a esperar a la Ciudad de Parral.

Me acompañaba un amigo mío, don Adrián Rodríguez. Ambos nos dirigimos al aeropuerto y abordamos un avión que piloteó su propio dueño, el señor Leo López. Sin contratiempos aterrizamos en Parral con la esperanza de alcanzar al primer mandatario del estado, pero no fue posible, porque ya había abandonado esa ciudad.

Así que el vuelo continuó hasta San Pablo Balleza. En este lugar el avión no pudo aterrizar ya que en la pista había muchos esqueletos de reses, imposibilitando el descenso del aparato. Dimos dos vueltas a poca altura alrededor del pueblo. Enseguida el avión enfiló hacia las estribaciones de la sierra aterrizando en un punto denominado Mesa del Yunque.

Descendimos del avión y el piloto nos dijo que allí aguardáramos, puesto que de San Pablo Balleza vendrían a recogernos como sucedía siempre que los aviones por alguna causa no podían aterrizar en la pista. Así que confiados nos quedamos mi compañero y yo en ese paraje solitario donde hacía mucho frío.

Transcurrieron dos horas sin que nadie acudiera a prestarnos ayuda. Estábamos impacientes, maldiciendo nuestra suerte, cuando de repente apareció un grupo armado, compuesto por diez individuos que se acercaron a nosotros en actitud hostil. Yo, consideré que, por su aspecto, serían asaltantes.

Resuelto me encaré con ellos, notificándoles que traía una comisión muy importante del secretario de la Defensa Nacional: entrevistarme con el gobernador, que estaba por llegar a Balleza.

El jefe del grupo me preguntó quiénes éramos y yo le respondí con gran desplante:

—Soy el general Enrique Marroquín y mi asistente, el capitán Rodríguez.

Entonces ellos se identificaron como guardias rurales del estado. Ante esto ordené que dos de ellos fueran al pueblo a avisarle al presidente municipal que el general Marroquín era un enviado del secretario de la Defensa Nacional, cuya misión era entrevistar al eje-

cutivo estatal, para lo cual solicitaba urgentemente un par de caballos para trasladarse hasta allí.

Los dos emisarios se retiraron a galope tendido y más o menos a los cuarenta y cinco minutos llegó una escolta de veinte soldados, al mando de un teniente coronel de apellido Vidal, quien se apeó del caballo y cuadrándose empleó el saludo militar. Yo tuve que hacer lo mismo.

Luego señalando hacia uno de los caballos me indicó:

—Mi general, monte usted este animal que es muy bueno.

Bajamos de la Sierra a caballo, hasta tomar el camino de acceso a San Pablo Balleza. Empezamos a conversar y yo, adelantándome para ocultar mi falsa identidad, le pregunté que de dónde era. Me contestó el militar que del estado de Chiapas, agregando que durante la revolución había participado en muchas batallas en el sur de México: Chiapas, Campeche, Veracruz y Guerrero.

—Y en el norte, mi teniente.

—No, sólo en los estados de México y Querétaro.

Enseguida él me interrogó:

—Y usted mi general, ¿de dónde es originario?

—De este estado —le contesté.

Además le hice saber que yo había sido parte activa de la División del Norte (tratando al general Villa) y que ahí en Balleza, habíamos trabado fuertes combates derrotando a los federales.

Por fin llegamos al pueblo, en donde todo el Ayuntamiento me dio la más cordial bienvenida. La situación se tornó preocupante para mí, pues no tardaría en arribar el mandatario del estado y su comitiva, así que descubrirían mi mentira, tanto el grupo de las fuerzas rurales como el de los soldados.

Ya tenían todo preparado para recibirlo. Se habían concentrado en la plaza del pueblo las autoridades municipales, miembros de organizaciones militares, niños de las escuelas y demás habitantes.

Cuando el gobernador llegó yo, que ostentaba el grado de "general", me apresuré a saludarlo antes que nadie. Le dí un fuerte abrazo y le narré a grandes



Enrique Marroquín y el Ingeniero Fernando Foglio Miramontes, gobernador de Chihuahua.

rasgos que temí que un grupo de sujetos armados nos asaltara en la Mesa del Yunque y, que para salir airoso de la situación, me identifiqué como general. Por fortuna esos hombres resultaron ser guardias rurales. Se lo comunicaba para que estuviera enterado que nunca traté de usurpar funciones como militar. El gobernador del estado se rió mucho y me dijo que no me preocupara.

Lo acompañé al mitin y por la noche, en la cena que le ofrecieron, se dirigía a mí diciéndome general. Esto hizo que los miembros de su comitiva me acogieran con gentileza.

Al otro día, al clarear el alba, dejamos atrás San Pablo Balleza, internándonos en la Sierra Tarahumara, pernoctando en Guachochic. El ingeniero Fernando Foglio Miramontes previniendo que en esos lugares no había dónde alojarnos, llevaba en las camionetas un equipo muy cómodo y práctico de tiendas de campaña, incluyendo catres desplegables, cobijas y suficientes alimentos.

A esta gira lo acompañaron el inspector de la policía de Parral, un mayor del Ejército apellidado Herrero, con dos ayudantes y varios elementos de las fuerzas rurales. Todos me atendían bastante bien, en ocasiones mejor que al propio gobernador. En la mañana temprano me llevaban café calentito y a la hora de la comida me ofrecían los mejores platillos.

Recorrimos toda la zona de Guachochi a bordo de las camionetas y en algunos tramos lo hicimos a caballo debido a lo áspero de ese territorio.

Es bien sabido que los tarahumaras viven en remotas regiones de la Sierra Madre Occidental, donde se sustentan con la caza y con la agricultura rudimentaria. Los individuos de esta raza cubren grandes distancias a pie. El correo de un lugar a otro lo llevan corriendo; por esta razón son famosos como corredores.

Practican un deporte parecido al fútbol corriendo en un perímetro de varios kilómetros. Este juego lo ejecutan descalzos, golpeando una pequeña pelota de madera. Con motivo de la visita del señor gobernador hubo un juego que duró todo el día.

Retornamos a Parral en donde le dieron un gran re-

cibimiento al jefe el Ejecutivo del estado, con un baile en el casino de esa ciudad. Al día siguiente finalizó la gira.

Yo juzgué conveniente volver de inmediato a Ciudad Valles y antes de despedirme del ingeniero Fernando Foglio Miramontes, le manifesté que deseaba darles disculpas a los integrantes de su comitiva, aclarándoles que yo no era general (ni siquiera sargento) como les había hecho creer.

El opinó que no lo hiciera para no tener algún altercado con ellos, por el disgusto que les causaría mi confesión, ya que se habían extremado en atenderme. Así que me abstuve de revelar mi verdadera identidad.

## **La "amistad" entre Jesús Urueta y Juan Sánchez Azcona**

Durante mucho tiempo me unió una gran amistad con *Chano* Urueta, hijo del ilustre tribuno Jesús Urueta. El primero desde muy joven se inclinó por la cinematografía, convirtiéndose más tarde en director de películas.

Sin haber conocido a su padre, admiraba sus obras literarias así como sus notables discursos. Esto se lo comunicaba a *Chano* y a él, naturalmente le agradaba que inmiscuyera en nuestras pláticas mi admiración hacia su progenitor.

Un día, charlando con él en el bar del Hotel Regis, me relató una anécdota de su padre, en relación a la amistad que había existido entre éste y Juan Sánchez Azcona. Por el año de 1909, los dos eran grandes amigos. Estudiaban leyes en la ciudad de México. Afron-

taban muchas dificultades y vivían en condiciones paupérrimas.

Jesús Urueta, que desde estudiante ya se perfilaba como un eminente orador y literato, escribía artículos y los vendía en las imprentas. De esta forma, apenas conseguía lo indispensable para pagar la renta del cuarto que habitaban y la manutención de él y de su amigo, pues éste, casi nunca aportaba ni un centavo para solventar tan siquiera sus gastos.

Al iniciarse la Revolución en 1910, Juan Sánchez Azcona se adhirió a las fuerzas de don Francisco I. Madero y, posteriormente, lo acompañó en su campaña política. Al asumir el poder como presidente de México, Madero lo nombró su secretario particular.

Jesús Urueta permaneció al margen de esos acontecimientos. Pero al tener conocimiento de que su amigo del alma era nada menos que el secretario particular del Presidente de la República, acudió presuroso a Palacio Nacional a felicitarlo.

Al anunciarse en el recinto oficial, Juan Sánchez Azcona no lo recibió de inmediato. Por el contrario, lo tuvo esperando unas dos horas en la antesala. Mas al fin hizo que pasara a su privado y sin ofrecerle asiento, le preguntó:

—¿Qué se le ofrece a usted?

Jesús Urueta, asombrado sobremanera ante esa actitud tan hostil y fría, le contestó:

—Señor licenciado, perdóneme usted, no necesito nada. Creí encontrar en este sitio a una persona que siempre consideré mi mejor amigo, y no es aquí donde se encuentra. Con su permiso.

Acto seguido salió violentamente azotando la puerta.

Don Francisco I. Madero, duró un año tres meses en el poder. Cayó acribillado a balazos y así se desmoronó su régimen. Entonces en el mes de febrero de 1913, asumió la presidencia el traidor Victoriano Huerta, quien implacable, se dedicó a eliminar a los maderistas, algunos de ellos con brillantes trayectorias políticas como Serapio Rendón, Abraham González y Belisario Domínguez. Los que lograban escapar de tan en-

carnizada persecución, se escondían, para no correr igual suerte.

Juan Sánchez Azcona permaneció oculto como una rata, en un sótano, temeroso de ser atrapado por las huestes del general Victoriano Huerta.

Por otra parte, como suele suceder, en una de tantas volteretas que da la vida, Jesús Urueta se colocó en una posición política muy ventajosa, en el gobierno del presidente Huerta, siendo diputado federal y presidente del Congreso.

Sánchez Azcona se enteró que su amigo era poderoso políticamente y que sólo él podía ayudarlo en su desgracia. Con muchas reservas y cautela se dispuso a buscarlo, hasta que lo encontró una noche en el Café Colón, en donde departía animadamente con un grupo de amigos.

Con confianza se dirigió a él y extendiendo los brazos para estrecharlo a manera de saludo, murmuró:

—Chucho, mi queridísimo amigo.

El aludido se incorporó de su asiento y sin permitir que lo abrazara, de manera tajante le increpó:

—Detente, tú eres un hermafrodita: macho brutal cuando está arriba y hembra complaciente cuando está abajo.

Así lo definió y lo acabó definitivamente.

En nuestra sociedad, dentro de los diferentes ámbitos en que nos desenvolvemos, llámese político, militar, etcétera, abundan los malos amigos, desleales y malagradecidos a quienes se les puede aplicar las siguientes rimas:

Tuve en cierta ocasión que no bendigo  
por el temor de cometer un yerro  
a un perro tan leal como un amigo  
y a un amigo tan fiel como un perro.

Aunque contento de los dos un día  
iracundo y demente y con pretexto vano  
azoté a mi perro con toda cobardía  
más el noble animal se echó a  
mis pies y me lamió la mano.

Poco tiempo después mi buen amigo  
me demandó un favor, grande y rogado  
que demandaba estudio y calma  
más al haberlo otorgado  
se alzó en mi contra y me  
mordió en el alma.

De entonces para acá Dios me es testigo  
siempre cauto mi opinión encierro  
y nunca digo amigo  
para no ofender a aquel perro  
ni perro para no alabar a aquel amigo.

Jesús Urueta, el más grande orador que ha dado México y Latinoamérica, fue oriundo de Chihuahua. Cuando yo radicaba en la capital chihuahuense pude observar en el Congreso del Estado, un fotografía de cuerpo entero de ese gran tribuno, que a pesar de haber sido huertista, todos los gobernadores posteriores —hasta la fecha— siguen respetando su imagen en el Congreso.

En cierta ocasión le pregunté a don Teófilo Borunda, entonces gobernador del Estado, por qué tenía a Jesús Urueta ahí, habiendo sido huertista. Y él me respondió:

—No importa a qué régimen haya pertenecido, él fue un mexicano y considerado internacionalmente como un extraordinario orador, además nació aquí y también fue carrancista.

## **Mi amistad con el licenciado Emilio Portes Gil**

Cierto día se presentó en Ciudad Valles, S.L.P., el licenciado Emilio Portes Gil; acompañado de Carlos Ruano Llopis, famoso pintor andaluz de toros, toreros y bailadoras de flamenco. Ambos se alojaron en el Hotel Casa Grande, sitio donde me hallaba hospedado.

Como había sido presidente de la República me fue fácil identificarlo, y debido a que su permanencia en la ciudad duró una semana nos veíamos todos los días. Fue así como inició una franca amistad entre los dos.

Antes de que se marchara a la capital, me puse de acuerdo con mis amigos para ofrecerle una comida estilo huasteco, en un rancho que yo había tomado en renta por cinco años, el cual se denominaba Porvenir y se encontraba ubicado en la ribera del río Valles.

El licenciado Emilio Portes Gil, muy complacido saboreó el exquisito banquete que le brindamos en dicha propiedad, la cual le encantó de tal forma, que terminó proponiéndome que se la vendiera. Yo, al ver su gran interés por adquirirla, le aclaré que no era mía sino de un señor llamado Gilberto Guajardo, amigo mío que residía en la ciudad de México; pero que yo le plantearía el asunto y sin falta, en un lapso de cinco días, ya le tendría noticias.

Cuando me entrevisté con don Gilberto, éste me manifestó que sí estaba dispuesto a vender pero con la condición de que el comprador respetara el contrato de arrendamiento que yo tenía por cinco años. Lo an-

terior se lo comuniqué al licenciado Emilio Portes Gil, que muy entusiasmado me inquirió cuánto quería y por la rescisión del contrato. Le respondí que no le cobraría ni un centavo.

Una vez realizada la operación de compraventa, entregué el rancho a su nuevo propietario, quien con ese motivo organizó una bonita fiesta, a la que acudieron políticos del estado de Tamaulipas y agricultores y ganaderos del municipio de Valles, S.L.P.

El anfitrión nos sorprendió gratamente al bailar huapangos. Después, de manera solemne bautizó el rancho con el nombre de El Cascabel, pues precisamente, al comenzar la fiesta, habían interpretado una canción con ese título del compositor tamaulipeco Lorenzo Bacelata.

Posteriormente, el licenciado Emilio Portes Gil iba quincenalmente a su propiedad, a pasar unos días de asueto. Allí se reunía con algunos políticos, paisanos suyos.

Con el paso del tiempo, nos hicimos de mucha confianza. Y en cierta ocasión que charlábamos se le ocurrió llamarme compadre, así que a partir de ese momento fuimos compadres de palabra.

Ante la constante presencia de políticos tamaulipecos en su propiedad, un día le dije:

—Compadre, a usted no le interesa mucho la agricultura, este rancho lo compró usted como cabeza de puente, para introducirse de nueva cuenta en su estado.

Pues había antecedentes de que el entonces gobernador de Tamaulipas, licenciado Hugo Pedro González, era su enemigo político.

El licenciado Emilio Portes Gil, sin alterarse, repuso:

—No compadre, eso que usted dice no es así, lo que pasa es que a mí me gusta mucho el trópico y este lugar lo reservo exclusivamente para descansar.

Sin embargo, meses más tarde, desaforaron al gobernador Hugo Pedro González, a causa del asesinato de un periodista tampiqueño que se apellidaba Villasana, quien fue ultimado por Osuna, jefe de policía de esa entidad, en el Hotel Sierra Gorda de Ciudad Victo-



Enrique Marroquín (izquierda) en charla con el licenciado Emilio Portes Gil (derecha), ex Presidente de la República.

ria. Entonces los viajes del licenciado Emilio Portes Gil, ya no eran tan frecuentes a Valles, sino a Ciudad Victoria.

Casi siempre que mi compadre visitaba Ciudad Valles, lo hacía en compañía del pintor Carlos Ruano Llopis. Durante una plática le pregunté a este artista, que a quien consideraba como el mejor torero del mundo y al instante exclamó:

—Usted está esperando tal vez que le diga que Ortega, Belmonte o Joselito; pero no. El mejor torero del mundo es Fermín Espinosa Armillita y ahora que se despida de torero le voy a hacer una pintura, en donde sale de la plaza de toros en hombros de toreros y no del público.

Esa finisima pintura logró realizarla Ruano Llopis y la adquirió *Cacho* Peralta, que posteriormente la vendió a un estadounidense en la cantidad de veinte mil dólares.

Dos años más tarde, el licenciado Portes Gil, regaló el rancho El Cascabel al Instituto Médico Antituberculosis de Tampico. Esta institución lo rifó con objeto de obtener fondos. El afortunado en ese sorteo, fue el licenciado Horacio Terán, gobernador de Tamaulipas. Este lo obsequió al mismo hospital, y nuevamente fue rifado, pero no recuerdo quién resultó agraciado la segunda vez.

En 1951, el gobierno de la República, nombró al licenciado Emilio Portes Gil embajador en la India. Y algunos de sus amigos, aquí en México, afectos a la poesía, le compusieron los siguientes versos:

Cuando a la India llegó  
el embajador Portes Gil  
alguien comentó:  
mucho cuidado con él  
porque se come el reptil  
y regala el cascabel.

Después que mi compadre regresó de aquel país me invitaba con frecuencia a la capital tamaulipeca, y yo de buen grado lo acompañaba, pues era un gran amigo: agradable, servicial, muy culto; concedor de la



El doctor Álvarez, Enrique Marroquín, Emilio Portes Gil, licenciado Adolfo López Mateos, Presidente de la República y el mayor Juan Arévalo Gardoqui.

política nacional e internacional, a consecuencia de los múltiples cargos de alta envergadura que desempeñó, además de haber sido Presidente de la República.

Cuando el licenciado Adolfo López Mateos llegó, durante su campaña política, a Ciudad Victoria, viajé expresamente a saludarlo. Ahí encontré a mi compadre Emilio Portes Gil. Los dos acompañamos al candidato en la recepción que le ofrecieron en la Quinta El Peñón, lugar en el que mi compadre se significó cantando a duo, con una señorita de apellido Cantú. La actuación de ambos fue muy ovacionada, y al ser felicitados por el licenciado Adolfo López Mateos, mi compadre le dijo:

—También sabemos otras.

Y enseguida volvieron a cantar ante la complacencia de todos los presentes. Al despedirme, el candidato me invitó a acompañarlo a Tampico en donde le dieron una calurosa bienvenida.

## **La primera paca de algodón en el mundo en el año de 1951**

En un rancho del general Bonifacio Salinas, sembré algodón en una superficie de cincuenta hectáreas, siendo el primer agricultor que se atrevió a cultivar ese producto en la Huasteca potosina. Obtuve un cosechón de tres toneladas por hectárea, el cual vendí en hueso a un viejo amigo de La Laguna llamado José Figueroa, que se dedicaba a la exportación de algodón en fibra. Este, llevó dicho producto a despepitar a Matamoros, Tam., enviándolo enseguida a Estados Unidos.

Por mera casualidad resultó ser la primera paca de algodón cosechada en el mundo el día 7 de enero de 1951, pues Brasil, que normalmente la producía antes que ningún país, lanzó la suya el día 14 del mismo mes. Esto, desde luego, yo lo ignoraba así que fue una suerte haber tenido un inesperado éxito en ese año y consecuentemente poder darle a México, ese codiciado galardón. La casa Anderson Clayton, que adquirió la primera paca en Brownsville, Texas, determinó dar un premio de dos mil dólares para el productor.

Como dato curioso en Torreón, Coah., recibí una medalla de oro por la primera paca producida en la Región Lagunera en 1929, cuyo algodón fue vendido precisamente a Anderson Clayton.

Don Gonzalo Santos, quien era el gobernador del estado de San Luis Potosí, la reclamó con mucho tesón, de manera que tuve que ir a Estados Unidos a hablar con los directivos de la Anderson Clayton con el propósito de lograr que aceptaran venderla al gobierno del estado de San Luis Potosí. Pero eso de momento fue imposible porque la andaban paseando por Europa, ya que en un principio estuvo en exhibición en Nueva York y posteriormente la trasladaron a Birmingham, Inglaterra.

Seis meses después regresó a Texas y hasta entonces, la mencionada casa americana la regaló al gobierno del estado de San Luis Potosí, en donde la tuvieron durante algunos años expuesta en el palacio gubernamental como trofeo mundial producido en esa entidad.

La producción del algodón en la Huasteca potosina y toda la propaganda de la primera paca, propiciaron que en esa región arribara una avalancha de agricultores de Matamoros y de la comarca Lagunera.

Durante dos años consecutivos se sembró algodón en grandes extensiones de tierra levantándose buenas cosechas. Ese año (1951) se sembraron más de 10 mil hectáreas abarcando la zona algodoneira Pánuco, Ver.; Ebano, Tamuín, S.L.P. y Ciudad Mante, Tam.

Yo sólo sembré mil hectáreas, invirtiendo todo el capital que había ganado vendiendo ranchos, el cual perdí totalmente, pues desgraciadamente una tre-

menda helada asoló la región, provocando la pérdida de nuestras cosechas. Ante la magnitud de ese desastre, todos los inversionistas abandonaron tierras y plantas despepitadoras, marchándose a sus lugares de origen.

### **En 1952 me fui a radicar a Tampico y compré un rancho en las márgenes del río Pánuco**

A principios de 1952, me fui a radicar a Tampico derrotado económicamente por lo dicho anteriormente, quedando prácticamente en la calle y sin llave para entrar por alguna puerta. Así suele ocurrir: cuando uno está desesperado y pobre se le cargan, como al perro flaco, todas las pulgas.

Un día me dirigí al bar del Hotel Imperial a tomar un "petróleo", bebida que se preparaba con tequila, agregándole salsa maggi y limón. Esta mezcla adoptaba un color café, por esta razón se le llamaba de ese modo. Al entrar me encontré a mi amigo Joaquín Alaba. Un español que se dedicaba a coyotear terrenos rústicos y urbanos.

Como yo tenía fama de vendedor de propiedades rústicas en Valles, S.L.P, al saludarme me dijo:

—Traigo entre manos un buen negocio que quizá te interese; consiste en un pedazo de oro con un brillante en medio, con el que nos podemos ganar ambos una buena comisión.

Sin prestar mucha atención a sus palabras, repuse:

—Yo nunca me he dedicado a la venta de alhajas.

—No es precisamente eso —rectificó— pero yo lo describo así porque se trata de un rancho muy bonito,

ubicado a cinco kilómetros de aquí, al poniente del río Pánuco. Cuenta con 200 hectáreas de superficie y con 200 vacas en buenas condiciones. Además tiene una casa habitación tipo americana. Lo venden en \$200,000.00. Si te decides a comprarlo. . .

Interrumpiéndolo, lo invité al bar a tomar los aludidos "petróleos", para que me diera más detalles sobre ese asunto. Después salimos y nos dirigimos al citado rancho, pasando en el chalán del Moralillo (entonces no había puente).

Al llegar, constaté que las vacas estaban muy gordas y las tierras producían zacate de la variedad Guinea. Mentalmente hice la cuenta del total de la operación. Las vacas en ese tiempo valían mil pesos cada una; o sea, que el valor de todas se ajustaba a la compra total del rancho.

Joaquín Alaba me sacó de mi ensimismamiento, informándome que el dueño del predio era un señor que se llamaba Francisco López, quien residía en Valles, S.L.P., apuntándome en una tarjetita su teléfono. Enseguida le pregunté que cuál sería la comisión que pretendía ganar, porque yo deseaba adquirir el rancho. Después de discutirlo, convenimos en que le daría el 5%, es decir, diez mil pesos.

Regresamos a Tampico y de inmediato me comuniqué por teléfono con el señor López, proponiéndole comprar su rancho en \$200,000.00; adelantándole la mitad, y la otra se la pagaría en un plazo de un año. Estuvo de acuerdo, manifestándome que me esperaba en Ciudad Valles para cerrar el trato.

Yo, como ya referí, no tenía ni un centavo así que decidí vender las doscientas vacas que, aunque todavía no eran mías, necesitaba arriesgarme para adquirir el rancho.

Para el efecto, me apersoné ante el señor Abdón Luna, introductor de ganado para el rastro de Tampico y dueño de algunas carnicerías. Y contra lo que esperaba, sin ninguna dificultad se realizó la compraventa, a mil pesos por animal, condicionado a que las reses no se las llevaría luego, sino en partidas de diez animales diarios. Mi comprador se portó muy comprensivo, otorgándome de antemano los doscientos mil pesos.

Al día siguiente viajé a Ciudad Valles, llevándole lo estipulado a don Francisco López. Enseguida este escurió la mencionada propiedad a mi nombre y yo, desde luego, le firmé un pagaré con vencimiento a un año. Retorné a Tampico inmensamente feliz, dueño de una preciosa finca y con cien mil pesos en el bolsillo.

La casa habitación era muy bonita y bastante cómoda, así que resolví vivir allí. Como ya había vendido las vacas no tenía caso conservar los potreros sin animales, por lo cual procedí a barbechar la tierra sembrándola con maíz.

A los tres meses levanté una buena cosecha que me proporcionó una utilidad precisamente de doscientos mil pesos; esto me permitió liquidar el pagaré al señor López, mucho antes de su vencimiento. De vuelta me empecé a enderezar económicamente.

Un buen día, al estar en el bar del Hotel Inglaterra, conversando con los amigos, me encontré a Anacarsis (*Carcho*) Peralta, quien trató de comprarme el rancho. Me ofrecía trescientos mil pesos, suma que me pareció poco atractiva por lo que le pedí medio millón de pesos, en virtud de que mi propiedad colindaba dos kilómetros con el río Pánuco y también con el Club de Regatas Corona. Sin embargo, a pesar de exponerle todas estas ventajas, *Carcho* no aceptó, alegando que yo ya le había sacado ese valor con las vacas y la siembra de maíz. Le exterioricé que efectivamente así era, pero que también él ya le había sacado su valor al Hotel Regis explotándolo lo suficiente.

Sus amigos, satélites y consejeros —que abundan alrededor de los empresarios y los ricos industriales que muchas veces se equivocan en dar su opinión— me aconsejaban que aceptara la oferta de *Carcho*, pues consideraban que era muy buena. Pero yo les dije que sus sugerencias no me convencían, porque de consejos yo sabía más que ellos.

Volví al rancho con copas a punto de caramelo y el alcohol, que a veces es buen consejero, me prendió el foco y pensé que debería aprovechar que mi finca limitaba dos kilómetros con el río Pánuco, haciendo un

fraccionamiento tipo granjas. Habiendo concebido esa fabulosa idea, me dormí profundamente.

Al otro día, resuelto a llevar a cabo mi proyecto, acudí con unos ingenieros para que elaboraran los planos de mi finca y trazaran diferentes perspectivas de pequeñas fincas, para promover su venta. Faltaban justamente ocho días para la inauguración del torneo de pesca del sábalo, del Club de Regatas Corona. A este evento asistían personalidades de México y del extranjero.

Una vez que reuní los planos y los carteles de propaganda, me presenté un día antes de la inauguración del torneo de pesca ante don Valentín Helguera, presidente del Club de Regatas Corona, pidiéndole que me permitiera exhibir en ese lugar la propaganda de venta del fraccionamiento de mis terrenos. Este señor al ver los planos y los carteles, me compró el primer lote, y otro amigo, Santiago Segovia adquirió dos. En el transcurso de esa tarde vendí veinte hectáreas.

Por la noche tras meditar largas horas, me di cuenta del extraordinario negocio de ese fraccionamiento y consideré que estaba vendiendo muy baratos los lotes. En la mañana me esperaban muchos clientes a quienes les comuniqué que ya había aumentado el valor de los lotes.

A las dos de la tarde ya había vendido 160 hectáreas.

Al anochecer recibí la visita del millonario H.H. Fleishman, manifestándome su deseo de comprarme el resto, es decir las 40 hectáreas. Pero yo le dije que nada más le vendía la mitad, porque la otra parte quería conservarla para mí.

En compañía de unos amigos, estaba festejando mi gran éxito con whisky y mariachis, cuando llegó *Carcho* Peralta, y sumándose al grupo exclamó en voz alta:

—Se te fue el tren, no quisiste venderme el rancho y ahora acabo de comprar 500 hectáreas de superficie a mil pesos hectárea.

—Fijate *Carcho*, que si a mí se me fue el tren, a ti se te fue el avión, pues acabo de vender casi toda mi pro-

piedad en \$1'200,000.00, conservando veinte hectáreas, con la casa y todos sus enseres.

Ya en condiciones económicas bastante holgadas, seguí el camino de la cabra que siempre tira al monte, pero antes liquidé mis deudas y con el resto volví a organizarme como agricultor.

Conseguí con mi fino amigo Salvador Guerra Aceves, 100 hectáreas en su propiedad denominada Villa Blanca. Para empezar compré dos tractores además de otros implementos de labranza y opté por sembrar maíz, autorrefaccionándome.

Desafortunadamente ese año hubo abundantes lluvias, obstaculizando el tránsito en los caminos de acceso a los ranchos. Para llegar a esa propiedad, era necesario desviarse a la carretera Tampico-Mante y recorrer unos veinte kilómetros por un camino intransitable, debido a las continuas precipitaciones pluviales. Y había necesidad de llevar comestibles a los peones y tractoristas.

En Tampico había entonces una empresa automotriz llamada Agencia de Automóviles Nacionales, cuyo gerente era mi amigo Francisco Pumarejo. En el aparador vi una fantástica camioneta Dodge Power-Wagon, con doble tracción y tenía instalado un "winch" con cable de acero. Entré a verla y a pedir informes acerca de su manejo. Me atendió mi amigo Francisco, notificándome que su costo era de \$50,000.00 con facilidades: \$20,000.00 de enganche y los otros \$30,000.00 para pagarse en un plazo de 90 días.

Le aclaré al gerente que no tenía a la mano los veinte mil pesos, haciéndole saber que ese vehículo lo necesitaba muchísimo en esos momentos. Así que tras insistirle un rato accedió a entregármela sin darle el enganche; sólo le firmé tres letras.

Fui con mi chofer Celso Pérez a cargar gasolina y de ahí nos dirigimos al mercado a comprar provisiones.

Después salimos de Tampico rumbo al rancho. Al llegar a la desviación, abandonamos la carretera pavimentada. Todavía no habíamos avanzado dos kilómetros, cuando nos topamos con un arroyo, que aunque no iba muy crecido, su fondo era una ciénega. Colo-

qué la tracción delantera y me dispuse a atravesar el arroyo y al alcanzar el fondo, el vehículo quedó en banda pues tanto la tracción delantera como la trasera quedaron volando.

Mi chofer muy preocupado me dijo:

—De aquí no va usted a poder sacarla.

—Sí —replique— bájate y toma el cable del "winch" y amárralo de aquel arbolito.

Celso obedeció enseguida y yo puse a trabajar el motor, pero cual sería nuestra sorpresa al ver que sacó el arbolito con todo y raíz, quedando la camioneta completamente inmóvil.

Mi chofer insistía:

—Le digo a usted que no va a lograr sacarla de este atascadero.

—Mira —le dije— la saqué de la agencia sin dar el enganche, cosa muy difícil; cuanto más de aquí.

En otro árbol más grande amarró el cable y entonces salió con facilidad. Más adelante donde quiera que nos atorábamos, conseguíamos salir sin ningún problema. Así llegamos al rancho ante la alegría de todos, por haberles llevado alimentos y algunas medicinas.

Con tanta lluvia se perdió completamente mi cosecha de maíz, ya casi para recolectarse, sufriendo la pérdida total de las inversiones que ya había efectuado. Sin tener otra alternativa, vendí el equipo agrícola, pagué mi camioneta y compré cincuenta vacas, que instalé en las veinte hectáreas que me habían quedado del fraccionamiento.

## Cumplí 50 años de edad

El 15 de julio de 1953, llegue a la cúspide de la vida, con cincuenta años a cuestas. Considerando que a esa edad empieza el descenso, sin embargo, yo seguía conservando alerta el pensamiento, los músculos tónicos y una gran voluntad que me decía: ¡Adelante!

Haciendo un análisis retrospectivo, me sentía sinceramente satisfecho de lo que había logrado hasta ese día, todos esos años me proporcionaron muchos amigos, útiles y variados conocimientos, innumerables experiencias que continuaría acumulando en el transcurso de mi vida.

Por la gracia de Dios, gozaba de muy buena salud, a pesar de los mil y un desórdenes que entraña la juventud. De los errores cometidos no me arrepentía en absoluto, pues equivocadamente fueron producto de mi espíritu de lucha y de mi fuerte temperamento.

De mis vicios, el que más se había arraigado a mi organismo era el tabaco, ya que desde la edad de quince años comencé a fomentarlo y lamentablemente mi aparato respiratorio empezaba a resentir sus efectos.

Los resultados no se hicieron esperar: fui perdiendo la voz paulatinamente. Aclaro que desde joven fui aficionado al canto, como ya describí anteriormente; en los ranchos siempre participaba interpretando a dúo canciones de aquellas épocas.

Mi voz clara y limpia, se tornó en gruesa y ronca. El abuso del tabaco me causaba a veces malestar esto-

macal y tos nocturna. El corazón comenzó a padecer arritmia; generalmente tenía mal sabor de la boca y sufría muy frecuentemente de laringitis, con dolores en la garganta y ronquera.

Viajé a México a consultar a un especialista de mucho prestigio, el doctor Rhenkin, de origen alemán. Su consultorio estaba ubicado enfrente de La Alameda. Me hizo un examen minucioso indicándome que dejara de fumar inmediatamente, pues presentaba una tremenda irritación en la garganta. No me recetó absolutamente nada, pero me advirtió que si continuaba fumando, podría ser un candidato al cáncer. Liquidé la consulta y salí a la calle realmente apesadumbrado.

Retorné a Tampico muy preocupado y desde luego dejé el cigarro, pero las consecuencias inmediatas de esa abstención fueron bastante duras. Me alteró el sistema nervioso y me irritaba por cualquier cosa. Los dolores en la garganta desaparecieron, así que al sentirme aliviado, volvía a fumar con la misma frecuencia de antes, olvidando las instrucciones del doctor Rhenkin.

A las pocas semanas, como es de suponerse, empeoró mi estado, por lo que nuevamente acudí al mismo doctor. Este me examinó otra vez, diciéndome que no había seguido sus indicaciones, enfatizando que aparte de las retribuciones que él percibía por su profesión, tenía una satisfacción muy grande: ver curados a sus pacientes. Que inclusive a la gente con pocos recursos económicos no les cobraba. Que si yo no tenía amor a la vida, continuara fumando y que no volviera a molestarlo ni a quitarle su tiempo. Agregó que la vez anterior me había hecho la observación que estaba propenso a adquirir cáncer pero que ya no era precisamente eso, sino que ya traía boleto. Regresé a Tampico, completamente resuelto a dejar de fumar.

Así lo hice. El primer paso consistió en no comprar cigarros. Esto fue muy fácil, pero en mi desesperación por la falta de ellos, me convertí en un limosnero. A todos mis amigos que encontraba, les pedía un cigarro y a veces no tenía necesidad de hacerlo pues éstos amablemente me ofrecían, y yo aceptaba sin importarme

la marca. Mi sistema nervioso se alteró en exceso, tanto que en las noches no podía conciliar el sueño y cuando lo lograba, soñaba que fumaba postes del ferrocarril, aspirando mucho humo.

Como seguía fumando por las ofertas de mis amigos o porque yo les mendingaba, resolví retirarme a un rancho de un amigo mío llamado Francisco Arián, en donde no habitaban personas fumadoras ni había tiendas en donde adquirir cigarros. Hice un plan para permanecer en ese lugar una semana, teniendo el firme propósito de tomar aquello como una despedida de mi vicio. Compré mi última cajetilla de cigarros y una botella de tequila para darme valor.

Ya instalado en el rancho, la primera noche dormí más o menos bien. A la mañana siguiente desayuné frugalmente y después fumé mi primer cigarrillo, éstos continuaron en orden cada media hora; al mediodía me dispuse a escuchar melodías de mi queridísimo amigo Agustín Lara. Y por la tarde me dediqué a beber tequila y a fumar sin reparo. A las ocho de la noche estaba a punto de caramelo, terminando la cajetilla de cigarros y mentándole la madre al cáncer. Casi rendido por la borrachera me dormí plácidamente.

Al otro día desperté con una cruda espantosa. Me preparé un café y al tomar los primeros sorbos me dieron unas ganas irresistibles de fumar. Al ver la cajetilla vacía, hice el peor ridículo de mi vida al recoger las colillas de los cigarros consumidos la noche anterior.

Avergonzado apuré el resto de la botella y me consideré muy poco hombre, un cobarde por la falta de carácter y fuerza de voluntad para dejar ese dañino vicio. Entonces me asaltó el temor de contraer cáncer y me juré a mí mismo no volver a comprar ni aceptar un cigarro de nadie.

Me costó trabajo cumplir ese juramento, sufriendo días de angustia y desesperación. No obstante, cada día que pasaba, me iba acompañando mi firme decisión y al transcurrir los primeros tres meses, me sentí completamente salvado de mi adicción al tabaco y, probablemente de no haberlo conseguido, no hubiera escrito estas líneas.

## **Los ciclones Hilda y Janet me dejaron en la ruina en 1955**

Reanudé mis actividades en mi pequeña propiedad con nuevos bríos, atendiendo mi ganado vacuno productor de leche, poniendo especial cuidado en su alimentación. Esto redundó en mi propio beneficio, pues el producto obtenido me aportó buenas ganancias en los meses subsecuentes.

Los primeros días de septiembre de 1955 el servicio meteorológico estadounidense y también el de nuestro país, anunciaron la formación de un ciclón en el Golfo de México, al que bautizaron con el nombre de Hilda. Más adelante informaron que la trayectoria del mismo apuntaba hacia el puerto de Tampico.

Ante el inminente peligro, las autoridades navales y municipales, dieron la voz de alarma a todos los habitantes de la región, que de inmediato procedieron a tomar toda clase de precauciones, ya que la costa del estado de Tamaulipas, anteriormente había sufrido el golpe de la furia de los huracanes.

El ciclón Hilda arribó a Tampico el 19 de septiembre a las nueve de la noche con estrépito y celeridad. Derribó árboles y postes del alumbrado público, de teléfonos, etcétera. Al trasladarse, girando con gran velocidad, el viento sopla en espiral alrededor de un centro de presión atmosférica más baja llamado "ojo". Tres horas después se presentó lo que comúnmente llamamos la "cola" del ciclón, con abundantísima y aterradora lluvia.

Al día siguiente amaneció Tampico con las calles inundadas, sin energía eléctrica, ni agua potable, careciendo además de servicio telefónico. Como el huracán penetró en tierra más de 400 kilómetros, hizo aumentar enormemente el caudal de los ríos y sus afluentes, amenazando con salirse de sus límites.

Estábamos reparando los daños materiales ocasionados por el tifón, y apenas se habían restablecido los servicios públicos en Tampico y en Ciudad Madero, cuando los medios de comunicación masiva difundieron la fatídica noticia que en el mar Caribe se gestaba otro ciclón, al cual denominaron Janet. Éste cruzó las costas de Yucatán internándose en el Golfo de México, y posteriormente se dirigió al puerto de Tampico, azotándolo con más fuerza que el anterior, con aguaceros torrenciales que provocaron que el nivel del río Pánuco subiera veinte metros de su nivel normal, por lo que se inundaron algunas colonias como El Cascajal, Isleta y las zonas bajas de Ciudad Madero.

El huracán Janet invadió el puerto como a la una de la mañana con una intensidad devastadora; por tal motivo, las pérdidas fueron irreparables. Su diámetro llegó a extenderse aproximadamente 600 kilómetros.

En ese tiempo don Manuel A. Ravizé era presidente municipal de Tampico, y el general José Cueto Ramírez, jefe de la zona militar; así que un buen número de voluntarios nos fuimos a poner a las órdenes de ambos, para ayudar en la labor de salvamento. A mí me comisionaron salir río arriba, en una lancha grande de dos motores. Hice un recorrido por varias rancherías, con el propósito de auxiliar a hombres, mujeres y niños, llevándolos a Tampico.

En el trayecto, mis compañeros y yo encontrábamos flotando en el agua, infinidad de cadáveres de gente y de reses que perecieron ahogadas. No nos podíamos arrimar a las copas de los árboles, pues estaban cubiertas de serpientes venenosas que allí encontraron protección.

Además tuve la pena de constatar que mi ranchito (compuesto de veinte hectáreas) que se localizaba en las márgenes del río Pánuco, ya no existía. A su paso, la turbulenta corriente se llevó la casa de madera, los



Los daños causados por *Hilda* y *Janet* en el puerto de Tampico fueron cuantiosos.

corrales, así como también las cincuenta vacas lecheras. Con amargura presencié lo que representaba mi ruina económica.

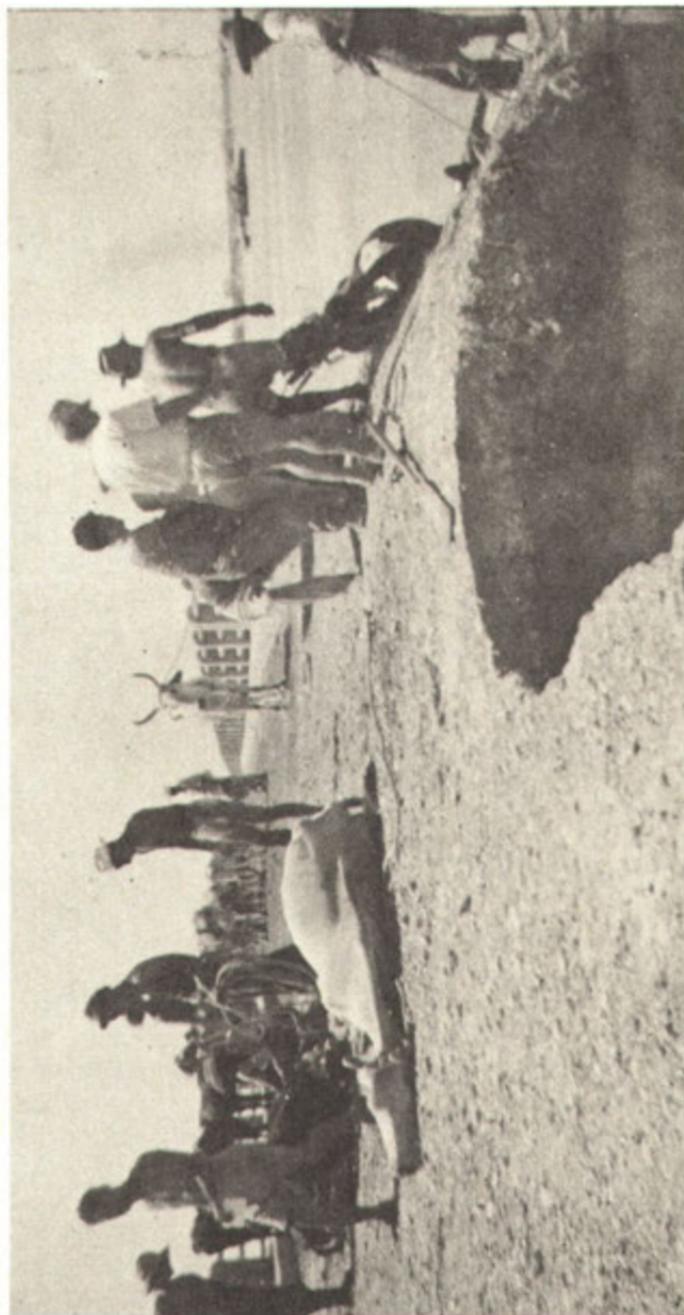
Regresé a Tampico, con muchas personas a salvo, a bordo de la lancha. Los ganaderos que tenían ranchos cercanos al puerto me preguntaban en qué condiciones se encontraban sus propiedades. Yo les notifiqué que en estado desastroso y que una gran cantidad de ganado andaba nadando rumbo al mar.

Uno de esos ganaderos me propuso una oferta tentadora que consistía en venderme su ganado, que se hallaba nadando disperso en el río. Yo ví posibilidades de salvarlo y llevarlo a un lugar seguro; y debido a que otros ganaderos me propusieron lo mismo, efectué una operación de compraventa fuera de lo común, pues las reses no se encontraban en potreros, sino tratando de sobrevivir en aguas embravecidas.

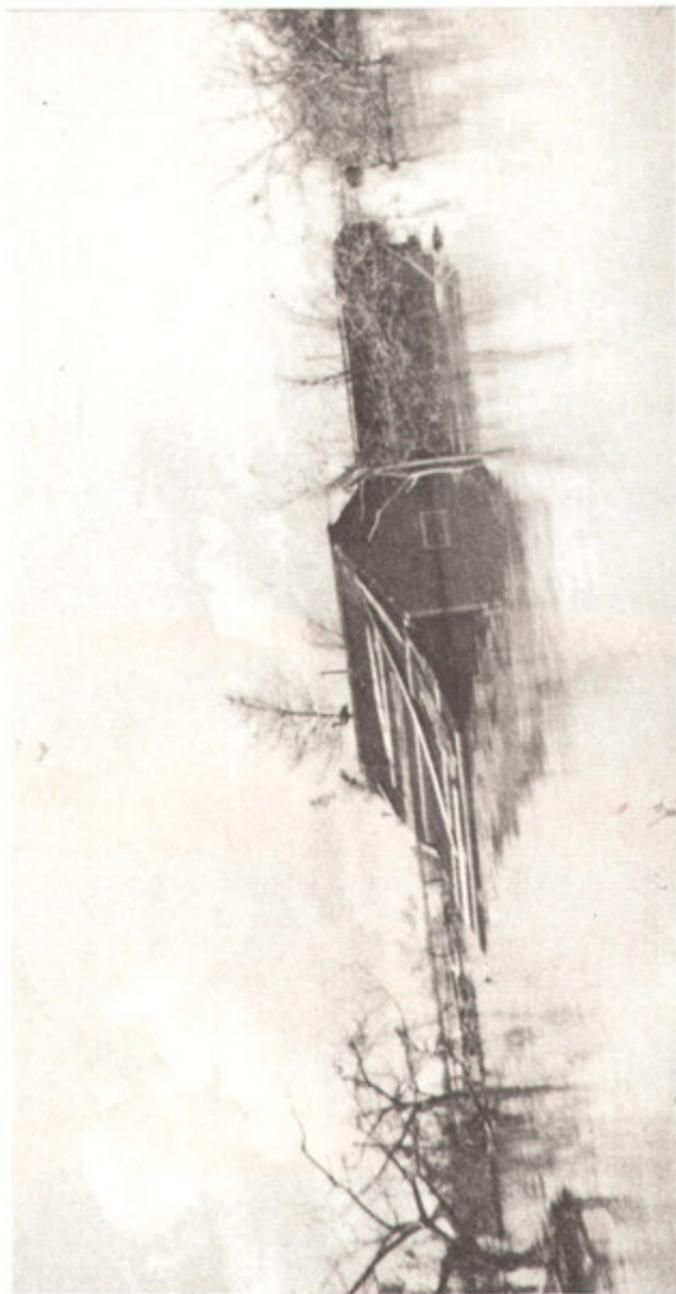
El precio fijado fue de \$300.00 por animal (el costo normal de cada res era de \$1000.00). Para no incurrir en delito de "abigeato naval", antes de sujetar cada vaca a los costados de la lancha, le examinaba el fierro, y si no pertenecía a los de la compraventa la soltaba a que siguiera nadando. Tuve que rentar dos lanchas para realizar esa difícil faena y no descuidar mi comisión de salvar personas.

La primera dificultad que afronté fue la urgencia de trasladar esos animales a un sitio adecuado para alimentarlos, pues se encontraban en pésimas condiciones: flacos y con las pezuñas deterioradas por la humedad de tantos días.

Provisionalmente, elegí el puente El Moralillo, recién construido de concreto. Allí pude reunir cerca de cien vacas, pero como era un riesgo tenerlas en ese lugar, decidí transportarlas en lanchas, no a bordo (por supuesto), sino amarradas a los lados por los cuernos o por el cuello. Las desembarqué en el Club de Regatas El Chairel. Luego en las calles de las colonias no inundadas, les corté bastante yerba de los árboles caídos para que comieran. Este alimento no era suficiente para conservarlas, pero por fortuna descubrí una superficie de unas cinco hectáreas, colindante con el



"Para no incurrir en el delito de abigeato naval, antes de sujetar cada vaca de los costados de la lancha, le examinaba el fierro y si no pertenecía a los de compraventa, la soltaba a que siguiera nadando".



El rancho San Fernando quedó en ruinas después del paso de los ciclones *Hilda* y *Janet* en septiembre de 1955.



El rancho San Fernando quedó en ruinas después del paso de los ciclones *Hilda* y *Janet* en septiembre de 1955.

Sanatorio Español. Estaba cercada pero ahí había abundante zacate Guinea.

Inmediatamente resolví llevar los animales a ese lugar, procediendo a romper los cercos de alambre para que entraran a pastar. El propietario de ese terreno era un árabe, quien acudió a mí furioso, exigiéndome que echara fuera las reses. Yo le contesté que no podía porque éstas servirían para alimentar a los damnificados de la inundación. Con esta explicación, el árabe se conformó y sin decir nada, se retiró.

Cuando el ganado estuvo ligeramente repuesto, arreglé con mi amigo Junior Harper, llevarlo a una de sus propiedades llamada Las Norias y Tancasneque. Un mes después, vendí las cien vacas a mil pesos cada una.

Con la ganancia saldé mis deudas, quedando otra vez en la miseria. Y como ya no tenía ingresos, pues mi rancho había desaparecido, determiné viajar a mi tierra (la Región lagunera) para "buscar el chivo" y tratar de rehacerme de nueva cuenta.

## **Don Teófilo Borunda**

Al día siguiente de haber llegado a Torréon, fui al bar del Hotel Elvira, a tomar una copa. Me hallaba yo solo bebiendo, cuando de pronto apareció como enviado del cielo, mi finísimo y querido amigo don Teófilo Borunda, quien acababa de tomar posesión como gobernador del estado de Chihuahua.

Abandoné mi asiento para saludarlo, dándole un fuerte abrazo. Me preguntó que cómo me iba.

Todo el mundo —Comencé a decirle— cuando le

preguntan eso, siempre contesta que bien aunque esté muy jodido, pero yo difiero de esa costumbre. Me ha ido sumamente mal. Fui víctima de dos gringas, una llamada Hilda y la otra Janet.

Don Teófilo Borunda me recriminó que por qué me andaba metiendo con ese tipo de mujeres. Y al instante le aclaré que ojalá hubieran sido mujeres pero desafortunadamente fueron dos ciclones que arribaron a Tampico, uno detrás de otro y en pocas horas me arruinaron.

Don Teófilo, que es un señor de señores, me pidió que lo acompañara a la ciudad de México, a donde se dirigía para asistir al último informe de gobierno del presidente Adolfo Ruiz Cortines. Desde luego, acepté encantado y él me indicó que fuera por mi equipaje. Le contesté que los huracanes habían arrasado con todas mis pertenencias, incluyendo mi guardaropa.

Esa misma tarde salimos en automóvil rumbo a San Luis Potosí, pues él tenía un compromiso por la noche con el gobernador de ese estado, que por cierto también era amigo mío, el profesor Manuel López Dávila. Pernoctamos en la capital potosina y al otro día muy temprano proseguimos el viaje a la ciudad de México. Llegando a ésta nos hospedamos en el Hotel del Prado.

Después de comer, don Teófilo le recomendó a su secretario particular, Félix Alfonso Lugo, me llevara a la tienda High Life (entregándole una tarjeta de crédito) y me dejara elegir toda la ropa que yo quisiera.

Al ver mi expresión de asombro comentó:

—Abastécete bien, pues el gobierno de Chihuahua te dará una comisión y por tal motivo, él será el que pague estos gastos.

Sin esperar más, Alfonso y yo nos fuimos directamente a ese elegantísimo establecimiento de ropa.

Para poderme surtir bien, primero escogí una maleta en donde cupiera lo más posible. Ésta por supuesto fue un baúl, mueble en el que entraron seis trajes, doce camisas, cuatro pares de zapatos, ropa interior, corbatas y hasta dos frascos de fina loción. De la tienda enviaron todo lo anterior al hotel en donde estábamos alojados.



Teófilo Borunda, gobernador de Chihuahua, y Enrique Marroquín durante una cena ofrecida al gobernador de Texas, Lyndon B. Johnson, en Ciudad Juárez.



Enrique Marroquín, señor Chávez, alcalde de El Paso Texas; Teófilo Borunda, gobernador de Chihuahua; y René Mascareñas, presidente municipal de Ciudad Juárez.

Antes de abandonar High Life, me despedí de Alfonso y fui a los baños de vapor del hotel Regis, en donde dieron masaje a mi cuerpo magullado de tanta lucha y también a mi cara, para aminorar las patas de gallo, mejor dicho de cócono. Al anochecer me reuní con don Teófilo Borunda, en el bar del hotel del Prado, quien al verme soltó una sonora carcajada, diciéndome:

—Vienes hecho un dandy, casi no te reconozco.

—Yo también me noto algo cambiado —le dije— no cabe duda que la falta de plumas hace al pájaro feo.

Una vez pasado el informe presidencial y hallándome en su compañía tomando una copa de whisky, me preguntó qué puesto ambicionaba ocupar en el gobierno de Chihuahua. Le contesté que prefería algo así como algún contrato de obras públicas, ya que tenía muchos amigos contratistas en Tampico.

Entonces el gobernador me informó que tenía un programa de trabajo en la ciudad de Chihuahua, que era nada menos que pavimentar 300 mil metros en la colonia Santa Rosa. Me instó a que me comunicara con mis socios y así emprender cuanto antes el viaje hacia allá, para que el director de Obras Públicas nos proporcionara detalles, especificaciones y precios.

Ni tardo ni perezoso, les hablé por teléfono a los ingenieros Roberto Cantú y Enrique Lizárraga, dueños de la Constructora Huasteca, avisándoles que urgía se presentaran en la ciudad de México para luego continuar de allí a Chihuahua, para desempeñar un contrato de pavimentación que me había otorgado el gobierno de ese estado. Una vez realizada la inspección en la capital de Chihuahua, los ingenieros retornaron a Tampico por la maquinaria para empezar el trabajo lo más pronto posible.

## **La señora Luz Corral, viuda del general Francisco Villa**

Durante mis vacaciones en la ciudad de México, como ya mencioné anteriormente, me hospedaba en el hotel Regis. En la cafetería del mismo hotel conocí a la señora Luz Corral, viuda del general Francisco Villa, quien se sostenía económicamente vendiendo casimires, tanto mexicanos como ingleses. Con el deseo de recordar mi estancia en la Hacienda de Canutillo trabé amistad con ella, platicando anécdotas del extinto general. Para el efecto, frecuentemente la invitaba a cenar.

Transcurrió el tiempo y ella se fue a vivir a Chihuahua. Yo me establecí en Valles, S.L.P., y no nos volvimos a ver hasta muchos años después, cuando realizaba el contrato de pavimentación en la colonia Santa Rosa. En ese lugar el general Villa había fincado su residencia, la cual abarcaba casi la mitad de una manzana y constaba de la casa grande; al fondo, un corral amplísimo, caballerizas y habitaciones para los soldados de su escolta. Al no tener espacio para el jardín el jefe de los famosos Dorados, abusando de su autoridad, tomó media calle, levantó una barda de cantera hasta la banquetta de enfrente; luego rellenoó esta superficie con tierra, instaló una fuente en el centro y sembró a su alrededor plantas de ornato. Permitió el paso de peatones por la acera opuesta.

Muerto el general Villa, ningún gobierno se atrevió a derrumbar ese jardín para que pudieran transitar por

ahí los vehículos. Como yo desarrollaba el contrato de pavimentación en dicha colonia, al llegar a ese sitio los vecinos de la señora Luz Corral, (quien nos había rentado los corrales para guardar toda la maquinaria), me suplicaron que consiguiera su autorización para que hubiera libre circulación por esa calle.

Me entrevisté con ella exponiéndole el asunto de la mejor manera. No obstante su reacción fue violenta, exclamando que jamás consentiría que se efectuara semejante demolición. Así que me vi en la necesidad de comunicarle su negativa al gobernador, don Teófilo Borunda, y éste dispuso que para no tener problemas con la viuda, buscara la forma de disuadirla, haciéndole saber que se le pagaría por los daños y perjuicios, así como el valor del terreno.

La cantidad ascendía a quinientos mil pesos. Sin embargo, a pesar de tan magnífica oferta, la señora Luz la rechazó categóricamente.

Como tenía la costumbre semanal de hacer tamales en su casa acompañándolos con algunas copas de sotol, una ocasión gentilmente me invitó a saborearlos. Curiosamente reunía allí a todas las mujeres que habían sido esposas del general Villa. Era una reunión muy parecida a la establecida por la religión de los mormones, donde se juntan las esposas de un solo hombre, sin celos ni resentimientos.

Uno de esos días, ya entrados en copas, delante de todos los concurrentes traté de convencerla para que aceptara la oferta del medio millón de pesos. La mayoría de las señoras ahí presentes le aconsejaban lo mismo, seguramente con la esperanza de que en algo las ayudaría.

Tanto estuvieron insistiendo para que no rechazara mi petición, que terminó dando su autorización para derrumbar el jardín y las construcciones aledañas. Todos nos retiramos a las diez de la noche.

Yo consideré que al día siguiente, ya fuera de copas, la señora se volvería a rehusar. Así que procedí de inmediato a esas horas de la noche, para iniciar la demolición.

Muy temprano en la mañana, ya tenía en mi poder

el cheque que el gobierno me había extendido para liquidar ese trato.

Los camiones de volteo estaban desalojando los escombros, cuando se presentó doña Luz hecha una furia —al ver destruido su jardín— reclamándome mi proceder. Sin alterarme, le recordé que la noche anterior delante de varios testigos estuvo de acuerdo en que se llevara a cabo ese trabajo. Y, al entregarle su dinerito, su enojo desapareció como por arte de magia.

Ella aprovechó el inmueble convirtiéndolo, a sugerencia mía, en un museo, en donde puso en exhibición una fabulosa colección de fotografías de la Revolución Mexicana y desde luego todas las pertenencias de su difunto esposo: armas, sombreros, calzado, prendas de campaña, así como trajes que usó el general Villa en presentaciones civiles. Además el automóvil Dodge convertible en que lo asesinaron y la ropa ensangrentada que traía puesta en esa fecha fatal.

El citado museo le aportó muy buenos dividendos, pues cobraba por persona: cinco dólares a extranjeros y diez pesos a los del país. Inclusive tenía un libro de registro, en el que estampaban su firma todos los visitantes.

Dos años llevó concluir las obras de pavimentación de las calles de la Colonia Santa Rosa, ante el beneplácito de los beneficiados y del propio gobernador.

Casi enseguida emprendí la pavimentación de una parte de la carretera de Ciudad Cuauhtémoc a Babicórra, precisamente en un tramo comprendido entre dicha ciudad y el poblado de Rubio.

Posteriormente la suerte continuó favoreciéndome ya que mi estimado amigo don Alfredo del Mazo, a la sazón secretario de Recursos Hidráulicos, me ofreció un contrato para la construcción de una pequeña presa que se localiza en las inmediaciones de la ciudad de Chihuahua sobre un afluente del río Chivíscar llamado el Rejón.

Le viviré eternamente agradecido a don Teófilo Borunda por la enorme ayuda que me brindó durante su administración. Y fuera de esta descripción, hago constar que lo traté con cierta intimidación, observando

siempre su espíritu constructivo en todos sus actos de gobierno, así como su firme y atinada función política.

En sus seis años de gobierno, prevaleció el trabajo, la tranquilidad y el bienestar. Sin duda fue y sigue siendo un político de altura con gran capacidad de organización, de trabajo; aunado a esto su honestidad. Hoy, muchos años después, lo atestiguan sus éxitos logrados en todas las empresas que ha realizado fuera de la política. Actualmente es uno de los principales productores de nuez, reconocido no sólo en México sino a nivel internacional.

También quiero expresar mi profundo agradecimiento para mi amigo don Alfredo del Mazo y a mi querido compadre Alfredo Colín Varela, que en aquella época fungía como subsecretario de Recursos Hidráulicos. De ambos recibí ayuda, atenciones y afecto.

## **Don Gilberto Florez Muñoz y los agricultores "nylon"**

Don Gilberto Flores Muñoz se encumbró políticamente, cuando fue secretario particular del general Saturnino Cedillo. Éste era el cacique de San Luis Potosí, que abrigó torpes sueños de derrocar al gobierno del general Lázaro Cárdenas, alentado por la reacción de las compañías petroleras nacionalizadas, pues aspiraba a ocupar la Presidencia de la República. Para el efecto se preparó militarmente, a fin de conseguir su máximo objetivo.

Decían los enterados que el presidente Cárdenas, tratando de evitar disturbios en el país, le habló a don Gilberto Flores Muñoz, para que disuadiera a su jefe a renunciar a tan descabellado propósito. Pero parece

que éste no desempeñó muy bien dicha comisión, ya que se comentó que mejor prefirió estar a la expectativa, con la ilusión de un desenlace que lo favoreciera.

Como ya es bien sabido, el general Saturnino Cedillo se alzó en armas contra el gobierno, con la esperanza de que las compañías petroleras lo respaldaran, así como algunos grupos de campesinos. Sin embargo, todo le falló y el resultado fue que perdió la vida.

Ante el fracaso de su jefe, Flores Muñoz quedó al garete en la política, por lo tanto decidió dejar la capital y establecerse en Ciudad Mante, Tam.; tomando en arrendamiento treinta hectáreas de tierra, las cuales dedicó al cultivo de caña de azúcar.

En ese tiempo yo atendía mi rancho La Loma en Valles, S.L.P., pero visitaba periódicamente esa ciudad, pues ahí sembraba verduras de exportación mi querido compadre don Tomás Benvenutti en sociedad con don Abelardo Osuna, agricultor y también dueño del Hotel Mante, en donde se hospedaba don Gilberto Flores Muñoz, quien por cierto se encontraba en una situación económica muy difícil. A veces no disponía para las rayas del rancho, pero afortunadamente contaba con el apoyo de don Abelardo Osuna y de mi compadre para solucionar ese tipo de problemas. Yo solamente en dos ocasiones le otorgué una ínfima ayuda.

En esas condiciones permaneció en Ciudad Mante, Tam., alrededor de dos años, tiempo en el que precisamente concluyó el período presidencial del General Lázaro Cárdenas. Al llegar al poder el general Manuel Avila Camacho, la suerte le cambió favorablemente presentándose como senador por el estado de San Luis Potosí.

Siendo senador, un día viajamos a la ciudad de México para saludarlo don Abelardo Osuna, mi compadre Tomás Benvenutti, un agricultor de apellido Castro y yo. Nos recibió pero en forma muy diferente que cuando convivía con nosotros en Ciudad Mante.

Años después, el candidato a la Presidencia de la República, don Adolfo Ruiz Cortines lo nombró jefe de la campaña política. En su gira por la Región Lagunera, don Gilberto Flores Muñoz se entrevistó con un im-

portante agricultor de aquel lugar que refaccionaba a varios ejidos, pidiéndole ayuda económica para solventar sus gastos. Este señor se llamaba Antonio Anaya y según se supo le prestó la respetable suma de dos millones de pesos.

Al ser elegido Presidente de la República don Adolfo Ruiz Cortines, designó a don Gilberto Flores Muñoz, secretario de Agricultura. Quienes nos considerábamos sus íntimos, recibimos la noticia con gran beneplácito. No obstante, el que creíamos nuestro amigo, cambió radicalmente.

Mi compadre Tomás Benvenuti, que años atrás lo auxilió cuando tuvo apuros de dinero, acudió a él. Confiaba en que como presidente del consejo del Banco Agrícola, podía intervenir para que esta institución le concediera una prórroga por un adeudo de un rancho que había desmontado totalmente, y al que le construyó grandes instalaciones de riego. Ante esa petición don Gilberto Flores Muñoz le prometió ayudarlo, cosa que no hizo ya que arregló que ese predio rústico lo remataran a favor de su amigo, el general Carlos Real.

Don Abelardo Osuna, que tenía una empresa vendedora de maquinaria agrícola, también solicitó su intervención para que los bancos Agrícola y Ejidal y la propia Secretaría de Agricultura, lo distinguieran en igualdad de circunstancias, comprándole equipo. Sin embargo, tampoco consiguió nada pues el funcionario se negó a ayudarlo, a pesar de que durante dos años estuvo alojado en su Hotel de Ciudad Mante sin pagar la cuenta del hospedaje en todo ese tiempo.

En cuanto a don Antonio Anaya, nunca le restituyó la cantidad de dinero que le había prestado. Por el contrario, ordenó al Banco Ejidal que no le liquidaran los ejidos, once millones de pesos que le debían (los ejidatarios), orillando con eso la quiebra de sus negocios. Por lo que respecta a mí, jamás recurrí a él.

En cierta ocasión arribó a Tampico el señor Flores Muñoz y fuimos a recibirlo al aeropuerto don Abelardo Osuna, Baudelio González Caballero, León García y el suscrito. Después de haber almorzado en su compañía, nos invitó a una gira de trabajo a Matamoros.

Antes de llegar a dicha población recorrimos las tierras abiertas al cultivo, en donde un sinnúmero de agricultores habían intervenido en el desmonte y preparación de las mismas, a iniciativa del presidente Miguel Alemán Valdés y de don Nazario Ortiz Garza, otorgándoles el crédito refaccionario para lograr que esos vastos terrenos fueran productivos.

Don Gilberto Flores Muñoz comentó con desfachatez que las personas que participaron en esos trabajos, a quienes calificó como agricultores "nylon", no habían cubierto en su totalidad los créditos que les concedieron, ya que algunos de ellos ni siquiera habían sembrado por falta de lluvias, por lo que él ya había ordenado al Banco Agrícola que les recogieran tanto las tierras como el equipo agrícola.

Ante esa absurda exposición, me permití decirle lo siguiente: "Yo conocía hace algunos años todos estos terrenos cuando eran montes cerrados, consecuentemente totalmente improductivos. Las 300 mil hectáreas que existían sin cultivar, ahora son cultivadas por los agricultores que usted califica como 'nylon' y producen 250 mil pacas de algodón".

"En ese proceso de hacer producir a la tierra, se han ocupado más de 200 mil campesinos que antes carecían de trabajo. Se han instalado veinte plantas despepitadoras; tres fábricas extractoras de aceite de algodón, varias casas vendedoras de maquinaria agrícola, de camiones y automóviles; diez bancos y, sobre todo, se ha hecho producir una tributación fiscal que nunca antes había existido, pagando el impuesto de exportación llamado ad-valorem. Todo esto coadyuvando a la formación de innumerables pequeños comercios, así como la construcción de muchas vías de comunicación".

"Señor Flores Muñoz, a estos agricultores no solamente no les deberían quitar las tierras y el equipo agrícola, sino otorgarles una medalla de oro, por sus continuos esfuerzos y las terribles penas producidas en su lucha cotidiana. Sin tener casa habitación en donde dormir, ni agua para beber, pues de todo carecía esta zona otrora inhóspita".

"A estos señores, hoy despojados del fruto de su tra-

bajo, les pasó lo que a Cristobal Colón, que también con muchos esfuerzos descubrió América y al regresar a Europa no reconocieron su grandiosa hazaña, muriendo preso y encadenado."

Esta comparación que hice le disgustó sobremanera a don Gilberto haciéndome muy mala cara. Así que me tuve que regresar al día siguiente solo a Tampico.

De los hechos anteriores se enteró todo el mundo, desatándose una ola de comentarios desfavorables en torno a la personalidad de ese nefasto político, que al escalar una posición elevada se volvió insolente y arbitrario. Sus actitudes y su modo de proceder no sólo no le permitieron conquistar nuevas amistades, sino por el contrario, acabaron con las que tenía, rodeándose de enemigos a tal grado que sus propios familiares lo asesinaron.

Bien lo ha de haber conocido don Adolfo Ruiz Cortinez para eliminarlo como candidato a la Presidencia de la República.

## **El destino de algunas mujeres**

En mis correrías de joven, ya independiente y con enormes deseos de superación, cortejé a una agradable y hermosa muchacha tratando de enamorarla. Bastante insistí para que aceptara mis requiebros; empero, ella nunca me tomó en cuenta. Muchos otros jóvenes de igual forma le hacían la corte con entusiasmo, pero también corrieron la misma suerte que yo, ya que a todos nos hallaba defectos. Lo que ella quería era un hombre perfecto: guapo, rico, en fin un dechado de virtudes.

El tiempo transcurrió inexorable, sin que apareciera en su vida el soñado príncipe azul. Y los años, que no pasan en balde, fueron marchitando su belleza. Y poco después, de aquel portento de mujer no quedó ni rastro. Se convirtió en una vieja irascible, crítica y muy rezandera; por consiguiente decidió meterse de monja, tratando de entregársele a Dios, cuando el diablo ya no la quería.

Las mujeres son muy difíciles de comprender; infinidad de hombres presumen de conocerlas y con fanfarronería lo aseguran. Estos no saben lo que dicen, porque a las mujeres nadie las conoce, pues son como las huellas digitales: no hay dos iguales.

Cuenta una anécdota que un hombre ya maduro tenía inusitada fama de Don Juan. Lo mismo conquistaba a mujeres de alta alcurnia como de estratos sociales más bajos. Tal era su reputación de mujeriego, que un prestigiado periodista resolvió entrevistarle.

Le preguntó sin preámbulos cuál era el secreto para que todas las mujeres, a quienes se acercaba, se enamoraran de él. El aludido contestó a su interlocutor, que su táctica consistía en lo siguiente: "En presencia de una princesa la trato como a una lavandera. Todos, por lo general, la adulan siempre con piropos y atenciones desmedidas aunque no sea bonita. Así que la displicencia de un hombre que no la elogia ni se porta amable con ella, hiere su orgullo de mujer, pero a la vez atrae su atención. Y haciendo una comparación con los aduladores, se llega a la conclusión de que aquél le interesa más que ninguno. Como se dice vulgarmente, se crece al castigo y se enamora.

En cambio a la lavandera, que nadie se preocupa por halagarla ni se desviven por ella, al ser asediada por un hombre que la colma de afecto y de consideraciones, naturalmente termina por enamorarse de él".

En resumidas cuentas, el secreto es tratar a la princesa como a la lavandera y a la lavandera como a una princesa.

**Capítulo 5.  
Origen de  
mis anécdotas**

## **Mi compadre el general Antonio Cárdenas Rodríguez y el coronel Bolívar Sierra**

En páginas anteriores ya he hablado de cuando viví en Valles, S.L.P. En aquella época el cacique de San Luis Potosí era don Gonzalo N. Santos, quien proporcionó a todo el estado, orden, trabajo y una relativa tranquilidad, pues era enérgico y autoritario; mejor definido como un tipo dictatorial.

Por la energía que imprimía en todos sus actos, había infundido en la mayoría de las gentes, respeto y temor, sobretodo esto último, por lo que nadie se atrevía a contradecir sus órdenes.

Estando en San Luis Potosí presencié tres sucesos desagradables. Cuando era presidente de la República, el licenciado Miguel Alemán Valdés y jefe de la Fuerza Aérea Nacional, mi compadre el general Antonio Cárdenas Rodríguez, éste último un buen día me habló por teléfono a Valles, S.L.P. Me dió la noticia de que el gobierno que presidía el Lic. Miguel Alemán, le había regalado 300 hectáreas de superficie, ubicados en las márgenes del río Tampaón, en el municipio de Tamuín, S.L.P. Me pidió que lo acompañara a ese sitio para reconocer el terreno, y así saber que clase de trabajos tendría que iniciar para desarrollarlo.

Convenimos que al día siguiente por la mañana yo estaría en el aeropuerto de Tamuín esperando su llegada. Cuando llegó, ambos nos trasladamos a bordo de mi camioneta hasta el citado predio, el cual le gustó mucho; manifestó entonces que construiría ahí una

bonita casa, para pasar temporadas de veraneo con su familia.

Le aconsejé que no la hiciera ya que cerca de su propiedad muy pronto sería inaugurado un moderno hotel que contaría con todos los servicios y todas las comodidades.

Realmente interesado en mi exposición, insistió que lo llevara a ese lugar.

Al llegar ahí, vimos en la entrada una gruesa cadena y un guardia que no permitía el paso a nadie sin previa orden del gobernador Gonzalo Santos.

El general Antonio Cárdenas, que estaba uniformado, le suplicó que nos dejara pasar sólo unos minutos. Se identificó como jefe de la Fuerza Aérea Nacional, al tiempo que le entregaba una tarjeta, enviándole un cordial saludo a don Gonzalo Santos. Ante esto, el guardia nos permitió la entrada. Estando adentro observamos con interés las magníficas instalaciones de ese gran edificio.

Tres meses después regresó mi compadre Antonio Cárdenas a Valles, S.L.P., y esta vez yo lo invité a tomar unas cervezas bien heladas en el bar del hotel Tatinul recién inaugurado. En esta ocasión lo acompañaban los coroneles Vergara y Aldaroso, miembros de su Estado Mayor. También nos acompañaba mi hermano Angel. Encontrándonos ya en el bar y cuando apenas empezábamos a beber, se presentó don Gonzalo Santos. A pesar de que todos nosotros lo saludamos desde nuestra mesa, ni siquiera se dignó a mirarnos. Avanzó con arrogancia hacia la barra, seguido por sus arbitrarios guaruras: a uno le decían "Mano Prieta", otro de apellido Zermeño y otro llamado Fidel Garza. Mientras se acomodaba en un asiento, pidió una botella de whisky y enseguida comenzó a beber con avidez. Momentos después se puso de pie dirigiéndose a nuestra mesa. Al tenerlo frente a nosotros, todos nos pusimos de pie y el general Antonio Cárdenas le extendió su mano para saludarlo pero, don Gonzalo en tono despótico le espetó que él no saludaba a generales. . . soltando una insolencia. Le reclamó que por qué se había metido meses atrás en su hotel, violando sus disposiciones y obligando al guardia a que le

abriera la puerta, entregándole una tarjeta en señal de reto.

Yo traté de intervenir, diciéndole que no era cierto lo que él afirmaba, pero al instante me interrumpió, ordenando que me callara. Y acto seguido, continuó profiriendo frases ofensivas al general Antonio Cárdenas Rodríguez diciéndole que en San Luis Potosí se hacía lo que el mandaba y que, también fuera de éste estado, podía meter las manos con mucha facilidad.

Mientras don Gonzalo se explayaba, mi compadre que era dueño de un carácter tranquilo, se limitó a escucharlo impasible y cuando el cacique terminó su perorata, repuso despectivamente:

—Usted don Gonzalo, no es hombre, es un farsante asustapendejos y no permitiré que me siga insultando. Yo me doy en la madre con usted, aquí dentro de sus lares, a la hora que usted disponga.

Ante ese hecho, consideramos que se produciría una balacera, pues los coroneles ya habían tomado precauciones. Los guaruras en cambio, se amilanaron. Entonces don Gonzalo terminó su comedia, diciéndole al general Antonio Cárdenas:

—No se moleste usted, yo cuando tomo, me vuelvo irascible y colérico; discúlpeme, yo quiero ser su amigo.

A una señal suya se retiraron los guaruras y después ordenó una botella de whisky, ofreciéndonos una copa a cada uno de nosotros. Por supuesto no aceptamos su invitación, retirándonos inmediatamente de ese sitio.

El segundo suceso es el siguiente. En Ciudad Valles, S.L.P., a través de mi compadre Mario Moreno "Cantinflas", conocí al coronel Bolívar Sierra, quien en ese tiempo atendía una propiedad que el Gobierno del licenciado Miguel Alemán Valdés le había obsequiado. Esta se localizaba en un punto denominado Agua Buena. Por conducto de don Nazario Ortiz Garza, que era Secretario de Agricultura, se le estaba proporcionando el crédito suficiente para trabajarla.

Este militar, durante la revolución, fue miembro del Estado Mayor del famoso y valiente revolucionario, general Francisco Murguía.

Trabé una franca amistad con él, ya que nos veíamos con frecuencia en Valles, S.L.P., y también en la ciudad de México.

Faltando pocos meses para finalizar el régimen del general Lázaro Cárdenas y al acercarse la sucesión presidencial, habían tres candidatos que aspiraban a la presidencia: el coronel Adalberto Tejeda, que había sido gobernador del estado de Veracruz, el general Manuel Avila Camacho y el general Juan Andrew Almazán.

Aparte se había formado otro partido independiente del P.M.R., que dirigía el general Ramón Iturbe y varios elementos militares. Entre ellos se encontraba el coronel Bolivar Sierra, que era diputado federal por el estado de Guerrero, su tierra natal. Debido a la divergencia de opiniones entre los integrantes de ese nuevo grupo, no lograban resolver a cual candidato brindarle su adhesión. Luego, al enfermar el general Iturbe, el coronel Bolivar Sierra encabezó la directiva atinadamente; sin embargo, algunos de los miembros de dicho partido, no estaban de acuerdo con él, ya que querían imponer su voluntad. Se dedicaron a causarle problemas, provocándolo continuamente para que renunciara a su cargo.

Una mañana tres de los miembros inconformes le hablaron por teléfono, exigiéndole que entregara la dirección del partido así como las oficinas, y que de no hacerlo así, las tomarían por medio de la fuerza, si era necesario. El coronel Bolivar les contestó que fueran preparados porque él rechazaría a balazos tal intromisión.

Los tres militares al llegar a las oficinas, que se encontraban en la calle de Independencia y que hoy es el hotel del Valle, desenfundaron sus armas; el coronel Bolivar los observó desde la ventana del segundo piso. Enseguida le gritaron al coronel que bajara si era tan hombre. El aludido que era muy buen tirador con ambas manos, bajó las escaleras con una pistola en cada una, recibidos a balazos, mató a un general y a un coronel; el tercero salió huyendo con una herida en un brazo. En esta trifulca resultó gravemente herido el coronel Bolivar Sierra, pues un proyectil se alojó en su

vientre y dos más en una pierna. Al escándalo acudió una ambulancia que se llevó al coronel Bolívar al hospital de la Cruz Roja, para que lo intervinieran quirúrgicamente de emergencia.

A mediodía, al prensa lanzó una extra anunciando este caso político de manera profusa.

La Cámara de Diputados, a la que pertenecía el coronel Bolívar, en junta extraordinaria que efectuó ese mismo día, planeo desaforarlo. No obstante, tuvieron que abstenerse en llevar a cabo su propósito, al tener conocimiento de que el Presidente Lázaro Cárdenas una vez enterado de ese acontecimiento, se había trasladado a la Cruz Roja para inquirir sobre el estado de salud del diputado Bolívar Sierra, recomendando a los facultativos una atención esmerada para éste. Quince días después fue dado de alta del hospital completamente recuperado, y por órdenes de arriba no lo encarcelaron por los dos homicidios, ya que en acta levantada por el ministerio público, se comprobó que había actuado en legítima defensa, además de que tenía fuero constitucional.

Un hecho del que fui testigo es el siguiente:

Cierto día que acudí a la Feria Agrícola y Ganadera en Ciudad Valles, S.L.P., entré al palenque, lugar al que asistía diariamente el entonces gobernador del estado de San Luis Potosí, don Gonzalo N. Santos, ocupando siempre un lugar en primera fila.

En esa ocasión se presentó en ese sitio, el coronel Bolívar Sierra a ver las peleas de gallos. Se puso de pie enfrente de la fila en donde estaba don Gonzalo, a quien le gustaban los gallos, la música y también hacerse notorio. Don Gonzalo le preguntó en voz alta al recién llegado que por qué usaba armas, que si tenía mucho miedo. Y éste encarándolo le contestó:

—Señor gobernador, con todo respeto le voy a responder a su pregunta: primero, uso armas porque soy miembro del Ejército Nacional y segundo, —aclaró— no tengo miedo y nunca lo he tenido, de esta aseveración he dado muchas pruebas en mi vida.

Ante esta contestación don Gonzalo no se atrevió a hacer ningún comentario, quedando en ridículo.

## **Presidentes a quienes he saludado personalmente**

En mi inquieta y azarosa vida, tuve la oportunidad de conocer personalmente y saludar a varios presidentes de México y también de la Unión Americana.

En la época en que jugaba polo en Torreón, Coah., cierto día visitó esta ciudad, el presidente Abelardo L. Rodríguez, llevando consigo al equipo de polo de la Presidencia de la República, que dirigía como capitán, el general Juan Azcárate. Con motivo de su visita se organizaron varios partidos amistosos. El equipo del jefe de la Zona Militar de La Laguna, general Eulogio Ortiz y el de nosotros los civiles, se enfrentaron al equipo visitante. Al finalizar los juegos, todos los participantes fuimos saludados por el presidente Abelardo L. Rodríguez, quien amablemente nos invitó a que viajáramos con él en el tren presidencial a Santiago Papasquiaro, Dgo.

El general Lázaro Cárdenas, que le sucedió en el poder, también tuve el honor de conocerle en persona y de acompañarle en sus giras de trabajo por algunas entidades del país. Con este gran gobernante mexicano, me unió una profunda amistad.

En el siguiente sexenio (1940-1946), siendo jefe de la Zona Militar de Nuevo León con residencia en Monterrey, mi amigo el general Eulogio Ortiz, me invitó gentilmente a la recepción que ofrecieron el general Manuel Avila Camacho y su señora esposa, en el campo militar de dicha ciudad, al presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt.

Fue así como pude estrechar la diestra del presidente Manuel Avila Camacho y, también, la de ese gran estadista norteamericano.

Al presidente Miguel Alemán Valdés, lo conocí antes de que asumiera la presidencia de la República, cuando fungía como secretario de Gobernación. Durante su gobierno lo visité en varias ocasiones en Los Pinos, pues siempre me dispensó un trato cordial y afectuoso.

En el régimen del licenciado Adolfo López Mateos, era presidente municipal de Torreón, Coah., don Braulio Fernández Aguirre, quien un buen día nos invitó, al señor Francisco Madero, hijo del entonces gobernador de Coahuila, don Raúl Madero, y a mí, a que lo acompañáramos a Ciudad Acuña, para presenciar una ceremonia importante la cual sería presidida por dos grandes personajes: el presidente de México, licenciado Adolfo López Mateos y el de los Estados Unidos, el general Dwight Eisenhower. Ambos se encargarían de colocar en ese sitio, la primera piedra para dar inicio a la construcción de una presa colindante con ambos países, que irrigaría las tierras tanto mexicanas como estadounidenses.

Salimos de Torreón en una avioneta de cuatro pasajeros, piloteada por un capitán de apellido López. A la altura de Cuatrociénegas, el cielo empezó a nublarse considerablemente y al llegar a Ciudad Acuña no pudimos aterrizar, en virtud de que la visibilidad se tornó prácticamente nula. Entonces el piloto, solicitó por radio autorización para aterrizar en el aeropuerto de Laredo, Tam., y en éste le informaron que era imposible a causa del mal tiempo.

Nosotros le propusimos que regresara a Torreón, pero él nos comunicó que no podía hacerlo porque la avioneta no traía suficiente combustible. Seguimos sobrevolando el territorio fronterizo y el piloto, echando mano del último recurso, pidió permiso para aterrizar en el Campo Aéreo Militar de Ciudad del Río, Texas, el cual el fue negado rotundamente ya que ese día el servicio había sido suspendido, debido a que esperaban de un momento a otro, el arribo del presidente Dwight Eisenhower.

Nuestro piloto que hablaba perfecto inglés les suplicó que le permitieran efectuar un aterrizaje de emergencia, notificándoles que los tripulantes que llevaba a bordo se dirigían a ciudad Acuña para estar presentes en un importante acto que ahí tendría verificativo, al que asistirían tanto el presidente de México como el de los Estados Unidos. Ante esa explicación las autoridades de dicho campo aéreo accedieron, dando instrucciones desde la torre de control, para que el aparato descendiera sin problemas. Ya en tierra firme, nos detuvieron para conocer nuestra identidad; nos llevaron a una amplia oficina, mientras otros oficiales inspeccionaban la avioneta.

Fuimos sometidos a un intenso interrogatorio; pero corrimos con buena suerte ya que el jefe del campo aéreo militar, era un coronel que había sido profesor en una Academia Militar de Estados Unidos, donde nuestro amigo Francisco Madero había sido su alumno. Al entrar a la oficina donde nos hallábamos detenidos, inmediatamente reconoció a su ex alumno. Enseguida cambió nuestra situación, pues los oficiales nos dieron excusas y luego nos enviaron en un automóvil a ciudad Acuña, Coah., en donde saludamos al presidente Adolfo López Mateos. Aguardamos al mandatario norteamericano, general Dwight Eisenhower, a quien tuve la suerte de estrecharle la mano a su llegada.

Años después acompañé a don Braulio Fernández Aguirre, ya como gobernador de Coahuila, a esa población; pero esa vez, a la inauguración de la obra ya concluida, la cual fue bautizada con el nombre de La Presa de la Amistad. Ahí tuve la oportunidad de saludar de mano a otro gran presidente mexicano, como lo fue el licenciado Gustavo Díaz Ordaz y al presidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson.

En la boda de mi nieta Nora Danwing Marroquín, saludé y platiqué largo rato con el presidente José López Portillo.

Y últimamente, en la toma de posesión del ingeniero Américo Villarreal Guerra, como gobernador del estado de Tamaulipas, le estreché la mano al licenciado

Miguel de la Madrid Hurtado, actual Presidente de la República Mexicana.

## **El ingeniero Américo Villarreal, actual gobernador del estado de Tamaulipas**

En 1953 inicié una nueva actividad en mi vida como contratista, consiguiendo de antemano en Tampico, una pequeña draga usada, de la marca Busiros-22, de media yarda.

En ese tiempo se publicaba con gran entusiasmo en Tamaulipas, la construcción de la Prensa Falcón y sus canales de derivación, en el municipio de Reynosa; por tal motivo acudieron a ese sitio, infinidad de grandes, medianos y pequeños contratistas. De los grandes contratistas estaba la Compañía Tláloc, con oficinas en Valle Hermoso, Tam., quien otorgaba subcontratos. Yo me presenté ante el señor Miguel Pérez y Pérez, que era el gerente de operación de dicha compañía, logrando que me concediera un pequeño contrato en los conductos subsidiarios del canal de "Anzalduás".

Trabajaban en esa compañía constructora algunos jóvenes ingenieros, entre ellos Américo Villarreal Guerra, Abelardo Amaya Brondo, Enrique Varela, Salinas, Sirol, Benjamín González a quien le decíamos "El burro" y el ingeniero Betancourt. Entre los muchos contratistas conocí y traté al ingeniero Lascurián y al señor Carlos Villarreal, que por cariño llamábamos "Chale". Durante mi estancia en aquella región, encontré trabajando en Agricultura, a mi paisano Sebastián Domene, de quien llegué a ser compadre. A través de él tuve el gusto de conocer a don Alfre-

do del Mazo, entablando enseguida una franca amistad con él. Terminando mi contrato, me retiré de esa actividad, regresando a Tampico.

En mis constantes viajes a la Capital, siempre me hospedaba en el hotel Regis; allí seguí tratando a don Alfredo del Mazo, cuando ya era gobernador del estado de México, ya que semanalmente iba a la peluquería de ese edificio.

Cuando fue designado el licenciado Adolfo López Mateos, candidato a la Presidencia de la República nombró a don Alfredo, jefe de su campaña política. Al asumir la presidencia le confirió el cargo de secretario de Recursos Hidráulicos, y subsecretario del mismo departamento, al ingeniero Alfredo Colín Varela, uniéndome con éste último, en esa época, un firme y bonito compadrazgo.

Como visitaba periódicamente la Secretaría de Recursos Hidráulicos, tuve la oportunidad de tratar con más intimidad a los ingenieros Américo Villarreal Guerra, Abelardo Amaya Brondo, Sirol y al jefe de ellos, el Ing. Lugo Zanabria. En ese entonces el ingeniero Américo Villarreal era subdirector en Pequeña Irrigación, y después fue ascendido a director. Más tarde, por su gran capacidad, su laboriosidad y su honestidad, fue subsecretario de Infraestructura Hidráulica, cargo que ocupó en dos ocasiones.

Posteriormente, cuando fue postulado por el P.R.I., para senador por Tamaulipas, me trasladé a Ciudad Victoria para votar por él. Al resultar electo lo felicité, pronosticándole que la próxima vez acudiría a votar por él para gobernador de su estado natal. Mientras fue Senador, desempeñó comisiones relacionadas con la agricultura y recursos hidráulicos. El gobierno federal tomó muy en cuenta su meritoria labor. Por eso, El Partido Revolucionario Institucional lo eligió como candidato a gobernador, entre los muchos "suspirantes" que ansiaban llegar a manejar los destinos de Tamaulipas.

## **Mi amistad con militares y políticos**

A continuación haré mención de los personajes que participaron en la revolución mexicana, y que conocí personalmente.

Generales Celso y Cesáreo Castro, que derrotaron al general Francisco Villa en el combate que tuvo lugar en Celaya, Gto.

General Sixto Ugalde, carrancista, miembro de las fuerzas de los generales Celso y Cesáreo Castro. Con él traté de darme de alta.

General Ramón Marroquín primo mío, jefe del Estado Mayor del general Benjamín Argumedo.

General Francisco Murguía.

General Francisco de Valle Arizpe, que fue miembro del Estado Mayor del general Francisco Murguía y la última persona que habló con el presidente Venustiano Carranza en Tlaxcalantongo.

Militares y políticos con quienes me unió una gran amistad: general Manuel Pérez Treviño, que durante los periodos del general Alvaro Obregón y del general Plutarco Elías Calles, desempeñó los siguientes cargos: jefe del Estado Mayor del general Obregón, Secretario de Industria y Comercio, gobernador de Coahuila, Secretario de Agricultura y primer presidente del P.N.R.

Don Nazario Ortiz Garza, presidente municipal de Torreón y de Saltillo; gobernador del estado de Coahuila, Senador por el estado de Coahuila, agregado co-

mercial en España, director de la Comisión Reguladora de Subsistencias y Secretario de Agricultura en el periodo del Lic. Miguel Alemán Valdés.

General Francisco Villa a quien conocí personalmente en la hacienda de Canutillo, Dgo., después de su rendición.

General Nicolás Fernández, jefe de los famosos Dorados.

Coronel Daniel Delgado.

General Lorenzo Ávalos, miembro del Estado Mayor del general Francisco Villa.

Don Jesús Herrera, compadre mío y hermano de los famosos generales Maclovio y Luis Herrera.

General Alejo González, valiente militar que participó en el combate en Celaya, Gto., en el cual resultó derrotado el general Villa.

General José Gonzalo Escobar, jefe de la Zona Militar de la Región Lagunera.

General Luis Ibarra, jefe del Estado Mayor del general Gonzalo Escobar, y compadre mío.

Coronel José Valadez y coronel Pérez Aldape, miembros del Estado Mayor del general Gonzalo Escobar, con quienes jugué polo.

Coronel Leopoldo Robles, jefe de la prisión militar de Torreón, Coah.

General Eulogio Ortiz, antiguo villista; jefe de varias zonas militares de la República, y con quien jugué polo en muchas ocasiones.

General Joaquín Amaro, fue Secretario de la Defensa Nacional en dos periodos presidenciales: el del general Alvaro Obregón y el de Abelardo L. Rodríguez.

General Carlos Real, gobernador del estado de Durango.

General Miguel Acosta, secretario de Comunicaciones en el régimen del presidente Abelardo L. Rodríguez.

General Juan Azcárate, jefe del Estado Mayor del presidente Abelardo L. Rodríguez. Con él jugué polo en Torreón y también en la ciudad de México.

General Cházaro Pérez, Sub-secretario de la Defensa Nacional en el periodo del presidente Abelardo L. Rodríguez.

General Lázaro Cárdenas del Río, con quien me unió una gran amistad y un profundo afecto.

General Jesús Agustín Castro, que fue secretario de la Defensa Nacional, en dos períodos: en el de Don Venustiano Carranza y en el del general Lázaro Cárdenas.

General Andrés Figueroa, primer Secretario de la Defensa Nacional en el régimen del general Lázaro Cárdenas.

General Miguel Henríquez Guzmán, que fue jefe de varias zonas militares del país. Fue, además, aspirante a la Presidencia de la República.

Lic. Gabino Vázquez, gobernador interino del estado de Michoacán y jefe del Departamento Agrario durante el sexenio del Gral. Lázaro Cárdenas.

Lic. Agustín Arroyo Ch., sub-secretario de Gobernación en el Gabinete del presidente Lázaro Cárdenas.

Lic. Silvino Barba González, presidente del P.N.R.; secretario de Gobernación y gobernador de Jalisco.

Don Everardo Topete, diputado local y federal, y gobernador del estado de Jalisco.

General Félix Bañuelos, gobernador de Zacatecas.

Coronel José Manuel Núñez, jefe del Estado Mayor del presidente Lázaro Cárdenas y jefe de la Policía Metropolitana.

General Federico Montes, quien defendiendo al Presidente Francisco I. Madero, mató al coronel Riberoll. Fue jefe de la Policía en el período del Presidente Cárdenas.

General Francisco Martínez Montoya, que fue jefe de la Policía en el mismo período.

General Héctor Ignacio Almada, que junto con el general Eugenio Martínez, asistieron al acto de rendición del general Villa. Más tarde invité al primero, para que invirtiera dinero en un rancho en Valles, S.L.P.

General Manuel Avila Camacho, Secretario de la Defensa Nacional en el período del general Cárdenas y después presidente de la República.

General Plutarco Elías Calles, quien estuvo hospedado, al regresar de su exilio, en mi finca "La Loma", en Valles, S.L.P.

General Tiburcio Garza Zamora, jefe de la Zona Militar en Reynosa, Tam., con quien jugué polo en algunas ocasiones.

General Fernando Pámanes Escobedo, primo mío; fue jefe de varias zonas militares de la República, gobernador de Zacatecas y embajador de México en Cuba.

Los famosos toreros Rodolfo Gaona, con quien me unió una gran amistad después de que se retiró del toreo y Lorenzo Garza.

Ing. Melquiades Angulo, Secretario de Comunicaciones en el régimen del general Lázaro Cárdenas.

General Raúl Madero, antiguo villista y gobernador de Coahuila.

Licenciado Miguel Alemán Valdés, a quien conociendo siendo secretario de Gobernación y, posteriormente, presidente de la República.

Coronel Carlos Serrano, presidente del Senado y jefe de todas las policías metropolitanas en el periodo del Lic. Miguel Alemán Valdés.

Licenciado Emilio Portes Gil, ex presidente de la República.

General Marcelino García Barragán, que fue Secretario de la Defensa Nacional en el periodo de Don Gustavo Díaz Ordaz.

Ingeniero Fernando Foglio Miramontes, Subsecretario de Agricultura, Senador, jefe del Departamento Agrario y gobernador del estado de Chihuahua.

Don Braulio Fernández Aguirre, que fue presidente municipal de Torreón, Coah., diputado Federal y gobernador del estado de Coahuila.

Ingeniero Eulalio Gutiérrez, gobernador de Coahuila.

Don Teófilo Borunda, gobernador del estado de Chihuahua, quien fue un gran gobernante y un valioso amigo.

Lic. Oscar Flores Sánchez a quien le decían "El bueno"; fue gobernador del estado de Chihuahua y procurador general de la Nación en el régimen del Lic. José López Portillo.

Profr. Oscar Flores Tapia, fue gobernador del estado

de Coahuila y, a quien le decían "El malo", fue un gran gobernante de Coahuila, es decir, fue bueno.

Don Alfredo del Mazo, secretario de Recursos Hidráulicos; el Ing. Alfredo Colín Varela, subsecretario de la misma dependencia y compadre mío.

Don Agustín Tellez Cruces, presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, gobernador interino del estado de Guanajuato y actual Senador.

Lic. Raúl Castellanos, actual Senador, procurador general de la Nación y jefe del Departamento Central en el régimen del presidente Cárdenas.

Senador Francisco Madero, hijo de don Raúl Madero, y sobrino del mártir de la Revolución, don Francisco I. Madero.

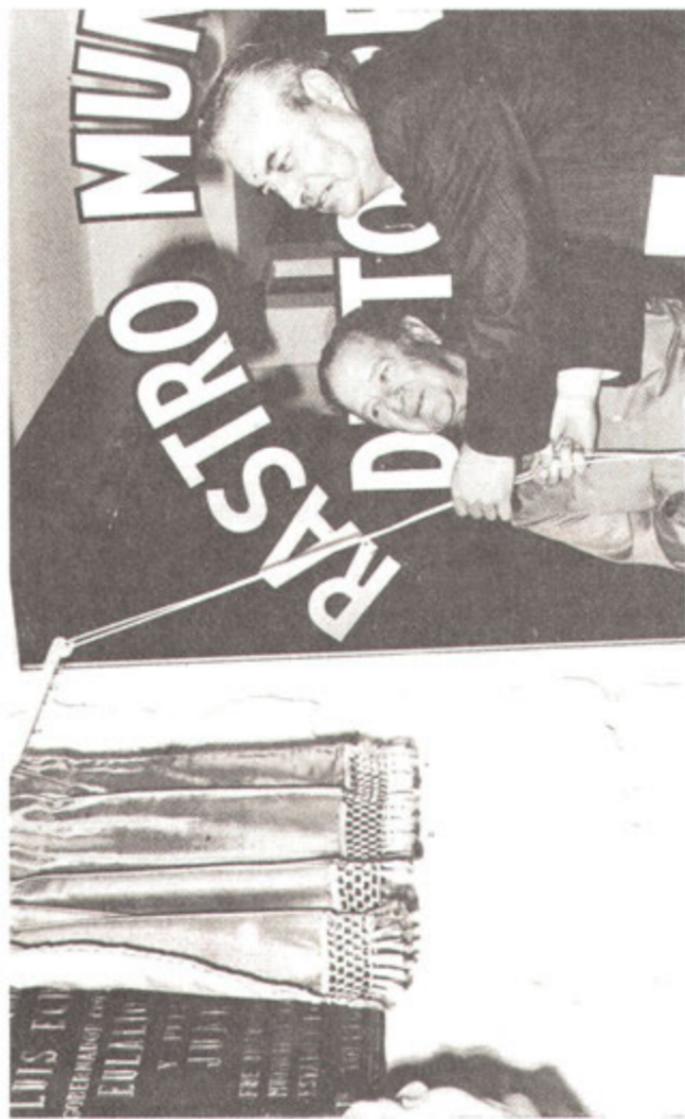
C. José de las Fuentes Rodríguez (el diablo), actual gobernador del estado de Coahuila.

Ingeniero Américo Villarreal Guerra, que fue jefe y jefe de Pequeña Irrigación, dos veces subsecretario de Infraestructura Hidráulica, Senador y actual gobernador de Tamaulipas.

Acaba de asumir el poder como Presidente de la República, el licenciado Miguel de la Madrid Hurtado. Todos los mexicanos tenemos gran esperanza en él, a sabiendas de la difícil situación que impera en el país. A causa de la deuda tanto pública como externa y a la ineptitud e irresponsabilidad de las dos últimas administraciones, el país ha ido al debacle económico. Ojalá que el licenciado de la Madrid logre terminar su período, corrigiendo los errores de los regímenes anteriores.

Cuando el ingeniero Eulalio Gutiérrez fue electo gobernador del estado de Coahuila, por la gran amistad que existía entre él y yo, me invitó a la ceremonia de toma de posesión que se efectuó en Saltillo, Coah.

Posteriormente a petición de mi compadre Juan Abusaid Ríos, viajé a Torreón para asistir al acto en donde tomaría posesión de su cargo como presidente municipal de esta ciudad. Como el nuevo alcalde me invitó a colaborar con él, le sugerí constituir otro rastro, en virtud de que el rastro que estaba funcionando era inoperante. Mi compadre Juan Abusaid aceptó mi idea y enseguida ordenó que se pusiera en marcha la



El ingeniero Eulalio Gutiérrez, gobernador de Coahuila, durante la inauguración del rastro municipal de Torreón, del cual fue director Enrique Marroquín.

obra, nombrándome interventor en dicha construcción. Una vez terminado, me nombró director del nuevo centro de matanzas municipal. El nuevo rastro fue inaugurado por el gobernador Eulalio Gutiérrez y por mi fino amigo general Juan Arévalo Gardoqui, que en ese tiempo era jefe de la Zona Militar de la Región Lagunera. Durante el transcurso de ese período, tuve el gusto de conocer y tratar con gran afecto y estimación a mi distinguido amigo, el licenciado Víctor González Avelar. Terminando mis funciones como director del rastro, me regresé a Tampico.

Mi querida tierra de Durango ha dado grandes e ilustres personalidades como lo fueron el primer presidente de México, el general Manuel Félix Fernández es decir, Guadalupe Victoria y el general Francisco Zarco.

Y entre los hombres famosos que participaron en la revolución, podemos citar los siguientes generales: Francisco Villa, Jesús Agustín Castro, Carlos Real, Joaquín Amaro, Domingo y Luis Arrieta, Fernando Reyes, Máximo, Benito y Gregorio García, todos ellos famosos villistas; el doctor Francisco Castillo Nájera, el general Ramón Marroquín que fue lugarteniente del general Benjamín Argumedo y muchos más que participaron en la lucha armada, y cuyos nombres escapan de mi memoria.

De los artistas de renombre sobresalen la gran cantante Fanny Anitúa, el músico y compositor Alberto Alvarado, Andrea Palma y la actriz Dolores del Río.

## **El homenaje a don Nazario Ortiz Garza**

El 7 de abril de 1988, tuve la gran alegría de ser invitado por el reconocido periódico "El Universal", para asistir al merecido homenaje que le tributaron un sinnúmero de amigos a Don Nazario Ortiz Garza en la ciudad de México. Dicho acto se efectuó en el restaurant "La Hacienda Los Morales", donde saludé con beneplácito a muchos de mis entrañables amigos: licenciado Miguel González Avelar, don Teófilo Borunda, don Braulio Fernández Aguirre e hijo, licenciado Julio Camelo, licenciado José de las Fuentes Rodríguez, licenciado Barrera Fuentes y a los hijos del homenajeador: Nazario y Mario Ortiz Rodríguez. Don Nazario nos asombró al pronunciar un elocuente discurso, en el que hizo un recuento de las actividades políticas que desempeñó a lo largo de su vida. En todas ellas su trabajo fue significativo, pues su objetivo primordial siempre fue beneficiar al pueblo mexicano. Todos los presentes quedamos impresionados de la lucidez y la alegría de vivir que conserva este gran Hombre a sus 95 años de edad.



El general Francisco del Valle Arizpe, Braulio Fernández Aguirre, don Nazario Ortiz Garza y Enrique Marroquin.

## **“Los venenos”**

Hace apenas unas semanas que terminé de escribir mis anécdotas y ya estoy pensando en el próximo trabajo, en los proyectos que fueron apartados mientras estaba absorto en el libro. Aún no lo había terminado y ya pensaba en las personas que me animaron a publicarlo; entre ellas el numeroso grupo de amigos que tengo en Tampico. En esta ciudad me reúno con ellos asiduamente en el restaurant “San Antonio”, al que he bautizado con el nombre de “Los venenos”. Le puse este nombre porque cuando vivía en Saltillo, Coah., me reunía con un grupo de grandes amigos, en el restaurant del hotel El Huizache, y que hasta la fecha lo seguimos haciendo. En aquel tiempo nuestros encuentros eran casi a diario y no tenían otro objeto que el de cambiar impresiones acerca de las actividades que desempeñábamos; en fin, charlábamos de mil cosas diferentes en un ambiente de cordialidad y alegría. A estos señores, cierto día, la gente de esta ciudad comenzó a llamarles “los venenos”; ya podrán imaginarse por qué.

En Tampico, más tarde, también logré hacerme de finas amistades y haciendo remembranzas de aquellas agradables reuniones en Saltillo, Coah., opté por denominar a mis actuales y formidables amigos, hombres de trabajo, gentiles y muy agradables de igual manera que los de antaño.

## **Mi vida a los 85 años de edad**

Actualmente, a mis 85 años de edad, continúo todavía con mucho entusiasmo trabajando y escribiendo mis anécdotas.

Por la gracia de Dios he llegado a este sitio gozando de buena salud, la que me ha dado la alegría de vivir, en este gran trayecto de la vida. He resistido las penurias, las congojas y los desastres con serenidad, sin rendirme nunca, aún cuando sufrí momentos de tristeza y de desesperación.

A pesar de que en cuatro ocasiones, la parca ha intentado quitarme la vida, siempre logré salir bien librado de esos trances. Sin embargo, tengo la certeza que entre ella y yo se ha establecido una lucha desigual con un rígido y parcial árbitro: el calendario, que no acepta ningún argumento, ya que cada 24 horas le entrega a la señora parca un día más de mi existencia. Hay que estar tranquilo y esperar con calma el fin de ese combate desigual.

Como describí anteriormente, a la edad de 14 años empecé a trabajar en un rancho agrícola de la Región Lagunera como empleado de tercera categoría; desde entonces le tomé cariño al campo, el cual se fue acrecentando con los años. En un principio desempeñé el puesto de recepcionista de asaltantes, y debido al temor que esos facinerosos me inspiraban, les prodigaba atenciones. Así aprendí a ser amable y afectuoso con todo el mundo. En aquel tiempo al convivir diaria-

mente con mis compañeros de trabajo y con los campesinos, también despertó en mí el deseo de hacer amigos. Y en los años subsecuentes practiqué con fervor el culto a la amistad.

De mis innumerables amigos he recibido ayuda moral y económica, estimación y afecto. He llegado a la conclusión de que es fácil hacer amigos, pero muy difícil conservarlos. Mis amigos que aún viven los visito y atiendo con lealtad y cariño. Puedo decir que no soy rico en dinero, pero sí inmensamente rico en amigos.

He resuelto con entusiasmo y alegría publicar mis anécdotas, en donde describo mi infancia, las penas, sinsabores y miserias de que fui objeto, para que mis descendientes: hijos, nietos, bisnietos y, probablemente muy pronto, tataranietos, se enteren de la vida azarosa que he llevado hasta los 85 años de edad.

Finalmente, durante mi existencia he observado en la vida muchas discrepancias, aciertos y definiciones que describen al hombre, viendo en estos sus debilidades, sus virtudes y sus aciertos. Por ello, y haciendo un análisis que a mi juicio es certero, me permito decir:

Cuando se pierde el dinero, no se pierde nada  
Cuando se pierde el honor, algo se pierde  
Pero, cuando se pierde el valor, todo está perdido.

## Índice

Presentación .....	9
CAPÍTULO I. LOS PRIMEROS 20 AÑOS DE MI VIDA	
Mi niñez en la ciudad de México .....	15
A los 14 años de edad regresé a La Laguna .....	24
Tesoro en la hacienda de Solís .....	28
El general Sixto Ugalde .....	30
El general "Pasojo" .....	36
Nicolás Ferniza, guerrillero villista .....	39
El asesinato de mi primo Enrique Pámanes .....	41
La influenza española .....	42
Llegaron "los frios" a la Región Lagunera .....	44
Mi primer noviazgo .....	46
Secuestro de don Doroteo Ramírez y muerte de Venustiano Carranza .....	51
Rendición del general Francisco Villa. Sublevación de Jesús Guajardo y llegada de Juan Andrew Almazán .....	54
Mi primera siembra .....	59
Don Nazario Ortiz Garza .....	62
Sembré y coseché algodón con la ayuda de don Angel Urraza .....	64
El "baile" en el Casino de La Laguna .....	67
Conocí al general Francisco Villa en Canutillo .....	71

Mi compadre Jesús Herrera y el asesinato de Villa . . . .	76
Mi vida independiente a los 20 años de edad y mi trabajo como vendedor de seguros . . . . .	83
El conde Armand de Rochefaucauld . . . . .	88

## CAPÍTULO 2. MIS INICIOS COMO AGRICULTOR INDEPENDIENTE

En San Pedro de las Colonias conocí al capitán Marcelino García Barragán . . . . .	93
La compra de ganado en E.U.A. . . . .	94
Las navajas "viejas" . . . . .	98
El general Gonzalo Escobar y la construcción del campo militar en Torreón . . . . .	99
La muerte de mi primo Jesús Pámanes . . . . .	100
Burlador, burlado . . . . .	105
Me aficioné a cantar . . . . .	107
El primer equipo de polo en Torreón . . . . .	108
El levantamiento escobarista . . . . .	115
La primera paca de algodón de la Región Lagunera en 1929 . . . . .	120
Don Julian Llaguno y el doctor Jesús López Velarde . .	122
Joaquín Pardavé, Agustín Lara y Pedro Vargas en Torreón . . . . .	123
El general Juan Andrew Almazán y su intervención para el regreso de mi compadre escobarista . . . . .	126
Las bromas del general Eulogio Ortiz . . . . .	128
Cómo evité el fusilamiento de mi compadre Luis Ávalos . . . . .	136
El Niño Fidencio . . . . .	138
La Asociación de Charros de La Laguna . . . . .	143
El "cartucho quemado" . . . . .	145
El general Andrew Almazán . . . . .	147
Cómo conocí a Augusto César Sandino . . . . .	150
Partida de póquer entre los generales Abelardo L. Rodríguez, Plutarco Elías Calles y Mijares Palencia, y Rodolfo Gaona . . . . .	152
El general Carlos Real . . . . .	156
Compré el Bolsón de Mapimi . . . . .	158
El general Jesús Agustín Castro . . . . .	159
Provoqué una inundación benéfica en La Laguna . . . .	167
La primera vez que conocí un tren presidencial . . . . .	173
Cómo adquirí el rancho Los Angeles . . . . .	175
El "hombre de paja" que compró El Pilar . . . . .	180
El bar Manolo . . . . .	183
El rancho La Loma y las plantaciones de limoneros . . .	185

El sargento De la Rosa y el "general" Miguel Lanz	
Duret . . . . .	189
Mis inquietudes como poeta . . . . .	191
El Cristo de cedro rojo . . . . .	194
Don Everardo Topete . . . . .	197
Mi huésped, el general Plutarco Elias Calles . . . . .	200
El ingeniero Melquiades Angulo y mi chofer	
Juan Pérez López . . . . .	202
El joven Murguía . . . . .	203
Mi compadre Mario Moreno "Cantinflas" . . . . .	205

CAPÍTULO 3. MI AMISTAD CON EL GENERAL  
LÁZARO CÁRDENAS DEL RIO

La voracidad de los latifundistas . . . . .	229
Los agentes secretos . . . . .	236
El reparto agrario en la Comarca Lagunera . . . . .	241
Bailé para los yucatecos . . . . .	245
La producción algodонера en La Laguna . . . . .	248
El reparto agrario de Nueva Italia y Lombardía . . . . .	256
Cárdenas logró calmar los ánimos en Orizaba . . . . .	259
Cárdenas y su gusto por Michoacán . . . . .	260
Cien días en gira presidencial . . . . .	265
La revuelta del general Saturnino Cedillo . . . . .	278
El chino y la muerte del general Cedillo . . . . .	287
El general Félix Bañuelos . . . . .	289
La expropiación petrolera . . . . .	292
La vertiginosa carrera del general Lázaro Cárdenas . . . . .	293
La honestidad de los colaboradores cardenistas . . . . .	299

CAPÍTULO 4. LA DIFÍCIL FACILIDAD DE HACER AMIGOS  
DURANTE 50 AÑOS

Cómo conocí a don Braulio Fernández Aguirre . . . . .	303
Las fiestas del general Maximino Avila Camacho . . . . .	307
Don Antonio Díaz Lombardo, un gran amigo . . . . .	313
Restos de un tesoro en San Vicente Tancualayab . . . . .	314
Contribuí a que la señorita Conchita Ruiz	
resultara electa reina del Carnaval de Tampico . . . . .	317
Mi amistad con el licenciado Miguel Alemán Valdés . . . . .	319
Mi viaje a Campeche con el licenciado Oscar Flores	
Sánchez y el doctor Lauro Ortega . . . . .	326
Alfredo Elias Calles, el rey Carol de Rumania	
y madame Lupescu . . . . .	328
La gira con el ingeniero Fernando Foglio Miramontes . . . . .	330

La "amistad" entre Jesús Urueta y Juan Sánchez	
Azcona . . . . .	335
Mi amistad con el licenciado Emilio Portes Gil . . . . .	339
La primera paca de algodón en el mundo en 1951 . . . . .	344
En 1952 me fui a radicar a Tampico . . . . .	346
Cumpli 50 años de edad . . . . .	352
Los ciclones Hilda y Janet me dejaron en la ruina en 1955 . . . . .	355
Don Teófilo Borunda . . . . .	362
La señora Luz Corral, viuda del general Villa . . . . .	367
Don Gilberto Flores Muñoz y los agricultores "nylon" . . . . .	370
El destino de algunas mujeres . . . . .	374

#### CAPÍTULO 5. ORIGEN DE MIS ANÉCDOTAS

Mi compadre el general Antonio Cárdenas Rodríguez y el coronel Bolívar Sierra . . . . .	379
Presidentes ha quienes he saludado personalmente . . . . .	384
El ingeniero Américo Villarreal, actual gobernador del Estado de Tamaulipas . . . . .	387
Mi amistad con militares y políticos . . . . .	389
El homenaje a don Nazario Ortiz Garza . . . . .	396
"Los venenos" . . . . .	398
Mi vida a los 85 años de edad . . . . .	399





El presente libro nos relata de manera sencilla y amena momentos, sucesos y circunstancias que rodearon la vida de personajes públicos. En muchos de estos acontecimientos Enrique Marroquín Pámanes, el *Güero*, siempre estuvo presente por lo cual, la manera en que los presenta, nos permite ver y conocer los hechos tal y como sucedieron. Por ejemplo, destaca aspectos tanto políticos como personales del general Lázaro Cárdenas del Río. Nos presenta al General Cárdenas como un ser humano como cualquier otro.

Personajes como el autor nos permiten ver que, si bien es cierto que los sucesos se nos presentan relativamente lejanos, quienes los vivieron todavía viven cotidianamente con esa memoria que en los tiempos actuales necesita ser divulgada.

El *Güero* Marroquín desde su adolescencia presencié miles de aventuras, unas llenas de regocijo y alegría, y otras de amargura. Por tal motivo despertó un temperamento de alegría y de ilusiones con un deseo muy grande de superación.

Por la carga emotiva en que son relatadas las vivencias por el propio *Güero* Marroquín, éstas nos contagian de ese entusiasmo y alegría, que a sus 85 años de edad, se nos antojan como los de un joven, cuya madurez ha alcanzado la plenitud de la creatividad.